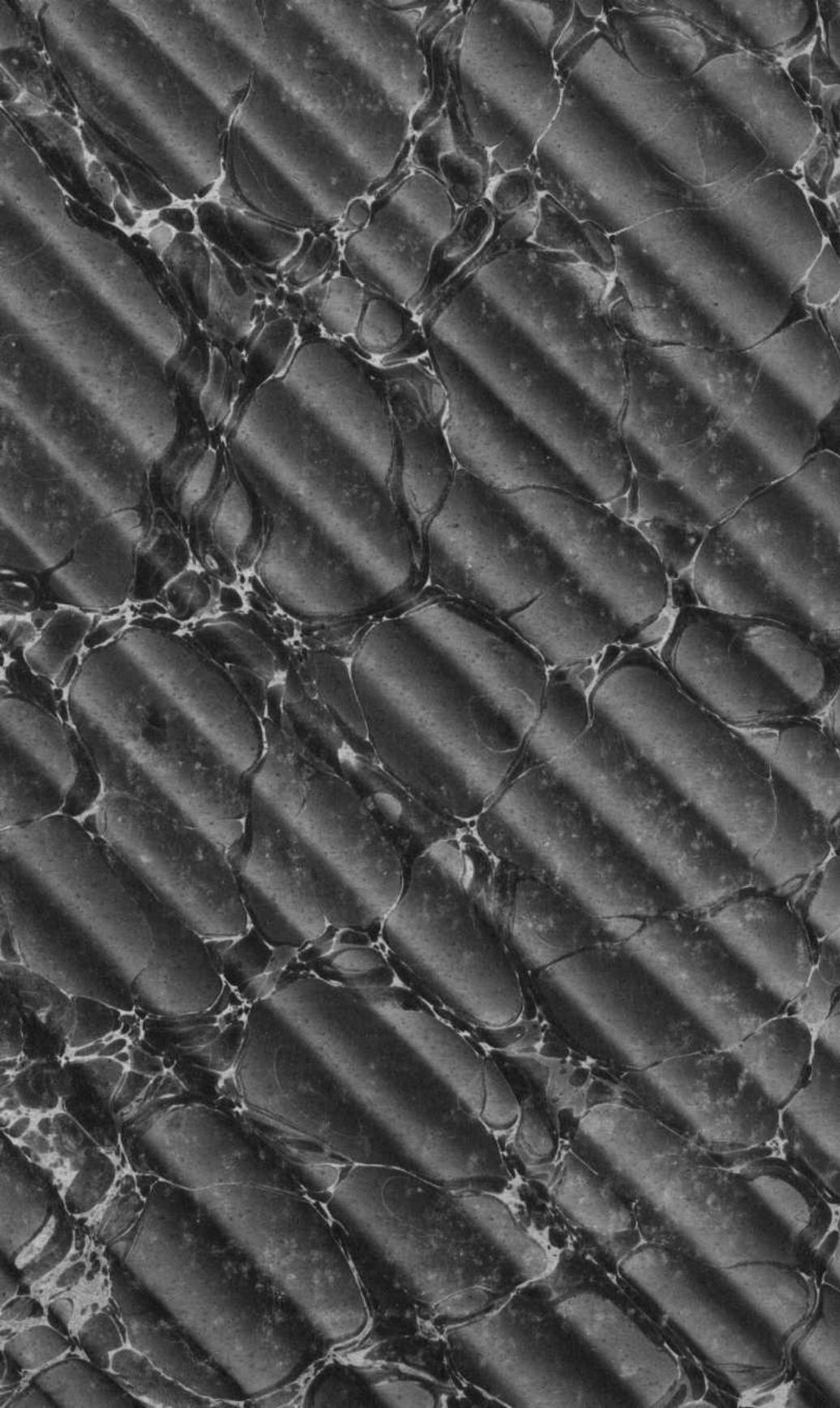


LIBRERIA **puvill**

LIBROS ANTIGUOS Y MODERNOS

Boters, 10 y Jaime I, 5 - Barcelona (2)  
(España)



S 76  
6-76  
700

# EL MARQUÉS DE SIETE IGLESIAS.

C. 1113971  
t. 93316

Aprobada por la Censura.

*Es propiedad del editor.*

# EL MARQUÉS DE SIETE YGLESIAS





R. 71075

# EL MARQUÉS DE SIETE IGLESIAS.

(Memorias del tiempo de Felipe III y Felipe IV.)

POR

DON MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.



MIGUEL PRATS, EDITOR.  
MADRID

CALLE DE CARRETAS, NUM. 43, CUARTO SEGUNDO,

1865.





## CAPÍTULO PRIMERO.

### Una aventura nocturna.

Era una oscura noche del mes de Febrero.

En una esquina de la Bajada de los Angeles en la villa de Madrid, guarecida bajo el tejadillo volado del nicho de un Ecce-Homo cuya luz habia apagado el fuerte viento, el casi huracan que zumbaba entre las calles, se revolvia contra los aleros y hacia volar tejas, habia una mujer, segun podia juzgarse de tiempo en tiempo á la rápida luz de un relámpago.

Llovía de una manera fuerte y densa.

El tejadillo del nicho era insuficiente para defender á la mujer de la lluvia que el viento lanzaba de través.

Segun pudo juzgarse al lucir un relámpago, era jóven, alta, esbelta, y estaba envuelta en un manto que solo dejaba ver parte de su semblante, y una mano extendida fuera del manto en actitud de esperar una limosna.

¿Y de quién? Nadie pasaba por la calle.

Era muy tarde.

El reló del cercano alcázar acababa de dar las once de la noche.

En aquellos tiempos, aquella hora era ya muy avanzada.

Al oscurecer se cerraban las tiendas, no habia alumbrado pú-

blico, y las calles quedaban envueltas en una densa lóbreguez, á no ser las noches en que la luna se encargaba de alumbrar gratis á la villa. Esta lóbreguez cesaba de larga en larga distancia, rota por la turbia y escasa luz de algun farolillo que alumbraba á alguna imagen puesta en una esquina.

Por esta razon todo el que entonces salia de noche á la calle iba provisto de una linterna.

En aquellos tiempos era un buen oficio el de hojalatero.

Á las ánimas, esto es, á las ocho de la noche en el invierno, á las nueve en el verano, se cerraban los portales de las casas ricas y las porterías de los conventos de frailes, y no quedaban por las calles más transeuntes que los galanes, los ladrones y las rondas, que de la misma manera corrian á cortar la riña de dos enamorados, que tras un ladron que habia robado la capa á un rondador.

¿Qué esperaba, pues, la tapada que estaba inmóvil, junto al nicho del Ecce-Homo de la Bajada de los Angeles, con la mano extendida en actitud de pedir limosna?

Tal vez á algun rico rondador de alguna dama de la vecindad.

Pero cuando sonaron las once, la mujer se despegó de la pared, y siguiendo á lo largo hácia la plazuela de Santo Domingo, antes de llegar á ella se detuvo en un soportal oscuro y dijo á un bulto informe que estaba replegado junto á un poste:

—Padre, no ha pasado el señor.

—Pues él estaba citado con doña Ana, dijo el hombre con voz ronca; me lo dijo Calcetilla: el maldito paje no se engaña; como que es el que trae y lleva las cartas, y las sabe leer sin abrirlas.

—Pero como llueve tanto, padre, y hace tanto frio, dijo la mujer con voz triste y dulce, don Rodrigo se habrá encontrado mejor junto á su brásero en su camarín.

—Es verdad; hace una noche de los diablos, dijo con irritacion el hombre; pero don Rodrigo está enamorado como un loco de doña Ana, y no es hombre que por una noche mala deje de pasar una buena noche.

—¡Padre! dijo con acento tímido la jóven, ¡qué cosas decís!

—Digo que nos morimos de hambre; que á mi no me pagan mis inválidos; que no hay un cristiano, ni siquiera un judío que le importe saber si nuestra espada puede servirle para sus negocios; que todo el mundo juega á los dados de tal modo, que no es posible ganar un ochavo; y que donde quiera que se busca, solo se encuentra miseria. No tenemos más prendas que tu hermosura y tu honra.

—¡Padre! volvió á exclamar la jóven.

—¡Eh! ¿qué sabes tú? Del pobre, del que lleva en su cara la mala color del hambre y va vestido con trapos viejos, nadie hace caso, nadie le mira; la necesidad enflaquece, pone pálidas las mejillas de las niñas, azules sus lábios, hundidos sus ojos; luego se va al hospital; ¿quién sabe quien ha muerto allí? Nadie: ¡la honra! ¡vive Dios! yo he reñido treinta batallas campales, estoy acribillado, con costurones de heridas en todas partes, todos saben lo que ha hecho el alferez Mendavia: ¿qué se me ha dado? Un papelucho para poder ir á la secretaria á pedir unos inválidos, que no se me pagan: no, Inés, no; la honra no vale nada, la deshonra lo vale todo: palacios, criados, carrozas, caballos, buena mesa, buen fuego, buen lecho, ricos trajes, sedas, brocados, alhajas... ¡oh! ¡qué hermosa estarias tú con todo esto!

—¡Padre! volvió á repetir la niña.

—Vámonos, vámonos, dijo el alferez Mendavia; otra noche más de hambre y frío.

Y se echó fuera del soportal.

—Llueve que diluvia, padre, respondió Inés.

—Calla, dijo el alferez rehaciéndose otra vez hácia el soportal que poco antes habia abandonado.

Habia visto un bulto que habia llegado á la próxima esquina de la plazuela de Santo Domingo y se habia detenido en ella.

Aquel bulto tenia algo del corte característico de los matones de aquel tiempo.

Llevaba echada á la cara el ala del sombrero, subido el embozo y levantada por la espalda la halda de la capa.

—¿Qué viene á esperar este hombre aquí? se habia dicho el alferez Mendavia.

• Y se habia vuelto al soportal.

Á poco, otro bulto apareció por la plazuela y pasó junto al que estaba parado en la esquina.

Éste le siguió cuando el primero hubo andado algunos pasos por la Bajada de los Ángeles y tiró de la espada con intencion visible de arrancar contra el que iba delante de él y matarle á traicion de una estocada por la espalda.

—¡Ah! exclamó Mendavia; la ocasion no tiene más que un pelo; no la dejemos escapar.

Y tirando de la espada salió de repente del soportal y dijo con voz hueca y amenazadora:

—¡Eh! ¿qué vas á hacer, mal hombre? Ven á matarme á mi que no estoy desprevénido.

Á estas palabras, el asesino que vió irse decididamente sobre él un hombre espada en mano, dió á correr con la velocidad de una liebre perseguida por galgos.

El hombre que iba delante se detuvo y dijo :

—¿Qué es eso? ¿á quién van á matar?

La voz de aquel hombre estaba llena de una hueca y soberbia autoridad.

—Vuestra señoría, dijo Mendavia que habia reconocido por la voz al hombre que acababa de hablar, no debía salir tan solo á estas horas y con tal noche; vuestra señoría tiene muchos enemigos.

—¿Y quién sois vos?

—Un inválido que se muere de hambre, señor, dijo Mendavia.

—¿Inválido?

—Sí señor, de los tercios de Flandes.

—¿Y qué haceis á estas horas en la calle?

—Estoy desesperado, señor.

—¿Por qué me llamáis señor?

—Porque he reconocido en vos al noble marqués de Siete Iglesias.

—¡Ah! ¿me conocéis?

—Sí señor, como que voy todos los dias en vano á las secretarías de Estado por ver si se me paga alguna soldada: esto no sucede nunca: he gastado las suelas de mis zapatos sobre las losas del alcázar, y ya no me queda otra cosa que gastar más que la honra de mi hija, que es una hermosa doncella de diez y nueve años, una doncella que vale mil veces más que la traidora doña Ana de Contreras.

—¿Qué decís?

—Digo que tal vez no os ha citado á esta hora doña Ana de Contreras para otra cosa más que para que os maten.

—Muy atrevido habláis.

—Estoy desesperado.

—¿Y dónde vivís?

—En la calle del Viento; cerca, señor.

—¿Y está en vuestra casa esa vuestra hija?

—¿Pues dónde ha de estar, señor, sino casa de su padre, mientras no encuentre quien la dé casa?

—Verdaderamente que cuando así habla un padre debe estar

desesperado y descreído de Dios y de los hombres; pero vamos hácia vuestra casa, que quiero conocer á vuestra hija y que me espliqueis de paso eso que me habeis dicho de doña Ana de Contreras.

—Mi casa, señor, es un tabuco indigno de que usia le pise, contestó Mendavia; y si usia quiere conocer á mi hija, no hay para qué ir á mi casa, porque mi hija está aquí.

Se oyó una especie de gemido ahogado dentro del soportal.

—¡Ah! ¿es vuestra hija esa desgraciada que llora? dijo el marqués de Siete Iglesias.

—¡Ah! ¡mi hija es una imbécil: ¿qué sabe ella por qué llora ni por qué no llora!

—Salid, salid acá, señora mia, dijo el marqués de Siete Iglesias adelantando hácia el soportal; nada temais: vuestro padre acaba de salvarme la vida, y no he de pagar yo su buena accion con nada que pueda aflijiros. Pero dejadme que os conozca, y para que os conozca, que os lleve con vuestro padre al lugar donde podamos vernos.

El marqués entre tanto habia penetrado bajo el soportal y puéstose junto á Inés, que temblaba de una manera perceptible, como tiemblan los que tiritan.

—Si teneis frio, dijo el marqués, tomad mi capa; si estais débil por vuestra desventura, apoyaos en mi brazo; si os enoja el que yo quiera conoceros, iréme; pero antes, señora, os ruego acepteis este pequeño regalo como una muestra de mi agradecimiento al beneficio que vuestro padre acaba de hacerme.

—Toma lo que te da el señor don Rodrigo, dijo con voz imperativa el alférez Mendavia; no juntemos á lo pobre lo soberbio, y ya que el señor don Rodrigo quiere conocerte, vamos donde á su señoría le parezca bien.

La niña salió del soportal con la cabeza inclinada.

—¿No quereis mi brazo, señora? dijo don Rodrigo.

Inés sacó de debajo de su manto un brazo, y se asió á otro que le presentaba, levantada la capa, el marqués.

—La hostería del Ciervo Azul está no lejos en la calle del Arenal, dijo don Rodrigo; yo os convido á cenar en ella, amigos míos.

—¡Oh! vuestra señoría nos honra demasiado, dijo servilmente el alférez Mendavia. Vamos, Inés, vamos; demos gusto á su señoría.

—¿Inés os llamais? dijo galantemente don Rodrigo con la voz ligeramente trémula, porque habia empezado á enamorarse á causa del contacto del mórbido brazo de Inés.

—Vuestra humilde servidora, dijo tímidamente la jóven.

El alférez Mendavia iba detrás á una buena distancia, como para dejar en libertad al marqués de Siete Iglesias de hablar con su hija.

—¿Y de dónde sois natural, señora? dijo don Rodrigo: me pareceis más dulce y más tímida que nuestras españolas, y aunque hablais muy bien el castellano, teneis algo de acento extranjero.

—Española soy, señor, porque de padres españoles vengo; pero he nacido en los estados de Flandes.

—¡Ah! ¿de Flandes sois? ¿Y de qué parte, si os place, señora mia?

—De la ciudad de Ambéres.

—¡Ah! pues ved qué fortuna: yo he nacido en la misma ciudad que vos, y como vos de padre español; pero no de madre, que mi madre era flamenca.

Inés no contestó.

Don Rodrigo buscó bajo su capa la mano con que Inés asia tímidamente su brazo, y se la tomó. Inés se detuvo, se irguió en un movimiento de suprema altivez, retiró enérgicamente la mano, y dijo con una voz que pudiéramos llamar airada:

—Respetadme, señor; nada he hecho que os dé aliento para atreveros á tanto.

—Perdonad, perdonad, señora, dijo entre confundido é irritado el marqués. Pero sigamos; la hostería no está ya distante.

—¡Dios perdone á mi padre! murmuró la jóven.

Y siguió marchando al lado del marqués, pero sin aceptar el brazo que este la ofrecia.

—Esa tonta lo echará todo á perder, murmuró el alférez Mendavia; y si estuviera enamorada de alguien lo entenderia. ¡Diablo de mujeres! siempre han de ser una contrariedad, una desgracia, por buenas ó por malas.

Y Mendavia continuó marchando detrás de don Rodrigo y de su hija que iban en silencio.

Seguia lloviendo con la misma fuerza: seguia zumbando el huracan. Inés iba completamente mojada, y como su traje era muy pobre, el agua la llegaba á la carne y temblaba de frio.

El marqués de Siete Iglesias empezaba á sentir la humedad de su capa, empapada por la lluvia.

En cuanto á Mendavia, no sentia nada, á pesar de que estaba mojado hasta los huesos, porque no tenia sensaciones sino para la expectativa de lo que podia sobrevenir por el conocimiento del marqués de Siete Iglesias con su hija.

## CAPITULO II.

En que el alférez Mendavia determina en cuatro rasgos el facsímile de su fisonomía moral.

Llegaron al fin á la calle del Arenal, y á poco á la hostería del Ciervo Azul, cuya puerta estaba cerrada á piedra y lodo.

A pesar de esto, don Rodrigo llamó con fuerza.

—¿Quién es? No hay posada, dijo desde adentro una voz grosera.

—Abrid á un hidalgo, contestó don Rodrigo.

Solo le respondió el silencio.

—Abrid al rey nuestro señor, dijo con impaciencia y con cólera don Rodrigo.

Poco después se abrió un ventanillo de la puerta, y dijo la voz que habia hablado antes, pero ya con algunos visos de respeto:

—¿Y quién es quien toma el nombre del rey nuestro señor?

—El marqués de Siete Iglesias, contestó este.

—¡Ah! perdone usía, dijo el de adentro con acento ya completamente respetuoso; si usía hubiera dicho antes su nombre...

—No era cosa de que lo dijese á voces, contestó don Rodrigo: abrid, abrid pronto, que hace un frio que hiela y estamos calados hasta los huesos.

La puerta de la hostería se abrió, y don Rodrigo, Inés y su padre entraron en un espacio oscuro.

—Perdone usia, dijo el que habia abierto, si no tengo luz; estamos recojidos desde hace dos horas; pero vuelvo, vuelvo al momento y alumbraré á usia y le conduciré.....

—Hablad menos y haced más, exclamó impaciente don Rodrigo.

Poco despues apareció un hombre con gorro azul, jubon y calzas pardas y fisonomía y aspecto sirvientil, trayendo en cada mano un candelero de metal con una vela encendida.

La primera mirada de don Rodrigo fué para Inés; pero tenia esta tan echado el velo á los ojos, que solo pudo ver don Rodrigo su boca y su barba.

Eran estas de tal manera hermosas, que le enamoraron y le hicieron desear con ánsia ver todo el semblante de la jóven.

El mozo de la hostería habia torcido por un corredor bajo, habia abierto una puerta y deteniéndose junto á ella, habia dicho:

—Este es el mejor aposento de la hostería, al que suelen concurrir damas muy honradas acompañadas de muy nobles galanes.

—Lo que nada nos importa, dijo don Rodrigo.

Y entró.

Inés se detuvo instintivamente al llegar á la puerta.

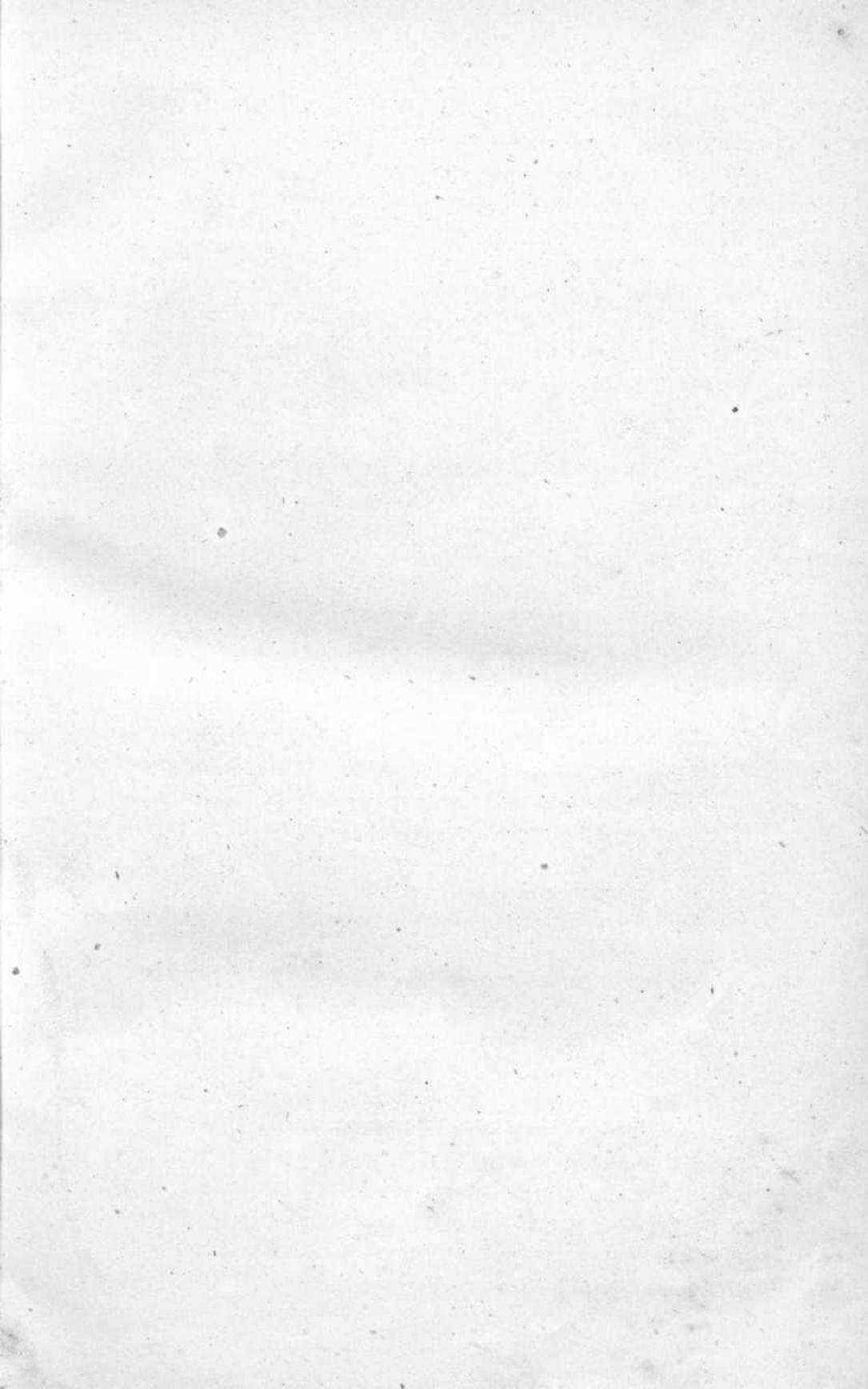
Su padre la empujó.

Sobre una mesa redonda, grande, de viejo nogal renegrido, puso los dos candeleros el mozo de la hostería.

El aposento era reducido, una especie de gabinete en uno de cuyos lados habia una gran chimenea, un camapé de damasco rojo, algunos sillones heterogéneos forrados tambien de damasco, una tapicería roja con grandes flores azules deslustradas y de mal gusto, un techo de bovedillas pintadas con adornos que pretendian ser rafaelescos, ahumado de una manera grave, y una estera blanca, molida y aun rota en algunas partes: hé aqui lo que, con una cortina de damasco destinada á cubrir por dentro la puerta, constituia la mejor pieza de la hostería del Ciervo Azul.

Don Rodrigo se quitó la capa y la arrojó sobre un sillón, así como su sombrero.

Llevaba un traje muy galan: golilla rizada, ropilla de terciopelo carmesí con pasamanería de oro, camisa blanca de Cambray, ricamente bordada que se veia bajo la ropilla, que solo estaba cerrada en el cuello por un herrete de diamantes, gregüescos asimismo de terciopelo carmesí tomadas de oro las cuchilladas de raso blan-





Su padre la arrancó bruscamente el manto.

co, finísimas calzas de grana y botas altas de ambar, espada y daga con guarniciones de hierro cinceladas é incrustadas de oro y guantes de ambar.

Tenia la cabellera larga, voluminosa, rizada, que le caía sobre los hombros, el semblante moreno, los ojos y las cejas negros, alta y audaz la frente, la nariz pronunciada, enérgica, el bigote y la pera grandes y espesos y densamente negros; el continente altivo, más que altivo soberbio, con una soberbia hinchada; sus ojos dejaban ver una mirada llena de un profundo aprecio de sí mismo, de una altanería insolente, de una majestad afectada.

Don Rodrigo Calderon, este era el nombre del marqués de Siete Iglesias, era indudablemente buen mozo, pero al mismo tiempo marcadamente antipático por su agresiva vanidad y por un no sé qué de repugnantemente malvado que aparecía como una turbia velleja dura sobre su semblante.

Inés le miró y retiró por un impulso de instintiva repulsion su mirada del marqués de Siete Iglesias, apenas le hubo visto.

—Traed leña, mucha leña, dijo don Rodrigo al mozo de la hostería; haced una hoguera: ¿no veis que está esta dama temblando de frío?

El mozo salió.

—¿Por qué no os despojais del manto, señora? dijo don Rodrigo que ansiaba ver por completo á Inés.

Esta estaba de pié á poca distancia de la puerta, y no se movió.

Su padre la arrancó bruscamente el manto, y apareció Inés po-brísimamente vestida con un traje pardo de lana muy usado, y un pañuelo blanco, cerrándose en el nacimiento de su garganta, cubriendo sus hombros y terminando en el talle.

Su rica cabellera de un hermoso rubio oscuro, estaba recogida en gruesas trenzas, negligentemente agrupadas sobre su cabeza de un corte admirable.

Sus ojos azules oscuros, grandes, rasgados, dulces, hermosísimos, aparecían tristes, melancólicos, lánguidos, hechiceros, bajo la sombra de unas pestañas negras, curvas, espesas, largas.

Tenia la frente ancha, pura, magnífica, noble; el semblante oval; la boca pequeña de labios frescos y vivamente rojos, en contraposición de lo pálido de sus mejillas; tenía una encantadora garganta de estatua antigua, alto y relevado el pecho, los hombros anchos y deliciosamente curvos; el talle excesivamente gallardo y la estatura alta.

Su pobrísimo traje adquiría sobre ella una indudable elegancia, y era en fin tal el conjunto de esta criatura, que se hacía imposible no sentirse fuertemente impresionado al verla por un sentimiento voluptuoso y puro á un tiempo.

Emanaba de ella una magia indescribible.

Estaba sin embargo flaca; pero parecía que aquella demacración aumentaba su hermosura espiritualizándola.

Su padre Cristóbal de Mendavia, era un hombre como de cuarenta y cinco años, alto, fornido, moreno, afeado el semblante por algunas cicatrices, muchas de las cuales no habían sido recibidas en campaña.

Era un hombre vulgar, toscó, rudo, grosero, violento, lo que se comprendía á pesar del servilismo con que trataba á don Rodrigo.

Parecía imposible que Inés, que aquella espiritual criatura fuese su hija.

Se adivinaba, se entrevia un misterio en la union de aquellos dos seres.

Don Rodrigo no pudo menos de reparar en esto.

Los broncos, los enmarañados cabellos de Cristóbal de Mendavia, eran rojos como las cerdas de ciertos javalíes; su tez bronceada; sus ojos pequeños, penetrantes, sombríos, eran verdes; lo que producía un duro, un desapacible contraste con lo oscuro de su tez.

En la frente sobre la ceja derecha tenía una especie de hundimiento del cráneo, como causado por una bala.

Su ojo izquierdo estaba replegado por el principio de una cicatriz, que terminaba sobre su labio superior partido. Los bordes de aquella cicatriz eran repugnantes.

Sobre la mandíbula derecha tenía otras tres cicatrices redondas, resultado sin duda de fistulas, porque á ser aquellas cicatrices de heridas de bala, la mandíbula hubiese sido deshecha.

Le faltaba media oreja derecha.

Sus anchos bigotes grises, erizados como los de una fiera, acababan de dar á aquel semblante horrible su último y vigoroso toque.

Algunas canas en los cabellos rojos, producían un efecto frío y repugnante.

Tenía, además, un hombro más alto que otro, por resultado tal vez de algun violento golpe.

Era, en fin, Cristóbal de Mendavia, uno de aquellos soldadotes acribillados en todo género de lides, perdida la moralidad y la dignidad, pero no la ferocidad, ni la soberbia; valientes como demonios,

pero con un valor miserable, dispuestos á todo género de infamias por un poco de oro, y olvidados de las galeras del rey y de la penca y del dogal del verdugo.

Don Rodrigo le miraba con ese asombro en que se trasparente algo del miedo que inspiran las fieras aunque se las vea á través de los hierros de su jaula.

Cristóbal de Mendavia estaba encerrado en la jaula de su miseria.

El mozo de la hostería habia entrado cargado de leña, la habia puesto en la chimenea, la habia encendido y esperaba órdenes.

—Traed lo mejor que haya en la hostería, dijo don Rodrigo Calderon.

—Faisan, tórtolas, codornices, pastel de hígado, truchas, anguilas, conservas, frutas secas, contestó el mozo convirtiéndose en lista; pero todo fiambre; están apagados el horno y las hornillas, porque ya ve vuestra señoría que no es hora...

—Traed de todo lo que haya: vino del Rhin, de Madera. Id, id. El mozo salió.

—Y vos, señor alférez, ¿por qué no os quitais la capa? dijo don Rodrigo: está chorreando agua.

—Temo parecer demasiado astroso á vuestra señoría, contestó resoplando fuerte Cristóbal de Mendavia; porque mi colete y mis greñescos no alcanzan más que para lo de delante; por detrás son arpilleras; y gracias á estas botas viejas no se me vé la carne de las piernas. Así trata el rey á sus soldados que se han dejado la sangre y aun la carne en el Monferrato, en la Valtelina, en todas partes; estoy yo tan andrajoso como mi bandera cuando la metia entre el enemigo; pero á las banderas las honran los girones, y un hidalgo está mejor cuando bien recompensado lleva en sus galas el testimonio de que no se han olvidado sus servicios.

Don Rodrigo no contestó: era mucho más soberbio que el alférez, y se habia irritado por su brusca contestacion.

—Venid, señora, venid, dijo asiendo una mano á Inés y llevándola á la chimenea, junto á la cual habia un sillón; estais transida de frio.

Inés se dejó conducir.

Se sentó y quedó inmóvil con la cabeza inclinada sobre el pecho.

Don Rodrigo se sentó, y sin invitar á Cristóbal de Mendavia á que se sentase, le dijo:

—Necesito que me espliqueis algunas palabras que me habeis dejado oír: segun me habeis dicho, me esperábais.

—Si señor, contestó con audacia Mendavia; os esperaba desesperado, para venderos lo único que me queda: mi hija.

Inés se estremeció poderosamente.

Don Rodrigo hizo un gesto de viva repugnancia.

—¿Quién es quien más soberbia gasta en España? dijo Mendavia; don Rodrigo Calderon, marqués de Siete Iglesias. ¿Quién es quien más queridas cuenta y con más lujo las mantiene? don Rodrigo Calderon. ¿Quién es quien más puede con el Rey? don Rodrigo Calderon. Por eso he buscado á vuestra señoría.

Entró en aquel momento el mozo para cubrir la mesa.

Calló Mendavia y Calderon no contestó: anegó su mirada absor-ta en la hermosura de Inés.

Cuando hubo salido el mozo, despues de haber cubierto la mesa, dijo don Rodrigo.

—¿Quién os ha dicho que yo habia de pasar esta noche por la Bajada de los Ángeles? dijo don Rodrigo como si no hubiera oído las palabras que acababa de decir Mendavia.

—Calcetilla, paje de la señora doña Ana de Contreras, contestó Mendavia.

—¿Quién os ha dicho que yo conocia á doña Ana?

—Mi necesidad, señor.

—Esplicáos.

—Cuando un hombre necesita mucho, procura agarrarse á buenas aldabas, y como vuestra señoría es la mejor aldaba á que puede agarrarse un desesperado, dije yo para mí: Busquemos un secreto del señor marqués de Siete Iglesias.

—¡Ah! pues me parece bien, dijo con un acento particular don Rodrigo; ¿secreto importante para mí creéis que sea mi afición á doña Ana de Contreras?

—Como que es hija del consejero de Castilla don Francisco de Contreras, que es uno de vuestros mayores enemigos, por lo mismo que es uno de los mayores amigos del señor don Gaspar de Guzman, conde de Olivares.

—Mucho sabeis.

—En palacio, señor, los pretendientes hablan de todo y lo husmean todo, y hace diez años que ando yo agujereando mis botas sobre las losas del patio del alcázar.

—Malos tendreis vuestros papeles cuando nada habeis conseguido.

—Lo que tengo mala, señor, es la fortuna.

Volvió á callar Mendavia, porque habia vuelto á entrar el mozo de la hosteria, trayendo en una gran bandeja viandas y botellas.

Don Rodrigo habia vuelto á la contemplacion de Inés, que permanecia inmóvil y abatida.

—¿Habeis traído ya lo que es menester? dijo don Rodrigo al mozo.

—Si señor; he servido á vuestra señoría todo lo mejor que hay en la casa.

—Pues bien, idos y no volvais hasta que se os llame.

El mozo salió.

—Cenemos, dijo don Rodrigo.

Y se levantó.

Inés permaneció inmóvil.

Del mismo modo inmóvil y de pié permaneció el alférez Mendavia.

—¿Qué, no teneis apetito, señora? dijo don Rodrigo; aqui hay un faisán excelente.

—Gracias, señor; no puedo, contestó tristemente Inés.

—¡Ah! el Rhin es un gran vino, dijo don Rodrigo.

Y tomando una botella, llenando un vaso y llevando el vaso á Inés le dijo:

—Bebed y él os traerá el apetito.

—¡Vino! exclamo Inés; vino, si.

Y tomó el vaso con una mano que temblaba, y en un movimiento marcadamente nervioso le llevó á sus lábios yapuró de un trago su contenido.

Devolvió el vaso á don Rodrigo.

—¿Quereis más? dijo éste.

—No; más no, contestó Inés.

Y volvió á su inmovilidad y á su abstraimiento.

—Sentaos, comed y bebed, dijo don Rodrigo á Mendavia.

Y volvió á sentarse junto á la chimenea, frente á Inés, anegándose de nuevo en su contemplacion.

Mendavia arrojó su sombrero sobre la estera, tomó una silla, se sentó junto á la mesa, llevó á si un pastel y una botella, y se puso á comer con la voracidad de un lobo.

—Esto es exquisito, dijo; sobre todo para un hombre que no ha comido en dos dias.

Y asiendo la botella bebió en ella misma.

—Yo quiero comer así todos los días, añadió, pero sin que el agua en que está empapada mi capa me llegue á la carne; yo comeré así, porque vuestra señoría me hará rico.

—Decid por qué.

—¿Por qué? ¿por qué? ¿Puede vuestra señoría fiarse de algo? ¿no vendé á vuestra señoría su antiguo criado Juan de Juara?

—Mucho se sabe en las galerías del alcázar, dijo con cierto cuidado don Rodrigo.

—Sí, sí señor; en algo se han de entretener las largas horas que se pasan sin alcanzar una audiencia.

—Vengamos á doña Ana de Contreras.

—Yo dije, contestó Mendavia con la boca llena, el marqués de Siete Iglesias á pesar del engrandecimiento á que ha llegado, no ha perdido la afición á las mujeres, ni á las aventuras, ni á rondar de noche, como cualquiera otro galán: sepamos cuál es la aventura que entretiene ahora al señor marqués de Siete Iglesias; y me puse en en acecho de vuestra señoría, y aunque pasasen muchas noches sin que vuestra señoría saliese, al fin salió una, á la media noche, rebozado y solo, y yo que olí á aventura ó cita, me fui detrás, de tal modo y con tal recato, que sin perder á vuestra señoría de vista, vuestra señoría no podia reparar en que le seguía. Por último, vuestra señoría se detuvo á lo último de la Bajada los Ángeles, junto á los Caños del Peral, frente á la casa de don Francisco de Contreras, ó más bien, frente á una gran casa, porque entonces no sabia yo que quién en aquella habitaba era el don Francisco de Contreras. A poco llegaron unos músicos, que tañeron y cantaron sin que se abriese en la cerrada casa, balcon, reja ó ventana, y al cabo de dos horas de música, los músicos fueron despedidos, y vuestra señoría se volvió de muy mal talante á su casa. Al dia siguiente supe yo que en la dicha casa vivia el consejero de Castilla don Francisco de Contreras, viudo y con una sola hija: y estando yo averiguando, salió con unas galas que valian un mundo, y con rodrigon y dueñas y paje, con cojin y silla de tijera, y se fué á oír la misa mayor á las Descalzas Reales: que la hija del consejero hacia sufrir á usia desdeñes, lo decia claro el no haberse asomado la noche anterior durante la música: y cuando una mujer desdeña á un hombre tan principal, antes que en todo hay que pensar en que quiere á otro.—Pues bien, dije yo; es necesario averiguar quién es el otro á quien quiere esa hermosa señora, para quitarle de enmedio el estorbo al marqués de Siete Iglesias, y facilitarle la conquista de doña Ana, por aquello de

querey muerto otro al puesto: pero nohay otro, porque si lo hubiera, como doña Ana es camarista de su magestad la reina, y en palacio se sabe todo, si lo hubiera habido hubiérase murmurado de ello.

—Vos, á lo que parece, servis para todo, señor Mendavia.

—Algo más ¿y qué es decir algo? muchísimo más que Juan de Juara y Agustin de Avila, el alguacil del Santo Oficio.

—Continuad, señor Mendavia.

—Yo tenia que asirme á algo para serviros, y me así á Calcetilla, un page talludo que lleva el cogin á doña Ana: tuve la suerte de que un esclavo negro de don Baltasar de Zúñiga fuese el cortejo favorecido de una Juliana, doncella de doña Beatriz de Zúñiga, esposa del condé de Olivares, de cuya estaba y está perdidamente enamorado Calcetilla, el page de doña Ana; y como acontecia, segun resultó de mis averiguaciones, que la Juliana y Calcetilla se querian que bebian los vientos el uno por el otro, y que si Juliana favorecia al negro era de miedo de que el negro no la matase, y que si Calcetilla no se acercaba á Juliana era de miedo de que le matase el negro, yo entrecogí un dia al señor Calcetilla y le dije:—Yo soy un hombre que valgo por diez: yo sé que vuesa merced, señor page, tiene sobre la punta de la nariz una mosca negra: ¿cuánto me dá vuesa merced porque yo le quite de sobre la nariz esa mosca?—Pobre soy, me dijo Calcetilla; pero ya habrá bien veinticinco ducados para darlos á vuesa merced si me quita de enmedio al negro.—Pues vaya vuesa merced contando el dinero, porque mañana, si vuesa merced es hombre de buen cumplimiento, tendrá que dármelos.—Y no dije más y me fuí: y al otro dia por la mañana busqué al page Calcetilla y le dije:—Venga vuesa merced conmigo.—Y le llevé al hospital de Anton Martin, y le enseñé en la capilla de los muertos al negro, que tenia un tal tajo en la garganta, que á poco más, la cabeza vá por un lado y el cuerpo por otro: como que mi espada es de costilla de vaca, ancha de tres dedos y mellada como una sierra de tanto haber besado espadas enemigas: y con buenos puños y cinco palmos de larga, puede vuestra señoría calcular lo que será un tajo mio de buen aire.

Se oyó en aquel momento en la calle, muy cerca de la hosteria, una detonacion semeiante á la de un pistoletazo.

—¡Ah! exclamó Mendavia; ¡cobarde! ¡infame! yo no sé cómo hay quien use armas de fuego habiendo espadas.

—¿Habeis comido ya y bebido lo que habeis menester? dijo don Rodrigo.

—Si señor, contestó Mendavia; y juro á Dios, que mejor comida no la he hecho en todos mis dias.

—Pues tomad eso, dijo don Rodrigo, tirando sobre la mesa un bolsillo en que habia trescientos doblones en oro; salid á ver lo que ha sucedido en la calle, y mañana id á mi casa á decirme lo que hubiere y á que continuemos nuestra conversacion.

Mendavia asió con una precipitacion febril el bolsillo, se le enardeció la sangre al sentir su peso, levantó del suelo su sombrero, y se dirigió á la puerta.

—¡Qué! ¿me dejais aqui, padre, sola con este hombre? exclamó Inés levantándose violentamente.

—¿Y qué mejor compañía puedes tener, contestó Mendavia, que el señor marqués de Siete Iglesias?

—Quedaos, dijo don Rodrigo, que se habia levantado, interceptando el paso á Inés.

Aquel quedaos habia sido pronunciado con gran dulzura y gran cortesania.

Inés se dejó caer de nuevo abatida en el sillón.

El alférez Mendavia salió.

Don Rodrigo volvió á sentarse frente á Inés.

### CAPÍTULO III.

De cómo Inés demostró que valia mucho más que lo que habia entrevistado en ella don Rodrigo Calderon.

—Ese hombre no es vuestro padre, dijo don Rodrigo apenas quedó solo con la jóven.

—Bien lo creo, dijo esta vivamente encendida: un padre, por malo que sea, no vende á su hija.

—No lo digo yo por eso, contestó Calderon; porque padres hay que merecian ser quemados por el Santo Oficio: dígolo porque vos tan hermosa, tan dama, tan delicada, no podeis ser hija de ese jabalí, humano, de ese mónstruo en la figura y en el alma.

—Tengo el retrato de mi madre, y puedo haceros conocer por él que mi madre y yo nos pareciamos mucho.

—¿Y dónde teneis ese retrato, señora?

—En mi casa, es decir, casa de mi padre, escondido bajo un ladrillo; porque el retrato está en un relicario de oro, y le hubiera vendido mi padre.

—¿Habeis sido pues alguna vez ricos?

—Dicen que mi madre lo era, y mucho; pero yo no he conocido esa riqueza: los mejores años de mi vida fueron los que pasé de los seis á los doce en el convento de las madres de Vallecas; mi padre estaba entonces en la guerra, y á lo que parecia no sin dineros,

porque pagaba por mí buenos alimentos á las madres. A los doce años me sacó del convento: desde entonces no he sufrido más que desgracias y miserias, dias sin pan, noches sin lecho, continuamente el trato insoportable, la palabra grosera de hombres perdidos amigos de mi padre, el escándalo continuo de una casa de vecindad. ¡Yo no sé cómo vivo!

—Y decidme, señora: ¿cómo es que en medio de tanta miseria vuestro padre no os ha pedido para venderle el retrato de vuestra madre?

—¡Ah! no sabe que le tengo.

—Y bien ¿cómo puede ser que no lo sepa?

—Oid: un dia, hace dos años, en ocasion en que yo estaba sola en casa, entró una dueña á quien recibí con aspereza, porque temí fuese portadora de un infame mensaje. La dueña me tranquilizó, y me dijo que era una antigua amiga de mi madre, y que esta, antes de morir, la habia confiado el encargo de entregarme su retrato. Y sacó un relicario con una cadena de oro, le abrió por un lado, y me dejó ver una dama enteramente parecida á mí. Le abrió por el otro, y vi un rizo de cabellos rubios como los míos. La dueña, á pretesto de que temia la vuelta de mi padre, se fué en cuanto me hubo entregado el relicario. No la he vuelto á ver más. Yo escondí el relicario bajo una baldosa por miedo de que me le arrebatase mi padre.

—Aquí hay un misterio, señora: vuestra madre ha podido muy bien no ser esposa, ni aun amante del alférez Mendavia.

—Él me llama su hija.

—Nada prueba eso tampoco; pero cenemos, doña Inés.

—¿Por qué me llamis doña Inés?

—Porque os tengo por dama, no solamente por vuestra hermosura, sino por la buena crianza que demostrais, y porque hay en vos, en vuestra frente, en vuestros ojos, en vuestra boca, en vuestra actitud, una nobleza indudable: sois una diosa, señora; y si en vez de ese pobre traje, vistiérais sedas y brocados, y entrelazárais perlas en vuestros cabellos...

—¿Qué os he hecho yo para que me insulteis? dijo con una gran dignidad, con un altivo desprecio, con un disgusto profundo Inés.

—No lo he dicho por ofenderos, dijo algo desconcertado á pesar de su audacia don Rodrigo.

—Pues á creeros, me habeis ofendido sin pensarlo; y ciertamente debia daros vergüenza de una tal torpeza, siendo vos quien sois,

habiendo llegado á tan alto, y gozando como gozais reputacion de hombre de buen ingenio.

—¿Es decir, exclamó alentándose don Rodrigo, que vos me conocéis de antes de ahora?

—De oídas; porque ¿quién no conoce de oídas al soberbio marqués de Siete Iglesias? todos hablan de vos, de vuestra magnificencia, de vuestras riquezas, de vuestro poder: dicen que teneis sorbido el seso al duque de Lerma, que haceis de él lo que quereis; y como el duque de Lerma tiene sorbido el seso al rey y hace del rey lo que quiere, dicen que vos sois el rey de España.

—¿Y no os enorgullece, señora, que un rey se rinda á vuestros piés?

—¡Qué rey! dijo Inés posando grave y fijamente sus resplandecientes ojos en don Rodrigo: ¡qué rey tan insensato que no vé que el trono que tan audazmente pisa, puede convertirse en un cadalso!

Tembló de los piés á la cabeza don Rodrigo.

—¡Un cadalso! exclamó; ¡un cadalso! oid, doña Inés: un día en la Plaza Mayor, donde se celebraban justas y cañas en festejos de la jura del príncipe don Felipe, yo, que cabalgaba sobre un hermoso obero, resplandeciente de joyas y de galas, yo que era victoreado por todos, yo, en quien se fijaban amantes los ojos de las damas más hermosas de la córte, y las miradas envidiosas de los hombres, yo que gozaba del favor del rey, fui asaltado por una triste idea.—¿Quién sabe, dije, si algun día llenos de gentes los balcones y las galerías de esta plaza, me verán degollar sobre un afrentoso cadalso, cambiado en miseria y lástima toda la grandeza que ahora me rodea?

—Os hablaba vuestra conciencia, Dios, dijo con acento solemne Inés.

—¡Mi conciencia! ¡mi conciencia! dijo sordamente don Rodrigo.

—Sí: dicen que vos habeis cometido muchos malos hechos por ansia del dinero; que habeis matado á vuestros enemigos; los unos, con el veneno; los otros, con el hierro.

—¡Eso dicen! ¡eso se atreven á decir de mí!

—Cuando no escuchais, cuando ninguno de los que os sirven escuchan, las gentes os acusan de horrendos delitos: estais aborrecido por todos.

—¡Aborrecido! comprendo que me aborrezcan mis enemigos,

aquellos cuyo acrecentamiento impido; pero que me aborrezcan todos.

—Sí, continuó seriamente Inés; porque todos sienten vuestra mano en sus bolsillos; porque todos dicen que vos manteneis con vuestros malos consejos guerras inútiles, que tienen pobre á España; que vos os entrometeis en todo, en las alcabalas, en los arbitrios, en los diezmos, en las bulas; que el que quiere poner un puesto de zapatero de viejo, ha de pedir licencia y pagárosela: que los tahoneros os han de pagar un tanto por cada piedra de sus tahonas, y cada barbero otro tanto por la piedra de afilar sus navajas: que teneis en muchas partes regimientos perpétuos, por los cuales chupais cuanto podeis; que no hay cosa, en fin, que no volvais en vuestro provecho, y que vuestra hacienda va siendo ya más grande que la hacienda del rey.

—¿Y quién os ha dicho tanto? dijo fuertemente contrariado don Rodrigo.

—En mi casa vive, entra y sale mucha gente, y todos hablan mal de vos.

—Nos hemos entrometido en una conversacion inútil, doña Inés, dijo don Rodrigo: cenemos.

—Sí, cenemos, dijo Inés; la debilidad es en ocasiones un peligro; cenemos.

Y se acercó á la mesa.

Don Rodrigo cortó las pechugas del faisán, y las sirvió á Inés, se sirvió él, llenó de vino los vasos y dijo:

—Ocupémonos de vos: ¿qué deseais?

Inés levantó sus hermosos ojos y los posó en don Rodrigo.

—Deseo entrar en un convento, ser esposa de Dios.

—¿No habeis amado nunca?

—Nunca.

—¿Podeis levantar sin temor vuestra frente entre las castas esposas del Señor?

Inés se puso sucesivamente roja y pálida, y contestó con la mirada resplandeciente de pureza:

—Sí, yo soy una mujer sin mancha.

—Entonces doña Inés, no sereis monja, al ménos consintiéndolo yo; buscad otro acomodo.

—¿Otro acomodo? ¿me prometeis procurármelo?

—Sí, aunque me cueste un sacrificio.

—Mi padre es hidalgo de solar.

—¡Y bien! ¿qué?

—Mi padre es valiente, y si se ha olvidado alguna vez de su honra, la culpa ha sido de su desesperacion.

—Y bien....

—Sois, creo, capitán de la guardia alemana del rey.

—Es verdad, dijo don Rodrigo.

—Pues bien, haced á mi padre alférez de la guardia alemana.

—¡Ah! es demasiado; ¡alférez de la guardia alemana á un asesino!

—¿No sois vos su capitán?

Don Rodrigo miró de una manera fija y sombría á Inés.

Sabia todo el mundo que jueces que le habian procesado, habian sido perseguidos, desterrados, privados de sus oficios, y más de un enemigo de don Rodrigo habia sido muerto de una manera oscura.

Y por último, el título de Marqués de Siete Iglesias, que le habia sido concedido, representaba descaradamente siete asesinatos.

Esto no pasaba de ser un rumor, en cuanto al número de los delitos, oriñinado por lo de las siete iglesias del título de don Rodrigo.

—Muy valiente sois, dijo conteniendo su irritacion á duras penas don Rodrigo.

—Soy tan desventurada, dijo Inés, que nadie puede hacer mayor mi desventura.

La pobre niña se convertia para él en la voz severa y acusadora de la conciencia, que nada teme de la verdad, que aun con el silencio habla.

En efecto, don Rodrigo Calderon tenia sobre sí crímenes de todo el mundo conocidos, y de cuyo castigo se habia librado á causa de su privanza con el duque de Lerma, que le habia procurado del rey cédulas de perdon y *liberacion* de sus delitos, cualquiera que estos fuesen.

Pero nadie se habia atrevido como Inés, á recordar cara á cara estos delitos á don Rodrigo, porque don Rodrigo era un poder formidable.

—¿Y os creéis aun desventurada cuando yo os digo que os amo? contestó don Rodrigo, á quien fascinaba la hermosura de Inés.

—Vuestro amor aumentaria mi desventura si fuera posible aumentarla, dijo Inés.

—En fin: ¿qué puedo yo hacer para que me creáis vuestro amigo?

—Nombrad á mi padre alférez de la guardia alemana.

—¿Y por qué os interesais de tal modo por un hombre que indudablemente no es vuestro padre?

—Y ¿por qué no ha de ser mi padre?

—Un padre no vende á su hija.

—Mi padre está desesperado: tal vez si mi padre ha pretendido venderme, es porque quiere mejor verme deshonrada que muerta.

—Contad con que vuestro padre será alférez de la guardia alemana. ¿Pero qué puedo yo esperar en recompensa de lo que hago por vos?

—Volveos á doña Ana de Contreras: y lo mejor que pudiérais hacer, don Rodrigo, sería volveros á vuestra esposa.

—De manera, que nada puedo esperar de vos.

—Nada.

—¿Ni aun el aprecio? ¿ni aun la amistad?

—¡Ah! no mereceis el aprecio de nadie.

—¿Sabeis, señora, que estais demasiado cruel conmigo, y que me provocais? ¿Os habeis propuesto que yo me desespere, para tener siempre un pretexto para disculparos, para reconvenirme?

Y don Rodrigo dió un paso hácia Inés.

Esta se apoderó de uno de los cuchillos que estaban sobre la mesa.

—No querais, dijo, que yo haga conmigo lo que probablemente hará alguna vez con vos el verdugo.

É Inés puso el filo del cuchillo sobre su garganta.

—¡Ah! exclamó don Rodrigo; ¿quién os ha traído junto á mi?

—Mi desventura.

—¿Qué quereis que haga, señora, para que os tranquiliceis?

—Enviad á una persona á mi casa que busque á la señora Mónica; que la diga que estoy enferma en esta hosteria, y que la espero.

Don Rodrigo llamó.

Apareció el mozo.

—¿Y dónde vivis, señora? dijo don Rodrigo.

—En la calle de la Palma Alta en la casa de vecindad, número veinte. Que pregunten por la señora Mónica, la del alguacil, y que venga aquí con su marido.

—Ya lo ois, dijo don Rodrigo al mozo: que vayan á avisar á esa señora Mónica.

—Es muy tarde, se hace muy oscuro, llueve y están las calles muy malas.

—Iré yo, pues, dijo don Rodrigo; acompañadme vos: vos permaneced aquí: nada teneis que temer; yo volveré pronto con esa mujer.

Y don Rodrigo salió.

Se le habia ocurrido un pensamiento que él solo podia poner en ejecucion.

Inés se quedó sola y con el cuchillo de mesa aun en la mano.

—¡Oh! sí, dijo; cuando mi padre sea alferez de la guardia alemana, no tendremos miseria y no querrá venderme: ¡oh, qué noche tan terrible, Dios mio! abandonada en poder de un infame; Dios me ha salvado.

---

## CAPITULO IV.

De cómo Inés encontró el amor, dónde, como y cuándo menos lo esperaba.

Cuando salió don Rodrigo, vió que á poca distancia de la hostería las luces! que producian algunaslinternas, que unos bultos negros tenian en la mano.

Al acercarse vió que aquellos bultos componian una ronda.

—¡Ah! he aquí, dijo, que me encuentro á mano con lo que no creia fácil encontrar en una noche tan lluviosa: un alcalde con su ronda: ¿y qué diablos hace aquí esa ronda?

Don Rodrigo se acercó.

Al acercarse reconoció al alcalde.

—¡Ah señor Diego Arias Parejo, le dijo llegando á él.

El alcalde levantó su linterna é iluminó de lleno el semblante de don Rodrigo.

—¡Ah! exclamó con un acento profundamente respetuoso; señor marqués de Siete Iglesias.

—No os descubrais por Dios, señor Arias Parejo, está lloviendo á cántaros.

—¿Y qué quiere vuestra señoría? sea la noche buena ó mala, los alcaldes de su majestad tenemos que cumplir con nuestra obligacion.

—¿Y cuál es la que teneis que cumplir en esta calle y en estos momentos?

—Hace muy pocos minutos, dijo Arias Parejo, pasaba yo por aquí con un encargo bastante grave, cuando uno de mis alguaciles tropezó con uno que parecia un cuerpo difunto: avisóme de ello, le reconocimos, y hallamos que no estaba muerto, sino desmayado por la pérdida de la sangre, con una herida de bala en el pecho.

Don Rodrigo recordó la detonacion que habia oido desde el interior de la hosteria.

—¿Y dónde está ese hombre?

—He mandado que le pongan bajo aquel soportal y he esperado; porque á veces sucede, que el que mata á un hombre vuelve al sitio donde le ha matado, no se sabe por qué; pero yo llevo largos años de alcalde, y he observado muchas veces que el asesino volvia á buscar á su víctima, cayendo en manos de la justicia, sin duda porque así lo quiere la justicia de Dios.

—No vayais á creer, señor Arias Parejo, que porque yo he venido á meterme entre vuestros alguaciles, soy quien ha matado á ese pobre hombre, á quien ni siquiera conozco.

—¿Y quién habia de creer eso de vuestra señoría? dijo servilmente el alcalde.

—Veamos, veamos, dijo don Rodrigo, puesto que no ha muerto aun, por si puede salvársele: ya sabeis que yo soy muy caritativo.

—¡Oh! ¡quién lo duda, señor, quién lo duda! venga vuestra señoría.

Y entraron en un soportal, esto es, en una parte de la via pública, colocada á lo largo bajo las casas, sostenida por postes de piedra.

Quedan aun así muchos soportales en Madrid: sobre las losas desiguales, viejas, rotas, cubiertas del barro que habian dejado sobre ellas los transeuntes, habia un jóven al parecer estudiante; un jóven fuertemente bello, de fisonomía distinguida, y que por lo rico de su traje de estudiante, esto es, porque en vez de ser bayetas burdas, eran su manteo y su sotana de paño negro fino de Segovia, y porque llevaba espada, se comprendia era hijo de una casa principal.

En aquellos tiempos habia tres clases de estudiantes: la democracia, ó lo que es lo mismo, los sopistas, los harapientos, los lustreros, los buscavidas, los de la pandereta y la guitarra, los galanteadores de las dueñas cincuentonas de casas de huéspedes pobres,

los revoltosos, los diabólicos; en una palabra, la canalla universitaria, en la cual abundaban los grandes talentos, y de la que han salido muchos grandes hombres: la clase media, esto es, los hijos de familia de modesta fortuna, los morigerados, los hipócritas, los que renunciaban á las travesuras estudiantiles y á las muchachas, no porque no se desviviesen por ellas, sino por no ser despedidos por el canónigo ó por el gran señor, á quien servian como pajes y que les costeaba los estudios: por último, la aristocracia, esto es, los nobles segundones, á quienes se hacia estudiar Derecho para hacer de ellos alcaldes y oidores, raza estudiantil insolente que á todo se atrevia porque llevaba plata en su escarcela y al cinto espada y daga; burladores de mujeres, alborotadores, camorristas, escándalo de mancebias y hosterías; plaga insoportable, á la cual fruncia el gesto todo el mundo, ménos las muchachas que se burlaban de todo y campaban por sus respetos.

Á esta categoría estudiantil pertenecia el bello jóven que estaba bajo los soportales, tendido, pálido, inmóvil y con los ojos cerrados.

—¡Es extraño! dijo don Rodrigo; ¿qué hace en Madrid este estudiante durante el curso?

Debemos advertir, que en Madrid no habia universidad, y que las más próximas eran la de Alcalá y la de Sigüenza.

Pero no habia que pensar en que aquel estudiante de primera raza perteneciese á la universidad de Sigüenza, á la que solo acudian pelones.

Por su traza, era necesariamente de la de Alcalá ó de la de Salamanca.

—No hay que extrañarlo, dijo el alcalde; porque ha de saber vuestra señoría, que estos estudiantes, como son ricos, hacen lo que quieren de los maestros, y alcanzan á veces licencia de un mes para ausentarse de la universidad, á pesar de lo cual ganan el curso: habria que poner remedio en esto; porque todos los alcaldes y los oidores, y los prevendados que han sido estudiantes ricos, han sido despues unos asnos; vergüenza de la universidad donde han cursado; yo he sido quince años sopista, señor marqués.

—Ya, ya sè, señor Diego Arias Parejo, que teneis las leyes y los cánones en la uña, y que sois tan latino y tan griego como Ciceron y Demóstenes: lástima grande que no hayais pasado de alcalde el crimen; será necesario haceros alcalde de Casa y Córte, cuando no oidor.

—¡Ah, señor! ¡ilustrísimo señor! exclamó encorvándose y todo compungido el alcalde.

—Pero entretanto, no se socorre á este pobre muchacho, dijo don Rodrigo, y no debemos olvidarnos de la caridad; que le levanten con todo el tiento que puedan los alguaciles, que yo sé lo que es estar herido, y llevémosle á la cercana hostería del Ciervo Azul.

Lo que don Rodrigo queria, era desembarazar de aquel atun al alcalde.

—Ministros, dijo este: alzad al herido con toda la delicadeza posible, y para ello, haced una como camilla de vuestras capas.

—Están mojadas, señor alcalde.

—Mejor; á los heridos de bala les hace provecho el fresco.

Los alguaciles pusieron estendidas tres capas, la una sobre la otra, y colocaron al herido sobre ellas.

Al levantarle, el jóven se quejó vigorosamente.

—¡Ah! pues está más entero de lo que parecia, dijo el alcalde; vamos, vamos, trasladémosle á la hostería del Ciervo Azul.

Los seis alguaciles sin abandonar sus linternas, echaron cada uno una mano á los bordes de las capas, levantaron con facilidad al herido, y se pusieron en marcha seguidos por don Rodrigo y por el alcalde.

Delante iba el mozo de la hostería, que llegó á su puerta y la abrió, porque se habia provisto de una llave.

Fue llamado el dueño de la hostería, y colocado el herido en un medianejo lecho, en uno de sus aposentos.

—Dejad aquí un alguacil de guardia, enviad otro en busca de médico y cirujano, y venios conmigo, que os necesito, alcalde.

—Todo entero estoy á las órdenes de vuestra señoría, dijo este.

—De mi cuenta corre, dijo don Rodrigo al dueño de la hostería, cuanto se gaste en la curacion de ese pobre ó su entierro si muere: yo soy el marqués de Siete Iglesias.

—¡Ah! descuide vuestra señoría, dijo el hostelero inclinándose profundamente.

—Marchemos, dijo don Rodrigo al alcalde: vos quedaos, añadió dirigiéndose al mozo que le habia acompañado: ya no me haceis falta: cuidad y servid á la persona que se queda abajo.

—Muy bien, ilustrísimo señor, contestó el mozo.

Don Rodrigo y el alcalde salieron del aposento.

Uno de los alguaciles se quedó junto á su puerta, sentado en una

silla, junto á un corredor: otro habia ido en busca de un médico y de un cirujano.

Don Rodrigo y el alcalde con los otros cuatro alguaciles, salieron de la hostería.

—¿Qué persona es la que te ha dicho que cuides y sirvas el señor marqués de Siete Iglesias, Periañez? dijo el hostelero.

El mozo se llamaba Pedro Yañez; pero su nombre y su apellido se habian ido trasformando, hasta constituir por modificacion y contraccion, el nombre Periañez.

—¡Ah! calle vuesa merced, dijo el mozo; es una pobre doncella; pero tan hermosa, aunque está pálida y flaca y mal traída, que yo no he visto dos como ella; y es honrada como el fuego; ¡si viera vuesa merced qué cosas le ha dicho al marqués de Siete Iglesias, que la pretendía!.. Su padre es un bribon; la ha dejado sola con el otro, y ya sabe vuesa merced la mala fama que tiene el marqués de Siete Iglesias.

—Y dime tú, picaro, exclamó el hostelero; ¿por qué echas tú sobre mi casa estos peligros? ¿pues qué, no sabes tú los trastornos y las desdichas que trae á una casa pública, un desafuero contra una doncella? ¿quieres tú, mal cristiano, pecador que eres, que echen á tu amo á galeras?

—No se alborote vuesa merced sin oirme, señor amo, que yo no pude hacer otra cosa: llamaron en nombre del rey, y se metieron aqui los tres: quiero decir; el marqués de Siete Iglesias, el soldadote y su hija.

—¿Y por qué no me avisastes, mal nacido y peor criado? dijo el hostelero cerrando los puños, y echando lumbre por los ojos: mira tú qué trastorno has traído á mi casa!

—Es que vuesa merced duerme como un liron, y echa un génio de dos mil y más diablos cuando se le despierta á deshora; y como yo estaba al cuidado y nada malo sucedia ni podia suceder, porque yo no soy hombre que consienta que se ofenda á Dios pudiendo yo estorbarlo, y como lo que pidieron de cenar podialo yo servir, no quise dar un mal rato á vuesa merced despertándole, porque no habia para qué.

—¿Dónde está esa doncella? dijo el hostelero templándose algo, ó por mejor decir, resignándose á la situacion.

—Abajo en la sala de la chimenea, donde he puesto un buen fuego.

—¿Han hecho mucho gasto?

—Unos diez ducados.

—¿Y quién los ha pagado?

—Nadie; pero ¿quién los ha de pagar con todos los otros gastos que sobrevengan, más que el marqués de Siete Iglesias? y ya sabe vuesa merced que en esto de gastar no se va á la mano el marqués, y que tiene fama de dadivoso. Fortuna habeis hecho, señor Gil Diaz, y sabe Dios lo que resultará de esto y lo que ós tendrá que agradecer el marqués, que nunca se queda corto en pagar los agradecimientos.

—Quédate, quédate tú aquí al cuidado del herido, que yo voy á ver qué casta de pájaro es esa doncella, no sea que por estar en hosteria tengamos gato en vez de liebre.

Y el hostelero bajó al aposento donde sentada junto á la chimenea y profundamente pensativa estaba Inés.

—Dios os guarde, dijo con muy buen modo el señor Gil Diaz, prevenido, en cuanto la vió, en favor de Inés.

—Guárdeos Dios, contestó esta levantando la cabeza y mirando con cuidado al hostelero.

—Yo soy, dijo éste, Gil Diaz, dueño de la célebre hosteria del Ciervo Azul.

—Y bien, dijo con una lijera impaciencia Inés; ¿qué me queréis?

—Nada, sino serviros, señora, dijo Gil Diaz cada vez más dominado por la hermosura, por la manera y por la expresion de Inés.

—Decídmeme, ya que habeis venido, ¿qué gente es la que ha entrado en la hosteria? era mucha gente, he sentido sus pasos subiendo por las escaleras.

—Eran el señor marqués de Siete Iglesias, un alcalde de ronda y seis alguaciles que han traído un jóven estudiante muy mal herido el infeliz.

—¿Han vuelto á salir? dijo Inés.

—Sí, pero se han dejado arriba, en un aposento y en un lecho al mal aventurado estudiante.

—¿Y decís que está gravemente herido?

—Dios quiera que sane, dijo el hostelero.

—¿Y quién cuida de él?

—En casa no hay mujeres, no hacen falta; son un inconveniente: si feas y viejas, no quieren los huéspedes que los sirvan; si jóvenes y lindas... Dios me libre, no quiero estar en pecado mortal.

—Llebadme donde está ese infeliz.

—¿Y qué dirá el marqués de Siete Iglesias?

—En atrevimientos os meteís á que no se os ha dado ocasion, dijo con una suprema dignidad Inés, que se habia puesto de pié: ¿qué me importa á mí ni del marqués de Siete Iglesias ni de vos ni del mundo entero, ni más que de Dios que vé el corazon de sus criaturas?

—Bien decia Periañez cuando me dijo que sois honrada y pura como el fuego.

—Pero arriba hay un pobre herido, una criatura de Dios que sufre entregado á mozos de hostería; llebadme allá.

—¡Y luego dirán, dijo el hostelero, que no hay mujeres que parecen ángeles!... ¡benditas sean las mujeres cuando son buenas! vamos, señora; me alegro de haberos conocido y de que esteis en mi casa, porque estando vos en ella, no puede suceder en ella nada malo.

Y el hostelero salió guiando á Inés, y alumbrando con una bujía que habia tomado del candelabro.

Subieron, y el hostelero introdujo en el aposento donde estaba el estudiante á Inés.

—Véte, dijo Gil Diaz á Periañez.

Este salió.

El hostelero salió tras él y cerró la puerta.

¿Qué habia qué temer estando tan herido el pobre jóven?

Inés se acercó al lecho, y experimentó una turbacion extraña, una angustia desconocida, al ver el bello, pálido y dolorido semblante del jóven.

Su mirada inflamada por una expresion nueva en ella, se posó intensa sobre los cerrados ojos del jóven, como si hubiera pretendido abrirlos: y aquellos ojos, como obedeciendo á un poder mágico, se abrieron, dejaron ver una expresion de asombro, de contento, de esperanza, y el jóven exclamó:

—¡Quién ha traído junto á mí á un ángel!

## CAPITULO V.

### La marquesa de la Fávara.

Retrocedamos á algun tiempo antes del momento en que don Rodrigo Calderon, Cristóbal Mendavia é Inés oyeron el estampido que habia resonado casi frente á la hostería del Ciervo Azul.

Frente á la hostería habia una grande, antigua y noble casa que ha desaparecido despues de sucesivas modificaciones, bajo una reconstruccion completa.

Esta casa estaba al lado de la iglesia de San Ginés.

Sus trece grandes balcones volados sobre pescantes de hierro, infinitamente mayor el del centro que los de los costados, con ornamentacion del Renacimiento, gran escudo coronándole, y bajo él, gran pórtico, la galeria de arquitos que corria sobre su fachada bajo un rico cernisamento, y las grandes rejas de su piso inferior, justifican la calificacion de noble que hemos dado á esta casa casi palacio.

Por la parte que correspondia á la calle del Arco de San Ginés, habia una tapia alta y en ella un postigo y dos rejas, á través de las cuales se veia un frondoso jardin, ó más bien huerto con grandes árboles frutales, galerías de parras, y en el centro una fuente de mármol blanco con un grupo medianamente artistico que representaba á Apolo y Dafne, en el momento de trasformarse en laurel para defenderse del Dios amante.

Las cocheras correspondían á la calle del Arenal, á la derecha de la casa, adheridas á ella, con dos inmensos portalones y solo de piso bajo, cubiertas por un ancho y pendiente tejado.

Más allá habia una larga y desigual hilera de casas bajas y pobres que venian á terminar en la Puerta del Sol, que era entonces en cuanto á su anchura, ni más ni ménos que una mediana calle, en la cual se alzaban los conventos de San Felipe el real, en la calle Mayor, el de la Vitoria á la entrada de la Carrera de San Gerónimo, frente á él el hospital del Buen Suceso, y delante la Mariblanca, fuente que pasó hace muchos años, y de la cual dentro de poco no quedará ni aun la memoria.

Lo demás eran soportales con tiendas bajo casas ruines.

La calle de Carretas, ocupada casi siempre por estos vehiculos de carbon, y las otras afluentes que aun existen, completamente modificadas, y algunas de ellas movidas de su lugar, como la del Carmen y la de los Preciados: el callejon del Cofre, que antes era uno de los michinales de la Puerta del Sol, ha desaparecido. La vieja casa de Oñate es la única que se resiste aun, empotrada en nuevas construcciones, afeando la calle Mayor y la del Arenal, y estrechando la anchura de esta.

¡Más valiera haber echado abajo la casa de Oñate y se hubiera dejado en pié la del marqués de la Fávara, que tenía mucho de noble y algo de artistico! Aquella casa habia sido construida en tiempos del emperador Carlos V, y con dinero de este, por cierta historia que habia tenido el emperador con la familia del marqués.

El poseedor del título y de la casa en los tiempos de Felipe III, era un palaciego oscuro considerado bajo el punto de vista de la intriga, si no de la nobleza y del dinero, porque don Álvaro de Arévalo era rico como un genovés y noble como el rey Wamba; pero como no se heredan ni se compran la dignidad ni el talento, don Alvaro de Arévalo no era otra cosa que uno de esos bajos y estúpidos instrumentos de que se valen para ciertos servicios especiales, de que no se encargaria ninguna persona medianamente decente, los hombres metidos de una manera seria en las intrigas cortesanas.

Don Baltasar de Zúñiga, ayo del príncipe don Felipe, era por decirlo así, el amo del marqués de la Fávara; y como don Baltasar de Zúñiga era por su hija doña Beatriz suegro de don Gaspar de Guzman, conde de Olivares, caballero mayor del príncipe de Asturias, y conocido despues del advenimiento al trono del príncipe

por conde-duque de Olivares, resultaba que don Alvaro de Arévalo era tambien criado de don Gaspar de Guzman: y como don Gaspar de Guzman no hacia otra cosa que lo que queria que hiciese el principe de Astúrias, y don Felipe, (despues el IV de gloriosa recordacion) tenia ya catorce años y hacia versos, y siempre á una Filis, porque el principe era prematuro en el galanteo, y como el marqués de la Fávara era generalmente el encargado de llevar estos versos á Filis, á una doña Fulana, acompañados siempre de un collar ó de un brazalete costeadó por don Gaspar de Guzman, porque el principe era muy pobre, venia á resultar que el marqués de la Fávara era con mucha frecuencia criado del serenísimo y precoz principe de Astúrias.

Esta y no otra era la significación que tenia en la corte el marqués de la Fávara.

Sabíanlo los cortesanos y aun los que no lo eran, porque la murmuracion de los palacios sale á mucha distancia, lejos de ellos, y sin embargo, nadie despreciaba; á pesar de sus bajos oficios al marqués, porque estos oficios eran entonces y lo son aun moneda corriente que nadie rehusa.

No habia grande ni chico que no quisiese hacerse una influencia.

El conde de Lemos habia sido años anteriores desterrado de la corte, á causa de una intriga del conde de Olivares, apoyada por don Baltasar de Zúñiga, no impedida por el duque de Uceda, y ayudada por el duque de Lerma, á causa de habérsele acusado ante el rey, de corruptor del principe de Asturias.

Por resultas de esto, don Baltasar de Zúñiga fué nombrado ayo de su alteza, el conde de Olivares su caballero y el duque de Uceda su camarero.

Lo que fué lo mismo que poner la educacion del principe bajo el cuidado de Zúñiga, palaciego acomodaticio, y entregarle á los manejos interesados de Olivares y Uceda. Pero nadie se atrevió á intrigar contra estos señores, y el rey no supo que su heredero presunto estaba en las peores manos del mundo, sino por el contrario, que se le educaba como convenia á un gran principe.

Conocianse en palacio nocturnas escursiones de su alteza, protegidas por sus servidores; repetíase el nombre de algunas cortesanas que viciaban al jóven principe, y el rey, sin embargo, nada sabia.

Las cosas habian ido de mal á peor.

El único obstáculo que hubiera podido oponerse á la traidora ambicion de los palaciegos, habia sido removido.

La pobre Margarita de Austria, esposa de Felipe III, habia muerto á 22 de Setiembre de 1611 á consecuencia, segun se dijo públicamente, del nacimiento del infante don Alonso, á quien por la muerte de su madre, se le renombró el Caro.

Pero un rumor sordo y terrible habia cundido por todas partes, atribuyendo á envenenamiento la muerte de la reina.

El nombre del envenenador se repetia en voz baja.

Este nombre era el de don Rodrigo Calderon, y conociéndose á Calderon como hechura del duque de Lerma, como favorito, como servidor ciego, la acusacion justa ó gratuita del envenenamiento de Margarita de Austria, venia á dar de rechazo en el duque de Lerma.

Poco despues sucumbió de una manera inesperada, sin enfermedad, de repente, Fray Luis de Aliaga, prior de Atocha, de la Orden de Predicadores, Inquisidor general, Archimandrita del reino de Nápoles, confesor del Rey y de su Consejo.

Esta muerte se atribuyó tambien á envenenamiento, y la opinion pública acusó á Calderon y á Lerma.

Fray Luis de Aliaga era notoriamente enemigo declarado de Lerma y habia adquirido una grande influencia sobre el rey: sobrevinieron en poco tiempo otras muertes violentas ya por hierro, ya por veneno, en personas notables, las unas por su posicion en la corte, las otras como agentes subalternos, pero conocidos: se vió á poco con escándalo, que por los oficios del duque de Lerma en provecho de su favorito, ya conde de la Oliva, el rey le creaba Marqués de Siete Iglesias.

El vulgo vió en esto una terrible irrision, una burla infame.

—Le han hecho Marqués de Siete Iglesias, decian: y contaban los asesinatos que se atribuian por aquel tiempo á don Rodrigo Calderon: por cada asesinato una iglesia.

Hay que tener en cuenta que entonces las iglesias eran lugares de inmunidad, de donde venia la frase de *tomar sagrado*.

Se contaban los asesinatos ciertos ó supuestos que se atribuian á don Rodrigo Calderon, y resultaba: la reina, Fray Luis de Aliaga, don Alonso de Carvajal, caballero del hábito de Santiago, el padre Cristóbal Suarez, de la Compañia de Jesus, envenenados: Pedro Caballero y Alonso del Camino, de la servidumbre del rey, y Juan de Juara, criado del mismo don Rodrigo, muertos á hierro. Total: uno

por cada una de las Iglesias del título concedido á don Rodrigo Calderon.

Vino á confirmar esto la cédula de perdon de todos los delitos que hubiera podido cometer, otorgada por el rey, segun ya hemos dicho, á Calderon; lo que confirmó á la opinion pública en la acusacion que habia fulminado contra don Rodrigo, de los asesinatos de las siete personas expresadas.

Sin embargo, el rey parecia ignorarlo todo, puesto que á pesar de ser Lerma su secretario universal, habia nombrado su secretario de Estado á Calderon, y se veia la grande influencia que este tenia en los negocios públicos, hasta el punto de eclipsar á Lerma; y no solo aparecia tan influyente como su patrono, sino que le igualaba en la representacion.

Lerma ostentaba un lujo escandaloso: tenia en torno suyo una deslumbrante corte. Su mesa era mejor que la del rey: las habitaciones de su palacio sobrepujaban en lujo á las reales cámaras; sus trenes y sus caballerizas aventajaban á las del rey.

Se hacia servir por gentiles hombres, camareros y pajes, como un principe; y él solo fundó más establecimientos piadosos que Felipe III. Y decimos más, porque habian sido más importantes y más costosas las fundaciones de Lerma.

Veamos: Felipe III habia fundado el convento de franciscanos de San Gil, el colegio de las Recogidas, y la hermita del Buen Retiro, hoy iglesia.

Lerma habia fundado el convento de capuchinos de San Antonio del Prado, el de clérigos regulares de San Felipe Neri y el de religiosas dominicas de Santa Catalina de Sena, todos con pingües rentas.

Don Rodrigo Calderon, conde de la Oliva, marqués de Siete Iglesias, no le iba en zaga; su lujo era mayor que el de Lerma su casa más ricamente alhajada; su servidumbre numerosa. Era además de sus títulos caballero del hábito de Santiago; tenia la encomienda de Ocaña: era capitan de la guardia alemana del rey; continuo de la casa de los reyes de Aragon; secretario del despacho universal; regidor perpétuo y alguacil mayor de la ciudad de Valladolid, mayordomo de las obras de ella, alcaide en propiedad de su cárcel, su archivero mayor y su correo mayor; tenia dos varas de regidor en la misma ciudad con voz y voto y primera antigüedad: otras dos con iguales privilegios en la ciudad de Plasencia: cobraba un maravedí por cada Bula de la Santa Cruzada de las que se imprimian en Valladolid, que le producian seis mil ducados de renta: tenía un

balcón perpétuo en la casa de Ayuntamiento de Valladolid: un aposento ó palco perpétuo en el teatro de dicha ciudad, y otro en el de la Cruz de Madrid: era patron del convento de Portaceli de Valladolid, y de la capilla del convento de Nuestra Señora de la Merced de Madrid: era regidor perpétuo de la ciudad de Soria con voz y voto; depositario general de Plasencia: tenia por merced la mitad de lo que los buzos sacaban del mar cuando naufragaba algun buque y con él cajones de oro y plata que venian de las Indias; tenia el diezmo del palo del Brasil que se conducia de Lisboa, que le producía ciento veinte mil ducados de renta anual; nadie sin su licencia podia tratar en las piedras de tahona ni de barberos que remitian á las Indias Orientales, lo que le producía muchos miles de pesos: últimamente, se averiguó que lo que entraba en su poder en cada un año por las rentas de juros, censos y casas que tenia, importaba doscientos mil ducados, suma enormísima, atendido el gran valor que entonces tenia el dinero.

Además de esto, poseía un tesoro en joyas, que fueron tasadas despues de su muerte en setecientos sesenta mil ducados (1): la ropa blanca se tasó en once mil trescientos ducados, y su casa con sus muebles, trenes y caballerizas en doscientos sesenta y cuatro mil setecientos ducados, todo lo cual ascendia á un millon novecientos cuarenta seis mil setecientos ocho ducados.

Todo esto se habia hecho en fuerza de audacia, de intrigas, de bajos servicios, de crímenes; pero podia decirse que don Rodrigo Calderon por su fausto, era el personaje que más relumbraba, y al que más se temia por su poder.

Los que murmuraban de él, los que le atribuian todo género de crímenes y de malas artes; los que suponian que habia dado hechizos al rey y al duque de Lerma, para apoderarse de su ánimo, lo hacian en voz muy baja, y solo cuando los escuchaban personas de confianza, por temor de una terrible venganza de don Rodrigo.

Y acontecia, que á pesar de su mala reputacion, de su soberbia, de su irascibilidad, de su egoismo, todos le adulaban, todos le servian, todos buscaban ansiosos una sonrisa ó una palabra benévola suya, y nadie se negaba á servirle, antes lo deseaban, por bajo que fuera el servicio, y nadie extrañaba se le sirviese bajamente, por alto que fuera el servidor.

El marqués de la Favara era uno de estos altos servidores infa-

---

(1) Ocho millones trescientos sesenta mil reales de nuestra moneda.

mes de don Rodrigo; pero no se decia de él hubiese servido en negocios lúgubres, esto es, en asesinatos, á don Rodrigo Calderon.

Se le tenia, sí, y con fundamento, por su corredor de impurezas, lo que no impedía que se le tratase con sumo respeto; porque era una gran recomendacion el marqués para don Rodrigo, y si el marqués servia á don Rodrigo ciegamente sin tropezar ni con una sombra de honra que se lo impidiese, consistia no solo en lo que le producian sus recomendaciones, sino tambien en la importancia que le daban.

El era uno de los grandes agentes de injusticias, cohechos y fraudes, tan comunes en aquella época.

Cuando se trataba de salvar á un bandido que tenia buenos patronos, de libertar de galeras á un empleado prevaricador de conceder titulos y dignidades á personas indignas ó incapaces de cualquier miserable negocio, en fin, que hubiese de resolverse favorablemente en la córte, se apelaba al marqués de la Fávara que aunque era muy rico, no se saciaba nunca de oro.

Necesario nos ha sido dar á conocer á este noble bribon, antes de dar á conocer á su ilustre esposa la señora doña Teresa Perez de Albornoz.

Era esta una dama perfecta en cuanto al espiritu, á la figura, á la educacion y á las maneras.

Se habia casado por razon de conveniencia diez años antes, cuando solo contaba diez y ocho, con el marques de la Fávara, que ya pasaba de los cuarenta.

Segundona del conde de Peñafuerte, apenas habia cumplido cinco años la empozaron en el convento de las monjas de Pinto, donde durante los doce años de su permanencia, la educaron convenientemente hasta el punto de que además de saber hacer flores, bordar con lentejuela escapularios, hacer confituras y conservas, la enseñaron á leer de corrido el latin, hasta el punto de que casi casi entendia el testo del Breviario y del *Flox Sanctorum*.

Habia leído muchas vidas de santos y santas, y como en estas tales vidas están todas las tentaciones del demonio, del mundo y de la carne, pintadas á veces de mano maestra y siempre con un candor escandaloso, aconteció que pensó tanto doña Teresa en el mundo, en el demonio y en la carne, que á los quince años se la hizo insupportable el convento donde no conocia más que al demonio, y cuando tres años despues le dijo su padre lleno de autoridad, que habia determinado casarla con el marqués de la Fávara, aceptó con ale-

gria, aunque el marqués era razonablemente feo, viejo más que por los años por los desórdenes, y más que medianamente antipático.

El matrimonio era la llave que abría la puerta del claustro á doña Teresa, ¿y cómo rechazar la llave libertadora de aquella prision insoportable, aunque esta llave fuese mohosa, corroida, sucia, torcida, vieja, fea y repugnante hasta el punto de lavarse las manos despues de haberla usado?

Doña Teresa era hermosa, fresca, jóven, incitante.

Tenia sin groseria una especie de descaro encantador, que podia pasar por viveza; hablaba con suma gracia, manejaba admirablemente sus bellos y grandes ojos pardos, sonreía de una manera enloquecedora, tenia hoyitos en las mejillas y en los nacimientos de los dedos, lo que quiere decir que era excesivamente mórbida; era blanca con un leve viso moreno, tenia los cabellos negros y naturalmente ensortijados, buena estatura, formas esbeltas y turgentes, y una excesiva y distinguida gallardía en la actitud y en el andar, y suma gracia en los movimientos de su cabeza y en su accion.

Cantaba como un querubin un poco maligno y otro tanto travieso, tocaba el harpa, el arquilaud y la guitarra, y aun hacia algunas veces décimas ó espinelas á la Virgen, y con mucha más frecuencia á objetos menos santos.

Cuando la presentaron al marqués de la Fávara, le dijo sonriendo en contestacion á una rancia galanteria del marqués:

—Os amo mucho, mucho, mucho; como que habeis sido el cuchillo que ha cortado mis ligaduras.

Al marqués le pareció muy bien, muy graciosa y aun podremos decir encantadora aquella ocurrencia, porque él no se casaba con doña Teresa, sino con los cuatrocientos mil ducados que el conde de Peñafuerte daba en dote á su hija.

Un mes despues de la salida del convento, doña Teresa se casó solemnemente y en medio de una espléndida fiesta con el marqués de la Fávara.

Pero en el momento en que se quedaron solos los dos esposos, el marqués sacó de debajo de su ropilla de brocado una carta, y la entregó á doña Teresa.

—Leed eso, esposa mia, la dijo tranquilamente el marqués.

—¿Y qué es esto? preguntó con una burlona extrañeza la jóven.

—Esto es el testimonio de que sois viuda: ved, sobre ese papel hay algunas gotas de sangre.

—Gracias, dijo tranquilamente doña Teresa, despues de haber

lanzado una rápida mirada sobre la carta : habeis corregido una imprudencia mia.

Y quemó aquel papel sangriento.

Despues se arrojó en los brazos del marqués, que no volvió á hablar más de aquel incidente.

La carta que habia quemado doña Teresa, quemando con ella algunas gotas de sangre humana, habia contenido lo siguiente :

« Mi muy amado de mi alma y de mi corazon ; gracias á Dios que ya estoy libre y podemos vernos de cerca sin que lo impidan la pared y la espesa celosía : me he encontrado con que la dueña que me han puesto por guarda es una buena mujer que se muere por el dinero : ha tenido lástima de mí y ella te lleva esta carta ; con ella podrás entrar esta noche por el jardin en casa cuando todos duerman, y llegar hasta mi aposento. Quien te adora.—Teresa.»

El marqués, que por una larga experiencia de hombre feo y antipático, no se fiaba de las mujeres ; el marqués que sabia que las dueñas eran los secretarios del corazon de sus jóvenes señoras, entrecogió á doña Zoa, dueña de doña Teresa, la puso en las manos un cintillo con un diamante y un rosario bendecido por el Papa, lo que fué lo mismo que si hubiera metido los dedos en el alma de la dueña, que vomitó cuanto sabia.

Lo que sabia la dueña era lo siguiente :

Un don César Galofre, hombre de más de treinta años, soldado viejo de los tercios de Italia, galan algo rico, muy hidalgo y muy dado á rondar conventos, en busca de los incomprensibles amores que mediaban entre monjas y galanes, que se contentaban con verse á través de una celosía, don César, repetimos, habia visto á doña Teresa, y se habia hecho su amante á la manera que se podia hacer un hombre amante de una mujer encerrada en un convento.

Don César se paseaba en el fondo de la calle del Baño, que era entonces una calleja, y hacia señas y arrojaba besos con la mano á un ventanillo que estaba situado allá, junto al tejado, por el cual asomaba la bella cabeza de doña Teresa.

Muchas veces al oscurecer, solian caer confites en la alda de la capa del soldado, y los papeles que envolvian estos confites contenian siempre décimas enamoradas.

Don César tenia que contentarse con comerse el dulce, despues de haber leído la décima, se iba á casa de un bachiller conocido suyo, que por un real le escribia tres ó cuatro décimas en otros tantos papeles ; liaba en ellos el soldado dulces ó almendras de gar-

rapiña, y al oscurecer doña Teresa soltaba una primorosa cestita puesta en el cabo de un hilo, en la cual subian hasta ella las decimas enconfitadas de don César.

Esta era la única expansion que podian procurarse los amantes.

Pero en el momento en que doña Teresa salió de la clausura, sus amores con don César se hicieron tan serios, que al saberlos de boca de la dueña el marqués, se fué vestido de incógnito y de noche, muy tarde á una casa de vecindad de la calle de la Comadre, en uno de cuyos aposentos estuvo encerrado con un hombre de mala facha.

La misma noche que se casó doña Teresa, un hombre que se paseaba por la calle del Arco de San Ginés, por delante de la reja del jardin de la casa del marqués de la Fávara, dió un tropezon rudo con otro hombre, é inmediatamente cayó al suelo sin hablar una sola palabra.

Habia recibido una puñalada en el corazon.

Eran las diez de la noche, hora muy avanzada en aquellos tiempos.

La oscuridad era densa; el asesino se arrojó sobre el asesinado, le abrió el colete, rasgándole con el puñal, le arrancó una cartera, la bolsa con algunos escudos, un rosario y hasta el pañuelo.

Despues se alejó, perdiéndose por el postigo del jardin de la casa del marqués, que cedió al empuje de su mano.

Un bulto estaba en el jardin.

—¿Está hecho el negocio? dijo aquel bulto.

—Sí señor; contestó el asesino.

—¿Has encontrado los papeles que ese hombre se jactaba de llevar sobre el corazon?

—Sí, excelentísimo señor; he encontrado esta cartera: ahí deben estar.

—¿Los has leído?

—Ni sé leer, ni hay luz.

—Pero sin luz puedes apreciar el peso del oro.

—Eso, sí señor.

El marqués dió un repleto bolsillo al asesino.

—Vete, le dijo.

—Hasta la vista, señor.

—Pero esa vista, pronto. Mañana, la dueña.

—Pero será menester que me la echen fuera.

—Te la echaré.

—¿Y hay que quitarla algo?

—Lo que sabes, y nada más.

—Muy buenas noches, y muy buena ventura con vuestra esposa, señor.

Y el asesino salió.

El marqués cerró el postigo con llave y con cerrojo, se fué á su aposento y examinó la cartera.

Eran papeles pegados los unos á los otros en cada uno de los cuales habia una décima.

Entre estos papeles estaba la carta que ya conocemos.

El marqués se fué á la habitacion nupcial donde habian dejado los padrinos á doña Teresa.

A la media noche, una ronda encontró el cadáver de don César Galofre sobre un charco de sangre, cerca del postigo del jardin de la casa del marqués.

El cadáver fué llevado al Hospital de Anton Martin, en cuyo zaguán estuvo expuesto algunas horas, hasta que le conoció un estudiante, ó mejor dicho un estudianton, puesto que ya pasaba de los treinta años; un bachillerote que se llamaba Damian Algarroba, y vivia de hacer versos y cartas amorosas á los enamorados de poco ingenio.

—Dios no me salve, dijo, si este que ven mis ojos no es el señor soldado don César Galofre.

—¿Le conoce vuesa merced, señor escolar? dijo el alguacil que estaba de guardia junto al muerto.

—Vaya si le conozco, contestó Algarroba; como que muchas veces este buen señor que Dios haya perdonado, me ha dado limosna.

—¿Y cómo decís que se llama? preguntó el alguacil sacando un tintero de cuerno y un papel y preparándose á escribir.

—Don César Galofre, soldado viejo de los tercios de Italia, con hacienda en Pinto, y vecindado en Madrid en las Platerías, número 2.

El alguacil escribió.

—¿Y vos dónde vivís, señor bachiller?

—En el convento de capuchinos del Prado me recojo y me conocen, y me fiarán si es necesario; porque yo soy un buen hombre.

—Lo que yo no dudo, dijo el alguacil; pero ¿cómo os llamais?

—Damian Algarroba.

—Pues no sois ni torcido ni enjuto, antes bien robusto y buen mozo.

—Trátanme bien los frailes, y no siempre el apellido vá en consonancia con la persona; y dígame vuesa merced, seor ministro, ¿dónde han dado muerte á este desventurado caballero?

—En el Pasadizo de San Ginés le encontró anoche el señor alcalde Gomez Becerra de cuya ronda soy.

—¿Y quién es el asesino?

—A oscuras estamos hasta ahora, y creo bien que á oscuras nos quedaremos: los vecinos no han oído nada, y no hay ni rastro ni indicio.

—Pues quedé ucè con Dios, seor corchete.

—Vaya vuesa merced con la Virgen Maria, seor bachiller.

Algarroba se rebozó con sus bayetas, se encogió de hombros y murmuró alejándose:

—¡Guarda que es podenco! muerto le hallaron en el pasadizo de San Ginés, donde está la casa del marqués de la Fávara, que se casó anoche con doña Teresita para quien me mandaba hacer versos don César. Pues señor, no sé nada; que se quede la justicia á oscuras, no sea que si yo me meto en este negocio me hagan ver estrellas al medio día: me han hecho daño, que don Cesar, un real diario no había quien me lo quitara; porque necesitaba todos los días una décima para su enamorada: paciencia; séale la tierra ligera.

Y el estudianton se perdió á lo largo de la calle de Atocha, en direccion al convento de Santo Tomás, donde habia un padre grave que le hacia mucho bien, porque el bachiller le corregia el latin corrupto de un libro que estaba escribiendo sobre el infierno.

A la noche siguiente, doña Zoa, que habia sido enviada por la tarde al convento de Pinto por un escapulario, se entretuvo al volver en conversacion con una beata amiga suya, á quien se encontró en la Puerta del Sol, junto á la Mariblanca.

Era ya oscurecido, cuando la dueña entró en la calle del Arenal, por la que no pasaba á la sazón un alma.

De improviso, un hombre que pasaba deprisa, dió un fuerte puñetazo en el costado á la vieja, que puñetazo lo creyó esta, y le llamó bruto.

Pero de repente y cuando ya habia pasado el hombre, la vieja se sintió mojada por algo caliente en el costado, se le amenguaron

las fuerzas, la acometió un vahido angustioso, cayó de espaldas y no se levantó.

Algunos que llegaron se detuvieron.

Estaba muerta.

Se avisó á la justicia, y no fué menester llevarla para exponerla al portal de Anton Martin.

Algunos criados del marqués de la Fávara que habian acudido, la reconocieron.

El secreto de la deshonor de doña Teresa y de la longanimidad del marqués respecto á ella, habia sido sepultado en la eternidad.

Aquellas dos muertes inmediatas, acontecidas cerca de la casa del marqués, siendo la dueña de su esposa una de las dos personas asesinadas, dieron mucho que murmurar: pero como los murmuradores no encontraron una prueba ni aun remota en que apoyarse para formular un cargo sério, la murmuracion pasó, ahogándose á sí misma.

Estaba demasiado bien relacionado en la córte el marqués de la Fávara, para que su esposa no fuese nombrada dama de honor de la reina doña Margarita de Austria.

La marquesa de la Fávara ayudó cuanto pudo á su marido con grande ingenio en las intrigas cortesanas, y aun se murmuraba, por lo bajo se entiende, si habia tenido ó no parte en el envenenamiento de la reina.

Doña Teresa, que no amaba ni podia amar á su marido, y que por otra parte no podia pasar sin amor, ó á lo menos sin galanteo, habia tenido algunos amantes, aunque con suma precaucion, escarmentada por lo que habia acontecido al hombre de sus primeros amores: pero por astuta que fuese doña Teresa, el marqués la tenia rodeada de espías, y en los doce años que llevaban de matrimonio, sin mostrarla desconfianza y sin ponerla mala cara, la habia matado cuatro amantes, entre ellos un fraile grave de la Merced, á quien encontraron muerto de resultas, segun dijeron los doctores, de un martillazo dado en la nuca.

Tan fuerte habia sido el golpe, que no habian podido evitar sus funestas consecuencias los seis dedos de carne que el fraile tenia en el cogote.

Tal era la mujer que van á encontrar nuestros lectores, sentada junto á una voluminosa chimenea encendida, en una magnífica cámara, aunque fuertemente sombría, por el color rojo de sus tapices, el tono oscuro de sus grandes cuadros al óleo y su rico techo de

pino denegrido y labrado en profundos casetones floridamente ornamentados según el gusto de un renacimiento demasiado plateresco.

La marquesa meditaba.

Tenia abierto, sobre una especie de gran velador, un libro mal impreso, en papel áspero, con letra gorda, dejando ver el principio de un capítulo, cuyo epigrafe era el siguiente:

*Donde se apunta la aventura del rebuzno y la graciosa del titerero, con las memorables adivinanzas del mono adivino.*

Esto es, el capítulo XXV de la segunda parte del Ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha, compuesto por Miguel de Cervantes Saavedra.

Doña Teresa había perdido algo de la esbeltez de su primera juventud, pero había ganado en morbidez, en turgencia, en vigor, en fuerza de hermosura.

Había adquirido algo de lúgubrementemente sombrío en la expresión; pero esta expresión solo se revelaba en ella cuando estaba sola, cuando nadie la veía.

Delante de las gentes era siempre la dama espiritual, viva, graciosa, decidora.

Parecía la mujer más contenta de su suerte, la más feliz del mundo.

En el momento en que la presentamos á nuestros lectores, parecía una condenada.

Sus negros ojos inmóviles, fijos en un punto imaginario, eran terribles, á pesar de su hermosura: lastimaban, espantaban, podían hacer mal de ojo: aparecían en ellos perversas é indómitas pasiones, pasiones oscuras, ardientes, voluntariosas, capaces de todo, aun del crimen más odioso y más repugnante.

Tenia las mejillas pálidas y los labios lívidos; señal clara de que predominaba en ella la bilis.

Eran las nueve de la noche, á juzgar por un gran péndulo que había en un ángulo de la cámara, y cuyo tic, tac monótono era el único sonido que rompía el profundo silencio en que se envolvía la malvada meditación de la marquesa.

No se comprende cómo aquella sombría mujer podía haberse ocupado en la lectura de ese libro inmortal que se llama *Don Quijote*.

Pasó algún tiempo, hasta que se oyeron tres fuertes golpes á la puerta de la casa.

Doña Teresa volvió, por decirlo así, de su abstracción, y escuchó con extrañeza.

—No puede ser él, dijo; los tiempos han cambiado y le tienen bien sujeto en el castillo de Montanches.

Aquel él á quien se referia la marquesa era su marido.

Se oyó crugir ásperamente la gran puerta de la casa al abrirse.

—¿Quién será á quien abren sin avisarme? dijo la marquesa poniéndose colérica de pié.

En aquel momento se oyó una voz fresca, juvenil, argentina, que dijo:

—¿Me dá vucencia vénia?

La marquesa se volvió dominándose y dejando ver su semblante tranquilo y sonriente, y dijo á una jóven blanca y rubia que aparecia en el entreabierto portier de la puerta de la cámara:

—¡Ah! ¿eres tú, Calista?

—Si señora; Gervasio me ha encargado diga á vucencia que acaba de llegar un caballero de su alteza la princesa doña Isabel.

—Que pase al momento ese caballero, dijo la marquesa.

A poco entró el caballero.

—¡Ah, señor Nuñez de Figueroa! dijo la marquesa: ¿cómo á estas horas por mi casa? ¿á qué debo el placer de veros? sentaos, hace frio.

—Y llueve, dijo Nuñez de Figueroa: afortunadamente he venido en la silla de manos en que habreis de ir cuanto antes á palacio: por eso no me siento; y os suplico que cuanto antes os cobijeis, porque os será muy grato complacer cuanto antes á una ilustre señora.

—¿La princesa doña Isabel?

—Si señora: me ha llamado, y aunque su alteza es muy niña, está irritada como una mujer:—Caballero, me ha dicho, id al momento á buscar á mi dama la marquesa de la Fávara: llevad una silla de manos, la necesito cuanto antes.

—¿Y no habeis podido traslucir nada, Figueroa? dijo la marquesa.

—¡Oh, si! contestó Figueroa sonriendo de esa manera fria y sutil, peculiar á los palaciegos, y voz baja como quien encarga se guarde el secreto de lo que vá á decir: S. A. se ha ido á picos pardos.

—¿Con quién?

—Con su caballero, sirviéndole de escolta Franchillo.

—Muy bien, dijo la marquesa: el conde de Olivares no se descuida; ¿pero quién ha podido decir á la princesa doña Isabel que el principe de Asturias se le ha ido de aventura?

—La necia señora de la Nestosa, que como sabeis está rabiando por ser algo más que camarista de la princesa; pero vamos, señora, vamos, porque su alteza se quedaba muy impaciente.

—Calista, mi manto, dijo la marquesa: al momento partimos, señor Figueroa.

Esta tomó el brazo del caballero, salió, bajó y encontró en el portal la silla de manos.

Al ir á entrar en ella, un jóven estudiante, con trazas de hidalgo y rico, estaba en el dintel, adelantó enteramente mojado, y dijo quitándose su bonete:

—Perdonad, señora; pero algo he de hacer para veros.

—¿Qué decis? contestó con altivez la marquesa, que tenia puesto un pié en la silla de manos.

—Digo, que hace algunos dias, cuando saliais de misa de san Ginés, di á vuecencia un memorial para una necesidad muy grande, y que nada sé acerca de ese memorial.

—Volved, dijo la marquesa, mirando de una manera singular al estudiante.

Este se inclinó, saludó á la marquesa, se retiró, se puso el bonete, y salió.

—Estos pretendientes son crueles, dijo la marquesa entrando en la silla de manos; aun de noche nos persiguen, como si no tuviéramos que hacer otra cosa que ocuparnos de ellos. Entrad, señor de Figueroa; la silla es grande, cabemos bien los dos, llueve mucho, y no es razon que os mojéis.

—¡Ah, señora! pesamos los dos demasiado; es necesario ir de prisa al alcázar, y los lacayos no podrian tirar de nosotros sino á paso de buey y descansando á cada momento; no paseis pena por mí: tengo la piel acostumbrada á trabajos mayores.

Y cerró la portezuela.

—Al alcázar, dijo á los lacayos de la casa real, que conducian la silla.

Esta salió, y el portero al cerrar la puerta, dijo á otros dos criados que estaban en el zaguan:

—¿Se llevarán tambien presa á la señora, como se llevaron preso al señor?

---

## CAPÍTULO VI.

Guillen de Vargas Machuca, bachiller en letras humanas por la muy ilustre ciudad de Alcalá.

Veinte años, blanco, rubio, ojos negros, alto, gallardo, gentil, valiente, audaz, travieso, enamorado, noble, rico y orgulloso por su ingenio y su aplicacion al estudio de sus maestros en la universidad de Alcalá.

Hé aquí en conjunto el señor Guillen Vargas Machuca, bachiller en letras humanas, y cursante de cuarto año de derecho civil y canónico.

Era hijo de don Pedro Vargas Machuca, rico hacendado de la Rioja, con nobilísima casa solar en Logroño donde residia.

Durante los primeros años de su juventud, Guillen habia tenido á su lado durante el curso universitario un severo ayo.

Pero cuando el jóven cumplió los veinte años, parecióle ya al bueno de don Pedro su padre cosa fuerte que su hijo, que era ya un hombre, y un hombre bravo, estuviese sujeto á la voluntad no siempre discreta de un pedagogo.

Se emancipó, y lo que es más, le permitió ir dos meses antes de empezarse el curso á Madrid, para que conociese la córte, á la que llegó nuestro jóven por el mes de junio provisto de buenas cartas de recomendacion, y lo que era mejor, de una letra abierta contra un genovés, á fin de que gastase lo que hubiese necesidad con arreglo á su nobleza.



El muchacho, hijo único, que conocía lo insondable del bolsillo de su padre y lo exagerado de su cariño, no se anduvo con cortesidades.

Tomó casa con huerto en la calle Mayor, amueblóla convenientemente, tomó cocinero, marmiton, ayuda de cámara y paje, compró tres caballos y muchos ricos vestidos y joyas, y hubiérase lanzado al amor y á las aventuras, á no ser porque sobrevino un accidente que constituyó la única y determinante aventura de Guillen apenas establecido en su casa.

Un día una recia tormenta, una de esas tormentas monstruosas que tienen lugar muy raras veces, arrasó parte de la tapia que dividía el jardín de la casa del estudiante, que era pequeño y descuidado y feo, del grande y magnífico jardín de una gran casa que correspondía á la calle del Arenal.

Esta casa era la del marqués de la Fávara.

Bajó á su huertezuelo el estudiante cuando hubo pasado la tormenta á ver el destrozo, y se encontró con una dama que en el vecino jardín, y acompañada de un viejo criado, estaba viendo el monton de escombros de la tapia destruida, en una extension de diez ó doce varas.

Aquella dama era la marquesa de la Fávara.

Se sorprendió él al verla, y no se sorprendió ella menos.

Saludóla él con su desenfado estudiantil, y ella le devolvió el saludo con su acostumbrada gracia.

—Yo creía deshabitada la casa á que pertenece ese huerto, dijo la marquesa.

—Hace tres dias, señora, que yo la he tomado en arrendamiento, y la pongo á vuestra disposicion con todo lo que soy, puedo y valgo.

—Gracias, mi buen vecino, dijo la marquesa.

—Me llamo don Guillen Vargas Machuca, y soy hijo de un hidalgo de la montaña, y vuestro humilde servidor.

—Gracias, caballero: yo soy la marquesa de la Fávara, y en nombre del marqués mi esposo, os ofrezco nuestros buenos oficios de vecinos. Adios.

—Bésoos los piés, señora.

Guillen se habia deslumbrado, y aunque habia desaparecido la marquesa entre una frondosa calle de árboles seguida de su criado, permaneció algunos segundos mirando al sitio por donde la marquesa habia desaparecido.

La situación de Guillen, en cuanto al galanteo que habia soñado en la corte con una alta dama, se habia realizado.

¿Qué otra dama más alta ni más hermosa habia de encontrar en lo sucesivo?

Cuando más una semejante, y difícilmente tan bella y tan seductora.

Doña Teresa conservaba toda la fuerza de su juventud, todo lo irresistible de sus encantos.

Era una tentación.

Además de esto, habia mirado y habia hablado al estudiante con esa manera particular de que usan las mujeres cuando quieren decir á un hombre: atreveos, que sereis bien recibido.

Hay citas que se dan por sí mismas, que nacen de la situación, del acento, de la mirada.

—Esta noche bajaré á mi huerto y me pasaré á su jardín, dijo Guillen; es muy posible que ella baje también, y que baje sola.

Guillen esperó con impaciencia la noche; y cuando esta llegó, á que mediase.

La media noche es la hora propicia del amor, porque todos duermen, menos los enamorados; el marido ó el amante de plantilla, por decirlo así, andan por el mundo.

Á las doce, que dió gravemente el reloj de San Felipe el Real, Guillen, galanamente vestido y sin armas, bajó á su huerto, y de él pasó montando los escombros de la tapia, al jardín del marqués de la Fávara, y se aventuró por entre los mismos árboles por donde aquella tarde habia visto perderse á la marquesa.

Era la noche muy clara á causa de la luna llena, fresca, aunque era verano, por la frondosidad de los árboles y por la fuente cuya agua corria en abundancia, dando mayor encanto al silencio de aquella clara noche y al perfume de las flores del jardín con el rumor monótono de la caída de sus aguas.

Guillen cometió una imprudencia.

Era la noche demasiado clara; sin embargo, llevaba preparada una disculpa, para en el caso de que sobreviniese cualquier contrariedad.

Se le habia ofrecido la casa, y habia querido gozar aquella serena noche en el jardín de sus buenos vecinos.

Para atreverse á tanto, es necesario que un hombre sea muy loco ó esté terriblemente enamorado, lo que viene á ser lo mismo, porque el amor, cuando se exajera, es la locura de las locuras; y

sin embargo, Guillen no estaba enamorado, sino fascinado, excitado, empeñado.

El rango de doña Teresa, su gracejo, su juventud, su hermosura, su decoro, por decirlo así, habian impresionado fuertemente á nuestro bachiller en letras humanas.

La marquesa por su parte, práctica en galanteos, habia previsto que su jóven vecino no dejaria de bajar, cuando menos, á su huerto, acercándose al jardin aquella misma noche : habia visto la impresion que en su vecino habia causado.

Esperó, pues, observando su jardin desde uno de los balcones de la casa.

Pero como doña Teresa estaba segura de que su vecino no bajaria sino cuando estuviese avanzada la noche, no tuvo que esperar mucho.

Á poco de haberse puesto en acecho, dieron las doce en San Felipe el Real.

Algunos minutos despues apareció junto á la fuente del jardin, el vecino.

La luna arrancaba de su traje una especie de brillo mate.

Era que el jóven se habia puesto un jubon de brocado.

Alguna vez partia de su cabeza un vivo destello.

Era que la luna heria las facetas de un riquísimo joyel de diamantes que Guillen llevaba en su toquilla.

Doña Teresa era demasiado experimentada para bajar al momento.

Le hizo esperar al estudiante una hora larga.

El estudiante no se fué: señal clara de que estaba obstinado.

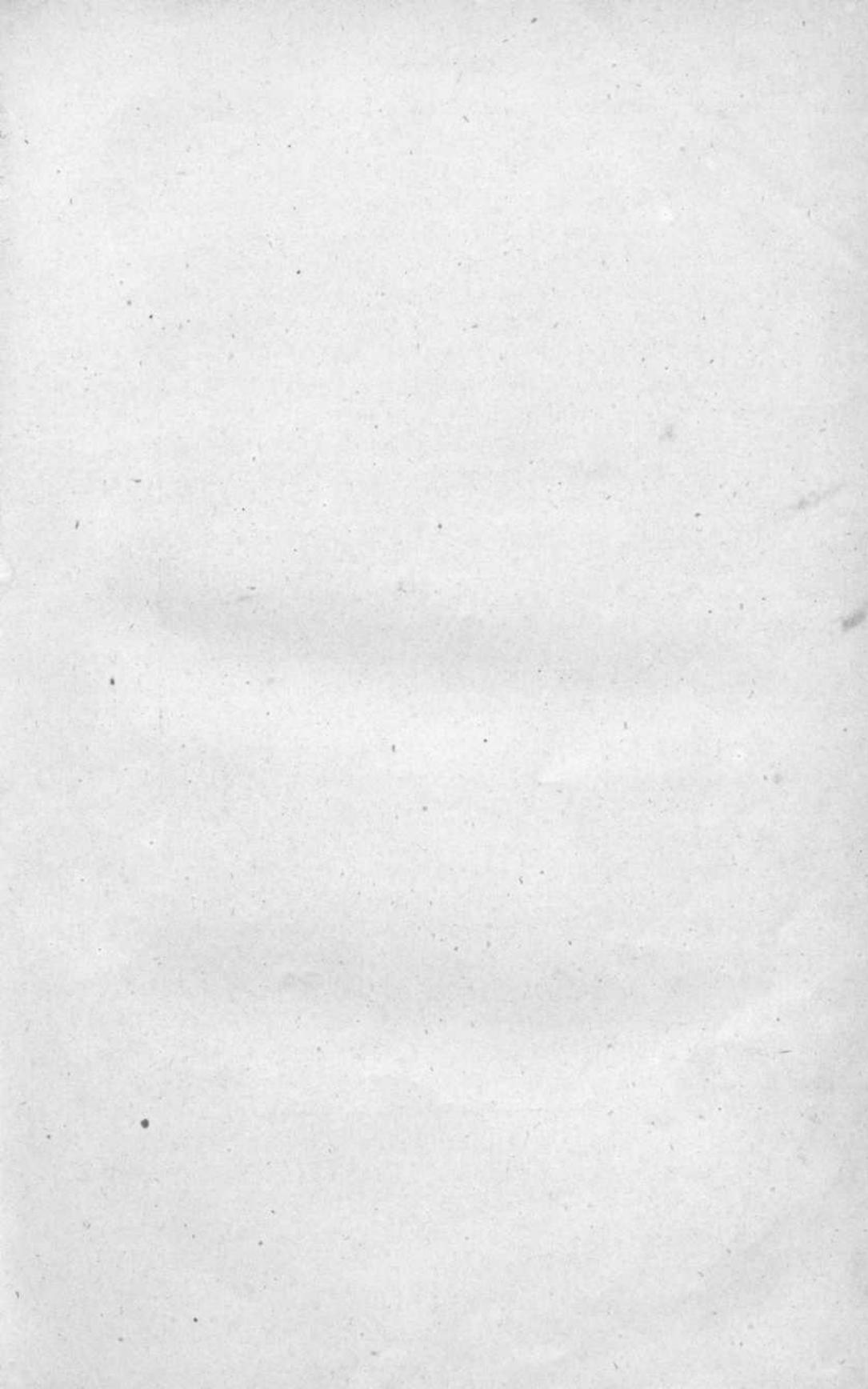
Se sentaba en unos bancos rústicos al pié de un árbol, se levantaba, se paseaba, miraba á la casa, volvia á sentarse, se impacientaba, se desesperaba en fin.

Dió la una en San Felipe el Real.

Poco despues un hermano del Pecado mortal pasó arrastrando una cadena por el pasadizo de San Ginés, y entonando con voz extraña una de aquellas lúgubres coplas que se llamaban saetas.

Guillen se sintió impresionado ; le pareció que el hermano del Pecado mortal le auguraba una desgracia, y como era valiente, y aun más que valiente, temerario, la idea del peligro le obstinó aún más.

Hubiera sido capaz de entrar en la casa, si hubiera sabido andar por ella y tenido la seguridad de encontrar el aposento de la marquesa.





Le asió una mano, y se la besó.

De improviso, y cuando acababa de perderse entre el silencio el eco del canto del hermano del Pecado mortal, Guillen oyó en el jardín, viniendo de la parte de la casa, un leve ruido, como el del roce del guarda-infante de una dama.

Se puso de pié y miró al lugar de donde partía aquel leve rumor.

Sobre el fondo oscuro de una estrecha calle de árboles se recortó una forma blanca, gentil, admirable, iluminada de lleno por la pálida luz de la luna.

—¡Ah! ¡ella! ¡me busca! dijo el estudiante; ¿quién sabe? Tal vez busque á otro.

Este pensamiento quemó, no el alma, sino la vanidad de Guillen.

Se ocultó entre los árboles que estaban detrás del banco rústico en que habia estado sentado.

La marquesa no debia haberle visto, porque cuando ella apareció, el estudiante estaba envuelto en una penumbra. Podia, pues, observar á qué iba allí la marquesa.

Esta adelantó, cruzó el espacio despejado que rodeaba la fuente, y se fué en derechura y con paso levantado y rápido, como quien va á cosa hecha, al lugar donde entre los árboles se habia ocultado Guillen.

—Salid, caballero, le dijo; tengo que haceros un cargo muy grave.

Guillen adelantó, saludó con una inclinacion puramente cortesana á la marquesa, la asió una mano y se la besó.

—En buen hora, dijo la marquesa retirando sin esfuerzo su mano; esto no pasa de ser una cortesía, con la que no podeis deshacer la atrevida descortesía en que habeis caido.

—¡Yo, señora!

—Sí, me habeis visto aparecer y os habeis ocultado; ¿qué quiere decir esto? No hay que preguntarlo, señor mio: vos habeis creido que yo bajaba á mi jardín con un objeto poco digno, y os pusisteis en observacion.

—Perdonad, señora, dijo Guillen; pero el amor es receloso y teme hasta lo imposible.

—¿De dónde habeis salido, vecino?

—¿Por qué me lo preguntais?

—Porque teneis un atrevimiento que espanta.

—Sois muy hermosa.

—Y vos más descarado.

—¡Ah, señora, vos teneis la culpa!

—¿Yo?

—Sí, me habeis matado la voluntad.

—Explicadme eso, que no lo entiendo bien.

—Digo, que yo no soy más que lo que vos queráis que sea.

—Libreme Dios de desear que seáis nada: yo, señor mio, no deseo más que lo que me importa.

—¿Y no os importa que yo os ame?

—Absolutamente nada.

—Y entonces, señora, exclamó con viveza Guillen, y con el acento de quien se siente herido en su amor propio; ¿por qué habeis bajado al jardín?

—Por caridad.

—¡Por caridad! exclamó doblemente ofendido Guillen.

—Sí, vecino, sí; por caridad: si conociérais al marqués de la Fávara, mi amado, mi respetable esposo, comprenderíais mi caridad por vos.

—¡Bah! no me creo tan débil que se pueda temer por mí.

—¡Ay, amigo mio! cuatro desdichados que en diferentes épocas se han atrevido á rondar por delante de nuestra casa, han amanecido muertos á puñaladas. Mi marido es celoso como un tigre, grande señal de que me ama con locura.

—¿Qué me importa eso á mí? dijo con desden el estudiante.

—Pues si la vida no os importa, ¿qué es lo que os importa, vecino?

—Vos.

—¿Yo? ¿y sabeis si yo quiero que os importe? ¿por qué interpretáis de una manera tan audaz el paso que he dado de venir á buscaros? ¿Nos os he dicho que lo he hecho por caridad?

—Por caridad habeis adivinado que yo vendria, y habeis esperado á que venga.

—Si yo pudiera amar á otro que mi marido, dijo la marquesa no seríais vos ciertamente el hombre á quien yo amase.

—¿Y por qué, señora?

—Porque sois un tanto necio.

—¡Oh! gracias.

—No, no me deis las gracias por lo que no os he dado: vuestra necedad es toda vuestra. ¿Pues no veis por lo que en vuestra casa debeis sentir, que hace un calor que ahoga, que no se puede

sufrir el lecho, que se desea respirar un poco de aire, que es muy natural se salga á un balcón, que por esto he podido yo notar que un hombre habia incurrido en el grave y necio atrevimiento de meterse en la propiedad agena, sin licencia de su dueño, qué ese hombre érais vos, y que temerosa yo de que el marqués se apercibiese, he bajado para deciros: caballero, comprendo vuestra intencion y os disculpo; pero idos cuanto antes no sea que os suceda una desgracia?

—No os mereceria yo si midiese los peligros á que habria de esponerme por conseguiros.

—¿Pero estais loco? ¿de dónde salis, repito, con qué mujeres habeis tratado que asi me igualais á mí con mujeres que no conozco?

—Vengo de la universidad de Alcalá.

—¡Ah! estudiante: pues mirad: os falta cursar en la universidad del amor, porque en esta universidad sois muy mal estudiante.

—Estudiante nuevo, señora, estudiante de primer año, de primer dia.

—¿Qué edad teneis?

—Veinte años, que son enteramente vuestros, señora.

—¿Y á los veinte años, y estudiante, no habeis amado?

—Me he empeñado y me he entretenido: hasta ahora he podido decir como César, y no lo tomeis como necia presuncion, señora: llegué, vi y vencí.

—¿Y no os han vencido nunca?

—Sí.

—¿Cuándo?

—Ahora.

—Me parece que os creeis vencedor.

—¡Ah, señora, no creais tal!

—No os turbais.

—Es que no soy cobarde y miro faz á faz la muerte.

—Ved que la noche es muy hermosa, este jardin ameno, que yo no soy un fantasma y resuenan muy mal aquí esas lúgubres palabras.

—Os burlais, señora, y cada palabra vuestra que suena á burla, es una puñalada que me rompe el corazon.

—¡Ah! pues figuraos que os hablo de la manera más formal del mundo.

—Pues peor; porque si de la manera más formal del mundo no me decís, yo os amo, me matais.

—Estais en un error: diciéndoos que no os amo, que no puedo amaros, que os vayais y que no volvais ni aun á pensar en mí, os salvo.

—Me parece, señora, que vuestro marido está muy lejos ni aun de pensar que estais hablando conmigo.

—¡Ah! ¿sabeis acaso que mi marido está en Balsain cazando con el principe de Asturias?

—Me ha dicho el corazon que vos habeis bajado, porque habeis podido y porque habeis querido bajar.

—Me vais interesando, vecino, porque todo lo raro me interesa; no he visto en todos los dias de mi vida un hombre tan perfectamente presuntuoso como vos.

—Mirad; yo sé que la voluntad lo puede todo; yo sé que quien con toda su alma quiere ser amado, es amado; sé que sois mia, no sé cuando, tal vez dentro de cien años, ¿qué se yo? pero me amareis aunque hayamos muerto, porque yo os perseguiré hasta en la tumba.

—¿Me desafiáis?

—No; os hablo con franqueza, como todo hombre que ama bien habla á la mujer á quien adora.

—Pero, ¿cómo tan de repente?

—El sol ciega á quien le mira.

—Más bajo, señor estudiante: estrella, pase, porque aunque las estrellas son hermosas, son tambien muchas, y no hay más que un sol: yo no puedo consentir en que me llameis la mujer más hermosa del mundo: en la córte hay muchas estrellas, se conoce que sois recién venido. Id, id; mirad, ved bien; podrá suceder que os deslumbre otro lucero menos triste y menos funesto que yo. Sois un niño y quiero aconsejaros: no volvais á verme, no os pongais á mi paso: mirad que puede costaros más caro de lo que creéis. Mujeres hay en la córte tantas y tan hermosas, que pronto os consolarán, si os causa pena el que yo me muestre indiferente á vuestras pretensiones. Pero adios, amigo mio, tengo sueño.

—Esperad, dijo Guillen con ansiedad.

—No; adios, exclamó la marquesa.

Y escapó.

Guillen permaneció algunos minutos feliz y desesperado á un tiempo, creyendo, dudando, muriendo, viviendo.

La marquesa habia acabado de fascinarle; no le habia dado ninguna esperanza, pero tampoco le habia desesperado: le habia hablado de una manera dulce y sonriendo, aun cuando sus palabras habian tenido un ligero tinte de burla.

Guillen era vivo de ingenio; pero no tenia práctica en el amor: sus conquistas hasta entonces habian sido muy fáciles.

Era hermoso y rico.

Por la primera vez se encontraba en aventura con una mujer de primer rango, por su belleza, por su talento, por su gracia, por su posicion.

Guillen tenia interesados la vanidad y los sentidos.

Permaneció algun tiempo en el jardin haciendo castillos en el aire, ya bellos y fascinadores, ya negros y desesperantes, y hecha, como suele decirse, la imaginacion una devanadera.

Se retiró al fin en paso lento, superó los escombros, atravesó su yermo huertecillo, entró en su casa, subió á su habitacion, se acostó y se durmió.

Soñó con la marquesa.

Tanto en su sueño como en su vela, se destacaban para él de toda la galante conversacion que con la marquesa habia tenido, estas últimas palabras:

—¿Sabeis que mi marido está en Balsain, cazando con el príncipe de Asturias?

Y la palabra cazando tenia para nuestro estudiante el valor de una hábil promesa.

Estaba enamorado, pero no amaba: porque estar enamorado y amar, son con mucha frecuencia dos cosas distintas, que nada tienen de comun entre sí.

---

---

## CAPITULO VII.

---

Continúa la exposicion de la historia empeñada entre la marquesa de la Fávara y Guillen Vargas Machuca.

Quando nuestra imaginacion ha sido muy excitada, porque hemos sentido impresiones demasiado fuertes, nuestro sueño es una especie de letargo.

Guillen despertó contra su costumbre, cuando el sol estaba ya muy sobre el horizonte.

Nuestros abuelos se acostaban muy temprano, y muy temprano se levantaban.

Los grandes y los chicos veian salir el sol, y una gran parte el alba.

Guillen se escandalizó de sí mismo, cuando al abrir el balcon de su cuarto le dió el sol en la cara.

Eran las seis de la mañana.

Vistióse y se lanzó á la calle.

Necesitaba un hombre é iba á buscarlo: un hombre que sin cometer imprudencias pudiese tenerle al corriente de si el marqués de la Fávara, volvía ó no volvía de Balsain.

Encontróse de manos á boca en las gradas de San Felipe el Real con el bachillerote Damian Algarroba, á quien conocia mucho, porque Algarroba pertenecia como Guillen á la universidad de Alcalá.

—¡Ah Mecenas mio! dijo Algarroba que iba á caza de almuerzo ó maravedises, en cuanto vió á Guillen. *Post nubila Fæbus.*

—¿Por qué esa rancia cita, vejete? dijo Guillen.

La calificacion de vejete venia perfectamente á Algarroba. Cuando se casó el marqués de la Fávara con doña Teresa, Algarroba contaba cuarenta años, y estaba gordo y lucido, porque era buen mozo y cuidaba de él la devocion de algunas beatas.

Pero habian pasado doce años, el bachiller se habia ido marchitando, desmejorando, hasta el punto que ninguna beata, ni aun las viejas, se habia atrevido á ser devota suya.

Habian sobrevenido el gran desamparo, el grande aislamiento.

Algarroba habia descendido rápidamente hácia su estado de ruina; habia enflaquecido, se habia encorvado, estaba completamente cano y lastimosamente arrugado; era un vejete, y le caia perfectamente su apellido Algarroba.

—*Post nubila Fæbus*, repitió; la cita es vulgar, no porque lo fuese en su origen, sino porque desde Horacio acá la ha repetido todo el mundo: no importa, mi querido Guillencico, la vulgaridad, cuando á pesar de ella luce la oportunidad.

—No veo la oportunidad, *dómine*, contestó Guillen, que veia en el bachiller su hombre á propósito: la noche pasada ha sido hermosísima, y no es menos hermoso el dia que la ha seguido.

—Si los hombres viven en el tiempo, contestó sentenciosamente Algarroba, tambien es cierto que el tiempo tiene para cada hombre su color y su sabor distinto de los del tiempo de los otros hombres; además, tú eres un buen estudiante, uno de los hijos predilectos de la famosa Complutense: sabes más retórica que Séneca, y conoces cuán elegante hace al discurso la metáfora: mi tiempo es oscuro: esa hermosa noche pasada ha sido para mí de vigilia y de hambre, de enfermedad y de miseria, de desesperacion y de espanto: *nocte nigra*.

—Te se ha olvidado el latin, Algarroba; acabas de decir una bestialidad.

—Voy perdiendo la cabeza, hijo mio: los veranos, esto es, las vacaciones me matan, porque mi estómago vaca, y ve la vaca y aun el carnero desde muy léjos: estoy anhelando la llegada del treinta de setiembre: aquel dia, despues de la sopa de Santo Tomás, sopa que no es más que un entretenimiento del hambre y el tormento de la vida, me alzo las bayetas y *pedibus* andando, tomo el camino de Alcalá y llevo despeado, lastimoso, hambriento, á la apertura del cur-

so, con la esperanza de entretener la vida ocho meses algo mejor que en el estío con mis tres maravedises diarios y mi racion que cobro como sustituto, ya lo sabes, de primer año de teología: ¡oh, mi querido Guillencico! mi estómago está *inanis et vacuo*, y tú eres para mí el *spiritus Dei qui ferebatur super aquas*: creo que esto no lo he dicho muy mal.

—No, viejo mio, no; aun conservas la memoria, y á lo que parece el estómago: vente conmigo.

Y se llevó al bachiller á lo largo de la Puerta del Sol.

—¿Dónde hay una hostería? le dijo.

—¡Ah! exclamó Algarroba: ahora comprendo el placer con que debió escuchar Colon la voz del marinero que gritó al ver levantarse en lo profundo del horizonte la América: «tierra.» ¡Una hostería! ¡lo desconocido para mi desde hace muchos años! sí, efectivamente desde que nací; porque yo nunca he pasado del figon: ¡una hostería! la de Mari-comino, en la calle de la Vitoria; una grande hostería: ¿sabes tú, Guillencico, adivinas tú por qué la llaman hostería de Mari-comino?

—Porque debe usarse en ella del comino, dijo Guillen, y esto me disgusta; porque el comino es flatulento.

—No conozco yo nada más flatulento que el hambre, dijo Algarroba.

Y el pobre diablo andaba cuanto de prisa le era posible en demanda de la hostería.

Llegaron, entraron, se metieron en un aposento donde solo habia una mesa y con reja á la calle.

El bachiller llamó fuertemente dando palmadas sobre la mesa con sus dos manos.

—Una taza de buen caldo, dijo en cuanto apareció un mozo, y un pastel muy caliente de olla podrida, vino añejo y pan de flor.

Guillen pidió faisán, y para empezar huevos en compota.

Cuando se quedaron solos, sacó del bolsillo cuatro doblones de á ocho del cuño del emperador, y los puso delante de Algarroba.

—¡Ah, sí, sí! exclamó este; *post nubila Fæbus*: ¿á cómo estamos hoy? ¿qué santo ó qué santos reza la Iglesia? ¡ah, sí! San Vito, San Modesto y Santa Crescencia, mártires; esto es, el baile desenfrenado, la alegría estupenda: el baile de San Vito; la modestia, la virtud recompensada: Santa Crescencia, la representacion de mi crecimiento: hay sino, hay *fatum*, convéncete, impío; hay símbolo, esto es indudable: ¡15 de junio! yo pondré en conmemoracion de este

fausto día una piedra blanca sobre el altar de mis penates: he descubierto mi América; voy á comer bien, voy á beber bien: una vez en mi vida soy feliz: supongo que estas cuatro efigies *in auro* del esclarecido, del glorioso emperador Carlos V, son para mí.

—Poco á poco, Algarroba: eso y más será para tí; pero es necesario que lo ganes.

—Ganémoslo.

—Tú eres viejo en la córte, lechuza, ¿no es verdad?

—Vengo á ella desde que tenía veinte años todas las vacaciones, porque como los frailes de Madrid son más ricos que los de Alcalá, aunque es muy mala su sopa, es mejor que la de los de allá que sirve de vomitivo.

—¿Conoces tú al marqués de la Fávara?

—¡Ah mal hombre! ¡ah bandido por el que llora la horca! ¡ah pobre don César Galofre! ¡ah pobre doña Zoa!

—¿Qué dices, hombre? exclamó Guillen puesto en cuidado por las declamaciones de Algarroba.

—Espera, espera, hijo mio; que ya veo acercándose á mi en las manos de ese doméstico el humeante caldo, que va á ser para mi estómago el refrigerio de los dioses: una taza de caldo gordo con una cucharada de vino añejo, es bastante para resucitar á un muerto. ¡Oh qué pan tan sabroso, qué tierno, qué blanco y cuán en punto cocido! Dios te lo pague, hijo mio; tú eres el salvador que has sacado de su tumba á este Lázaro.

—Dále las gracias á la hermosísima marquesa de la Fávara, dijo Guillen.

A este tiempo ya se habia ido el mozo, dejando delante de Guillen y de Algarroba los manjares que se le habian pedido.

—Ya me lo habia yo figurado, dijo Algarroba con la boca llena de pan y echando con delicia un dorado vino de la Nava del Rey en el aromático caldo: huye, mi buen Mecenas, Mecenas futuro, porque voy á dedicarte mi nuevo tratado de Retórica: huye de esa sirena encantadora si no quieres naufragar en las Sirtes.

—Cuéntame por qué te has lamentado de ese don César y de esa doña Zoa.

Algarroba contó al jóven escolar la tragedia de los primeros amores de doña Teresa que ya hemos relatado, y otras cuatro tragedias que habian acontecido en los doce años de matrimonio de los marqueses.

—Pues me importa muy poco, dijo Guillen; esa pobre se-

ñora es una víctima: yo la adoro, y necesito que me ayudes.

—¿De qué manera?

—Averiguando sin que nadie se aperciba de ello, cuándo está y cuando no está en Madrid el marqués de la Fávara, y avisándome: no es decir que yo tenga miedo, pero del enemigo traidor hay que guardarse.

—Sabrás todos los pasos que dé su excelencia, y no habrá puesto su excelencia un pié fuera de las puertas de Madrid que tú no lo sepas.

—Pues acabemos de almorzar, que quiero llevarte á mi casa para que aprendas el camino y me avises cuando fuere necesario: Pero no te atraques de ese modo, hombre; con ese pastel de olla podrida hay para cuatro, y de tal manera le tratas, que es muy posible que una indigestion te lleve á verle la calva á San Pedro.

—Es que conmigo comen quince dias de ayuno; y poco es este pastel; la hostería me tragaría yo sin miedo de que se me indigestase: déjame comer una vez sin tasa; despues iré á mandar decir una misa á los santos mártires, san Vito, san Modesto y santa Crescencia, á los que tomo desde hoy por patronos.

Terminóse el almuerzo, no sin que en él se invirtiese hora y media, porque nunca acababa de comer ni de beber Algarroba; salieron de la hostería, y Guillen llevó al bachiller á su casa, le dió más dinero para estimularle más, y le dijo:

—Puesto que el marqués de la Fávara está con el principe en Balsain cazando venados, yo no te avisaré sino cuando el marqués vuelva, á fin delo que, yo me voy á Balsain para no perder de vista al marqués, y en cuanto huela que el principe dá la órden para volverse á la córte, tomo postas, cojo la delantera y te aviso á tiempo.

Algarroba se fué, y Guillen pasó el dia y parte de la noche terriblemente fastidiado.

A las doce, vestido con su traje oscuro, pasó de su huerto al jardin de la casa del marqués y se ocultó entre los árboles, en un lugar desde donde podia ver los balcones.

Al dar las doce, la marquesa vestida de blanco, como la noche anterior, se asomó á un balcon.

Guillen vió que la marquesa miraba con insistencia al lugar donde él habia estado la noche antes.

Se deslizó sin hacer ruido entre los árboles, y fué á colocarse en aquel lugar, bajo la luz de la luna.

La marquesa desapareció del balcon.

—Ya baja, dijo estremecido de alegría el estudiante.

Pero pasaron cinco minutos, diez, quince, media hora; dió la una y la marquesa no bajó.

Guillen esperó:

No hay nada más tenaz y más paciente que un enamorado.

Dieron las dos sin que apareciese la marquesa.

Entonces Guillen se retiró lleno de despecho.

Aquella noche no durmió.

Salió por la tarde, se fué á las gradas de san Felipe el Real y armó camorra con un alférez de la guardia tudesca.

Mediaron algunos de los circunstantes, se alegraron las pragmáticas y se cortó un duelo.

De todo tenia la culpa el enamoramiento de Guillen por la marquesa.

A las doce de la noche Guillen se colocó en el mismo sitio que la noche anterior.

Vió que el balcon se abria.

Vió aparecer á la Marquesa vestida de blanco.

Se puso á su vista bajo la luz de la luna.

La marquesa desapareció, pero no bajó.

Guillen notó al retirarse que el balcon estaba abierto.

Se ocultó y se puso á observar el abierto balcon, quedándose en el jardin hasta cerca del dia.

Al amanecer, la marquesa vestida de blanco, llegó al balcon y le cerró.

Guillen reparó en que la marquesa estaba pálida y ceñuda.

A la noche siguiente Guillen se puso en su acechadero.

La marquesa apareció en el balcon.

Guillen no se dejó ver.

La marquesa no se retiró.

Parecia como que esperaba al estudiante.

Dió la una.

La marquesa no se habia retirado del balcon.

Entonces Guillen dió la vuelta, se puso bajo la luz de la luna y se dirigió hasta el balcon, con el intento visible de hablar á la marquesa.

Esta se retiró del balcon, pero le dejó abierto.

Guillen adelantó.

Llegó al pie del balcon, y asiéndose al tronco de una parra, trepó, se asió á los hierros del balcon, se metió dentro y desapareció por el oscuro fondo.

Un cuarto de hora despues se cerró el balcon y no volvió á abrirse hasta el momento en que empezó á rayar el dia.

Guillen apareció en el balcon y descendió al jardin.

Una mujer, la marquesa, habia estado abalanzada al balaustre del balcon mientras Guillen bajaba.

Cuando desapareció Guillen entre los árboles, la marquesa penetró por el balcon y le cerró.

Al dia siguiente sus criados encontraron de muy buen humor á Guillen.

Estuvo en san Felipe el Real y dió una afable satisfaccion al alférez tudesco á quien habia ofendido la tarde anterior, y llevó su cortesia hasta el punto de convidar á una magnífica cena al alférez y á sus amigos en la hosteria de Mari-comino.

A las doce se despidió de ellos.

—Vénus, les dijo, me roba á Cérés y á Baco. Hasta mañana, señores.

Media hora despues la marquesa de la Fávara aseguraba en el balcon de su jardin una hermosa escala de seda, y recibia en sus brazos á Guillen.

—¡Oh! á vos no os matará mi marido, le dijo entrando con él en su cámara; pero es necesario alzar la tapia antes que mi marido vuelva.

La tapia se alzó; pero era de poca altura, y la salvaba con facilidad el estudiante.

Pendiente del balcon esperaba una escala y en el balcon los brazos de doña Teresa.

El príncipe debia gustar mucho de la caza del venado, porque no volvia de Balsain.

El bachiller Algarroba escribia de ocho en ocho dias una lacónica carta á Guillen.

Siempre le decia sobre poco más ó menos:

«El príncipe tiene aquí más de cuatro entretenimientos de caza mayor, y parece que está muy á gusto. De noche se ven por los jardines á la sombra, algunas damas arrebuajadas, sin marido, acompañadas de algun rodrigon ó dueña. El duque de Uceda y el marqués de la Fávara, se pasan la noche jugando á *los cientos* en la antecámara del príncipe, que se pierde en cuanto dan las Ánimas. Nada se dice por ahora de la vuelta de su alteza á la córte, y no es de presumir que vuelva tan pronto, porque aquí ha venido una compañía de cómicos y hoy ha llegado el señor Lope de Vega.

Continúa tranquilo con tu marquesa, que yo te avisaré á tiempo en cuanto se susurre la vuelta de su alteza.

Guárdete Dios y te prospere, hijo mió.

EL BACHILLER ALGARROBA.»

Pasó todo el mes de junio, el de julio, el de agosto, y parte de setiembre sin que Algarroba anunciase á Guillen la vuelta del príncipe de Asturias, y por consecuencia la del marqués de la Fávara.

Guillen estaba enamorado; pero como no amaba, ni podia amar á doña Teresa, empezaba á cansarse de aquellos amores y á desear que el príncipe volviese de su montería veraniega.

Se acercaba, además, el principio del curso universitario, y Guillen se veia obligado á irse á Alcalá á emprender los estudios del quinto año de derecho.

Al fin, el 15 de setiembre recibió una carta de Algarroba en que le decia:

«Escúrrete, oculta tus amores con la marquesa: su marido es un lobo, tiene un olfato muy largo y vuelve con el príncipe.»

Doña Teresa habia tambien recibido un cándido aviso de su ferroz marido.

Guillen, no solo no volvió á saltar por la tapia ni entrar por el balcon de la marquesa de la Fávara, sino que el dia 30 de setiembre se vió obligado á ponerse en camino para Alcalá, sin haber visto á doña Teresa.

Esto habia renovado su empeño por ella.

Por la primera vez Algarroba no habia vuelto á pié y con hambre á Alcalá, sino en un buen macho y con buenas provisiones en las alforjas, acompañado de Guillen, que iba en un magnífico caballo con traje de hidalgo rico, porque hasta el dia siguiente no tenia necesidad de vestir su sotana, su manteo y su gorra de estudiante.

Guillen esperaba que la marquesa le escribiese, pero no le escribió, y esto aumentó su irritacion.

Pasó todo el mes de octubre, y Guillen no pudo ya tenerse.

Habia vuelto á sentir por la hermosura de doña Teresa una sed rabiosa, y tenia, además, gravemente ofendido su amor propio.

Arrostró por todo, hasta por la pérdida del curso.

Siñ embargo, pidió licencia á sus maestros, acompañando su peticion con algunos buenos regalos, y se la concedieron lata, hasta el fin de las vacaciones de Páscoa; esto es, hasta el siete de enero.

Guillen volvió á Madrid y á su casa; pero no se quitó el traje universitario.

Un estudiante en Madrid durante el curso, era como si dijéramos, una fruta fuera de estacion; porque en Madrid no habia universidad.

La noche del mismo dia en que Guillen llegó á Madrid, bajó á su huerto, que ya se habia convertido en un bello jardin, á costa de dinero, y trepó á la tapia.

Pero aun no habia acabado de trepar, cuando dos enormes mastines, dos mastines furiosos se abalanzaron á la tapia por la parte de adentro, ladrando de una manera atronadora.

El jardin de la casa del marqués de la Fávara, estaba cerrado para él.

Guillen se retiró de un humor de los diablos.

Al dia siguiente, en las gradas de San Felipe el Real, llamadas el Mentidero, porque en ellas se contaba todo lo que sucedia y lo que no sucedia en la córte, y se murmuraba de todo, Guillen preguntando con la mayor discrecion, supo que el marqués de la Fávara habia cometido la imprudencia de ponerse mal con el duque de Uceda; que este habia tenido el tacto de servir al principe de Asturias mejor que el marqués de la Fávara; que por esta doble razon habia sido despedido del cuarto del principe; y no solo despedido, sino arrestado y conducido con guardas al castillo de Montanches, donde estaba preso. ¿En qué consistia, pues, la presencia de los feroces guardadores caninos en el jardin de la casa del marqués de la Fávara?

La marquesa ignoraba que Guillen hubiese vuelto; y por consecuencia, era muy posible que cuando lo supiese hiciese retirar del jardin sus terribles guardas.

Pero como era una imprudencia escribir á la marquesa, ni procurar entenderse con ninguno de sus criados, Guillen se propuso dejarse ver de ella en palacio, á donde la marquesa tenia que concurrir cuando la tocase de servicio, como dama de honor de la princesa de Asturias.

La alta servidumbre se relevaba á las diez.

Á las nueve y media ya habian acudido damas, camaristas y meninas.

Á las ocho, nuestro escolar estaba ya paseándose por la parte interior del vestibulo de la puerta de las meninas, por donde entraba en el alcázar la servidumbre.

—Vió entrar á las señoritas de Malpica, á la de Osorno, á la de Torrejon, meninas de su alteza, á las señoritas de Campo Alegre,

de Castro-Nuño y de Buendía, camaristas; á las condesas de Puerto Llano y de Alentejo y á las marquesas de La Guardia y de Quirós, damas de honor.

La marquesa de la Fávara no estaba de servicio.

Tres dias fué inútilmente al alcázar Guillen: tres se retiró desesperado.

Pasó á la larga y como sobre la marcha algunas veces y con grandes intervalos por delante de la casa del marqués de la Fávara, y encontró los balcones cerrados.

Es verdad que hacia mucho frio.

Al cuarto dia, por fin, á punto que el reló del alcázar daba las ocho y media, y mientras Guillen se paseaba por la parte interior del vestibulo de la puerta de las meninas, se paró delante de ella una magnífica silla de manos dorada, se abrió y salió una dama rozagante, en traje de córte; en una palabra, doña Teresa, más hermosa que nunca.

Guillen adelantó esperando á lo menos una rápida y expresiva mirada de inteligencia. Pero doña Teresa pasó tan indiferente como si no le hubiera conocido.

—Teme, sin duda, comprometerse, dijo Guillen: volveré mañana.

Y se fué irritado, contrariado, con un humor de los diablos.

Al dia siguiente estaba allí á las nueve y media.

Entre diez y diez y media debian pasar las damas que salian de servicio.

En efecto, apareció desembocando por las escalerillas la marquesa de la Fávara.

Pero pasó tan indiferente como el dia anterior junto al estudiante, á pesar de que este habia determinado su presencia para ella.

Todavía creyó Guillen que la prudencia dominaba á doña Teresa, y esperó un aviso suyo.

Pero el aviso no tuvo lugar, y á los tres dias el estudiante volvió al alcázar, provisto de una carta escrita en un pliego de papel sellado, con el objeto de que los que le viesen entregarla á la marquesa creyesen que se trataba de un memorial.

Era muy comun que los pretendientes desesperados entregasen memoriales á las damas de honor.

Cuando salió de su silla de manos doña Teresa, Guillen se dirigió decididamente á ella y con marcada intencion de hablarla.

La marquesa hizo un movimiento de fria reserva.

—¿Qué quereis? le dijo con voz breve y seca.

—Que me ampareis, señora, contestó Guillen, en una desesperada pretension mia, haciendo que este memorial llegue á la persona á quien se destina.

—Dadme, pues; pero no respondo; hay demasiados pretendientes.

Y pasó llevándose el papel.

—¡Vive Dios, dijo Guillen, saliendo sulfurado del alcázar, que si se burla de mi me doy de estocadas con su marido, aunque para ello tenga que ir al castillo de Montanches, y que he de perseguirla luego sin dejarla á sol ni á sombra, hasta que la venza ó la castigue!

Lo que el papel sellado decia era lo siguiente:

«He dejado por vos la universidad: cuando he ido á entrar en vuestro jardin, dos enormes perros han querido comerme; he tenido miedo al ruido, no á otra cosa; he venido á buscaros al alcázar, y habeis pasado junto á mi, sin dar muestras de conocerme: vuestro marido está bien seguro en Montanches; ¿por qué me desconoceis? ¿por qué sabiendo cuál es mi casa no me habeis avisado? Os habeis olvidado de mi, señora, y yo no me he olvidado, ni puedo olvidar-me de vos. Haced por curarme de la amarga desesperacion que siento, ó de lo contrario haré cualquier locura, de cuyos resultados la culpa será vuestra.»

—¡Imprudente! dijo la marquesa cuando leyó el papel en un rincon de la antecámara de la princesa. Me ama y no me comprende; se irrita porque yo no puedo decirle: hay que tener cuidado; alguien ha puesto sobre aviso á mi marido; estoy vigilada; me veo obligada á ser muy prudente; espera. No puedo decirle esto, y él ofendido será capaz de cualquier temeridad: ¿y qué hacer? Afortunadamente Guillen no puede probar nada: si mis traidores criados se han apercebido de que un hombre entraba en mi aposento, no saben quien este hombre sea. Le amo lo bastante para no esponer su vida: el marqués puede salir de un momento á otro de Montanches, porque en el cuarto del príncipe los cambios de favor son muy frecuentes: no, no; es necesario esperar á que el marqués se muera; es ya viejo, y Guillen se casará conmigo: sí, de seguro; es necesario no esponer por una imprudencia muchos años de felicidad. Yo le escribiría, le avisaría: pero ¿de quién valerme, si Dios me perdone, creo que el marqués tiene compradas á todas las personas de que puedo servirme? y aun asi, Dios quiera que Guillen no

haga una locura que le descubra y que no tenga remedio.

La locura estaba hecha.

Habia consistido esta en la entrega del papel á la marquesa por Guillen, en el vestibulo de la puerta de las meninas.

Uno de los pretendientes habia visto esta entrega, y habia notado la seriedad demasiado grave de la marquesa y la conmocion del estudiante.

Al dia siguiente el marqués de la Fávara recibió en Montanches una carta en que se le relataba lo que habia acontecido entre su esposa y un estudiante rico, en uno de los vestibulos del alcázar.

El marqués escribió, cerró y selló una carta, la dió á uno de sus ayudas de cámara, montó éste á caballo, y al dia siguiente paró frente á un casucho en la calle de Juanelo.

Subió á una de sus bohardillas, llamó á su desvencijada puerta, la abrieron y se presentó el pretendiente de que hemos hablado, que no era otra cosa que un galeote licenciado, que pretendia se le rehabilitase de haber estado ocho años en galeras, por una mala muerte que no se le habia probado bien; que á probarsele, hubiera ido á la horca.

El ex-galeote leyó la carta, en la que el marqués habia desfigurado completamente su letra.

La carta decia así:

«Sigue á ese hombre de quien has sospechado, y sin que él pueda notarlo: hazte su sombra. A poco más que veas, háblale.»

No decia más la carta.

—¿Y no os ha dado nada para mí quien os ha dado esta carta? preguntó el ex-galeote al ayuda de cámara del marqués.

—Sí, contestó éste; cincuenta doblones en esta bolsa.

Y entregó una que habia sacado de un bolsillo de sus gregüescos, al ex-galeote.

—Id con Dios, dijo éste; y decid á vuestro señor que quedo enterado.

Guillen esperó en vano una carta de la marquesa, y decidido á un escándalo se fué al dia siguiente al alcázar.

Pero el aspecto de la marquesa cuando pasó junto á él le contuvo.

La marquesa no se habia atrevido á hacerle ninguna señal de inteligencia, porque habia algunas gentes en el vestibulo.

Guillen no se contuvo ya. Se fué á la calle del Arenal y se puso á pasear por delante de la casa del marqués de la Fávara.

No dejaba su ronda, sino para comer de prisa y para dormir algunas horas.

Así pasaron tres dias sin que la marquesa saliese, sin que se abriese uno solo de los balcones de la casa.

Llegó al fin la noche en que empieza nuestra accion.

Guillen estaba escondido bajo los soportales, cuando una silla de manos se detuvo delante de la casa del marqués, y un hombre llamó á ella.

Era, como sabemos, un caballerizo de la princesa de Astúrias.

Sabemos tambien á lo que se atrevió el estudiante, cuando doña Teresa fué á entrar en la silla de manos.

Esta se alejó hácia el alcázar.

Guillen se quedó esperando bajo el soportal.

De improviso un hombre embozado se acercó á él, le tocó en el hombro y le dijo:

—Me han mandado que os hable, señor estudiante, y yo os doy las buenas noches. Allá ván.

Y disparó á quemarropa un pistolete sobre Guillen, que cayó sobre las enlodadas losas de los soportales.

No habia nadie, y el asesino creyó que podia robar al asesinado.

Se entretuvo un poco, y al retirarse hácia la Puertad el Sol, notó que le seguia un hombre.

Apretó el paso, y el que le seguia le apretó tambien.

Antes de llegar á la Puerta del Sol, el seguido se detuvo y dijo al que le seguia, que se le habia echado encima:

—Idos ú os mato.

—¡Cuerpo de Baco! ¿qué me has de matar tú, Belludo? exclamó el otro.

—¡Ah, cien lecciones! exclamó Belludo; ¿eres tú, Mendavia? Anda, hijo, que aqui no estamos bien; y cuando nos hayamos enmarañado por esas calles, me dirás por qué me seguías.

Y aquellos dos bribones siguieron á paso largo atravesando la Puerta del Sol entre la oscuridad y bajo la lluvia.

---

---

## CAPITULO VIII.

Lo que puede haber en un medallon sin que lo sepa su dueño.

Don Rodrigo habia tomado con el alcalde Gomez Becerra el camino de la casa del alférez Mendavia.

Cuando llegaron á ella, el alcalde se hizo abrir la puerta en nombre del rey.

Á la noticia de que la justicia estaba en la casa, se alborotó la vecindad, y hubo individuo que se escapó por el tejado.

La casera, que era una vieja inverosímil con un decidido olor á bruja, llevó á don Rodrigo y al alcalde al cuarto del alférez Mendavia, por el cual se habia preguntado.

Los alguaciles se habian quedado en la puerta, lo que mantenia en un estado de consternacion á los vecinos, porque todos eran gente *nonc santa*.

Temian que aquello fuese una de las limpias que se hacian con mucha frecuencia en aquellos tiempos; porque la gente perdida abundaba entonces como ahora en Madrid, constituyendo esa gran parte de poblacion infecta, contagiosa, deletérea.

—Esta puerta está cerrada, dijo el alcalde.

—Y nadie hay dentro, contestó la vieja: el señor Mendavia se ha ido á pedir limosna con su hija Inés, y Dios le perdone, que la niña es demasiado hermosa para pedir limosna, aunque está muy

flaca la desgraciada; como que se pasan los dias enteros sin comer: y no son mala gente; y cuando yo lo digo, hay que creerlo; como que yo sé de qué pié cojea cada uno de los vecinos: nunca han venido á prender al señor Mendavia; y eso, que el vecino que ha durado aquí quince dias sin que le prendan ó sin que le espanten, ha durado mucho: y la hija es mejor que el padre; porque el padre por salir de miserias bien quisiera, pero ella no quiere.

Don Rodrigo dejaba hablar á la vieja, y porque don Rodrigo la dejaba, la dejaba tambien el alcalde.

—¡Pero, vive Dios! dijo este; ¿no veis que se está apagando vuestro candil?

Esta interrupcion habia sido necesaria.

—Pues mire usia, contestó la vieja; no hay más cera que la que arde; y se me antoja á mí que en toda la casa no hay una gota de ólio ni un cabo de sebo: cuarto hay donde sin estar deshabitado, no se ha encendido luz en diez años.

El candil se apagó produciendo un tufo insoportable.

—¡Idos de aquí á cien mil leguas, maldita! dijo el alcalde tapándose las narices.

La vieja aplastó con dos dedos el extremo de la torcida, y el mal olor menguó y acabó por extinguirse.

—Vamos, ya no huele, dijo; ¿qué tiene que mandarme usia?

—¿Qué dice vuestra señoría á esta pregunta? dijo el alcalde á don Rodrigo.

—Buscad una llave con que se abra esta puerta, dijo este, y avisad á un alguacil que suba su linterna.

La vieja se alejó.

—¡Qué casas estas! dijo don Rodrigo.

—Huelen que apestan, contestó el alcalde: como que todos los que viven en ellas, son miseria pura de cuerpo y de alma.

—Menester será poner remedio en esto, dijo don Rodrigo.

—Quedaríase Madrid sin la tercera parte de su poblacion: y luego, no lo sabe bien nuestra señoría: cada perdido, cada prostituta, cada rufian, cada malhechor, cada canalla de estos que viven en estas casas, está cobijado por tan buen árbol, que cuando se les echa mano hay que soltarlos, porque llueven las recomendaciones á que no se puede decir que no, y aun mandatos á los que es forzoso obedecer.

—Hé ahí á nuestra imágen del diablo que viene con uno de vuestros alguaciles: tomadle la linterna, y despedirle.

—Dad, acá, Aceitunejo, dijo el alcalde tomando la linterna al alguacil que habia llegado junto á él: idos al zaguán con los otros.

El alguacil se alejó.

—Aquí traigo siete llaves, dijo la vieja: veamos si alguna abre.

—Abrid con la que sabeis vos que sirve, y así acabaremos más pronto, dijo don Rodrigo.

La casera abrió con la primera llave que tomó.

—Idos, la dijo don Rodrigo.

Y entró con el alcalde, cambió la llave á la parte de adentro y cerró.

Se encontraron en un espacio como de cuatro varas en cuadro, muy limpio de polvo y de telarañas, pero con las paredes denegridas, grieteadas, salpicadas de pequeñas y repugnantes manchas rojas.

En la pared que correspondía á la puerta habia una ventana, ó mejor dicho, una reja cerrada por un marco que habia tenido vidrios, en el cual solo quedaba uno, y aun así, partido.

Los otros estaban reemplazados por papeles amarillentos.

Á la izquierda de la entrada habia una puerta que correspondía á un pequeñísimo espacio, casi ocupado por un negro jergón.

Á la izquierda otro, y otro espacio estrechísimo en el cual habia un fogón que daba muestras de no haber contenido fuego en mucho tiempo.

Sobre el fogón habia muchas ollas y dos cazuelas negras: á su pié un cántaro desboquillado: en el espacio mayor, en lo que podia llamarse la habitacion, dos sillas negras y ordinarias, una pequeña mesa de pino, y sobre la mesa una canastilla de mimbre.

En la canastilla, á medio hacer, una camisa de blanco y riquísimo Cambray: bajo ella utensilios de coser.

Cerca de la mesa y á poca altura, sujeto en una grieta de la pared por el gancho, un candil con la torcida seca.

—Mucha miseria es esta, dijo don Rodrigo.

—Ciertamente: esta es mucha miseria, dijo el alcalde, que no sabia decir otra cosa que lo que decia don Rodrigo.

Tan gran personaje era el marqués de Siete Iglesias, que nadie se atrevia á hablar con él sino envolviendo sus palabras en el más profundo respeto.

Le consideraban ni más ni ménos, que como hubieran considerado al rey, y con más miedo aun; porque se sabia que el marqués de Siete Iglesias mataba.

—Yo busco una baldosa, dijo don Rodrigo.

—Buscaréla yo, señor, contestó el alcalde; pero en este pavimento nada hay que á baldosa se parezca.

—Registremos.

—Registraré yo, no se incomode vuestra señoría.

—La baldosa que busco guarda algo que vale.

—Entonces, señor, esa baldosa debe estar oculta: y como nada hay en esta desnudez que oculte más que ese jergon, dadme licencia para que le levante.

—Dad acá la linterna.

—¡Cómo! señor, ¡vos alumbrando!

—Ello es preciso: concluyamos y escusemos cortesias, alcalde, que el tiempo urje.

El alcalde levantó el jergon.

Debajo de él, hácia un ángulo, como resto de un antiguo pavimento, quedaban algunas baldosas.

—¿Usais daga, alcalde? dijo don Rodrigo.

—Y buida y fuerte de Milan, que pasa como un papel cuatro doblones de oro.

—Pues ved si basta para levantar esas baldosas.

El alcalde desnudó una daga estrecha y larga, y valiéndose de ella levantó una de las baldosas.

Nada habia debajo más que el yeso viejo y seco, que habia servido para fijar el pavimento.

Las levantó todas.

Nada apareció.

—¿Me habrá engañado Inés? murmuró don Rodrigo. Revolved ese yeso, alcalde, ó rompedle con la punta de vuestra daga.

A poco que el alcalde hirió el material seco que habia descubierto, la punta de su daga chocó en un objeto de metal.

—Creo que hemos encontrado algo, señor, dijo apresurándose á levantar el yeso.

Apareció al fin una caja plana, delgada, de hoja de lata.

—Dadme, dadme, dijo don Rodrigo entregando la linterna al alcalde; dadme y alumbrad.

La caja estaba oxidada, y fué necesario abrirla con la punta de la daga.

Cuando fué abierta dejó ver dentro un objeto envuelto en un papel.

Desenvolvióle don Rodrigo y halló un medallon de oro, con una

cadena corta con broche, como para el cuello de una mujer.

Aquel medallon estaba esmaltado, y tenia sobre una de sus tapas un escudo de armas que llamó vivamente la atencion de don Rodrigo.

Era el escudo de armas del duque de Lerma.

El alcalde no habia podido verle.

Por el otro lado habia esmaltada una cifra.

Aquella cifra consistia en una M y una D enlazadas bajo una corona ducal.

Tampoco la vió el alcalde, porque don Rodrigo ocultaba el medallon en el hueco de sus manos.

El medallon tenia al rededor de su canto una orla de perlas y pequeños diamantes.

—¡Es extraño! dijo don Rodrigo; ¡haber conservado en medio de tanta miseria esta joya que bien vale un ciento de doblones!

Don Rodrigo era muy inteligente en alhajas; como quien tantas y tan ricas poseia.

Abrió una de las tapas: bajo un cristal habia un rizo de cabellos de un rubio oscuro, semejantes á los cabellos de Inés.

Don Rodrigo levantó la otra tapa.

Dentro habia un retrato pintado en cobre con suma delicadeza: un retrato exactamente parecido á Inés; pero un retrato de dama, con alto traje de córte, gala de encaje de Flandes rizada, joyas sobre el pecho y perlas en los cabellos.

—¡Ah! exclamó para sí don Rodrigo; ¿cómo ha podido ser esta hermosa dama esposa de ese pobre diablo de alférez Mendavía? ¡Bah, bah! es necesario averiguar esto.

El alcalde permanecia inmóvil y sério junto á don Rodrigo, teniendo la linterna en la mano de la misma manera que un candelero su bujía.

Podia decirse que don Rodrigo estaba solo.

El respeto y aun el miedo anulaban al alcalde.

—Nada tenemos que hacer aquí ya, dijo don Rodrigo envolviendo el medallon en el papel y guardándole en su porta-bolsa.

—Salgamos, alcalde; es ya tarde y quiero volverme á mi casa.

—¿Y se queda esto así, señor? dijo el alcalde.

—Así está bien; y si no quereis no os entrometais en cerrar la puerta.

Salieron.

Apenas habian salido y bajado al patio, la vieja casera entró con el candil.

—¡Válgame Dios, dijo, viendo las baldosas levantadas; y qué vendría á buscar aquí ese señor y ese alcalde! ¿qué habria aquí? ¿un tesoro? Vaya no puede ser, en el hueco que han dejado no cabe un tesoro; pero, ¿quién sabe? cuatro diamantes gordos pueden valer mucho oro; pero si esos hubiesen tenido tal cosa no se hubieran estado muriendo de hambre, ni debiendo seis meses de la renta del cuarto: esto no puede ser; ¿pero á qué diablos han venido aquí? ¿por qué han levantado esos ladrillos?

—¿Qué viene á ser esto? dijo á la puerta del aposento una voz ronca, irritada, tremenda, que hizo temblar á la vieja.

Era el alférez Mendavia que llegaba con otro hombre y se encontraba con la puerta de su cuarto abierta sin su licencia; esto es, con una intrusión.

—Esto viene á ser, dijo la vieja, que yo he venido á ver lo que habia hecho aquí la justicia.

—¡Cómo! ¿ha estado la justicia en mi casa? dijo el alférez; ¿y á qué ha venido aquí la justicia?

—Mire vuesa merced lo que la justicia ha hecho, señor hidalgo, respondió la vieja señalando el destrozo causado en el suelo por la daga del alcalde.

—Pues no entiendo esto, dijo Mendavia; yo no tenia nada escondido, ni mi hija tampoco.

—Pues ya vé vuesa merced que aquí se ha quedado una caja mohosa de hoja de lata.

—¿Y qué podia haber aquí? dijo el alférez.

—Aquí ha podido haber diamantes, ó perlas, ó rubíes, ¿quién sabe? contestó la vieja.

—¿Qué te parece de esto, Conchudo? dijo el alférez Mendavia al hombre que le acompañaba, y que tenia la peor cara del mundo.

—Lo que á mi me parece, dijo Conchudo es que no me parece nada.

—Pero ¿no crees que aquí ha debido haber un objeto de valor cuando ha venido á buscarle la justicia?

—A veces la justicia busca cosas que no tienen más valor que la vida de un hombre.

—No, no, dijo Mendavia; aquí ha debido haber algo que valiera mucho. Y decidme, mala bruja ¿venia el alcalde solo?

—No señor, con cuatro alguaciles.

—Pues eso es venir solo; que los alguaciles no son personas, sino cola y garras del alcalde.

—Venia tambien un señoron con un muy rico traje debajo de la capa.

—¿Era de terciopelo, color de granate el traje?

—Sí señor.

—¿Y era el señoron moreno?

—Sí señor.

—¿Como de cuarenta años y buen mozo?

—Si no era el mismo, se parece mucho al que vos decís.

—Vamos, idos, que estais estorbando: pero dejadme el candil, porque el mio está seco.

—¡Vaya! ¡y acabo de echarlo aceite! ¡pues buenos están los tiempos para que despilfarremos! ¡y luego como vos pagais tan bien!

—Tomad la renta de los seis meses que se deben, dijo el alferez Mendavia.

Y dió cuatro ducados á la vieja.

Esta vió que el bolsillo que habia sacado Mendavia era muy rico, con pasadores de oro y diamantes, y lleno de una manera terrible de doblones de á ocho, algunos de los cuales asomaron á la boca.

Aquel era el bolsillo de don Rodrigo Calderon.

—¡Y vaya si habeis hecho suerte! exclamó la casera.

—Los hombres que valen lo que yo valgo, no pueden estar siempre pobres, dijo con énfasis el alferez.

—¿Pero dónde habeis dejado á vuestra hija, señor Mendavia?

El alferez asió una de las sillas de pino.

—¡Vive Dios! dijo; ¡rabo y cuernos de Lucifer! ¡que sois una vibora! ¡me habeis picado en medio del corazon! ¡lea, dejaos ahí el candil, idos y no volvais á parecer más!

—Volveré con la aceitera, contestó la vieja; que á un hombre tan rico como vos, no se le debe dejar con luz para tan poco tiempo.

Y se fué.

—Desenvaina la cesta y cena, y yo acabaré tambien de cenar, que con tu diablo de fechoría no me dejé acabar de cenar don Rodrigo: y gracias á que el alguacil Tribaldos á quien nos hemos encontrado, ha hecho que nos abran en la hostería de Mari-comino.

Conchudo sacó de debajo de su capa una cesta, de ella, envuelto en papeles, un capon asado y un pastel, cuatro botellas y un pan.

Mendavia arrojó al suelo el canastillo de costura de Inés, y las viandas y las botellas fueron puestas sobre la mugrienta mesa.

Los dos bribones, despues de haber hecho pedazos Conchudo con su puñal el capon, se pusieron á cenar.

Entretanto don Rodrigo había llegado á su casa, había despedido al alcalde y se había encerrado en su cámara.

Allí, sin temor de ser visto de nadie, examinó de nuevo el medallon.

Su práctica respecto á las alhajas le hizo conocer que el medallon tenia un secreto; esto es, que habia en él algo más que el retrato y el rizo.

En el canto del medallon habia una finisima juntura, en que solo hubiera podido reparar un joyero.

Esto debe abrirse por medio de un resorte, dijo don Rodrigo; y el resorte está sin duda bajo alguna de las piedras del cerco.

Y don Rodrigo las fué oprimiendo una á una.

Al fin, al oprimir un rubi se abrió un medallon, y en un hueco interior dejó ver un papel doblado.

Desdoblólo don Rodrigo y leyó lo siguiente:

«Ya sea mi hija Inés la que lea este escrito, ya otra cualquier persona que lo encuentre, lleve este medallon al señor duque de Lerma, que le pagará por él un tesoro.»

Y guardando el medallon en el secreto de una de sus papeleras, llamó á sus ayudas de cámara para recogerse.

Pero no estaba de Dios que se recogiese aquella noche don Rodrigo.

El ayuda de cámara que se presentó á su llamamiento le dijo:

—Señor, ahí está el camarero del príncipe de Astúrias Gil de Barrientos, que quiere hablaros.

—Que entre al instante, dijo don Rodrigo.

A poco entró en la cámara un hombre como de treinta y cinco años, alto, moreno, buen mozo, vestido no solo á lo hidalgo sino tambien á lo galan, al parecer noble y con ese *quid* especial de las gentes de palacio.

—¿Qué sucede, Barrientos? le preguntó don Rodrigo.

—He estado tres veces á buscar á vuestra señoría, y no le he encontrado en casa; lo he sentido mucho: el príncipe ha salido esta noche del alcázar con el señor duque de Uceda, escoltado por cuatro lacayos de su excelencia.

—¿Y vos, qué habeis hecho?

—Me he escurrido detrás de los lacayos.

—¿Y qué habeis visto?

—Su alteza y su excelencia han entrado por el postigo del jardín del consejero de Castilla don Francisco de Contreras.

Se le sublevó la bilis á don Rodrigo, que se puso lívido y tartamudeó algunas palabras ininteligibles.

—Yo vine al momento á dar parte á vuestra señoría; no le encontré y me volví al jardin de la Priora, adonde dan las tapias y el postigo del jardin de la casa de don Francisco de Contreras; me oculté entre los árboles, cerca de los lacayos, y oí que el uno decia al otro:

—Mucho será que no tengamos cuchilladas; porque ha venido Faldellin y ha dicho que se esté con mucho cuidado para lo que pueda suceder.—Y esto, despues de haber entrado Faldellin y haber hablado con el duque.

—¿Y de dónde ha venido Faldellin? dijo otro.

—¿De dónde, sino del alcázar?

—¿Y no se sabe por qué hay que estar con cuidado?

—No; pero como dicen que el marqués de Siete Iglesias pretende á doña Ana de Contreras, y el marqués de Siete Iglesias sabe todo lo que pasa en Madrid, sabe Dios la que podrá armarse.

Los lacayos se alejaron para buscar un sitio que los pusiese más á cubierto de la lluvia; yo me fui al alcázar por ver qué novedad habia, y me encontré con que la princesa doña Isabel habia llamado á la marquesa de la Fávara que estaba ya en palacio.

—Dieguillo, dijo don Rodrigo; pronto unas botas fuertes de gamuza, un sombrero de castor y una capa de paño de Castilla, que aguanten la lluvia; una espada de gavilanes y una daga de gancho; además de esto, una linterna sorda de hierro.

Don Rodrigo fué servido al momento, abrió un secreter, se echó en los bolsillos algunos puñados de oro, y salió con el señor Gil de Barrientos.

---

## CAPÍTULO IX.

Su alteza el señor príncipe de Asturias.

Don Felipe de Austria, hijo mayor de Felipe III, y por consecuencia príncipe de Asturias, solo tenía catorce años en la época en que marcha la acción de nuestro drama. Pero tenía ya la grande estatura que vino á constituir más adelante la única grandeza del señor rey don Felipe IV, de inolvidable memoria por lo felices que hizo á los españoles.

En la primavera de su juventud era ya un joven gastado, viciado, don Felipe de Austria.

Desde tan temprano, le habían llevado á aventuras Olivares y Uceda, sus dos grandes servidores.

El príncipe de Asturias era muy rubio, de escasos cabellos que llevaba muy largos, y que solo merced á los esfuerzos del peluquero se mostraban algo armados, porque eran muy lácios.

Tenía el rostro prolongado, la frente plana y un tanto deprimida, y los gruesos y prominentes labios de Felipe II. La nariz aguilena del gran emperador Carlos V; aquella nariz que había dado al César algo de la fisonomía del águila; nariz perdida en Felipe II, vulgarizada en Felipe III, estaba muy lejos de ser la gruesa y vulgar nariz del príncipe de Asturias.

La raza austriaca se degradaba en la dinastía española: la mirada de Carlos V, aunque partiendo de unos ojos azules, claros, pero lípidos, era la mirada del águila; pero se iluminaba á veces en el fuego sombrío de la cólera del león.

Felipe II habia heredado el color de los ojos de Carlos V; pero los ojos de Felipe II no se animaban jamás; eran inmóviles, frios, de un azul algo impuro.

Los de Felipe III no ostentaban más que una mirada vulgar, pero que dejaba trasparente el alma de un hombre de bien y de un caballero.

En los ojos de Felipe IV, esto es, del entonces príncipe de Asturias, existia ya una especie de degradacion, la expresion de una voluptuosidad repugnante, una absoluta carencia de limpidez, unos grandes párpados en que habia algo de cansancio, de soñolencia.

El grueso lábio inferior del príncipe de Asturias, que en Carlos V habia representado el dominio, en Felipe II la fuerza, en Felipe III la vanidad, en Felipe IV, caido ya, lácio, marchito, por decirlo así, representaba una debilidad extrema.

El príncipe don Felipe era muy blanco, muy pálido; pero con una blancura y una palidez mate, impuras; parecia que el fuego de una sensualidad grosera habia quemado aquella tez de niño.

Era alto y robusto, pero no gallardo: la magestad se habia convertido en él en lo que hubiera podido llamarse una hinchada prosopopeya.

Todo esto hacia al príncipe de Asturias fuertemente antipático.

En cuanto á su educacion, se le habia instruido convenientemente; pero solo habia aprovechado el estudio de las letras humanas.

Era un regular poeta, de lo cual, á pesar de su juventud habia ya dado algunas buenas muestras; grande espada y gran ginete, lo que nada tenia de extraño, porque entonces abundaban los grandes maestros de equitacion y de esgrima.

Tenia una grande idea de sí mismo; se creia hermoso, magnífico, gran político, gran poeta, gran conecedor del arte de la guerra y del arte del amor.

Nada tenia esto de extraño en un príncipe de los más adulados y de los más explotados por la previsora ambicion de los favoritos.

El gran concepto que tenia de sí mismo el príncipe, con una

carencia casi total de prendas, le daba un marcado sabor á nécio, que nadie se cuidaba de anular, porque nadie se cuidaba de otra cosa que de adular al futuro rey, de halagar sus repugnantes pasiones, de excitar su hinchada vanidad, de dar pávulo á su propension por locas, por innobles aventuras.

Felipe III estaba muy enfermo; se acercaba á paso de carga al sombrío panteon del Escorial; todos veian ya en un breve término en el príncipe de Asturias, al señor rey don Felipe IV.

Los ambiciosos se despedazaban usando todo género de malas artes, empequeñeciendo, degradando, empobreciendo al monarca y á la monarquía.

El clero, aliado de la nobleza, se hacia prepotente. Asomaban ya los horrendos tiempos de la incontrastable fuerza del pavoroso tribunal del Santo Oficio de la general Inquisicion.

Las Américas españolas absorbían á miles los aventureros ansiosos de oro; las impolíticas guerras que sosteníamos, mataban miles de españoles y aumentaban los gravámenes.

Desde 1504 á 1649, esto es, en poco más de cien años, los veinticuatro millones de españoles que tenia el noble cetro de los Reyes Católicos, se habian reducido á diez millones.

Una y otra expulsion de moriscos y de judíos, los edictos contra los protestantes, el intransigente fanatismo de un clero codicioso, las múltiples guerras, la emigracion á las Américas, el celibato de miles de miles de frailes, de clérigos y de monjas, habian devorado en cien años catorce millones de españoles, y la tremenda monarquía de los Reyes Católicos, la conquistadora, la invencible, yacía en un vergonzoso estado de postracion.

Si quereis encontrar las causas de nuestro atraso, de nuestro doloroso, de nuestro lento desarrollo, á pesar de la inconstrastable fuerza del progreso humano, buscadlas en nuestro clero y en nuestros ambiciosos y vulgares hombres de gobierno.

En los últimos tiempos de Felipe III, la nacion agonizaba, y si no fué absorbida, si no fué borrada como nacion del mapa de Europa, se debe únicamente á que Francia é Inglaterra estaban tan mal ó peor que nosotros.

Usando de una frase vulgar pudiéramos decir: «cuando llueve todos se mojan.» La corrupcion, la inmoralidad y el desorden son un contagio que no reconoce fronteras. El proceso que en una época dada puede instruirse contra una nacion, puede instruirse del mismo modo contra las naciones, es el proceso de la humanidad.

Dios lo quiere, Dios ha hecho que la humanidad avance por un camino difícil, sin otro guía entre las tinieblas que la necesidad y el instinto de conservación. Pero hay etapas miserables en la marcha de la humanidad, etapas vergonzosas, y el siglo décimo séptimo, siglo de tiranía, de crueldad y de fanatismo, fué una de esas vergonzosas etapas.

Nada tenia, pues, de singular Felipe de Austria, príncipe de Asturias; era un real producto de su tiempo: los árboles podridos no pueden dar fruto sano, y Felipe IV era despreciable, porque era entonces despreciable el país.

Aventurero, sin honra y sin disciplina, viviendo sobre el territorio enemigo, haciendo sus mártires á buenos generales que aun quedaban de otro tiempo; cortesanos sin pudor, sin dignidad y sin talento, haciéndose una repugnante guerra palaciega, devorando los oficios, esto es, los empleos, vendiendo la justicia, porque habian comprado sus empleos.

Insaciable el clero, devorándolo todo en fundaciones, en oblaciones, en diezmos, en primicias, amortizando gran parte del territorio, apoderándose de la instruccion pública para determinar el embrutecimiento público, cantando el tremendo *exurje Domine et judicaca causan tuam* al resplandor de las sacrilegas hogueras en nombre del Dios de las Misericordias, carbonizando á seres humanos, podrido todo, todo corrompido, todo embrutecido.

Hé aquí el estado en que nos encontrábamos en los últimos tiempos del reinado de Felipe III.

Felipe IV no podia ser otra cosa que un rey de una parte ridiculo, de otra parte funesto.

Sus cortesanos estaban ya desalentados.

A los catorce años Felipe IV no encontraba ya nada que satisficese de una manera estable sus groseras propensiones.

Gastábanse Olivares, Uceda, y aun indirectamente el mismo Zúñiga sendos doblones para procurarle un entretenimiento nuevo, y el buen príncipe se hastiaba del entretenimiento, que por su poca duracion resultaba escandalosamente caro.

Agotábase el dinero, vendíanse cargos y oficios para adquirir nuevas sumas que venian á ser ineficaces, á causa de la espantosa volubilidad de su alteza; y como su alteza estaba acostumbrado á los entretenimientos, cuando sus cortesanos no le entretenian, aterrabá á sus cortesanos, dejándoles conocer claramente su disgusto.

Aburrido estaba en una de estas situaciones el duque de Uceda,

sin encontrar á ningun precio cosa digna de entretener al impresionable don Felipe, cuando una casualidad vino á hacer feliz al admirable hijo del no menos admirable duque de Lerma, esto es al de Uceda.

Asistió al lavatorio de Semana Santa en el alcázar una jóven, que cuando allí se encontraba y atendida la rígida etiqueta de la casa de Austria, debia ser persona muy principal.

En efecto, esta dama era doña Ana, hija del consejero de Castilla don Francisco de Contreras.

Tenia veinte años, era fuertemente hermosa, alta, robusta, protuberante, incitante, móvida, fresca, cabalmente como si la hubieran hecho de encargo para volver loco al príncipe don Felipe, que respecto al amor anteponia la materia, el espíritu, del cual le importaba poco prescindir por completo.

Doña Ana tenia las formas de ángel demasiado desarrolladas, pero nada tenia de ángel su espíritu. Era vanidosa soberbia, y sensual.

No buscaba el alma, ni el cuerpo del hombre, sino la posicion y la riqueza. No comprendia nada más que aquello que podia traducirse fácilmente á lo positivo.

Notó con esa perspicacia peculiar á todas las mujeres, que el príncipe de Astúrias la miraba con codicia y se propuso hacerse la favorita omnipotente del futuro rey.

Nadie conocia á doña Ana en la córte: habia salido poco antes del convento de Santo Domingo el Real y su padre la llevaba por primera vez al alcázar, engalanada con grande ostentacion y enriquecida por costosas joyas, el dia del lavatorio.

No fué solo el príncipe de Astúrias quien reparó en doña Ana de Contreras y se enamoró de ella.

Don Rodrigo de Calderon, aunque casado desde hacia ya algun tiempo y con hijos, no pudo ver sin codiciarla á la magnífica doña Ana.

Lerma, asimismo, estaba vacante de querida y encontró muy á propósito por su hermosura y por su posicion á doña Ana, para llenar aquel importante hueco que habia en su ostentacion.

¿Qué importaba que doña Ana fuese hija no menos que de un consejero de Castilla? Aquel consejero habia subido desde muy bajo y desde la primera juventud á puestos sucesivamente más altos, mediante el favor de don Francisco de Sandoval y Rojas, duque de Lerma, de quien habia sido paje.



DA ANA DE CONTRERAS.



Cuando se casó don Francisco de Contreras, era ya alcalde de Casa y Corte; esto es, estaba adcentado en la parte exterior y completamente podrido en la interior.

Lerma comprendió que hacer su querida á doña Ana de Contreras, debia costarle un enorme sacrificio para contrapesar, no el honor, sino la vanidad del consejero de Castilla, satisfaciendo su ambicion, siempre insaciable.

Don Gaspar de Guzman, conde de Olivares, habia pensado tambien en doña Ana.

Estaba casado con doña Beatriz de Zúñiga, hija de don Baltasar; pero no importaba: la manceba era entonces cosa corriente, y nadie extrañaba que un caballero casado tuviese una y aun más.

Esto muchas veces no era otra cosa que ostentacion.

Uceda hizo tambien sus cálculos sobre doña Ana; pero no para sí, sino para el príncipe.

Uceda no se distraia; caminaba recto hácia el logro de sus ambiciosos proyectos.

Los pajes, el rodrigon, la dueña y las doncellas de doña Ana, que toda esta servidumbre tenia, porque su padre, á fuerza de negocios se habia puesto rico, estuvieron de enhorabuena.

Llovieron cartas, y con las cartas dádivas, y doña Ana se mostró inflexible á todas las pretensiones, incluso las del príncipe.

Las cartas eran devueltas sin ser leidas, amonestados severamente los servidores y despedidos los que se atrevian á insistir por el cebo de la ganancia. Pero los que entraban nuevos pecaban por donde habian pecado los otros, y tantos y tantos criados fueron despedidos por la misma causa, que la reputacion de doña Ana, como virtud invencible á prueba de tentaciones, se extendió por toda la corte, porque los criados lo hablan todo. Este era un hábil cálculo. El principe de Asturias, que tenia fijas las miradas en doña Ana, acabó por creerla una roca; contrajo un empeño tenaz y se apasionó cuanto podia apasionarse.

Sin embargo, el rey, aunque muy enfermo, amenazaba con vivir algun tiempo más que el necesario para que, si cedia doña Ana, el principe tuviese tiempo de hastiarse de ella.

Doña Ana se habia propuesto ser la favorita de un rey, no la manceba de un principe.

La agonía de Felipe III era el plazo fijado por doña Ana para rendirse al principe.

Don Rodrigo Calderon por su parte hacia tanto, estaba tan ena-

morado de la jóven, que esta acabó por impresionarse por él.

Pero doña Ana era más cabeza que corazon, y el único favor que otorgó á don Rodrigo fué el aceptar regalos suyos, que no hay que decir que eran magníficos.

Estos entretenian á Calderon, manteniendo en él una desesperada esperanza.

Doña Ana recibia las cartas y los regalos de Calderon, le contestaba en términos generales; pero nunca consentia en hablarle, ni le ofreció ocasion de acercarse á ella.

Don Rodrigo acabó por desesperarse tanto, por apasionarse de tal manera, que al fin y al cabo inficionó á doña Ana, que contrajo por don Rodrigo una verdadera pasion. A despecho de esta, el corazon no venció la cabeza de doña Ana.

Podia ser amada por don Rodrigo y amarle, sin dejar de ser por esto la favorita del rey.

Se tenia el ejemplo de la princesa de Éboli, querida pública de Felipe II, amante secreta apasionada del secretario del Despacho Universal Antonio Pérez.

Las costumbres de la córte en aquel tiempo no podian ser más asquerosas; todo se sacrificaba á una privanza ó á un alto cargo; conciencia, honor, familia; la cuestion era mandar y poseer. Todo lo demás importaba muy poco, y apenas se cubrian las apariencias.

Don Francisco de Contreras veia los manejos de su hija, pero cerraba los ojos y hacia cuanto le era posible por aparecer ciego de buena fé.

Doña Ana iba perdiendo lentamente su honra, devorada de una parte por su ambicion, de otra por el amor que le inspiraba don Rodrigo.

Cierto es que durante las frecuentes y largas serenatas que la daba á costo y costa don Rodrigo, pagando los mejores músicos de los coliseos, no se abrian balcon, reja ó ventana en la casa de Contreras, que permanecia muda y silenciosa. Pero despierta, escitada, muriendo de amor escuchaba doña Ana la serenata.

Llegó al fin un dia en que doña Ana se desesperó, en que necesitó de todo punto ser de don Rodrigo y hacerle suyo, y entonces aquella virgen prostituida, aquella dama despreciable, escribió al duque de Uceda:

«Al fin me rinde el amor con que su alteza me honra. Habeis-me dicho en vuestra última carta que está á punto de volverse loco por mí: yo no he podido saber esto sin sentir un gran dolor; y

puesto que su alteza solo desea hablar conmigo respetando mi honra, podeis venir esta noche á las doce, con su alteza, por el postigo de mi jardin, que estará abierto.—Guardeos Dios.

DOÑA ANA.»

—Esta noche el principe, dijo doña Ana cerrando esta carta; mañana mi alma.

El alma de doña Ana era entonces don Rodrigo Calderon.

## CAPITULO X.

---

### La princesa de Asturias.

Isabel de Valois, hija de Carlos IX, hermana del rey de Francia, esposa del príncipe de Asturias don Felipe, era una hermosísima, espiritual y valiente joven.

Contaba un año más que su marido; es decir, tenía quince años.

A la gracia peculiar, á la distinción, á la encantadora manera de la alta dama francesa, unía una triste seriedad, una seriedad espiritual y melancólica que aumentaba su delicada hermosura.

Era doña Isabel de Valois una ilusión realizada, una de esas delicadas criaturas que parece han de deshacerse al ser tocadas.

Todo en ella era suave, dulce, puro, joven, fresco, radiante; parecía como que se exhalaba de ella un perfume desconocido; era, en una palabra, la compañera ménos á propósito que podía haberse dado al príncipe de Asturias y más en inarmonía con él.

Isabel sin embargo le amaba con toda su alma. Consistía esto en que el príncipe solo la había amado ocho días, en que la había hecho sentir celos, en que estaba empeñada en una lucha de gigante; esto es, en el empeño de reducir al príncipe al círculo de sus debe-

res; lo cual era poco menos que empeñarse en remover por el esfuerzo de un solo hombre una montaña.

Doña Isabel tenía toda la tenacidad, todo el valor de una mujer que es toda sentimiento.

Felipe III la amaba; pero con su amor frío y egoísta y se dejaba ver muy poco de ella. Pasaba su tiempo en rezar, en cazar, en oír misas por el alma de la desventurada Margarita de Austria, y en dormir largas horas. El rey había entregado completamente su reino á su grande hombre, á su gran duque de Lerma.

Las infantas doña Ana y doña María no pertenecían á la corte de España: la una era reina de Francia, de Hungría la otra.

Los infantes don Carlos y don Fernando eran muy niños aun.

Isabel estaba sola en la corte; es decir, careciendo de todo afecto; pero en cambio rodeada por todos los intrigantes que veían en ella un elemento posible de poder.

Así es, que el príncipe su esposo, no daba un solo paso, no cometía un solo desorden, sin que al momento un espion interesado fuese á contarle á la servidumbre inmediata de la princesa, que se apresuraba á ponerlo en conocimiento de esta.

Una imprudencia en el desempeño de este innoble manejo costó al marqués de la Fávara ser preso y enviado al castillo de Montanches.

Se había apercibido de ello el duque de Uceda, y había tenido habilidad bastante para hacer creer á su padre el duque de Lerma, que el marqués de la Fávara era sospechoso.

La princesa Isabel sufrió con resignación una y otra prueba; pero se le hizo insoportable el conocimiento de que el príncipe de Asturias estaba enamorado de doña Ana de Contreras.

La conocía y había incurrido en la debilidad de envidiarla por hermosa.

La fiereza aparente con que doña Ana rechazaba las pretensiones del príncipe asustaba á doña Isabel. Veía lo que tras aquella fiereza se ocultaba.

Por último, la señora de la Nestosa, doña Engracia de Sástago dama de honor de la princesa, la dijo la misma noche en que empieza la acción de nuestro relato, después de haberla pedido licencia para hablarla:

--Suceden cosas muy graves, que aunque me esponga á enojar á vuestra alteza, faltaría á la lealtad que la debo si callase.

--¿Y qué sucede, mi buena doña Engracia? dijo la princesa cer-

rando una historia de *Los Doce pares de Francia*, en que estaba leyendo cuando entró en la cámara la señora de la Nestosa.

—Suplico á vuestra alteza se arme de valor.

—¿Y cuándo no me acompaña el valor, señora? contestó con altivez con dignidad y con una gran severidad la jóven princesa.

—Lo que tengo que decir á vuestra alteza es gravísimo, respondió la señora de la Nestosa.

—Creo que es mucho más grave la impaciencia que me haceis sufrir. Alguna hablilla de antecámara, ¿no es esto? ¿algun chisme de dueña?

—No, no señora: el duque de Uceda ha entrado secretamente en el cuarto del señor príncipe de Asturias.

—¿Y bien, qué?

—El señor príncipe de Asturias y el duque de Uceda han salido secretamente del alcázar por la parte del Campo del Moro.

—Y bien: ¿y qué?

—Vadillo, el ayuda de cámara de confianza de su alteza, le ha vestido una muy rica ropilla de brocado.

—Hace muy mal su alteza en tener confianza en tales gentes, dijo la princesa. ¿Y qué más, doña Engracia?

—Dice Vadillo que el duque de Uceda dió á su alteza una caja de piel de Marruecos, que su alteza la abrió y que dentro habia una muy rica gargantilla con un relicario, cubierto de riquísima pedrería.

—¿Sí?

—Y que el duque Uceda dijo al príncipe que aquella alhaja habia costado dos mil ducados.

—Pero veamos á donde vais á parar, señora, dijo la princesa.

—En el Campo del Moro esperaba una silla de manos en la que entró el príncipe, y cuatro hombres bravos fueron escoltando la silla, á cuyo lado iba el duque.

—¿Y nada más, doña Engracia?

—Sí, sí señora; la silla de manos llegó al postigo de la Vega, le abrieron á una seña que hizo el duque, y la silla de manos entró en Madrid y no se detuvo hasta el jardín de la Priora.

Doña Engracia se detuvo como si ya hubiera dicho bastante.

—Seguid, dijo la princesa; porque no os entiendo.

—Una vez en el jardín de la Priora, acercaron la silla al postigo de un jardín, que estaba abierto, y el príncipe y el duque de Uceda entraron. La silla se ocultó entre los árboles y los cuatro valentones

que habian escoltado la silla se quedaron ocultos, frente al postigo entre los árboles del jardín de la Priora.

—Debe haberse equivocado quien eso os ha dicho, respondió vivamente doña Isabel. Os doy sin embargo las gracias por vuestro celo, y siento ser tan pobre que no pueda recompensaros dignamente. Sin embargo, aceptad esta memoria mia.

Y dió á su dama de honor, mejor dicho, á su polizone, una riquísima sortija.

—Gracias, señora, dijo doña Engracia; esta joya será la mejor herencia que dejaré á mis hijos. Siento en el alma haber incomodado á vuestra alteza; pero como en la casa en que ha entrado el príncipe por un postigo, es la del consejero de Estado don Francisco de Contreras...

—¡Ah! dijo la princesa; pues descuidad; esa es una conspiracion contra el duque de Lerma.

—En efecto, señora, dijo doña Engracia; esa es una gravísima conspiracion.

—Podeis retiraros, señora.

Doña Engracia salió.

La princesa tocó una campanilla, á cuyo sonido se presentó un ugiel.

—Que llamen al momento, dijo, á mi caballero Nuñez de Figueroa.

A poco tiempo se presentó el caballero.

—Id con una silla de manos, le dijo la princesa, casa de la marquesa de la Fávara, y decidla que de órden mia os siga. Traedla aquí: idos.

Nuñez de Figueroa salió.

La princesa se hizo vestir por sus camareras con un traje oscuro.

Aun no se habia acabado de vestir, cuando ya estaba en la cámara la marquesa de la Fávara.

La princesa apareció poco despues.

—Os he mandado venir, dijo la princesa, porque espero de vos un gran servicio.

—Vuestra alteza lo puede esperar de mí todo, todo, hasta el sacrificio de mi vida, dijo doña Teresa.

—No os exijo tanto: solo quiero que me acompañeis, que busqueis el medio de que yo pueda penetrar en una casa.

—¿Vuestra alteza, señora?

—Sí; casa del consejero de Castilla don Francisco de Contreras.

—¡Ah! exclamó con asombro la marquesa de la Fávara; pero considere vuestra alteza...

—Estoy celosa, contestó con violencia doña Isabel; yo no soy en estos momentos una princesa real, no; soy una mujer engañada por su marido, despreciada, insultada; soy una mujer que necesita hacer bajar la cabeza cubierta de vergüenza á una alta cortesana, á esa miserable que se llama doña Ana de Contreras.

—¡Ah! ¡Uceda, Olivares ó Calderon! ¡los infames que como mi marido todo lo atropellan, de todo se olvidan embriagados por una ambicion vergonzosa!

—¡Uceda! dijo con cólera la princesa.

—Sí, el hijo rebelado contra su padre, y contra el cual nada se atreve á hacer su padre: sí, sí, es verdad; entre padre é hijo existe un contrato vergonzoso, un convenio repugnante: dejadme á mi el rey, dice Lerma, y en cambio yo os dejaré el príncipe; cuando el rey muera, el príncipe heredará del rey el reino, vos heredareis mi primanza con el rey; sí, eso es: y que todos se envilezcan, ¿qué importa, si se envilecen en nuestro provecho?

—No parece, marquesa, sino que hablais por cuenta propia, dijo la princesa.

—Es que yo soy muy desgraciada; es que yo tambien estoy unida á un marido indigno.

—¡Ah! exclamó con severidad la princesa; el príncipe don Felipe no es indigno: no os atrevais á compararle con nadie; es débil, y esto basta; pero yo le salvaré, yo le haré avergonzarse de su debilidad, yo le haré conocer la inmensa distancia que existe entre una princesa, entre una esposa, entre una dama digna y pura y una miserable cortesana.

—¿Qué es lo que intenta vuestra alteza? dijo la marquesa.

—¿Qué? ir á casa de ese miserable don Francisco de Contreras, que consiente tales infamias: aterrar con mi presencia á su despreciable hija: decirle al príncipe: He sufrido, he callado hasta ahora; pero me he cansado de sufrir y de callar, es necesario que esto termine, es necesario que yo tenga esposo y que mi esposo sea únicamente mio.

—Vuestra alteza está irritada; vuestra alteza no ha meditado bien; este es un paso muy grave; vuestra alteza no puede rebajarse hasta el punto de ponerse ante esa mujer, de decirle frente á frente: yo tengo celos de vos.

—¿Y qué más rebajada puedo estar que viviendo en la corrom-

pida córte de España? ¡ah! ¿creeis que solo necesito defender mi dignidad de esposa, mi amor de mujer? ¡Ah, no! necesito defender tambien mi vida: ¿ignorais que la infeliz Margarita de Austria fué envenenada? ¿no sabeis que todos señalan con el dedo al asesino y pronuncian su nombre en voz baja, y que no solo no se ha castigado al asesino, sino que se le ha ennoblecido, se le ha levantado, se le ha enriquecido, y que de dia en dia aumenta su privanza?

La marquesa de la Fávara que servia á don Rodrigo, como le servia su marido, vió llegado el momento de defender á su patrono.

—Se ha dicho eso, señora, contestó con acento respetuoso, porque la envidia acecha á don Rodrigo Calderon, á causa de su gran privanza; pero no hay una sola prueba, y si á alguien convenia la muerte de su magestad la reina, no era ciertamente á don Rodrigo Calderon, sino al duque de Lerma.

—Que son una misma persona, contestó severamente la princesa; y extraño mucho que os quejeis de vuestro marido y defendais al marqués de Siete Iglesias; porque en su servicio son las miserias en que vuestro marido incurre.

—Lo que yo deseo, señora, es que vuestra alteza juzgue bien de las cosas. Al marqués de Siete Iglesias le importa servir bien á su alteza el principe de Asturias.

—Y como al principe mi esposo se le sirve bien inclinándole al mal, hé aquí que el marqués de Siete Iglesias es tan enemigo mio como Lerma que anula al rey, y como Uceda y Olivares que estimulan las locuras de mi esposo. Pero no hablemos más de esto; estamos perdiendo el tiempo: el principe se encuentra ahora mismo casa de don Francisco de Contreras, al lado de esa mujer; estoy resuelta á castigarla: ved el modo de que yo pueda penetrar en su casa. Dad las órdenes necesarias para que yo salga secretamente del alcázar y para que me escolten algunos hombres valientes y decididos á todo. He pensado en vos, que de mis damas vos sois la que me inspira más afecto y más confianza.

—Gracias, señora.

—Pero no hagais de modo que yo comprenda que me he engañado al confiar en vos.

La marquesa de la Fávara salió á la antecámara, y de ella á una salita inmediata, á donde llamó al caballero Pedro Nuñez de Figueroa.

—¿Qué me quereis, hermosa señora? la dijo el caballero.

—No soy yo quien quiero, contestó la marquesa, sino su alteza.

—¿Y qué quiere su alteza?

—Salir del alcázar.

—Ah! dijo Nuñez de Figueroa; ¿se ha lanzado también su alteza á las aventuras?

—Está celosa.

—¡Ah!

—Y quiere ir á casa de don Francisco de Contreras.

—Estoy muy comprometido, marquesa, dijo Nuñez de Figueroa; y si llego á adivinar que con tal resolución me envía á buscaros la princesa, pretesto una enfermedad y no voy.

—Sí, es verdad, dijo la marquesa; la princesa de Asturias no tiene poder alguno ni con su marido, ni con el rey, nadie la busca y nadie la sirve, porque para nada aprovecha: algunas pobres diablitas como la señora de la Nestosa, la sirven por sacarla alguna joya, y la han sacado ya tantas, que dentro de poco su alteza no podrá dar á quien la sirva más que las gracias. Pero nuestra situación es difícil: la princesa está irritada y ordena y manda, somos de su servidumbre...

—Y medramos bastante: por mi parte elijo entre dejar de ser de la servidumbre de su alteza ó servirla en lo que pide, lo que es muy comprometido, ó retirarme á mi casa.

—Sea como quiera, tenemos una posición en la corte, sabemos lo que sucede en el alcázar, y esto ya es mucho: direis que vamos á indisponernos con Uceda, cuyo poder aquí es incontrastable; que nos esponemos á ser despedidos; pero á lo mismo nos esponemos si nos negamos á servir á la princesa.

—Esperad, dijo Nuñez de Figueroa; se me ocurre un medio.

—¿Cuál?

—Llevar á cabo una farsa.

—Explicaos.

—Llevaremos de escolta cuatro lacayos que no sabrán quiénes son la dama ó las damas escoltadas; yo haré que en el jardín de la Priora nos esperen ocho ó diez hombres bravos, pagados por mí; la princesa se encontrará con una dificultad material, se asustará, no la volverán á quedar ganas de meterse en aventuras, y tendrá que agradecernos el que la hayamos servido y nos hayamos espuesto por ella.

—Pero para preparar esa farsa se necesita tiempo.

—Con media hora me basta, y su alteza no puede extrañar el que se invierta media hora para preparar su salida secreta del alcázar.

—Pues id, id, dijo la marquesa; que yo entretendré, mientras aviseis que todo está dispuesto, la impaciencia de su alteza.

Media hora despues, se acercaban á un postigo del alcázar dos sillas de manos, llevadas por lacayos y escoltadas por seis embozados.

Era muy tarde, y la noche continuaba cerrada y lluviosa.

Se abrió el postigo, y aparecieron dos damas completamente envueltas en mantos, y acompañadas de Nuñez de Figueroa.

Cada una de ellas entró en su respectiva silla de manos.

Los que las conducian y los que las escoltaban no podian ni aun siquiera sospechar que una de aquellas damas fuese la princesa de Asturias.

El postigo se cerró.

Las sillas, llevando al lado á Nuñez de Figueroa y delante á los seis hombres que las escoltaban, descubriendo el camino, se dirigieron al jardin de la Priora, que estaba muy cerca del alcázar.

Al entrar en él los seis hombres se detuvieron y uno de ellos gritó:

—¿Quién vá?

—¿Quién viene? contestó una voz ronca.

Y á seguida se oyó aspero crujir de espadas y voces heridas.

—No, pues esto no es lo que yo habia preparado, dijo Nuñez de Figueroa.

Y echando mano á la espada se fué al lugar del combate, metiéndose en él bravamente.

—¡Alto! dijo; que este es un error, y nos estamos haciendo pedazos á oscuras inútilmente.

Pero nadie le obedeció.

Sobre él cargó un número de hombres, cuya cifra no podia conocer, porque la noche era muy oscura.

Gracias á un coselete de Milan que por precaucion se habia puesto Nuñez de Figueroa, no le mataron; pero le causaron algunas heridas en los brazos, hasta el punto de que le desarmaron, le cercaron y le prendieron.

—Ved lo que haceis, dijo Nuñez de Figueroa; que á tal persona vengo acompañando que os podrá pesar.

—Nosotros somos venidos aquí, dijo una voz ronca, para acometer y prender á todo bulto que encontremos, y no entendemos otra cosa; aunque seais quien seais, aquí os mantenemos preso hasta que nos manden que os soltemos, como asimismo á las personas que vienen en esas dos sillas de manos.

—¿Es el duque de Uceda quien os paga? dijo Nuñez de Figueroa.

—No es el duque de Uceda, contestó otra voz ronca.

—¿El conde de Olivares? insistió Figueroa.

—Tampoco, dijo con mal acento el de la ronca voz, como quien está dispuesto á no responder á más preguntas.

—Pues entonces decid al marqués de Siete Iglesias que habeis preso al caballero de su alteza la princesa de Astúrias, Pedro Nuñez de Figueroa.

—Decídselo vos, si es que conoceis á ese caballero, que yo no le conozco, dijo el maton, que tal parecia por su voz, y callaos, que no he de responder ni una sola palabra más.

Y aquel hombre se retiró, internándose en el jardin, y dijo á un bulto que encontró á algunos pasos:

—¿Están los otros bien sujetos?

—Sí, contestó el bulto; pero dicen que son criados del duque de Uceda, y ministros de justicia mandados por él, y juran y amenazan.

—Pues que juren y amenacen cuanto quieran, Gildarias, dijo el otro; porque en avisándonos el marqués que nos retiremos, nube de moscas entre la sombra, y que adivinen quiénes somos.

—Es verdad, Negro, dijo Gildarias, que estos señores acaban por avenirse y la soga rompe por lo más delgado.

—Riete tú de eso, que don Rodrigo empezará por negar que nos ha traído. Pero hay que avisar á don Rodrigo una cosa grave.

—¿Qué?

—Allá hemos preso un hombre que dice que es el señor Pedro Nuñez de Figueroa, caballero de la señora princesa de Astúrias; y como se han detenido tambien dos sillas de manos, y dentro de las sillas de manos vendrán dos damas, puede ser que una de esas dos damas sea la señora princesa de Astúrias.

—Calla, hombre, que eso no puede ser.

—¡Bah! cosas más grandes se han visto. Anda, Gildarias, anda, y vé á ver si puedes avisar á don Rodrigo, que yo me vuelvo con el otro por lo que pueda suceder.

Gildarias se alejó y llegó al postigo del jardin de la casa de don Francisco de Contreras.

Alli estaba don Rodrigo.

Se habia encontrado el postigo cerrado y habia sido necesario ir á buscar una llave maestra para abrirle, y aún no habian vuelto con ella.

Don Rodrigo se impacientaba y estaba de muy mal humor.

—¿Quién sois y qué quereis? dijo don Rodrigo viendo que se detenía delante de él un bulto.

—Yo, señor, soy Gildarias, contestó este; uno de los que han venido con el Negro, ya sabe usía.

—Y bien ¿qué quiereres?

—Allá nos encontramos con unos hombres que entraban en la Priora.

—Sí, sí, ya he oído el ruido de las espadas, dijo don Rodrigo; y se me ha avisado de que han sido presos algunos hombres y detenidas dos sillas de manos que con ellos venían.

—Pero sucede, señor, que el que capitaneaba esa gente es el señor Pedro Nuñez de Figueroa, caballero de la señora princesa de Asturias, y se teme que su alteza esté en una de las sillas de manos.

—Martinez, dijo don Rodrigo, volviéndose á un hombre que estaba junto á él; cuando vuelvan con la llave, que esperen. Tú, llévame donde están esas sillas.

Gildarias echó á andar y don Rodrigo le siguió.

Llegaron, y Gildarias hizo apartar los hombres que rodeaban una de las dos literas.

Don Rodrigo la abrió.

—Decidme, señora, quién sois, si en ello no os fuere mucho, dijo don Rodrigo.

—¡Ah! ¡el marqués de Siete Iglesias! exclamó una voz muy conocida de don Rodrigo, la de la marquesa de la Fávara; pues nos venís como llovido del cielo.

—Una palabra, dijo don Rodrigo; ¿la otra dama que sin duda viene en la otra litera, es la princesa?

—Sí, marqués; y ya que vos sois el que habeis causado esto, me alegro de lo que ha sucedido, porque así no se atreverá su alteza á salir otra vez de aventuras.

—¿Y cómo no me habeis avisado?

—Porque esto ha sido una cosa del momento.

—¿Hace mucho que habeis salido de vuestra casa?

—Ya más de una hora.

—¿Y no habeis oído un disparo de pistoleta delante de vuestra casa?

—No, marqués, no, dijo sorprendida y con un gran interés la marquesa. ¿Qué ha sucedido?

—¿Conoceis á un estudiante que tiene trazas de noble y rico, rubio y blanco?

—Sí, sí, bien ¿y qué? preguntó ya en el colmo de la ansiedad la marquesa.

—Os le han herido, doña Teresa, os le han herido, y yo no he podido hacer otra cosa que recojerle y hacer que le cuiden en la hostería del Ciervo Azul.

—¿Pero quién le ha herido?

—No sé; pero lo sabré.

—¿Y es muy peligrosa la herida? exclamó consternada la marquesa.

—Créolo bien.

—¡Oh Dios mio! exclamó la marquesa.

—¿Tanto le amais?

—Es el primer hombre que amo; no quiero ocultároslo.

—Pues bien, marquesa, auxilió por auxilio: yo haré que cuiden como si se tratara de mí mismo á ese afortunado estudiante; pero ayudadme, que tambien estoy yo enamorado.

—¿Y cómo quereis que os ayude?

—Convenced á la princesa para que se dé á conocer de mí, y de mí se valga.

—¿Qué intentais?

—Dejadme hacer.

—La princesa debe estar vivamente contrariada, dijo la marquesa.

—Teneis razon.

—No puede estar más contrariada que lo que lo estoy encontrándome aquí sujeta cuando acabais de darme una noticia funesta.

—Pues bien, marquesa, salgámos lo más pronto posible de esta situacion y podreis más pronto consagraros á vuestro herido.

—Es que no puedo consagrarme á él; no puedo romper la pesada cadena de hierro que me une á ese maldito marqués.

—Le tenemos preso en Montanches y allí estará sabe Dios hasta cuándo; pero estamos perdiendo el tiempo, y no hemos hablado de lo principal. ¿Por qué ha salido la princesa del alcazar?

—Por celos.

—¿Del príncipe don Felipe?

—Sí.

—¿Y quién ha despertado esos celos?

—La nécia señora de la Nestosa.

—¿A dónde iba la princesa cuando fué detenida?

—A casa del consejero de Estado don Francisco de Contreras.

—¡Ah! pues decidla que yo estoy en el secreto, que me encuentro aquí, y que puedo introducirla sin ser sentida en la casa de don Francisco de Contreras.

—Pues dejadme salir, estais cubriendo la portezuela.

—Solo siento, señora, que os vais á mojar, llueve muy bien.

—Vengo yo muy preparada.

—Pues vamos.

La marquesa salió, se dirigió á la otra silla de manos, y abrió la portezuela.

Afortunadamente la silla era alta y grande, y cabia en ella de pié la marquesa.

—¿Qué es esto? ¿quién es? dijo con voz trémula y cobarde la jóven princesa de Astúrias.

—Soy yo, señora, perded todo cuidado.

—¿Pero qué es lo que ha acontecido? ¿quién se ha atrevido á detenernos?

—Hombres que tenian tomadas las avenidas del jardin de la Priora.

—Los que nos escoltaban son, á lo que parece, muy cobardes, dijo con irritacion la princesa.

—No, no señora, cobardes no, inferiores en número.

—¿Tantos eran los que los han acometido?

—Muchos, señora.

—¿Y á quién obedece esa gente?

—A un enamorado de doña Ana de Contreras.

—¡Ah! ¿y no sabeis cómo se llama ese enamorado?

—Sí, sí señora; ese enamorado se llama el marqués de Siete Iglesias.

—¡Ah! exclamó con cólera la princesa: ¿don Rodrigo Calderon se ha atrevido á acometernos? Ese hombre se atreve á todo; ese hombre acabará mal.

—El marqués no podia ni aun presumir que vuestra alteza saliese á estas horas del alcázar.

—¡Ah! sí, es verdad; he cometido una gravísima imprudencia, de que me arrepiento; la he cometido por miedo: esa doña Ana de Contreras es muy peligrosa; me ha asaltado el temor de ser sacrificada como la infeliz Margarita de Austria. Ahora bien, concluyamos: ¿sabe don Rodrigo Calderon que yo estoy aquí?

—Sí, si señora.

—¿Se lo habreis dicho vos? exclamó con un gravísimo acento de reprension la princesa.

—No, no señora; yo no incurro en tales torpezas: lo ha dicho quien pretendió intimidar á los acometedores; Pedro Nuñez Figueroa.

La marquesa habia acertado al hablar á bulto para disculparse.

Don Rodrigo que estaba pegado á la silla por la parte exterior, lo oia todo.

—Es mucha miseria para los príncipes, dijo creciendo en irritacion la princesa, que sus servidores sean en su mayor parte estúpidos: bien, pedid á don Rodrigo Calderon la merced de que nos deje volvernos al alcázar.

Y la voz de la princesa al pronunciar estas palabras tomó una entonacion de punzante sarcasmo.

—El marqués de Siete Iglesias, señora, dijo doña Teresa á quien importaba más que nunca servir á don Rodrigo, ama y respeta á vuestra alteza, y está aterrado por haber provocado el enojo de vuestra alteza, aunque involuntariamente.

—¿Sabe don Rodrigo cuál ha sido la causa de mi salida del alcázar de una manera tan extraña? Si no la sabe, es necesario que la sepa; es necesario que no suponga que yo me voy de noche á vergonzosas aventuras.

—Por haber sido detenida involuntariamente en este sitio vuestra alteza, don Rodrigo ha adivinado la causa que ha dado ocasion á la salida de vuestra alteza de palacio.

—Cuando una córte es toda corrupcion y miseria, dijo la princesa, son irremediables lances tan extraños como este. Supongo que don Rodrigo estará á poca distancia: hacedme la merced de decirle que se acerque.

—Señor marqués, dijo doña Teresa sacando la cabeza por la portezuela.

Don Rodrigo se retiró tres pasos de la silla y contestó:

—¡Señora!

—Hacedme la merced de acercaros, dijo la marquesa.

Don Rodrigo se acercó y asomó su cabeza descubierta á la portezuela.

—¿Que me mandais, señora? dijo, como si estas palabras hubiesen sido dirigidas no á la marquesa, sino á la princesa, que contestó:

—Quiero que me digais franca y lealmente, por vuestra fé de cristiano, si es que la teneis, lo que habeis pensado y pensais de mi al encontrarme en este sitio.

—Pienso, señora, que sabeis que su alteza el principe de Asturias está en una casa cercana: ¿cómo pensar de otro modo, siendo tan gran princesa y tan gran dama vuestra alteza? Y además, quien conoce los celos, señora...

—Como vos ¿no es esto? dijo con sarcasmo la princesa. Pero creo, don Rodrigo, que no es vuestra casa la que cercais con gente armada, que solo así, y mediando vuestro honor, por traición de vuestra esposa, pudiera disculparse el que os atreviérais á cercar una casa en que sabeis está su alteza el principe de Asturias.

—Por lo mismo, señora, que sé que su alteza el principe de Asturias está en esa casa, la he cercado, para evitar escapen los traidores que á tal casa se han atrevido á traer á su alteza.

—¿Qué decís? ¿pues qué peligro corre en esa casa el principe mi señor?

—¡Oh, señora! ¿no sabe vuestra alteza que hay bebedizos, filtros infernales, que hacen á un hombre esclavo sin condiciones de una mujer, y que es de todo punto necesario para que el bebedizo produzca efecto, que sea dado por la mano de la mujer á quien ha de aprovechar el bebedizo?

—¿Qué decís?

—El duque de Uceda es demasiado ambicioso y demasiado impaciente: pretende apoderarse por completo del ánimo de su alteza, y como el rey está enfermo, como nadie extrañaria su muerte...

—Paréceme que entendeis mucho, don Rodrigo, de filtros y de venenos.

—¡ Ah sí! ciertamente: por desgracia, señora, he probado cuán terrible es la ponzoña de la calumnia.

—Y bien, don Rodrigo, dijo la princesa; me habeis aterrado hablándome de bebedizos que pueden ser dados á mi esposo por una alta cortesana, demasiado hermosa por desgracia, y por desgracia demasiado pretendida, demasiado estimada. Estamos de aventuras: ¿podeis vos introducirme en la casa de don Francisco de Contreras y en el mismo aposento donde se encuentra su alteza con esa mujer?

—Indudablemente, señora.

—Pues bien, salid, marquesa; volveos á vuestra silla.

La marquesa salió, atravesó corriendo el espacio que la separa-

ba de su silla de manos, se metió en ella, cerró la portezuela, y se dejó caer en su asiento murmurando:

—¡Oh! ¡Guillen! ¡mi pobre Guillen! ¡acaso muerto, y yo retenida aquí por esta maldita aventura!

En aquel momento la marquesa sintió que su silla se ponía en marcha.

Era que don Rodrigo había dado orden de que las sillas avanzasen.

Cuando llegaron al postigo, un hombre dijo al marqués:

—Aquí está la llave maestra, señor.

—Pues abrid.

—Ya se ha abierto, y se ha reconocido el jardín.

—¿Y no hay nadie?

—Nadie.

—Haced que entren con una dama que saldrá de una silla de manos y conmigo, el alguacil Agustín de Ávila y otros dos.

Dicho esto, don Rodrigo abrió la silla de manos de la princesa, salió esta completamente envuelta en el manto, se asió del brazo de don Rodrigo y entró en el jardín, y tras ellos entraron tres hombres.

Don Rodrigo llevaba su linterna encendida, pero cerrada.

—Ávila, dijo deteniéndose cuanto hubieron atravesado el jardín y puéstose á cubierto de la lluvia bajo un cenador.

Uno de los hombres se acercó.

—Debeis haberos informado, dijo don Rodrigo en voz baja, de las entradas y de las salidas de esta casa.

—Sí señor, contestó en voz muy baja el alguacil del Santo Oficio: al extremo de este cenador, á la derecha, hay una puerta donde empiezan unas escaleras; al fin de las escaleras un corredor: la primera puerta á la derecha es la de escape del camarín de doña Ana; pero hay que atravesar un cuarto, una antecámara, una cámara y un gabinete para llegar al camarín.

—Pues adelante, dijo don Rodrigo; vé guiando.

—¿Qué pensais hacer? dijo la princesa, siguiendo á Ávila, asida del brazo de don Rodrigo.

—Pienso hacer prender al duque de Uceda por el Santo Oficio, para lo cual me servirá Agustín de Ávila, que es alguacil de la Inquisición de Madrid.

—Pero el duque de Uceda es grande de España, y un alguacil no puede prenderle.

—Contra el Santo Oficio no hay excepciones, señora, dijo don Rodrigo, á no ser que las conceda el Papa, y su Santidad no está muy en armonía con el rey nuestro señor, ni por consecuencia con su favorito el duque de Lerma, ni con su hijo. Este será preso esta misma noche dentro de un momento, y no opondrá resistencia, porque le aterrará el solo nombre de la Inquisición.

—Nos esponemos abusando de ese Santo Tribunal, dijo la princesa.

—El inquisidor general es muy amigo mio, porque me debe mucho, dijo don Rodrigo; y ya encontraré yo medio de disculparme con la Inquisición.

Entretanto habian subido á la galeria.

—Avila, dijo don Rodrigo; el duque de Uceda debe estar en una habitacion anterior á aquella en que se encuentre con doña Ana el señor principe de Astúrias: esto es lo probable. Entrad, prended al duque de orden del Santo Oficio, evitad que dé aviso á su alteza, sacadle de aqui, y llevadle preso á su casa, en donde le pondreis guardias de vista, sin dejarle hablar á nadie.

Agustin de Avila entró con los dos hombres que le acompañaban, que eran tambien alguaciles del Santo Oficio, por una puerta inmediata.

—Retirémonos al fondo del corredor entre lo oscuro, señora, dijo don Rodrigo Calderon, y esperemos á que saquen al duque de Uceda.

Poco despues la princesa y don Rodrigo estaban juntos en la sombra.

---

---

## CAPITULO XI.

---

Doña Ana de Contreras.

Ya hemos dado á conocer, á doña Ana, aunque á grandes rasgos, físicamente pura, moralmente prostituida.

Su padre cerraba los ojos á sus manejos, porque cualquiera que fuera el punto de vista desde el cual los considerase el ambicioso consejero de Estado, le convenian.

Don Rodrigo era demasiado personaje para que don Francisco de Contreras no esperase mucho de sus amores con doña Ana: y en cuanto al príncipe, inútil es decir que don Francisco estaba embriagado con la perspectiva de que su hija fuese, en un plazo tal vez no muy largo, la favorita de un rey.

Y si á esto se añadian los amores de doña Ana con un gran privado, no habia que pedir más; la suerte de don Francisco estaba hecha.

Soñaba ya en un futuro título, pensaba cómo le elegiría que fuese bello y sonoro, veia junto á este título grandes dignidades, grandes privilegios, y un río de oro entrando en su casa.

Esta embriaguez anulaba la conciencia de don Francisco, si es

que alguna vez la habia tenido, y dejaba hacer á su hija, que digna de su padre, levantaba dorados castillos en el aire.

La verdad era que doña Ana estaba locamente enamorada de Calderon, y que si este hubiese sido soltero, todo su empeño hubiera consistido en hacerle su esposo. Pero era casado desde hacia algunos años, y doña Ana no satisfacía su ambicion con pertenecer exclusivamente á don Rodrigo.

Era necesario adquirir una gran influencia á causa de su intimidad con el príncipe.

Tantas dificultades habia encontrado este, que doña Ana se le habia hecho el mayor de los empeños que habia contraido hasta entonces.

Así es, que cuando Uceda le dijo que doña Ana le esperaba, parecióle á don Felipe esta confesion un sueño.

—Pero es necesario, le dijo Uceda, que vuestra alteza no crea que ha conseguido una victoria decisiva: la señora doña Ana está enamorada, como no podia menos de ser, de las altas cualidades de vuestra alteza; pero hay que vencer todavía grandes obstáculos. Doña Ana es muy virtuosa, muy pura, muy ignorante de las cosas del mundo, como que se ha criado en un convento, y sobre todo muy altiva.

—¡Oh! dijo el príncipe; esa señora es un tesoro; pero no la quisiera tan dura, tan altiva; muero por ella, ya lo sabeis, primo duque; ni como, ni duermo, ni reposo, ni vivo: ella es mi pensamiento, no veo otra cosa más que á ella; me desespero, estoy enfermo. La seriedad y la mala cara que me pone la princesa, porque adivina el amor que me devora, me contrarian, me enfurecen: milagro de Dios ha sido el que no hayamos tenido una explicacion violenta la princesa y yo: y todo consiste en que doña Ana tiene la culpa; es necesario que mi desesperacion se calme, que mi corazon se satisfaga, que mi cabeza deje de estar abrasada por este fuego que me devora. Ayer, despues del consejo, me dijo su majestad: —Atendeis poco á los negocios públicos; estais no sé cómo; no dais importancia á nada; los franceses nos revuelven la Italia y los Países Bajos; los ingleses y los holandeses amenazan nuestras costas, y á pesar de esto nada se os ha ocurrido que decir, ni más que apoyar lo que Lerma ha dicho, á lo que se han sujetado todos los del consejo: esto no puede continuar así: empiezo á desconfiar de los talentos de Lerma.

—¿Eso dijo su majestad? preguntó con ansia el duque de Uceda.

—Sí; por supuesto, dijo el príncipe, Lerma es hombre al agua; pero para ello es necesario que yo me tranquilice, que yo no esté irritado por tantas dificultades.

Esta conversacion del príncipe con Uceda, decidió la entrevista de doña Ana y del príncipe, que enamorada y loca por don Rodrigo Calderon, doña Ana convino con el duque en que la entrevista seria decisiva.

Entre once y doce de la noche, el duque de Uceda entró con el príncipe, casa de don Francisco de Contreras, por el jardin, habiendo dejado fuera, como sabemos, algunos hombres, con la orden de que no permitiesen acercarse á nadie.

El príncipe y el duque entraron en silencio, á oscuras como dos ladrones.

La casa estaba silenciosa: no se veia una sola luz en las ventanas, en los balcones ó en las galerías que correspondian al jardin.

No se oia otra cosa que el monótono y continuo desplome de la lluvia y el ruido de las canales, que se desprendian del alto techo de pizarra.

El perro ó los perros, si los habia, como era probable, habian sido retirados.

Don Francisco de Contreras dormia al otro lado de la casa. Los criados en el segundo piso por el lado de la casa que correspondia á la Bajada de los Angeles.

Aunque el camarín donde esperaba doña Ana, tenia balcon que correspondia á la fachada principal, se llegaba hasta él, penetrando por la parte del jardin y atravesando algunas habitaciones.

No habia tropiezo alguno: se habian removido todos los obstáculos, se habian hecho imposibles todos los azares.

El duque llevó al príncipe de la mano por el mismo sitio por donde don Rodrigo habia llevado á la princesa de Asturias.

Entraron por la puerta por donde hemós visto penetrar en el interior de la casa, á Agustin de Avila y á los dos alguaciles del Santo Oficio.

El duque abrió una linterna sòda, y siguieron adelante.

Atravesaron un aposento, una antecámara y una camara.

En una de sus puertas se detuvo el duque de Uceda.

—Pasad, señor, dijo al príncipe; cuando hayais atravesado la habitacion inmediata, os encontrareis en el camarín de doña Ana.

El príncipe atravesó un aposento oscuro, y guiado por el reflejo de una luz que se veia á través de una puerta entreabierta, penetró

empujando aquella puerta, en un pequeño y precioso camarín.

Estaba entapizado con damasco azul, sobreadornado con filetería y arquitos y fantasías de madera dorada, la ensambladura del techo de madera también, del gusto del Renacimiento y de la escuela de Berruguete, estaba dorada y pintada. Un grande espejo de Venecia sobre una pequeña mesa de jaspe, en que se veían botes, tazas y redomas de oro, plata y cristal, parecía ser el tocador de doña Ana.

Una lámpara pendiente del techo, cubierta por una pantalla de seda azul, iluminaba esta habitación con una luz blanda.

Al frente de la puerta de entrada había un balcon cerrado, medio cubierto su vano por un ancho cortinaje de brocatel azul y oro.

A la izquierda había una gran chimenea de mármol encendida. A la derecha el tocador; junto á él y en un ángulo, una pequeña puerta de servicio.

Los sillones eran verdaderamente ricos, y muy bella la alfombra que ocultaba el pavimento.

Cuando el príncipe empujó la puerta, una mujer que estaba sentada en un sillón, junto á la chimenea, completamente vestida de blanco, se levantó, miró con un espanto perfectamente fingido al príncipe, permaneció como sorprendida algunos momentos, y al fin echó mano al cordón de una campanilla.

—¡Ah! teneos, señora, dijo el príncipe; no deis lugar á que don Felipe de Austria tenga que huir como un ladrón, por no ser encontrado en vuestra casa.

—¡Ah! perdonad, señor, dijo doña Ana, retirando la mano del cordón de la campanilla é inclinándose profundamente; yo no podía presumir fuese vuestra alteza el hombre que de repente se me presentaba, en el momento en que yo esperaba á otro hombre.

—¡Ah! ¿esperábais á otro hombre? dijo con acento contrariado y celoso el príncipe. ¿Y qué hombre era ese?

—No tengo por qué ocultarlo á vuestra alteza: ese hombre es el duque de Uceda.

—¿Y no os había dicho mi buen Uceda que vendría yo esta noche?

—No señor.

—Pues á mí me ha dicho que vos me esperábais.

—Ha mentido el duque, permitidme que os lo diga, señor.

—Sentaos, doña Ana, sentaos, dijo don Felipe, y no tembleis;

yo no soy una fiera; ningun peligro os amenaza; ¿por qué ese terror?

—¡Ah! el duque de Uceda me ha dicho de vuestra alteza cosas tan terribles, que solo á ellas debe vuestra alteza el encontrarse aquí.

—¡Ah! ¿con que por fin confesais que me esperábais?

—No, no señor; pero como yo lo habia preparado todo para poder tener una larga esplicacion con el duque, este ha podido traer á vuestra alteza é introducirle hasta aquí.

—Vuelvo á suplicaros que os senteis, señora, dijo el príncipe.

Y acercándose á doña Ana, la asió la mano derecha y quiso llevarla á sus lábios.

Pero doña Ana resistió, miró de una manera imponente al jóven príncipe, y se sentó en el mismo sillón que ocupaba cuando entró el príncipe en el camarín.

—Sentaos, señor, dijo doña Ana, señalando al príncipe el sillón colocado frente al que ella ocupaba junto á la chimenea.

El príncipe que se habia descubierto al entrar, dejó su sombrero y su capotillo sobre uno de los sillones, apareciendo deslumbrantemente vestido, se sentó y fijó en doña Ana una mirada ansiosa y obarde.

Estaba completamente dominado: el recibimiento habia sido demasiado severo.

—Es necesario que yo me explique, dijo doña Ana; y espero que á pesar de vuestra gran juventud, me escuchéis con la atencion y la prudencia de un hombre experimentado.

—¿No os han dicho, señora, que mi manera de pensar es mucho más grave de lo que puede esperarse de mis pocos años?

—Ya os he confesado, señor, que el duque me ha dicho de vuestra alteza cosas terribles. Conmigo tengo algunas cartas, que el duque me ha escrito á nombre vuestro, y no habia llamado yo al duque sino para que me explicase el contenido de esas cartas, que es amenazador.

—¿Pues qué os ha dicho mi buen Uceda? preguntó don Felipe.

—Juzgue vuestra alteza por sí mismo, dijo doña Ana entregando algunas cartas al príncipe.

Este abrió una de ellas.

Estaban puestas en orden.

La que el príncipe leía era la primera que el duque de Uceda habia escrito á doña Ana.

—Y bien, dijo el príncipe, después de haber leído esta carta; Uceda no os ha dicho más que la verdad; que os ví en el lavatorio del Jueves Santo en el alcázar, que vuestra hermosura me hirió mortalmente en el corazón, que desde que os ví no sé hablar de otra que de vos, ni desear otra cosa que vos, que me desespero, que agonizo pensando en vos, que sois toda mi ambición, y que por vuestro amor trocaría el trono que me espera.

—Yo, señor, contesté á esa carta como debía.

—¿Y qué contestásteis?

—¿No os lo ha dicho el duque?

—El duque me dió esperanzas de parte vuestra.

—El duque os hace traición, porque os engaña.

—El duque me tiene un profundo afecto, y si me ha engañado ha sido sin duda porque no desesperase; pero ya que me ha engañado, decidme, señora, cuál fué vuestra verdadera contestación.

—Hela aquí, sobre poco más ó menos, señor: Es para mí una verdadera desgracia el haber causado en su alteza una impresión amorosa, tal como me la ponderais; su alteza es casado, y aunque no lo fuese, yo no podría aspirar á ser su esposa, y por lo mismo me veo en el caso doloroso de rechazar con toda mi dignidad, que vos habeis ofendido, la proposición de ser amante del príncipe; si no queréis enojarme más de lo que ya me habeis enojado, no volvais á insistir en esa extraña é inconcebible proposición, que demuestra, avergonzándome, el mal concepto que de mí ha formado su alteza.

—Nada de eso me ha dicho Uceda.

—No le convenia, señor; los favoritos adulan siempre á la potestad que representa su engrandecimiento.

—Muy severa estais con el pobre Uceda.

—Seguid, seguid leyendo, señor, y vuestra alteza se convencerá que por muy severamente que juzgue del duque de Uceda, siempre habré juzgado con benevolencia.

El príncipe leyó la segunda carta.

—Aquí hay una falsedad notoria, dijo; se os asegura que á causa de mis pocos años y de mi irreflexión, soy violento, tenaz, capaz de todo por lograr un empeño mio.

—Hé ahí por qué he dicho á vuestra alteza, que de vuestra alteza me habia dicho cosas terribles el duque de Uceda.

—¿Qué contestásteis á esta carta, señora?

—Nada, porque hay cartas para las cuales la mejor contestación es el silencio.

—Esto es, el desprecio.

—Yo no he despreciado, no podía despreciar á vuestra alteza; pero no estaba en el mismo caso respecto al duque de Uceda.

—¿Que insistió todavía?

—Continuad la lectura de esas cartas, señor.

—En esta tercera os dice que padezco, que estoy triste, que me desespero, os suplica, os pide perdon por lo que hayais podido encontrar de ofensivo en sus anteriores cartas, y pretende convenceros de que mi amor hácia vos es tal que puede producirme funestos resultados. ¿Contestásteis á esta carta?

—Si señor; porque es respetuosa, lo que no impide que tenga algo de amenazador.

—¿Y qué contestásteis?

—¿Qué? protestaba contra la acusacion que se me hacia de causar vuestra desgracia, y decia que yo no habia dado voluntariamente ocasion á ello; y por último, suplicaba al duque no me volviese á hablar de tal asunto.

—Pero el duque volvió á escribiros; porque aun hay aquí dos cartas que aun no he leído.

—Lea vuestra alteza, señor, y se convencerá de que el duque de Uceda le hace traicion calumniándolo y suponiéndole un mal hombre.

—¡Ah! esto es grave, muy grave, dijo el principe leyendo la cuarta carta. Aquí hay amenazas hechas contra vos en mi nombre.

—Y amenazas terribles; que mi negativa causaria á mi padre su desgracia, su muerte: se me hablaba de no sé qué conspiraciones, de la Inquisicion, de cosas que me aterraron, que me hicieron aborrecer á vuestra alteza.

—¡Ah Uceda, Uceda! exclamó el principe aparentando enojo, pero íntimamente complacido, porque veia que su favorito le servia admirablemente.

—Así, pues, señor, yo aterrada, ansiando conocer la verdad de los peligros que me amenazaban, escribi á Uceda una carta, en que le citaba para esta noche, y le enviaba dibujado el camino por donde desde el postigo del jardin podia llegar hasta aquí, á la media noche. Leed, esa carta, señor, y verá vuestra alteza que el duque me aseguraba que vendria solo.

—En efecto, nada se dice en esta carta, dijo el principe despues de haberla leído, acerca de mi venida.

—Considere, pues, vuestra alteza, cuánto debe haberme sorpren-

dido su presencia en mí aposento, y hasta qué punto estaré aterrada.

—¿Y por qué ese terror? dijo el príncipe, arrojando las cartas á la chimenea.

—Vuestra presencia aquí prueba todo lo que de vuestra alteza me ha dicho el duque de Uceda.

—Don Felipe de Austria, contestó el príncipe, antes que todo es un caballero.

—Que penetra en el aposento de una honrada doncella, contra su voluntad, y valiéndose de las malas artes de sus servidores.

—Tranquilizaos, señora; ved que yo no soy lo que suponeis.

—No me tranquilizaré hasta que os vayais, hasta que yo haya cerrado todas las puertas, hasta que sepa que nada tengo que temer.

—Y nada teneis que temer, señora, ni de mí, ni de nadie.

—Aun sois un niño, y un niño voluntarioso; porque estais acostumbrado á la ciega obediencia de vuestros esclavos.

—¡Ah! sois demasiado rigorosa conmigo.

—No puedo ser otra cosa.

—Podeis amarme.

—El amor no depende de la voluntad; se ama, porque se ama, no porque se quiere amar.

—¿Me despreciais?

—Qué, señor, ¿porque una mujer no ame á un hombre le desprecia?

—Vos sabeis que muero por vos.

—El que muere por una mujer es su esclavo, y vuestra alteza está muy lejos de ser esclavo mio.

—Pedidme; mandadme.

—En buen hora: os pido respeto á mi virtud y á mi honor, y os mando que os retireis.

—No, dijo decididamente el príncipe.

—¿Lo veis? sois un tirano voluntarioso, un tirano que en nada repara.

—Reparárais vos en que no debiais darme esperanzas, si no pensábais llevarlas á un feliz término para mí.

—¿Y qué esperanzas os he dado yo?

—Habeis aceptado ricos presentes míos.

—¡Yo! exclamó doña Ana, ¡que yo he aceptado presentes de vuestra alteza! os han engañado y os han robado, señor.

—¿Decís que ningun regalo mio habeis recibido?

—No: si alguien se hubiera atrevido á tanto, vive Dios, que le

hubiera pesado; que no estoy tan sola en el mundo que me falte quien castigue tal atrevimiento.

—Ved, señora, que estais acusando de una manera demasiado grave al duque de Uceda.

—Lo que se hace, dijo Uceda apareciendo en la puerta, es aprovechar hábilmente una ocasion para hacerme perder el favor de vuestra alteza; por lo visto se pretende que vuestra alteza no favorezca más que á don Francisco de Contreras, á causa de su hija.

El príncipe estaba aturdido, dominado, y no se le ocurrió cortar aquella violenta situacion.

Doña Ana se levantó de una manera impetuosa.

—¡Sois un miserable! dijo con una audacia infinita; habeis comprometido á su alteza en una aventura enojosa, y habeis tenido la avilantez de hacer creer á su alteza que yo recibia ricos presentes suyos, que me vendia, y que vendida como una cortesana, consentia en recibirle.

—¿No teneis más de que acusarme? dijo Uceda con la tranquilidad amenazadora de la cólera que se contiene.

—Es verdad, dijo doña Ana; ¿qué hay que esperar de un hombre que intriga contra su padre, que comete el horrendo crimen de pretender que su majestad crea traidor al duque de Lerma? Y esto lo hace su hijo, y engaña al príncipe de Astúrias, y le sirve bajamente, esperando el dia en que su alteza sea rey, para cojer el fruto de tanta bajeza, de tanta infamia.

—¿Habeis concluido, señora?

—¿Y qué más quereis que os diga?

—Qué se yo lo que os atreveréis á decir: confieso que he sido un torpe; yo os creia una mujer ambiciosa; pero sois algo más que eso; sois una mujer infame.

—¿Y vuestra alteza dice que me ama, y que le es fiel y respetuoso ese hombre, y ese hombre me insulta y falta traidoramente al respeto á vuestra alteza, y sin embargo vuestra alteza lo sufre?

—Idos afuera, duque, dijo don Felipe visiblemente contrariado; idos afuera y dejadnos en paz.

—Mi lealtad me aconseja evitar que esa mujer envuelva á vuestra alteza.

—¡Idos! repitió el príncipe ya con una verdadera energía, porque le contrariaba la presencia allí de Uceda.

El duque se retiró pálido, lívido, trémulo de cólera.

—Ved, señor, dijo doña Ana dejándose caer como fatigada en

un sillón; el traidor escuchaba; está apoderado de vos; cree que sois suyo.

—Os juro, señora, que Uceda es hombre perdido: mañana le guardará el castillo de San Torcaz: dejemos esto; yo os pido perdón por haber sido la causa amándoos y solicitándoos, de los excesos de ese hombre. Sois mi vida, mi único deseo, mi sola esperanza; no me desesperéis; si me desdeñais, sufriré, moriré acaso devorado por la desesperación; pero no me valdré de ningún medio violento, de ninguna tiranía para obteneros. Nada amenaza á vuestro padre, nada os amenaza.

—Ved, señor, que sois casado.

—¡Ah! lo que se casa es el corazón, y mi corazón es solo vuestro.

—¿Y su alteza la princesa de Asturias?

—Un casamiento por razón de estado; una dura necesidad para los que nacen sobre un trono.

—Su alteza es hermosísima...

—No tanto como vos.

—Vuestra alteza está fascinado, vuestra alteza se engaña; no, no puede ser amor lo que vuestra alteza siente por mí: si vuestra alteza me amara, miraría por mi honra; comprendería que por muy poderosa que llegue á ser la favorita de un rey, es siempre una mujer deshonrada; y yo, señor, estimo mi honra sobre todo.

—¿Y quién os pide que os deshonreis? ¿Pues qué si vos me amarais no podríamos ser felices en medio del más profundo misterio?

—Los grandes príncipes no pueden envolverse en un misterio; están rodeados de servidores, continuamente espíados... ¡ah, no, no señor, esto es imposible; yo no me deshonraré jamás, y moriré antes que consentir mi deshonra!

—Pues bien, señora; ved si os amo: amadme sin temor ni á la deshonra, ni al abandono de mi cansancio. Oid; yo no quiero vuestro cuerpo, lo que quiero es vuestra alma; me habeis vuelto loco: vea yo el amor en vuestros ojos, y soy feliz: no quiero más, no os dido más; tened compasión de mí.

—Vuestra alteza es quien de mí debe tenerla: ¿no veis que sufro? ¿no veis que me estoy muriendo? si es cierto que os satisfacéis con saber que os amo, si nada quereis más que la certidumbre de que nunca he amado, de que no amo, de que no puedo amar á otro que á vos, sabedlo; pero retiraos, sed generoso; empiezo á volverme loca, porque os amo, señor, desde que os ví, desde que me

mirásteis con amor, y solo por mí honra, que no mancharé jamás, he podido trataros con dureza. Despues de esto, señor, salid.

—¡Salir! dejaros, cuando acabais de decirme: «yo os amo y me estoy volviendo loca.»

El principe se levantó, se arrodilló, se arrojó á los piés de doña Ana, la cojió una mano y la cubrió de besos.

Por el momento doña Ana no opuso resistencia alguna; pero de repente rechazó al principe, se irguió, se levantó de una manera violenta, escuchó con atencion, y dijo:

—¿No habeis oido, señor?

—¿Qué? dijo el principe que se habia levantado; ¿otro inconveniente?

—He oido en el lugar donde debe estar Uceda un murmullo de voces; hablaba más de un hombre: ¡mi padre acaso!

—¡Oh Dios mio! exclamó aterrado el principe.

—Venid, venid, yo os ocultaré.

Y fué á la puerta de servicio que estaba junto al tocador, la abrió, y empujó dentro al principe.

Este se encontró en el dormitorio de doña Ana.

—¡Ah! dijo el principe; la comedia ha sido admirablemente preparada: ¡qué buen servidor, qué admirable servidor es Uceda!

Entretanto doña Ana habia salido, verdaderamente cuidadosa, gravemente alarmada, de su camarín, dirigiéndose al lugar á donde suponía á Uceda.

## CAPÍTULO XII.

De cómo el príncipe de Astúrias conoció muy á su despecho, que su esposa valia más que lo que él pensaba, y que el marqués de Siete Iglesias era más hombre que lo que él creía.

Veamos lo que habia sucedido.

Agustin de Avila y los dos corchetes que le acompañaban, habian penetrado en la cámara, donde á oscuras, en una situacion poco noble, irritado, contrariado estaba el duque de Uceda.

—Me ha ganado por la mano, decia este, poco antes de que apareciese Agustin de Avila; me ha engañado: confia demasiado en su hermosura y cree haberme dado un golpe de gracia. ¡Ah! me vengaré, me vengaré de una manera terrible: ese estúpido, ese miserable don Francisco de Contreras se ha vuelto loco: pretende reemplazarme, apoderarse del príncipe, sugetándole, haciéndole su esclavo por medio de su hija.... ¡ah! ¡lo veremos, señor mio, veremos, y lo hemos de ver muy pronto!

La luz de la linterna de Agustin de Avila interrumpió el razonamiento del duque, que se puso violentamente de pié.

No habia podido sentir á los alguaciles, porque estos habian adelantado cautelosamente, y la alfombra de la habitacion anterior habia apagado el ruido de sus pisadas.

— El duque adelantó colérico hacia los corchetes poniendo mano á su espada:

— ¡Eh! téngase vucencia, señor duque de Uceda, dijo Agustín de Avila, y dese preso al Santo Oficio de la general Inquisicion.

Pasó algo frio, algo parecido al pánico por todo el sér del duque de Uceda.

— ¿Preso yo por el Santo Oficio? dijo.

— Sí, excelentísimo señor; y de órden de su excelencia ilustrísima el señor inquisidor general.

— ¿Y de qué se me acusa?

— No replique vucencia, no resista; porque empeorará su causa, dijo secamente Agustín de Avila: sígame vucencia.

— Soy grande de España.

— La jurisdiccion del Santo Oficio alcanza hasta el rey: por tercera y última vez intimo á vucencia que me siga.

El duque no se atrevió á insistir por miedo al Santo Oficio, y siguió á Agustín de Avila.

Este era el diálogo, cuyo ruido habia llegado, aunque confuso, hasta doña Ana.

Cuando esta llegó á la cámara que habia quedado á oscuras, dijo:

— Señor duque de Uceda...

Nadie le contestó; pero de improviso se abrió la puerta de entrada de la cámara, y á la luz de una linterna, que traia un hombre que habia entrado vió que no estaba en ella el duque de Uceda.

Como la linterna dejaba envuelta en la sombra á la persona que la llevaba, doña Ana creyéndole el duque de Uceda le dijo:

— ¿Qué nuevo atrevimiento es este?

Entonces detrás del hombre de la linterna apareció una dama envuelta en un manto.

— ¿Qué es esto? dijo doña Ana retrocediendo sorprendida.

La princesa se echó atrás el manto, y se dejó ver á doña Ana pálida, colérica, trémula.

— ¿Dónde está su alteza el principe de Asturias? dijo con toda la altivez y todo el dominio de la magestad que manda para interrogar, y que interrogando amenaza.

Doña Ana retrocedió aun pálida, espantada, asombrada.

Don Rodrigo seguia á cierta distancia á la princesa, estendiendo el brazo en cuya mano tenia la linterna, y quedando de este modo más envuelto en la sombra.

—¿Dónde está su alteza el señor príncipe de Asturias? repitió la princesa con doble energía.

—Yo no sé, señora, dijo doña Ana que habia meditado y se habia rehecho; ignoro por qué vuestra alteza me hace esta pregunta.

—Sé que el príncipe mi esposo ha entrado en esta casa, y que ha entrado por vos, dijo la princesa.

—Pues permitame vuestra alteza que la diga, contestó doña Ana, que sabe más que yo.

—¿Y por qué estais vestida á estas horas? ¿por qué no reposais? exclamó la princesa como haciendo un cargo á doña Ana.

—Acostumbro á recogerme muy tarde; cuando me rinde el sueño.

—Mostradme vuestro aposento, dijo la princesa.

—Pase vuestra alteza, dijo doña Ana, levantando la cortina de la puerta de la habitación anterior á su camarín.

La princesa pasó.

Don Rodrigo se vió obligado á acercarse á doña Ana, que permanecía levantando el cortinaje.

La princesa se habia alejado, entrando en el camarín.

—¡Ah! ¿sois vos? dijo en voz baja á don Rodrigo, reconociéndole al tenerle cerca.

—Sí, dijo rápidamente don Rodrigo; nada temais; confiad en mí.

Y pasó.

La princesa no pudo oír este rápido diálogo, porque cuando tuvo lugar estaba en el camarín.

Entró don Rodrigo y trás él doña Ana.

La princesa miraba en torno suyo con ánsia, á su despecho, porque no habia encontrado al príncipe. No habia podido reparar que la puerta de servicio que estaba junto al tocador, estaba disimulada por la tapicería.

De repente vió sobre un sillón el capotillo y el sombrero de un hombre.

Se acercó y tomó el sombrero y le examinó.

Estaba mojado; pero no tenia distintivo alguno por lo que aquel sombrero pudiera suponerse del príncipe.

Cualquier hidalgo podia usar un sombrero semejante: era simplemente de riquísimo castor.

—Aquí estaba un hombre, dijo la princesa.

—Y bien, señora, sí; aquí habia un hombre que al sentir ruido

en las habitaciones inmediatas ha escapado; pero esto no prueba que ese hombre fuera el principe de Astúrias.

—¿Quién era, pues?

—No puedo, ni debo decirlo.

—¿Con que es decir, dijo la princesa, que una de mis camaristas recibe de noche en su aposento las visitas de un hombre? —

Doña Ana estaba cogida en lo relativo á su honor, y no se le ocurrió más que la siguiente respuesta:

—Con que yo haga dejacion de mi empleo de camarista, está el asunto completamente concluido.

—Haceis bien en dejar ese puesto; porque si no os arrojaría yo de él, dijo la princesa; no quiero impurezas en mi servidumbre; no quiero vergüenzas.

La princesa se vengaba con toda la crueldad de los celos.

—¡Señora! exclamó doña Ana, poniéndose vivamente encendida.

—No os avergonceis; de lo que debiérais haberos avergonzado ha sido de vuestra accion; pero despues de cometida no comprendo vuestra vergüenza. ¿Por donde ha escapado el hombre que estaba aquí?

—¿Quién sabe? acaso por el balcon, dijo doña Ana.

La princesa se precipitó al balcon.

—No puede ser, dijo, como vos no hayais cerrado despues de la salida de ese hombre: mirad: el balcon está cerrado por dentro.

—Entonces habrá salido por esta puerta, dijo doña Ana yendo á la de servicio, pero sin abrirla; y ha podido escapar por la que está junto á mi lecho, añadió doña Ana levantando la voz, avisando al principe.

La princesa se arrojó sobre la puerta de servicio y levantó el picaporte; pero la puerta resistió.

—Han cerrado por dentro, dijo doña Ana; ya veis, señora, que yo no he podido ser la que por dentro haya cerrado la puerta.

—¿Está cercada la casa de modo que nadie pueda salir, marqués? dijo la princesa volviéndose á don Rodrigo.

—Por la parte del jardin, señora, no puede salir nadie; pero no se habia previsto lo que sucede, y la parte principal de la casa, que corresponde á la bajada de los Angeles, está libre.

Y don Rodrigo hablaba tambien demasiado alto.

—Quedaos aquí, marqués, dijo la princesa, y procurad que no escape la persona que ha cerrado esa puerta por dentro. Dad vuestra linterna á doña Ana. Y vos, añadió dirigiéndose á esta, llevadme por otra parte á ese aposento inmediato.

Doña Ana tomó la linterna y salió.

Apenas estuvieron lejos, don Rodrigo se acercó á la puerta de escape, llamó á ella, y dijo de manera que pudieran oírle desde adentro, sin tener que levantar mucho la voz:

—Salid, señor; no tenga cuidado vuestra alteza; soy yo, don Rodrigo Calderon, y estoy solo.

Lo que había llevado allí á don Rodrigo eran los celos.

Al ver á doña Ana, á la primera mirada comprendió que los amores del príncipe no habían pasado aun de un galanteo. Conseguido su objeto, queria quedar bien con el príncipe, y por esto le llamaba para salvarle de un encuentro con su esposa.

Pero nadie contestó.

Don Rodrigo tocó con fuerza á la puerta, sin obtener ninguna contestacion.

—¡Oh! sí le esconde, dijo volviendo á sus celos, y no logra encontrarle la princesa, y me veo obligado á salir con ella, y cierran despues las puertas impidiéndome el que pueda volver á entrar, y el príncipe se queda aquí... ¡ah! no, no; suceda lo que quiera, salga por donde salga, no quedará aquí doña Ana.

Entretanto, el príncipe, aturdido, trémulo, temblando de verse cogido por la princesa, aprovechando el aviso que le había dado doña Ana, de la puerta que estaba junto á su lecho, la había buscado á tientas, la había encontrado y había escapado por ella, perdiéndose en habitaciones oscuras, encontrando sus puertas con mucho trabajo.

Al fin vió á través de una puerta el resplandor opaco de una luz, y retrocedió temiendo que aquella luz no fuese la que alumbraba á la princesa buscándole. Pero aquella luz no se movía, no se oía nada.

El príncipe se lanzó dentro de la habitacion donde ardía aquella luz.

Sobre un lecho estaba echado, pero vestido, un hombre de aspecto noble y con los cabellos blancos.

—¡Ah! dijo el príncipe reconociéndole, ¿sois vos, don Francisco?

Don Francisco de Contreras saltó del lecho, y reconociendo al príncipe le dijo:

—¿Cómo es esto, señor? ¿Vos en mi casa á tales horas y de tal manera, sin capa ni sombrero?

—Pues cabalmente por eso vengó á que me deis un sombrero y

una capa, en lo cual nada perdereis, porque en el aposento de vuestra hija se quedan mi capa y mi sombrero.

—Señor, señor, ¿qué decis? exclamó don Francisco, finjiéndose escandalizado, indignado, encolerizado.

—Pronto, pronto, dijo el príncipe; lugar tendremos de hablar en la calle; pero no perdamos tiempo: sabed que mi esposa anda buscándome por vuestra casa.

—Estará la casa cercada, dijo desplomándose de todo lo alto de su dignidad de padre ofendido don Francisco.

—No, dijo el príncipe; por la bajada de los Angeles la salida está franca.

—Esperad, esperad un momento, señor, dijo don Francisco de Contreras, saliendo y volviendo á poco con dos sombreros y dos capas.

Puso una de ellas y dió uno de ellos al príncipe, se puso la otra, y reteniendo el sombrero en la mano por respeto, dijo al príncipe:

—Seguidme, señor: voy á sacaros de mi casa.

Y al paso, de sobre una silla tomó su espada y su daga, y se las ciñó sobre la marcha.

—Deme vuestra alteza la mano, que esto está oscuro y no conviene llevar luz.

El príncipe dió la mano á Contreras, y este guiándole le sacó á las galerías del patio de la casa.

Al otro extremo, ó mejor dicho, en la parte de enfrente de la galería vieron asomar dos damas, una de las cuales llevaba una luz.

—Lo veis, dijo el príncipe en voz muy baja; es la princesa que me busca.

—Pues no encontrará á vuestra alteza, porque no puede haberos visto, á causa de la distancia, y estamos junto á las escaleras principales, y por ellas daremos en el zaguan y en la puerta. Bajemos; pero no hagais ruido, señor.

La princesa y doña Ana se habian perdido con la luz por otra puerta de la parte de enfrente de la galería.

El príncipe y don Francisco se deslizaron por las escaleras, atravesaron el zaguan, y don Francisco abrió uno de los postigos de la puerta principal, que solo estaba afianzado por un cerrojo.

Salieron, y como don Francisco no podia cerrar por fuera la puerta, ni habia tenido tiempo de llamar á los criados que vivian en el piso segundo, y ni aunque lo hubiera, los hubiera llamado, hubo de contentarse con dejar encajado el postigo.

Continuaba lloviendo copiosamente.

—Ahora, dijo don Francisco, es preciso que me explique vuestra alteza, por qué le he encontrado en mi casa.

—Buena noche hace para esplicaciones, dijo el príncipe calzándose bien su *chapeo*, y escurriéndose rápidamente.

Don Francisco se fué tras él, y alcanzándole y poniéndole á su lado, le dijo:

—Pero ved, señor, que soy padre, que tengo honra, y aunque vuestra alteza es tan gran personaje...

—Dejaos de simplezas, y andad de prisa: tenemos que dar un rodeo para llegar sin tropiezo al alcázar: andad y callad.

Don Francisco Contreras siguió jadeando al príncipe que marchaba muy deprisa.

Aunque hubiera querido hablarle hubiera sido imposible, porque el príncipe huía; y por último, no anduvo ya, sino que corrió.

Don Francisco iba tras él con un palmó de lengua fuera.

—Con este disgusto y este acaloramiento y esta fatiga, murmuró, y con el agudo frio que hace, acabará por darme una pulmonia. ¿Quién habrá dicho á la princesa que el príncipe estaba en mi casa?

Y siguió corriendo, jadeando, sudando á pesar del frio, detrás del príncipe, que á cada momento huía más deprisa.

Llegó al fin al alcázar y al postigo llamado de los Infantes, al que llamó de una manera particular.

Abrieron al momento.

—Adios, don Francisco, dijo el príncipe con acento burlón, al verse salvo: buenas noches; rebozaos bien, no cojais un constipado.

Y el postigo se cerró.

Don Francisco se dejó caer rendido sobre el dintel del postigo.

—¡Ah! ¡los príncipes, los príncipes, exclamó con cólera, creen que sus vasallos somos perros, y nos dan de puntapiés?

Y declamando, aburriéndose, desesperándose, permaneció á causa de su cansancio en el postigo más de un cuarto de hora.

Necesitaba invertir cerca de media hora para llegar, dando un rodeo, á su casa.

Entretanto la princesa, guiada por doña Ana, había llegado al dormitorio de la jóven.

Nadie había.

El lecho estaba intacto.

La primera enloquecida por sus celos se rebajó hasta mirar de-

bajo de la cama, y halló, no importa qué, como dice Lord Biron, en un pasaje de su *Don Juan*.

Buscó aun detrás de las colgaduras.

El príncipe no pareció.

Fué á la puerta de escape que correspondia con el camarín de doña Ana, y encontró corrido su fiador.

Doña Ana no habia podido correrle, porque no se habia separado de la princesa; esta se descorrió, abrió la puerta, y encontró á don Rodrigo paseándose contrariado y meditabundo.

Al ver á la primera detuvo su paseo.

—¿Con que es decir, exclamó doña Isabel, que no podemos dar con el hombre que aquí estaba con vos?

—Me atrevo á hacer observar á vuestra alteza, dijo don Rodrigo, lo inconveniente de estas pesquisas hechas personalmente por vuestra alteza.

—Es verdad; la irritacion, la indignacion me han hecho perder la cabeza. Pero no tengo duda de que el príncipe ha entrado aqui, de que sois su querida...

—¡Señora! exclamó sublevándose doña Ana.

—Inútil es; de todo punto inútil que os irriteis; sois mi camarista: aunque no lo fuérais, me habeis ofendido, recelo de vos, y para librarme de mi recelo, os prendo.

—Nadie puede prender más que un juez, dijo con altivez doña Ana.

—Y el rey, que es juez de jueces.

—Vos no sois el rey.

—El rey mandará que os encierren en un convento, y que destierren á vuestro padre.

—No era el príncipe el que estaba en mi casa, dijo viéndose perdida doña Ana.

—¡El nombre del hombre que habeis recibido!

—El duque de Uceda, contestó doña Ana, sin vacilar.

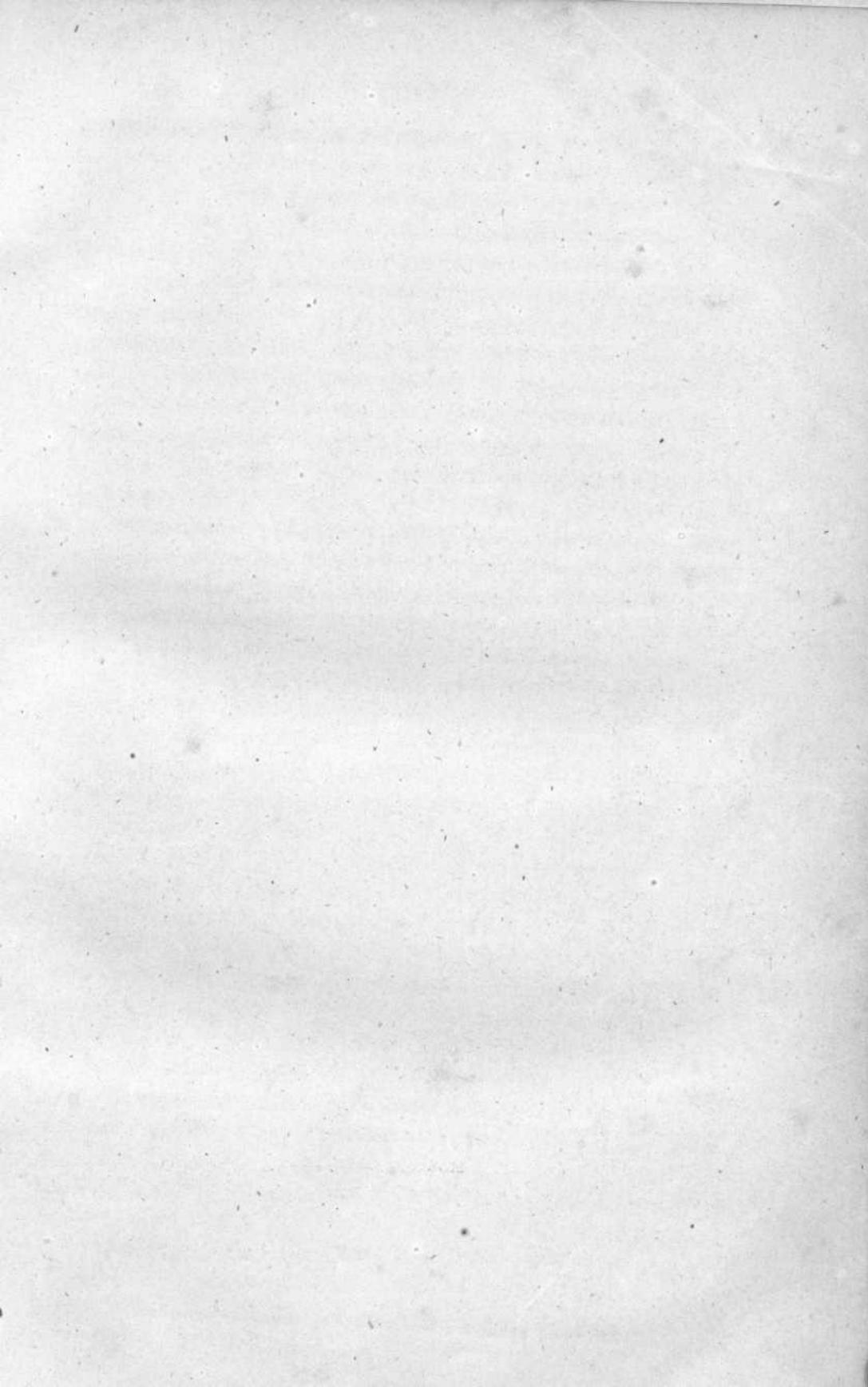
—Mentís; porque el duque de Uceda ha sido preso antes de entrar yo aquí y llevaba capa y sombrero.

Doña Ana no supo qué contestar.

—Don Rodrigo, dijo la princesa; haced que prendan á don Francisco de Contreras.

Don Rodrigo tomó la linterna que doña Ana habia puesto en su tocador, y salió.

—Tened compasion de mí, señora, dijo doña Ana arrojándose á





—Don Rodrigo, os confío esa mujer.

los pies de la princesa: ¡yo os lo confesaré todo, todo! Desterradme en buen hora; pero no me encerreis en un convento.

—Sí, sí, es verdad, dijo la princesa que se gozaba en la consternación de doña Ana; un convento es poco; la cárcel del Santo Oficio.

—¿Y por qué? ¿por qué, dijo aterrada doña Ana, se me ha de entregar al Santo Oficio? ¿qué delito he cometido yo?

—Habeis dado hechizos á mi esposo; le habeis enloquecido.

—¡Jamás he hablado con su alteza! dijo doña Ana volviendo á su negativa, al verse amenazada por un peligro mayor.

—¿Y esa capa y ese sombrero, que aun están ahí acusándoos? dijo la primera.

—No lo sé.

En aquel momento entró don Rodrigo.

—Señora, dijo; don Francisco de Contreras no está en la casa, porque no le he encontrado en su cuarto; y sospechando lo que podía ser, he bajado al zaguan y he encontrado descorrido el cerrojo de los postigos de la puerta, y este únicamente encajado.

—¡Es decir que he sido burlada! exclamó la princesa; ¡pero yo os juro que os arrepentireis de haberme burlado! Don Rodrigo, os confío esta mujer: mantenedla presa en su casa, hasta que su magestad determine lo que deba hacerse con ella y con su padre: prended tambien á su padre si vuelve. La puerta del dormitorio de esta mujer tiene llave, segun he visto; cerradla; guardad esa llave.

Don Rodrigo entró en el dormitorio, cerró su puerta, guardó la llave y volvió al camarín.

Doña Ana estaba inmóvil, pálida, muda, arrojando fuego por los ojos.

—Venid conmigo y cerrad la puerta de este camarín, dijo la princesa; tomad esa capa y ese sombrero.

Don Rodrigo los tomó.

Salieron y doña Ana sintió echar la llave.

—¡Ah, traidor, traidor infame! exclamó doña Ana, estendiendo sus brazos hácia la puerta por donde habia desaparecido don Rodrigo: decias que me amabas y me has tendido un lazo y me has perdido; pues bien, yo te engañaré, te sonreiré, seré tuya: tú eres el rey de España, porque estás apoderado del duque de Lerma: yo me valdré de tí para vengarme de esa mujer que me ha insultado: y despues... despues, tú caerás bajo mi venganza.

Y doña Ana se sentó junto á la chimenea y esperó tranquila,

con la tranquilidad terrible de quien ha tomado una determinacion decisiva respecto á un grande asunto.

Así esperó media hora.

Al cabo de ella oyó pasos en la habitacion inmediata y el ruido de una llave en la cerradura.

Se abrió la puerta y entró un hombre.

Aquel hombre era don Rodrigo.

Se acercó á doña Ana, hincó una rodilla, la asió una mano, se la besó, sin que doña Ana la retirase, y la dijo:

—Perdonad; todo lo que ha sucedido es obra mia.

—¿Habeis tenido celos?

—Sí, unos celos horribles, porque yo no os cedo á nadie.

—¡Oh! acabais de hacerme dichosa, don Rodrigo, dijo doña Ana; yo cedia á la ambicion de mí padre; yo no sabia que me amábais tanto; me habeis dado una gran prueba de ello, y os adoro.

—Yo os salvaré, dijo don Rodrigo; yo soy más poderoso que el príncipe: vos no estais presa, sino más libre que nunca: al rededor de vuestra casa no hay un solo hombre, yo os juro que ahora empezais á resplandecer, y que nada puede contra vos la princesa. Pero repetídmelo otra vez: ¿me amais?

—Os amo, contestó lánguidamente doña Ana.

---

---

### CAPITULO XIII.

---

De cómo por un *quid pro quo*, un ayuda de cámara del príncipe de Asturias creyó que éste le había hecho desgraciado.

Don Rodrigo llevó á la princesa y á la marquesa de la Fávara al alcázar.

Quando llegaron al postigo este se abrió, y al salir de su silla de manos la princesa, dijo á don Rodrigo, que había acudido á la portezuela:

—Os doy las gracias, caballero, por lo bien que me habeis servido esta noche: guardad cuidadosamente á esa mujer y á su padre: guardad un profundo secreto acerca de lo que ha acontecido, y contad con mi favor, si es que estimais en algo el débil favor mio.

—¡Ah, señora! contestó don Rodrigo; yo me cuento por el más feliz de los hombres, á causa de las benévolas palabras que acabo de oír á vuestra alteza.

—¿Traeis con vos el sombrero y la capa que hemos encontrado en el aposento de aquella mujer?

—Sí señora.

—Dádselas á la marquesa de la Fávara. Que Dios os guarde.

—A los reales piés de vuestra alteza, dijo don Rodrigo.

La princesa entró en el alcázar, y poco despues, la marquesa de

la Fávara, llevando la capa y el sombrero del príncipe, que estaban terriblemente mojados.

Por escaleras de servicio y por oscuras galerías llegó la princesa á su cuarto, seguida de la marquesa de la Fávara.

—¿Qué decis á esto, marquesa? la preguntó sobrescitada y trémula doña Isabel, cuando quedaron solas.

—Digo, señora, que nada sé; despues de haber sido detenida, he esperado una hora larga dentro del jardin de la casa de don Francisco de Contreras, amparada de mi silla, y con gran cuidado, porque tardaba vuestra alteza.

—No he podido encontrarle, por más que le he buscado; estoy segura de que era el príncipe. Me han sentido, se ha escapado por la parte principal de la casa, que no ha sido guardada, auxiliado por ese miserable de don Francisco de Contreras; por ese hombre cuya repugnante bajeza no se comprende: la córte es un muladar, un pudridero donde se agitan gusanos horribles, gusanos dorados que tienen la desvergüenza de creer que todo el mundo es tan infame como ellos: esto no tiene ejemplo; esta es una perversion infinita, monstruosa; y lo peor es que la perversion y la infamia empiezan en el alcázar, de donde cae una lluvia de lodo envenenado sobre los súbditos.

Desgraciadamente, aunque la princesa estaba irritadísima, no podia exagerar: era poco lo que decia, porque no habia indignacion bastante, ni lenguaje posible para llegar á los verdaderos medios de expresion; de tanta degradacion, de tanta vergüenza, de tanto crimen, de tanta miseria como entonces entrañaba la córte de las Españas.

—El rey es digno, noble, virtuoso, dijo la marquesa.

—Pero débil, fanatizado, cegado por sus favoritos: con que le dejen rezar y cazar; con llorar por su Margarita de Austria; con que le digan que es el rey más grande del mundo, y con que despache delante de él, de rodillas, el verdadero rey, el infame, el traidor, el audaz, el estúpido duque de Lerma, está satisfecha toda la ambicion de mi señor rey don Felipe III, mi augusto padre.

—Señora, vuestra alteza está demasiado irritada; vuestra alteza se vá á poner mala, dijo dulce y respetuosamente la marquesa.

—Sí, sí, es verdad, dijo la princesa cambiando de tono, y procurando dominarse; lo que me sucede me ha puesto fuera de mí, y os estoy diciendo cosas que hasta ahora solo he dicho á mi conciencia: olvidadlas, os lo suplico, doña Teresa; guardad un profundo

secreto acerca de esta debilidad mia; os ruego que me ayudeis, que me concedais el favor de un sacrificio.

—Señora, vuestra alteza puede mandarme: yo me sentiré honrada y feliz obedeciéndoos.

—He encontrado esa capa y ese sombrero, que os ha entregado el marqués de Siete Iglesias, en el aposento de esa desvergonzada: tengo la creencia de que esa capa y ese sombrero son del príncipe mi señor; pero deseo confirmar esa creencia. ¿Quereis hacerme el favor, doña Teresa, de buscar á uno de los ayudas de cámara del príncipe y traerle aqui?

—¿Ahora mismo, señora?

—Sí, ahora mismo: en caliente; así no podrá ser prevenido el ayuda de cámara.

—Bien, señora, iré, dijo la marquesa.

—Pues bien, id, id al momento.

La marquesa tomó una bujía y salió.

En cuanto se vió en la antecámara se detuvo.

—Es más duro de lo que parece, meditó, aventurarse en una intriga; veamos: ¿qué van á pensar de mí aquellos á quienes pregunte por el cuarto de los ayudas de cámara de su alteza? Y bien, dice un proverbio «lo que mucho vale, mucho cuesta:» mi posicion es difícil; pero conquisto el favor de la princesa: su majestad está muy enfermo; de un momento á otro la princesa será reina; es alentada, enérgica, valiente; puede ser que domine al débil don Felipe: ¡bah! adelante: para llegar á una alta posicion en la córte es necesario pasar por todo género de gateras, doblegarse á todo: adelante.

Y saliendo de la antecámara, se aventuró por la oscura galería de los Infantes, donde vivian las damas de honor.

La recorrió, y entró en otro pasadizo donde estaban los cuartos de las dueñas.

Santos Perez de la Estrella andaba enamorado de una dueña cincuentona, pero frescota, que aun conservaba pretensiones, y á quien su difunto marido, que habia sido oidor en Indias, habia dejado bien heredada.

No se sabe si el buen Santos Perez de la Estrella estaba enamorado de la oronda doña Mercedes de Riera, que así se llamaba la dueña, ó de sus repletos talegos.

La verdad era, que todas las noches en el momento en que se retiraba la servidumbre de las cámaras reales y se apagaban las luces en el alcázar, Santos Perez de la Estrella, calzado con unos zapatos

de paño para no hacer ruido, se salía del cuarto de los ayudas de cámara, bajaba una escalera de caracol, atravesaba una galería estrecha, y llegaba á tientas á la puerta de un cuarto, el de doña Mercedes; que se abría silenciosamente, sin que tuviese que llamar Santos, porque le esperaba cuidadosamente doña Mercedes, y á pesar de que Santos iba calzado con zapatos de paño, como el amor oye más que las culebras, le sentía.

Santos pasaba dos ó tres horas en conversacion con su amada doña Mercedes, al cabo de cuyo tiempo se iba tan recatadamente como habia venido.

Aconteció que cuando la marquesa de la Fávara entró en la galería, cabalmente en demanda del cuarto de doña Mercedes, á quien iba á preguntar dónde habitaban los ayudas de cámara, al llegar la marquesa á la puerta del aposento, se abrió esta silenciosamente, y apareció un hombre que retrocedió al ver á la marquesa, á causa de la luz que esta llevaba.

Por pronto que el entrecojido quiso cerrar la puerta, tuvo tiempo la marquesa para meterse en el recibimiento del cuarto de doña Mercedes, y ver á esta avergonzada, aterrada, llena de confusion por haber sido sorprendida junto á un hombre.

—Bien, muy bien, dijo la marquesa, asiéndose á aquella circunstancia, que le favorecia, porque habia conocido en Santos á uno de los ayudas de cámara del príncipe. Yo no lo habia querido creer, señora; pero veo que no me han engañado.

—¡Ah! no piense vucencia mal de mí, dijo doña Mercedes; el señor Santos es mi marido, ó como si lo fuese, porque me ha dado palabra y mano de esposo.

—Bien, bien, dijo la marquesa; yo no culpo vuestras intenciones; pero este es un escándalo del cual se murmura en palacio, y que ha llegado á noticias de su alteza la serenísima señora princesa de Asturias, nuestra ama.

—¡Oh Dios mio! exclamó confundida doña Mercedes.

—Será necesario, pues, que os caseis, aunque para ello perdais vuestro cargo de dueña de su alteza; pero la honra y el temor de Dios son ántes que todo: retiraos. Y vos, añadió volviéndose á Santos, venid conmigo.

Santos siguió aturdido á la marquesa.

Doña Mercedes cerró agonizando la puerta.

La marquesa adelantaba en paso rápido, y Santos la seguia temblando, porque ignoraba lo que iban á hacer de él, y lo temia todo.

Así llegaron á la cámara de la princesa.

Santos se hincó de rodillas, y exclamó:

—Yo no tengo la culpa, señora, dijo; ella es la que me ha solicitado, la que me ha buscado; soy pobre, y la codicia...

—¡Os habeis vendido, dijo la princesa creyendo que el ayuda de cámara se referia á doña Ana de Contreras, y no habeis temido cometer una bajeza ni habeis reparado en que me ofendiais!

—Yo lo he hecho con muy buena intencion, señora, contestó el ayuda de cámara.

—Basta, basta, dijo la princesa; no quiero hablar, ni que me hablen de estas miserias. Venid acá, y contestadme en verdad, porque os anuncio que si mentis, os encierro donde no volvais á ver luz. ¿Sabeis de quién son esta capa y este sombrero?

—¡Está capa y este sombrero! exclamó Santos viéndolos en las manos de la princesa.

—Sí, esta capa y este sombrero los he encontrado en el cuarto de esa mujer.

—¡Con que la visita el señor príncipe de Asturias! dijo con un singularísimo acento el ayuda de cámara.

—¿Reconoceis, pues, como de su alteza esta capa y este sombrero? dijo la princesa desentendiéndose de la pregunta de Santos.

—Sí, sí, señora; este sombrero le traje yo anteayer de casa del señor Marquillo, sombrerero de cámara de su alteza; y esta capa la estrenó su alteza á principios del invierno. ¡Oh qué desgracia, Dios mio, qué desgracia!... ¡y yo que la creia la mujer más honrada del mundo!

Santos en su dolor se olvidaba de la etiqueta, y se permitia quejarse.

—¿Con que afirmais que esta capa y este sombrero son de su alteza el príncipe de Asturias?

—Sí, sí señora; lo juraria á siete cruces.

—Sacadle de aquí, marquesa, y volved.

Doña Teresa sacó á Santos, y volvió conteniendo la risa que le habia causado aquel *quid pro quo*, y adoptando un semblante en armonía con las circunstancias al entrar en la cámara.

La princesa habia llegado al colmo de su irritacion.

—¿Lo veis? dijo á la marquesa; es una mujer de todo punto perdida; ese ayuda de cámara es un buen mozo, jóven; estas mujeres no miran al alma, sino al cuerpo; ¡y por mujeres tan despre-

ciables se olvida á una mujer como yo! Vamos, vamos, no hablemos más de esto. Podeis retiraros, marquesa.

—¿No quiere vuestra alteza que la desnude y la recoja?

—Eso, marquesa, no os corresponde á vos.

—Todo lo que sea servir á vuestra alteza, es para mi altamente satisfactorio y honroso.

—Gracias, gracias, dijo la princesa; no pienso retirarme. Retiraos.

—¿De la cámara ó del alcázar, señora?

—Del alcázar: no quiero que paseis mal lo que resta de la noche. Adios.

La marquesa se inclinó profundamente y salió.

Poco despues salia del alcázar y entraba en su silla de manos, que la esperaba en el patio de los infantes.

—¿A casa, señora? la dijo uno de los lacayos.

—No; á casa no, contestó la marquesa: á la hostería del Ciervo Azul.

---

## CAPITULO XIV.

---

De cómo á su vez sintió lo horrible de los celos la marquesa de la Fávara.

La marquesa se hizo abrir la puerta de la hostería, y atropellando por todo, preguntó por un estudiante que habia sido herido.

Al ver el hostalero á su ilustre vecina, á quien conocia demasiado, se quedó un poco perplejo. No tenia duda de que, si la marquesa buscaba al estudiante herido, era por amor; porque solo por amor dá una mujer, y mucho más una mujer principal, el paso que daba la marquesa.

La perplejidad de Gil Diaz tenia por causa el que el estudiante no estaba solo, sino con una compañía tal, y tan hermosa, que no podia agradar, ni aun hacerse tolerable, á la marquesa, que como era de suponer estaba ciegamente enamorada del estudiante.

—¿Qué os sucede, buen hombre? dijo la marquesa impaciente, y aun pudiéramos decir que asustada al notar el embarazo del hostalero: ¿ha muerto ese desgraciado?

—No, no señora, no ha muerto, dijo Gil Diaz rascándose la extremidad de la oreja derecha; pero si vuecencia quiere ver, como lo supongo, á ese caballero, existe una pequeña dificultad que debo advertir á vuecencia.

—¿Y qué dificultad es esa?

—Que está acompañado.

—¿Quién le acompaña?

—Una mujer.

Púsose densamente pálida la marquesa, y su cólera se demostró en el temblor de sus mejillas.

—¿Y qué mujer es esa? dijo con voz ronca.

—Lo ignoro, señora.

—¿Que lo ignorais?

—Es una pobre chica que ha venido, no sé cómo, esta noche con don Rodrigo Calderon, que la ha dejado aquí sola, encargándome que cuide de ella.

—Llevadme donde yo pueda ver, sin ser vista, á esa mujer, dijo con precipitacion la marquesa.

—Lo que yo decia, murmuró para sí, echando á andar el hostelero; que está enamorada como una loca; y en verdad, que el mancebo lo merece. Y el bueno del marqués de la Fávara, divirtiéndose entretanto en el castillo de Montanches; ¡lo que son las mujeres! cuanto más altas, peores; en fin, Dios nos saque en paz.

Cuando acabaron de subir las escaleras, el hostelero dijo:

—Advierto á vuecencia que no hay otro medio de ver la habitacion donde está el herido, que mirando por el ojo de la cerradura. Pero es el caso que sentado junto á la puerta está un alguacil de guardia.

—¿Cómo un alguacil de guardia? dijo con cuidado la marquesa: ¿qué es eso de guardia y de alguacil?

—Sí, si señora; porque la justicia ha encontrado herido en la calle al estudiante; y como estaba gravemente herido, y mi casa es una casa pública, se me ha metido en ella con el herido y con una ronda un señor alcalde de Casa y Corte.

—¿Y cómo se llama ese alcalde?

—No lo sé, señora.

—Traedme acá ese alguacil.

El hostelero adelantó, torció por un corredor y poco despues un alguacil, sombrero en mano, porque le habia impuesto el aspecto aristocrático de la marquesa, estaba delante de ella.

—¿Cómo se llama vuestro alcalde? dijo con marcado acento de autoridad la marquesa.

—El señor Diego Arias Parejo, un caballero muy principal.

—Lo se, lo sé, lo conozco mucho, dijo la marquesa.

El alguacil no contestó: permaneció inclinado y mudo y humilde delante de la marquesa.

—Idos al piso bajo, dijo esta; que os sirvan de beber; y tomad para el gasto.

Y dió un doblon de á dos al alguacil, que se inclinó mucho más, y bajó por las escaleras.

No faltaba á su deber, porque no se le habian dado órdenes rigurosas.

—Adelantemos, dijo la marquesa.

—Si quereis que no os sientan, señora, dijo Gil Diaz; recogeos las haldas y pisad muy quedo.

La marquesa y el hostelero adelantaron sin hacer ruido.

Cuando llegaron junto á unos aposentos, el hostelero se detuvo y cerró en silencio la puerta.

Despues pasó llevándose la luz.

La marquesa miró por el ojo de la cerradura.

No era ojo, sino boquete.

La cerradura además ajustaba mal, y podia mirarse por encima de su chapa.

La marquesa vió un lecho de hosteria, un menguado lecho, y en él á Guillen, que charlaba en voz baja con una mujer muy pobremente vestida, de cabeza rubia y esbelta; pero de cuyo semblante no podia juzgarse, porque estando de espaldas á la luz, le tenia envuelto en una penumbra.

Una de las manos de la jóven se enlazaba con otra mano del herido: esto era lo que menos podia sufrir la marquesa.

La union de aquellas dos manos explicaba más por sí solo, que lo que la marquesa necesitaba.

Tuvo fuertes tentaciones de abrir la puerta, entrar y presentarse de repente á los dos enamorados.

Cuando Guillen tenia fuerzas para incorporarse en una conversacion amorosa, podia muy bien tenerlas para soportar una sorpresa.

La marquesa, sin embargo, se contuvo: le estorbaba Inés para una explicacion franca con Guillen.

Se separó sin hacer ruido de la puerta, y se fué al extremo del comedor, adonde se habia retirado con la luz Gil Diaz.

—Es necesario, dijo, que saqueis á esa mujer de ese aposento.

—¿Y qué la diré, señora?

—Lo primero que os ocurra. Por ejemplo, que ha vuelto el alcal-

de, que viene á tomar declaracion al herido, y que no es oportuno que la encuentre allí. Con esto basta: aquí os espero.

Gil Díaz se fué y volvió á los cinco minutos.

—Ya no está allí, dijo á la marquesa; puede vucencia entrar cuando quiera.

Un momento despues, la marquesa entraba en el aposento, cerraba la puerta, ponía su manto sobre la cerradura, y adelantaba lentamente hácia el lecho donde estaba Guillen, que la miraba de hito en hito, pero de una manera fria.

La marquesa se detuvo junto al lecho, y posó una mirada intensa, candente, irritada, celosa, en el jóven.

Luego se sentó en la silla, donde habia estado sentada Inés, y se inclinó sobre el herido.

—Habeis perdido en el cambio, ¿no es verdad? dijo la marquesa con acento marcado, frio, sarcástico.

—No señora, dijo tranquilamente Guillen; he ganado mucho.

—Esplicaos: aunque á la verdad no necesitan explicacion esas palabras. Habeis querido decirme: He ganado conociendo á una nueva mujer que para mí vale más que vos.

—Creo, señora, dijo ya con alguna impaciencia Guillen, que no teneis derecho á hacerme reconvencion alguna. Estoy herido, atravesado de parte á parte, pero afortunadamente la bala no ha interesado ningun órgano esencial; porque ya veis, hablo sin esfuerzo, aunque con voz débil, porque he perdido mucha sangre.

—¡Ah! yo me alegro con toda mi alma de que vuestra herida sea más penosa que grave.

—¿Qué os importa á vos? dijo ya con desden el estudiante. ¿No me habeis desdeñado? ¿no habeis estado sorda á mis ruegos? ¿no he sido miserablemente herido mientras rondaba junto á vuestra casa, obcecado por el funesto amor que por vos sentia?

—¡Que sentiais! exclamó dolorosamente la marquesa; pues qué ¿no le sentís ya?

—Creo que no le he sentido nunca, señora; porque ahora le siento, y es harto diferente de lo que por vos he sentido.

—¡Ah! ¡eso es imposible! exclamó la marquesa; la mujer que aquí estaba con vos no ha podido inspiraros en un momento una pasion tal, que destruya la delirante pasion que habeis sentido por mí.

—Cabalmente, señora, dijo Guillen; he aquí la diferencia que existe entre lo que he sentido por vos y lo que siento por esa pobre

niña. Es verdad; lo que yo sentia por vos me abrasaba como si hubiera sido un fuego del infierno; me consumia, me aniquilaba, me hacia sufrir un tormento inexplicable; no tenia paz en el alma, no reposaba, no vivia: lo que siento por esa jóven es dulce, tranquilo, consolador, divino, como si con esa niña hubiese bajado para mí una consolacion de los cielos.

—¡Ah! os comprendo: creéis que yo he tenido parte en el delito que os ha postrado en ese lecho, y pretendéis vengaros de mí despreciándome.

—No, señora; si habeis tenido parte en ese crimen, os perdono: por lo demás, dominado mi espíritu por una luz purísima, he visto, gracias á ella, que amándoos á vos, á una mujer casada, perdía mi cuerpo y mi alma.

—Oídme, oídme, dijo con vehemencia la marquesa: estais engañado y juzgais de mí por una equivocacion: ¿recordais lo que por amaros mucho, he hecho para que no os pusiérais en peligro, esto es, desatenderos, desconoceros, no miraros cuando os habeis puesto á mi paso? ¿y sabeis para qué he hecho eso, Guillen? Porque estaba espiada por mí marido; porque mi marido es feroz; porque estábais en el caso, que por recatadamente que entrárais en mi casa lo habia de saber; porque si os escribia, el mismo criado de quien me valiese para hacer llegar mi carta á vuestras manos, podria denunciarme, denunciaros y producir vuestra muerte. Ya lo veis: habeis cometido la imprudencia de rondar mi casa y habeis sido herido, y no muerto por la providencia de Dios. No, no, Guillen; yo os amaba, os amo, os amaré siempre, sois mi primero, mi único amor, y si vos no me amais, moriré desesperada.

—Morid en buen hora; no lo deseo, no lo espero, no lo temo; pero si esto acontece, no está en mi mano evitar...

—¿No? exclamó violentamente la marquesa.

—No, no señora; porque no se ama por la voluntad, sino porque Dios hace que amemos, sin explicarnos la causa, de una manera misteriosa, involuntaria. Yo creía amor lo que por vos sentia, y no era amor, no, sino la violenta voluptuosidad que causaba en mí vuestra hermosura: un amor propio satisfecho al verse favorecido por una de las primeras damas de la córte. ¡Ah! nos engañamos mucho, señora, nos engañamos.

—Sí, es verdad, nos engañamos mucho, dijo con amargura la marquesa: lo sacrificamos todo á un hombre, le adoramos, vemos en él nuestra vida, nuestra alma, nuestra eternidad, cuánto somos

y cuanto podemos ser: llega un día que ese hombre se ha convertido en nuestro mundo, en nuestro único deseo, en nuestra única esperanza; nos dice: yo no os amo, no os he amado nunca, amo á otra, al amarla he conocido lo que es el amor; yo lo ignoraba, me estorbais, me molestais, idos, para nada os necesito, nada sois para mí, si os mata mi ingratitud, mi traicion, ¿qué importa? morid; he encontrado sobre el paso otra mujer que llena mi alma, que me hace sentir lo que vos no me habeis hecho sentir, vos érais mi infierno y esa mujer es mi cielo: ¡oh! sí, sí, nos engañamos mucho; yo hubiera jurado que habríais dado por mí vuestra vida y vuestra alma y más, si más hubiérais tenido que dar. ¡Qué insensata he sido! ¡qué nécia! ¡amar vos! ¿sabeis vos lo que es amor? ¡Para amar se necesita un alma inmensa, y vos la teneis muy pequeña muy miserable, muy infame!

—Aunque mi herida no es grave, contestó friamente Guillen, como si nada hubiera dicho la marquesa, no es tan leve que no me fatigue una larga conversacion: debíerais comprender esto, y no sentenciarme á una disputa enojosa: ¿qué quereis? al ser herido delante de vuestra casa me he creido herido por vos; me he indignado, y durante mi indignacion un ángel ha aparecido junto á mí, un ángel dulce, un ángel triste, un ángel de luz, de consuelo, de caridad. Es ya tarde: si no me hubiera indignado la creencia de que á vos debia el golpe traidor que me ha postrado, acaso vuestro recuerdo, el ardiente recuerdo de vuestra belleza, me hubiera hecho insensible á la profunda impresion que ha causado en mí esa pobre niña. Os hablo de ella, y para hablaros de ella me esfuerzo, porque en vuestra manera de presentaros á mí y de hablarme, en vuestras primeras palabras he comprendido que antes de entrar habeis estado observando, que la habeis visto á mi lado hablando conmigo de una manera dulce y caritativa, su mano en mi mano, su mirada en mi mirada; y como os conozco bien, señora, continúo hablando, porque necesito deciros: la amo, sí, la amo, es mi primer amor, será mi último amor; vos os irritareis, pretendereis vengaros de ella para vengaros de mí: pues bien, señora; ved lo que haceis, porque si por vos acontece á Inés una desgracia, no sé hasta qué punto podré llegar para vengarla. Despues de esto ni una palabra más.

La marquesa palideció mucho más de lo que ya lo estaba, tembló, miró de una manera sombría, fija, amenazadora, implacable á Guillen, contuvo las lágrimas que se agolpaban á sus ojos, se levanta-

tó, se alejó lentamente, y salió deteniéndose un momento en la puerta para lanzar una última sombría mirada á Guillen.

—Llévame á donde está esa mujer, dijo la marquesa con acento duro al hostelero.

Este se puso en marcha murmurando:

—Ya sabia yo que habia de suceder algo: ¡pobre muchacha! el diablo la ha puesto delante de la marquesa: no quisiera yo estar en el pellejo de la niña; pero en fin, á mí, ¿qué me importa?

Gil Diaz recorrió el pasillo seguido de la marquesa, bajó las escaleras y la llevó á la habitacion baja, donde aun estaba puesta la mesa, y ardiendo la chimenea.

---

---

## CAPITULO XV.

---

De cómo salvó á Inés la marquesa de la Fávara.

Al ver acercarse una dama tan hermosa, de aspecto tan noble y tan ricamente vestida como la marquesa, Inés se puso de pié.

La marquesa se habia dominado completamente, habia compuesto su semblante, habia ocultado su cólera y sus celos, sonreia, estaba hermosísima, pero muy pálida.

Cuando la marquesa daba á su semblante una expresion de paz, aparecia dulce, candorosa, angelical; fascinaba, seducia.

Quedaba, sin embargo, al rededor de la órbita de sus ojos una leve aureola que para un filosofo ó un hombre rico de experiencia, epresentaba una intencion profunda, una gran fuerza de voluntad y una astucia infinita.

La marquesa no podia borrar este signo distintivo de su carácter; pero Inés era muy jóven, muy sencilla, sin esperiencia, y además excesivamente benévola.

Miró con una cándida extrañeza, pero sin encogimiento y sin temor á la marquesa, que se acercaba á ella.

—Gracias, hija mia, la dijo sonriéndola y cogiéndola las manos.

—Ignoro con quien hablo, dijo Inés; pero no puedo dejar de confesar que me es muy grata la impresion que siento.

—Gracias otra vez, hija mia, dijo doña Teresa: yo soy la marquesa de la Fávara, grande de España y dama de honor de su alteza la serenísima señora princesa de Astúrias.

Esta anunciacion de su rango hecha por la marquesa hubiera sido una impertinencia si no hubiera envuelto una malévola intencion.

La marquesa queria establecer toda la distancia social que la separaba de aquella pobre niña.

Inés, sin embargo, no se aturdió, no se impresionó por el temor de verse mano á mano con una tan gran señora: no la temia; por el contrario, la marquesa se le habia hecho simpática.

—Es para mí una felicidad, contestó con una gran distincion natural, porque todo era natural en Inés, en el acento y en la sonrisa, el haber conocido á una señora tal como vucencia.

La marquesa se desconcertó, sintió que Inés era superior á ella, con esa superioridad invencible que Dios dá á ciertas criaturas, por pobres, por desdichadas que sean: comprendió con una rábia infinita que no salió á sus ojos, ni á su semblante, por qué Inés habia triunfado de ella en el corazon de Guillen, y aumentándose el furor de sus celos, que cada dia la amaria más, hasta convertirse en su esclavo.

La marquesa sentenció á Inés.

¿A qué? No lo sabia aun, no habia tenido tiempo de pensarlo: la sentenció á todo el mal, á todo el despecho, á todo el martirio que pudiera causarla: y para llegar á su objeto, se propuso hacerse amar de ella.

—Extrañareis, sin duda, la dijo, el verme en una hosteria y á tal hora.

—Sea cualquiera la causa que haya traído á vucencia, dijo Inés, me felicito de ello.

—Me interesa mucho un jóven que está herido en esta hosteria; como que es pariente mio muy cercano.

Esta era una exploracion de la marquesa: necesitaba saber para obrar en consecuencia, si Guillen habia hecho á la jóven una revelacion completa.

Pero Inés nada encontró de extraño en las palabras de la marquesa, porque nada la habia revelado Guillen, y contestó tranquilamente con un candor infinito, y con una profunda tristeza:

—Ya sabia yo que ese caballero era muy noble y muy principal.

La marquesa comprendió, que sin decirlo, Inés habia dicho: ya sabia yo que era imposible para mí.

La tristeza que causaba en Inés esta creencia, demostraba que se habia enamorado profundamente del estudiante.

La cólera y los celos de la marquesa se aumentaron, y sus diversas intenciones contra Inés.

Sin embargo, continuó sonriéndola afectuosamente.

—Sí, dijo; Madrid está lleno de malhechores que acechan una ocasion para robar á un imprudente: mi primo don Guillen es por desgracia un poco libertino, trasnocha, se entretiene con malas compañías; cualquier mujer, por poco bella que sea, le empeña, le enamora, comete por ella imprudencias; se perderá porque es incorregible; ha vuelto muy tarde, le han robado, y para robarle le han herido; esto era de esperar: el que tiene mala conducta, el que solo escucha á sus vicios, está siempre espuesto á una desgracia.

Estas palabras de la marquesa helaron el corazon de Inés, le apretaron, le despedazaron, le amargaron.

—¡Oh Dios mio! dijo; ¡y parece el jóven mejor del mundo!

—¡Las apariencias! ¡siempre las traidoras apariencias engañándonos, haciéndonos amar ilusiones que cuando se desvanecen nos hacen desventurados! ¡ah! ¡mi buen primo! siento mucho lo que le ha acontecido; pero afortunadamente la herida no es grave y puede servirle de correctivo: yo no sabia nada, estaba en el alcázar con la princesa: cuando hace poco volví á casa, pregunté como de costumbre por Don Guillen, para reprenderle si habia trasnochado. Su padre, que es un buen caballero, le ha confiado á nuestra vigilancia; mi marido y yo siendo severos con él, cumplimos con un sagrado deber. Me dijeron que no estaba, además, que hacia una hora habia sonado en la calle un tiro: temí que esto tuviese alguna relacion con mi primo, he hecho salir á los criados para que se informasen, he sabido el lance, y he venido á la hostería al mismo tiempo que el alcalde de Casa y Corte, que andando de ronda le ha encontrado herido y tomado declaracion. Despues don Guillen me ha dicho que se le habia aparecido un ángel.

—¡Ah señora! exclamó Inés, poniéndose vivamente encendida.

—Sí, me ha hablado de vos con tal entusiasmo, con tal calor, que yo lo he temido todo por vos, todo; porque en lo que de vos me ha dicho mi primo, he conocido que sois demasiado candorosa, demasiado buena.

—Señora, yo sé demasiado que debo olvidar á ese caballero, contestó Inés.

—¡Olvidar! ¡olvidar! dijo la marquesa sentándose; eso se dice fácilmente; pero cuando hemos sido impresionadas de una manera violenta, cuanto más queremos olvidar más recordamos; cuanto más pretendemos dar oídos á la razon, más se apodera de nosotros la locura; llega un día en que nos desesperamos, en que arrostramos por todo, en que nos perdemos, tal vez por una ilusion que se desvanece cuando creemos tocarla.

—¡Ah señora, yo no me perderé! dijo con dignidad, con firmeza, Inés.

—¡Ah! no, no, dijo la marquesa; no os perdereis porque además de vuestra virtud que os ayuda, os ayudo yo; y vuestra virtud y yo os salvaremos. Pero sentaos, hija mía, sentaos; y además, distraida me he olvidado de deciros que escuseis el tratamiento: sois encantadora, y no extraño que mi primo se haya enamorado de vos, porque yo que soy mujer me he enamorado tambien.

Inés se sentó maquinalmente; pero conservó una actitud respetuosa.

—Dispensadme, dijo la marquesa; ¿pero cómo es que os encontráis sola en esta hostería? no se puede pensar mal de vos, porque basta veros para comprender que sois una criatura angelical: deben haber mediado extrañas circunstancias para que os encontréis aquí sola y á tal hora.

—En verdad, señora, que solo mis desdichas pudieran haberme traído aquí. Soy hija de un antiguo soldado, del alférez de los tercios de Italia, Cristóbal de Mendavia, hidalgo, en otro tiempo rico, y venido por eventualidades de la vida á una gran pobreza, á una pobreza tal, que nos hemos visto reducidos á salir á pedir de noche limosna. Para conmovér á las almas caritativas yo soy quien la pido: mi padre me deja sola, junto á la imágen de un Ecce-Homo, en la bajada de los Angeles, y se oculta en un soportal, para acudir en mi socorro si algún mal hombre se atreve á insultarme. Esta noche, por acaso nos hemos encontrado con don Rodrigo Calderon...

—¿Y os ha insultado ese caballero?

—No, no señora; por el contrario, nos ha hecho mucho bien: se ha compadecido de nuestra desgracia, y por acudir inmediatamente á nuestra miseria, nos trajo aquí para que comiésemos: luego ha oído á mi padre, le ha dado dinero, le ha tomado bajo su preteccion, se

ha ido con él, y me ha dejado aquí, encargando cuidase de mi al hostelero.

—¡Gran milagro! ¡la caridad desinteresada en don Rodrigo Calderon, que no hace un beneficio sino para que lo sepa todo el mundo, y todo el mundo elogie su largueza y su generosidad, ó porque le enamore una pobre mujer desventurada!

—¡Ah! don Rodrigo me ha tratado con un gran respeto, señora.

—Así se hace con las mujeres que á primera vista son tan respetables como vos. Y bien, no hablemos de eso; estando bajo mi proteccion ningun peligro teneis que temer, ya os amenace de parte de mi primo ó de parte de don Rodrigo. ¿Y cómo habeis conocido á mi primo?

—Por caridad: en la hosteria no habia ninguna mujer...

—¡Ah! ¡la caridad, la caridad! ¡á cuantas mujeres ha perdido su caridad irreflexiva! y si no juzgad por vos misma: estoy segura de que en cuanto os vió mi primo empezó á galantearos.

—¡Ah, no, señora! se turbó, como yo me turbé al verle, me llamó ángel, despues... despues yo no se cómo ha sido, señora: pero hemos hablado como si nos hubiéramos conocido toda nuestra vida.

—¿Y nada os ha prometido?

—Si señora, me ha jurado hacerme su esposa.

—¿Y habeis consentido?

—Por no contrariarle, por no irritarle en el estado en que se encuentra; pero bien sabia yo, bien sé que no puedo aspirar á ser su esposa: su familia no lo consentiria, y yo no daré ocasion á que se indisponga con su familia: no, no, yo no puedo causarle la más leve desgracia.

—¿Y si insistiese, si os hiciese creer á vos, que sois tan cándida y tan buena, que estaba desesperado?

—¡Oh! si yo le viese desesperado por mí, señora, no veria más que á él, no dejaria crecer su desesperacion, lo arrostraria todo.

—¿Es decir, que le amais con toda vuestra alma?

—Yo no sé lo que es amar, señora; pero si es amar creer que una criatura es parte de nuestro sér, que su alma está en nuestra alma y nuestra alma en la suya, si eso es amor, le amo.

—¡Tan pronto!

—Señora, no le habia visto nunca, y cuando le vi, le he conocido.

—¡Ah! ¡el buen estudiante! dijo souriendo la marquesa á quien devoraba un despecho mortal; es verdad, es muy bello, una mujer

hermosa puede envidiar su hermosura, sus ojos fascinan, es un bribonzuelo insinuante, experimentado; vamos, es necesario salvaros, estais más en peligro que lo que yo creia. Mi primo os ha encontrado muy hermosa y muy pura, y ha empezado á seduciros desde el momento.

—Me estais haciendo un mal, señora, que no podeis comprender: porque yo creo que me lo haceis de buena fé, y que me hablan por vuestra boca la virtud y la experiencia; pero dispensadme; me lastima la sola idea de que un hombre que parece tan noble, tan generoso, tan bueno, sea un libertino y se haya propuesto aumentar mi infortunio.

—Satanás es muy hermoso y muy tentador: pero no insistamos más en esto: aquí no estais bien; no sabemos con qué intencion don Rodrigo os tiene aquí, ¿acceptais mi proteccion?

—Sí señora; con toda mi alma.

—Pues bien, hija mia; mi casa está próxima; ¿quereis seguirme á ella? Vuestro padre y don Rodrigo se alegrarán sin duda de que les hayais esperado en mi casa, en vez de esperarles en una hostería.

—¡Ah señora, qué buena sois! ¿no he de aceptar vuestra proteccion, vuestra poderosa proteccion, cuando estoy espantada de mi misma, cuando por otra parte temo haber sido vendida?

—¡Vendida! dijo la marquesa.

—Sí, si señora, yo no debo ocultaros nada, cuando os mostrais tan noble y tan caritativa. Creo que mi padre, Dios le perdone, me ha vendido á don Rodrigo Calderon.

—¡Oh Dios mio! exclamó la marquesa; tu santa providencia ha permitido que yo venga á esta casa, y pueda salvar á este pobre ángel. Pero no hablemos más de esto, ni un momento más aquí.

Y levantándose, asiendo de la mano á Inés y alzándola, la llevó hasta la puerta de la hostería, donde esperaban sus criados: salió, atravesó con Inés la calle, y entró en su casa.

Algunos minutos despues Gil Diaz recibió la órden de pasar á la casa de la marquesa.

Encontró á esta sola en una cámara.

—Me he traído á mi casa, le dijo, y por su voluntad, á la jóven que en vuestra casa estaba: era necesario salvarla; un padre infame la habia vendido; pero necesito que me ayudeis.

—¡Ah señora! dijo Gil Diaz, que comprendió la situacion y vió en perspectiva una gran recompensa; vucencia puede disponer completamente de mí.

—Oid, dijo la marquesa; tres personas pueden preguntaros por esa jóven: su padre, don Rodrigo Calderon y el herido. Decidles que esa jóven se ha escapado: ¿lo entendeis?

—Sí, si señora, lo entiendo: y permítame vucencia que se lo diga: me parece muy bien: así se la aparta de muchos peligros.

—En cuanto á vos, nada temais; podrá ser que su padre lo tome por alto.

—Me importa poco, señora, porque yo no temo á ningun hombre.

—Queda todavía don Rodrigo.

—¡Oh! en cuanto al señor marqués de Siete Iglesias, dijo el hostelero, es distinto, es necesario temerle; ¡puede tanto como el rey!

—Nada temais.

—Sí vucencia me protege, señora, nada temo; porque vucencia es más poderosa que don Rodrigo.

—Pues bien, en muestra de que os protejo, tomad.

Y la marquesa abrió una papelera, tomó un esportillo en que había una fuerte cantidad en oro, y la dió al hostelero.

—Llevaos eso, y no lo olvideis: esa jóven se ha escapado de vuestra casa, se ha perdido.

—Descuide vucencia, señora; nadie sabrá por mí que vucencia ha salvado á esa jóven.

—Si os veis en algun aprieto, venid á mi, que yo os sacaré de él: idos.

El hostelero salió despues de haber metido el esportillo bajo su ropilla.

—¡Cuando yo decia que iba á pasar algo, dijo bajando por las escaleras, bien sabia yo lo que me decia! ¡Qué mujeres, señor, qué mujeres! son capaces de dar su alma al diablo por un capricho. Y segun lo que pesa, lo menos, lo menos llevo trescientos doblones. Cierito es que su padre querrá echarlo á barato; pero á mí no me espanta eso; quien ha pasado como yo por las galeras de su magestad, no se espanta de nada. Lo de don Rodrigo es más sério; pero bien puede ser que don Rodrigo no tenga ningun empeño por la muchacha, y si lo tiene, se lo digo todo y gano tambien por este lado: El estudiante parece rico; y bien, por aqui puede tambien ganarse algo: adelante: la noche ha sido buena y todavía no ha acabado: quién sabe lo que podrá suceder; ¡y yo que me habia dado á los dia-

blos por que se me habia metido la justicia en mi casa con un herido!.. ¡bah, bah! no sabemos lo que queremos.

Entraba á la sazón en la hostería.

Uno de sus mozos dijo:

—Señor Gil Diaz, allá en el cuarto de la chimenea está un hidalgo pobre, más feo que el pecado, jurando y renegando y queriendo ponerle fuego á la casa: es el padre de la jóven que se habia quedado aquí...

—¿Y por qué jura y reniega ese hombre? dijo Gil Diaz haciéndose de nuevas.

—¿Por qué ha de jurar y renegar, sino porque su hija no parece?

—¿Qué dices, mal hombre, que me has muerto? exclamó el hostalero, finjiendo admirablemente una irritacion que no existia: ¿qué es esto de que una jóven honrada, una jóven doncella que me ha sido encargada, no parece?

—¿Y qué quereis que yo os diga? exclamó asustado el mozo, porque sabia lo malo que era su amo, y le veia montado en cólera.

—¡Voy á molerte los huesos! infame, exclamó Gil Diaz.

Y cogiendo la tranca de la puerta, que estaba en un rincon junto á ella, la emprendió con el desventurado que al huir por el patio, se metió en el cuarto donde tirando, como vulgarmente se dice, los treinta dineros, borracho, feroz, espantoso, estaba el alférez Mendavia.

El mozo entró dando alaridos, porque al meterse en el cuarto le habia alcanzado un terrible trancazo.

—¿Por qué maltratas á este hombre, mal cristiano, judio, que tú eres? dijo Mendavia, á quien le dió la borrachera por proteger al apaleado mozo.

—¡Porque ese hereje me ha perdido! dijo Gil Diaz, blandiendo con una mano la tranca, y sugetando con el otro brazo contra el pecho el esportillo de doblones que le habia dado la marquesa de la Fávara: ¡echadme acá á ese mal nacido, que no está bien que un buen soldado viejo, un hidalgo tan honrado, como vos lo pareceis, ampare á un galeote!

—Yo no tengo la culpa, chilló desesperado el mozo, que creia llegada su última hora.

—¿Pero qué ha hecho este hombre? dijo huecamente y con acento de proteccion Mendavia.

—Figúrese vuesa merced, señor hidalgo, dijo Gil Diaz, que un señor muy poderoso y muy temible me dejó encargada una doncella, una buena moza, y que ahora salimos con que esa buena moza se ha escapado y no parece.

—¡Mi hija! exclamó Mendavia! ¡ya me lo temia yo! ¡cosas de mi hija! ¡si tú no sabes lo que es mi hija! ¡se la ha puesto en la cabeza ser una santa, y ni frailes franciscos que la prediquen, se lo sacan de la cabeza! ¡ya me temia yo cualquier cosa que me comprometiese! ¡es mucha hija la mia! ¿Pero cómo es que se ha escapado?

—Pues eso digo yo, contestó el hostelero: ¿están muertos estos desesperados de criados míos que no la han visto irse?

—¡Buena hora es esta para que no le rinda á uno el sueño! dijo el mozo! ¡ni quién habia de pensar que habia de irse! ¡buenas cosas son estas para sabidas! ¡maltratarme á mí por una cosa en que no tengo arte ni parte, es ofender á Dios!

—Pues mira, dijo el alférez Mendavia; la justicia la buscará y la encontrará: ¿porque donde ha de irse mi hija que la justicia no la encuentre? Bien veo yo que aquí no se tiene la culpa de lo que ha sucedido, que si yo pudiera, ni siquiera pensar, que alguien habia favorecido la fuga de mi hija, que me saquen las barbas con pinzas, pelo á pelo, si no le rajaba de alto á bajo.

—¿Y quién habia de atreverse á burlarse de vuesa merced, señor hidalgo? observó el hostelero.

—¿Burlarse de mí decis? exclamó Mendavia echando mano á su tizona; pues mirad no meta mano, por si os habeis creido que de mí puede burlarse nadie. ¡Cien rayos y cien truenos y mil muertes! ¿qué le voy á decir mañana á don Rodrigo Calderon? ¡Cuando digo yo que no sé por qué queda aquí cosa con cabeza!... pero paciencia que Dios amanecerá y ya veremos lo que hay que hacer: ea, déme por mi dinero cuarto y cama, y lléveme allá dos botellas del bueno de Valdepeñas; porque si no echo vino á la cólera, vá á ahogarme la mal nacida.

Y echó á andar.

El mozo tomó una bujia y se fué trás él, pasando con el recelo del miedo más grande del mundo, junto á su amo, que aun blandia la terrible tranca.

—Pues no me puede salir mejor, dijo el hostelero cuando se vió solo; ni puede haber sido mejor hecha la comedia. ¡Para que crean que yo sé donde está la niña! vámonos, vámonos á descansar un poco hasta el dia.

Y se fué.

La situación franca en que por el momento se encontraba el hostelero, consistía en que, cuando la marquesa salió con Inés, no estaban en el piso bajo más que los criados de la marquesa, junto á la puerta.

Los mozos de la hostería no habían podido verla.

---

## CAPITULO XVI.

---

Dos infamias.

Don Francisco de Contreras llegó al fin á su casa y encontró encajado el postigo de la puerta como lo habia dejado.

Subió á su cuarto y se puso á pasear por él sin saber qué partido tomar.

Ignoraba si aun estaba allí la princesa.

Todo habia pasado en silencio y de tal modo que ninguno de los criados se habia apercibido.

Pasó algun tiempo y nadie llegó al aposento de don Francisco.

—No, no, dijo este; pues ello es que sucede algo; ó está ó no está en mi casa la princesa de Astúrias; si está, ¿cómo es que no se me busca? y si no lo está, ¿por qué no me busca mi hija?

Pasó así algun tiempo.

Dieron las tres de la mañana.

Don Francisco se paseaba profundamente pensativo á lo larga de su cuarto.

—Esto es demasiado, dijo; necesito saber...

Y tomó una bujía, y adelantó de habitacion en habitacion, observando y sin hacer ruido.

Llegó al fin, habiéndolo encontrado todo en silencio, á la puerta del cuarto de doña Ana.

Estaba cerrada.

Nada se oía dentro.

Doña Ana debía estar sola, á juzgar por aquel silencio.

Don Francisco llamó.

Al primer llamamiento nadie le contestó, ni al segundo.

—¿Se habrá ido de mi casa mi hija? exclamó.

Y llamó con más fuerza.

Entonces se oyeron en el interior pasos, que se acercaron á la puerta. Crujió la llave, la puerta se abrió, y apareció, no doña Ana, sino don Rodrigo Calderon.

—¡Ah! ¿qué es esto? dijo don Francisco de Contreras procurando desempeñar lo mejor posible con una aparente irritacion, el papel de padre ofendido.

—Señor don Francisco de Contreras, contestó gravemente Calderon; daos preso de orden del rey nuestro señor.

Don Francisco se desplomó desde todo lo alto de su dignidad de padre injuriado: no vió más que un calabozo, unas cadenas, un proceso que, manejado por un enemigo, podria llevarle á muy mala parte.

—¿Preso yo? dijo sin pasar de la puerta.

—Sí, sí señor, preso por un secretario del despacho de su magestad: ya veis que se os honra, don Francisco, cuando en vez de dar esta comision á un alguacil, se me encarga á mí de ella.

—¿Pero por qué se me prende? dijo don Francisco.

—Por lo mismo que ha sido preso el duque de Uceda y arrestado el príncipe de Astúrias.

Don Rodrigo mentía en esta última parte, para acabar de aterrear á Contreras.

—¡Preso el príncipe de Astúrias! ¡preso el duque de Uceda! ¡y yo por la misma causa! ¿Pero qué causa es esa?

—Causa de traicion.

—¡De traicion!

—Sí, de traicion.

—¿Pero contra quién?

—Contra el rey nuestro señor.

—¡Misericordia de Dios! exclamó don Francisco viendo que su situacion se agravaba; ¿pero quién ha dicho eso?

—Se vigila mucho.

—Por mucho que se vigile, no se me podrá á mí probar que yo he cometido ni pensado cometer delito de traicion contra el rey nuestro señor.

—Vos os habeis valido de la seduccion para fascinar al principe don Felipe y hacerle incurrir en un delito abominable.

—Os juro, señor marqués, dijo Contreras cada vez más aterrado, que esta es una calumnia infame.

—¿Y es una calumnia que el señor principe de Astúrias ha sido recibido en vuestra casa por vuestra hija con consentimiento vuestro?

—¡Calumnia y siempre calumnia! exclamó Contreras, que se defendia quanto le era posible: os juro, señor marqués, que si el principe ha entrado en mi casa, ha sido ignorándolo yo.

—Mentis, dijo don Rodrigo.

A todo esto, el diálogo pasaba en la puerta del cuarto.

De la una parte estaba don Francisco de Contreras con una bujia en la mano, trémula de miedo: de la otra parte don Rodrigo mirando de una manera candente á Contreras.

—¡Que miento! exclamó este; ¡vuestra audacia se atreve á lanzarme un mentis á la cara, como si yo no fuera capaz de castigaros por vuestra insolencia!

Don Francisco probaba su último medio.

—Mentis, repitió Calderon: y en quanto á lo de si se puede ó no lanzaros un mentis á la cara, os respondo repitiéndoos que mentis.

Contreras no supo qué contestar y guardó por algun tiempo silencio.

—Sí, mentis, repitió don Rodrigo; porque afirmais que no sabeis que el principe de Astúrias ha estado en vuestra casa, y sin embargo vos sois quien le ha sacado de ella; es más, le habeis dado para que salga capa y sombrero.

—¿Y bien, ¿qué habia yo de hacer al encontrarme con el principe en mi aposento?

—Donde esperábais vestido, dispuesto á lo que sobreviniese.

—Pero ¿quién os ha dicho tanto? exclamó transijiendo Contreras.

—Al fin confesais, dijo don Rodrigo; entrad, entrad, y entenámonos.

Contreras entró, dejó la bujia sobre el tocador de su hija, y á una indicacion de don Rodrigo se sentó junto á la chimenea, donde quedaba algun fuego.

Don Rodrigo se sentó frente á él.

—Ya os he dicho, dijo don Rodrigo, que el duque de Uceda ha sido preso por la Inquisicion.

—¡Por la Inquisicion! dijo temblando don Francisco: no me habiais dicho tanto.

—Sí; la Inquisicion ha preso el duque de Uceda dentro de vuestra misma casa, y el príncipe habrá sido preso de orden del rey al entrar en su cuarto en el alcázar. No se os ha preso á vos cuando volviais del alcázar, despues de haber acompañado al príncipe, porque os esperaba yo en vuestra casa para prenderos.

—¿Y me esperábais en el cuarto de mi hija?

—No podia esperaros en otra parte mejor: ya veis, vos mismo habeis venido á entregaros. ¿Por qué habeis venido? ¿qué ruido habeis sentido? Tolo lo que ha pasado esta noche en vuestra casa ha sucedido silenciosamente; estoy seguro de que no se han apercebido de ello vuestros criados; como que vuestros criados han sido prudentemente retirados.

—¿Y mi hija?

—¿Qué os importa á vos vuestra hija? ¿La habeis considerado, ni la considerais como otra cosa que como un medio para satisfacer vuestra ambicion? Vuestra hija está tambien presa.

—¡Presa!

—Sí, presa en mi amor: vuestra hija nada tiene que temer, por más que se haya hecho una terrible enemiga de la princesa de Asturias, que ha sorprendido en el cuarto de vuestra hija al príncipe.

—¿Y quién ha traído aqui á la princesa?

—Yo, por celos.

—¡Por celos!

—Sí, vos habiais vendido á vuestra hija, y vuestra hija se habia prestado á aquella venta miserable por más que á mi me adorase como me adora: ya se vé, vuestra hija habia soñado en ser reina, ó lo que es mejor, en ser la favorita omnipotente de un rey.

—Me estais asombrando con lo que me decis, señor marqués.

—Lo que os asombra es que yo lo sepa todo; pero no debiais asombraros, porque notorio es que yo sé todo cuanto sucede; todo cuanto se dice: más aun, todo lo que se piensa en la córte. Decidme si no; ¿cuántas intrigas é infamias no se han urdido para perderme? ¿cuántas calumnias miserables no se han fulminado contra mí? ¿no se ha dicho que yo he envenenado á la reina, al padre Aliaga, al padre Suarez? Perdoneme Dios, si he pensado solamente en tales maldades. ¿No se ha dicho y se dice, que mi título de Marqués de

Siete Iglesias representa siete asesinatos? ¿No ha sido necesario que el rey me otorgue una cédula en la que manifiesta que está satisfecho de mí?

—Perdonad, señor marqués; lo que el rey os ha dado es una cédula de liberacion de todos los delitos de que os acusa la voz pública.

—Y decidme, don Francisco, ¿puede un rey, sin condenarse á sí mismo, dejar impunes delitos tales como los de que me ha acusado, no la voz pública, sino la calumnia de mis enemigos? ¿Esa cédula no quiere decir que el rey me cree inocente de los delitos de que se me ha acusado? ¿Se puede pensar otra cosa de su magestad sin incurrir en traicion?

—Verdaderamente, dijo Contreras, vencido por este argumento; el poder de su magestad no llega hasta el punto de injuriar las leyes con escándalo de sus pueblos, y de ofender á Dios con peligro de su alma.

—Ved, pues, don Francisco, que mi reputacion es víctima de las calumnias de la envidia de mis enemigos por el decidido favor que el rey me dispensa: ved ahí, que como yo me he visto acometido de una manera terrible, he abierto tanto los ojos para ver, los oídos para oír y las manos para dar, á fin de que me sirvan bien, que todo lo sé; hasta cómo respiran los que me quieren mal: ved ahí cómo yo he podido prevenir vuestra traicion y destruirla.

—¿Pero de qué traicion se trata?

—Vuestra hija es muy hermosa: desde que el príncipe la vió se enamoró de ella; cierto es que se han enamorado todos los que la han visto, incluso yo, que he tenido la fortuna de ser amado por ella, y de que los sucesos me ayuden. El príncipe de Astúrias no ha perdonado medio, le ha servido bien Uceda, se ha puesto en inteligencia con vosotros, y se ha tramado la traicion de las traiciones: porque no se trataba solamente, como os lo he dicho ya, de que vuestra hija fuese la favorita de un príncipe, no; se trataba de que fuese la favorita de un rey: se necesitaba dominarlo todo, mandar en todo, devorarlo todo: doña Ana podia muy bien ser la locura del nuevo rey; pero como la guerra palaciega, en que tantos están empeñados, se ha hecho sangrienta, se necesitaba dar pronto el golpe: estorbaba el rey...

—¡Jesus mil veces! exclamó Contreras.

—¿No se ha dicho, no se dice que murió envenenada la reina, cuando seria más fácil creer la verdad; esto es, que murió del so-

breparto del príncipe don Alonso? El rey podía también morir envenenado: para esto era necesario contar con el príncipe, á fin de que la complicidad del príncipe en el asesinato fuese una seguridad para los asesinos; pero como es muy duro convencer á un hijo para que mate á su padre, se pensó en los hechizos. El príncipe estaba ya bastante hechizado, por el ardiente deseo que le inspiraba la hermosura de vuestra hija; solo faltaba que esta le diese un filtro amatorio que convirtiese el deseo del príncipe en pasión, en locura.

—¿Y de todo eso se tiene la prueba? exclamó asustado Contreras.

—De todo.

—¿Y se me puede á mí probar lo que ni aun siquiera he pensado, lo que soy incapaz de pensar?

—Todo se reducirá á que os hayan engañado, don Francisco.

—Pero si he sido engañado, exclamó ya con terror Contreras, si se ha abusado de mí, y se me pueden suponer, con apariencias de prueba, delitos tan horrendos, me estoy viendo quemado por la Inquisición.

—¿Por qué habeis sido tan ambicioso? ¿por qué habeis jugado así el honor de vuestro nombre, y la tranquilidad y el corazón de vuestra hija? Si queríais medrar más de lo que habeis medrado, si queríais aumentar vuestras riquezas, ¿por qué no os habeis valido de mí, á quien vuestra hija ama, de mí, que á pesar de vuestras torpezas la haré feliz; apartando de sobre ella las consecuencias de vuestros malos pensamientos, y dándola en mí al hombre á quien ella ama, á quien únicamente puede amar? ¿No sabeis, añadió con una desmedida soberbia don Rodrigo, que en España no hay otro rey que yo?

—Os juro que he sido engañado, señor marqués, dijo Contreras; y que es muy posible que vos seais engañado también. Mi hija se ha mostrado completamente decidida por su alteza, desde el momento en que notó que su alteza se habia enamorado de ella. Yo he cedido, porque los tiempos están tales, en que no ya solo para crecer, sino para no ser destruido, es necesario ser poderoso: tengo grandes enemigos, y porque no me pierdan he sucumbido á los amores de mi hija con el príncipe.

—Creo que habeis obrado de buena fé y por necesidad, dijo don Rodrigo; pero es el caso que de buena fé os habeis perdido.

—¡Perdido!

—Sí, perdido de todo punto.

—¿Pero no amais á mi hija? dijo olvidado ya de todo pudor el viejo y servil consejero de Estado.

—¿Que si la amo? dijo don Rodrigo; es mi corazon, mi vida, mi alma, todo cuanto deseo, y todo cuanto espero.

—¿Y no decís que ella os ama?

—Sí, tanto por lo menos, como yo la amo á ella.

—¿Y podreis consentir, que yo que soy su padre me vea encarcelado, procesado como traidor, atormentado, decapitado? Vos que amais á mi hija no podreis consentir en esto; no podreis permitir que caiga sobre ella la mancha de la muerte infamante de su padre: no, no; eso no puede ser; y si la amais, podeis hacerla desgraciada á causa de mi desgracia; porque mi hija, marqués, me ama.

—¿Y quién diablos os ha metido en este intrincado laberinto? dijo don Rodrigo. ¿Qué quereis que haga yo?

—¿No decís, respondió con ánsia Contreras, que teneis más poder que el rey de España?

—Sí, es cierto; pero á causa del favor que el rey me concede; á causa de mi lealtad y de mis buenos servicios; y yo no puedo ser ingrato á los favores que me dispensa su magestad, ni hacerle traición procurando que quede impune la traicion de sus enemigos.

—Vos sereis generoso, don Rodrigo, dijo Contreras, cada vez más bajo, cada vez más suplicante; vos me salvareis, porque creereis que si yo he podido ser ambicioso, no he pensado nunca en ser traidor.

—¡Bah, bah! para salvaros me veria obligado á comprometerme gravemente.

—¿Y si yo despues de haber dejado al principe en el alcázar no hubiera vuelto á mi casa?

—En ese caso, lo confieso, no hubiera podido prenderos.

—Nadie me ha visto, dijo Contreras; nadie más que vos: puedo volver á salir, puedo ocultarme.

—Me estais proponiendo una indignidad, dijo don Rodrigo.

—Ved vos el lugar en que nos encontramos, y la persona que nos está escuchando, dijo dolorosamente Contreras.

—Y ¿qué quereis? los sucesos, las pasiones, vuestra propia culpa: hé aquí los resultados de no obrar bien. Guardárais vos á vuestra hija, no diérais pábulo á su ambicion, y no aconteceria lo que desgraciadamente acontece.

—Pero en fin, don Rodrigo, exclamó desesperado Contreras; ¿qué más podeis pedirme? ¿no estais apoderado de lo que yo amo más en el mundo?

—No la amais mucho cuando la habeis traído á tal extremo.

—¿Es decir, que nada puedo esperar?

—Y bien, dijo don Rodrigo; quiero daros una muestra de lo grande de mi pasión por doña Ana. Idos silenciosamente como habeis venido; ocultaos; pero no os ocultéis de mí.

—¿Y dónde, dónde me oculto? exclamó con desesperación Contreras.

—Voy á daros una prueba más del loco amor que por doña Ana siento. Venid conmigo.

Y el marqués tomó su capotillo y su sombrero que estaban sobre un sillón y salió.

Contreras le siguió aterrado, anonadado, muriendo de miedo.

Aquel padre miserable lo posponía todo á su seguridad; pero en el fondo de su alma empezaba á germinar un odio á muerte contra don Rodrigo.

Cuando estuvieron fuera, se abrió la puerta de servicio, situada junto al tocador, y apareció una cabeza hermosísima, pero pálida, irritada, la cabeza de un arcángel condenado: era doña Ana.

Fijó una mirada candente en la puerta por donde habían desaparecido su padre y don Rodrigo, y exclamó:

—¡Ah! necesitabas que mi padre aceptase mi infamia, su infamia; le has aterrado mintiendo; suponiendo lo que no existe... Bien, un motivo más de venganza.

## CAPITULO XVII.

Dios los crea y ellos se juntan.

Don Rodrigo llevó á Contreras á su casa y le introdujo en ella por el postigo del jardin, cuya llave llevaba á prevencion.

Nadie los vió entrar.

Luego, atravesando el jardin y penetrando en la casa, don Rodrigo llevó á Contreras á una bella cámara donde habia un lecho.

—Aquí estareis, le dijo, mientras sea necesario que vivais oculto: está cámara comunica con la mia; yo cuidaré de vos, y nadie sabrá que estais en mi casa. Recojeos y estad tranquilo: os dejo; voy á salvar á otra persona que nos es á entrambos muy querida.

—¡Mi hija! exclamó Contreras.

—Sí, vuestra hija: ¿pues qué, no la visteis acompañada de la princesa de Astúrias, buscando al príncipe? ¿creéis que la princesa no aborrece con toda su alma á vuestra hija? Guardadla, me dijo, mientras que yo determino lo que ha de hacerse con ella.

—Pero entonces, mi hija está perdida.

—No tanto como creéis; pero adios, que el tiempo pasa, y es necesario aprovechar la noche.

Don Rodrigo echó las llaves de la puerta de la cámara, y dejando en ella encerrado á Contreras volvió á salir de su casa por el postigo del jardin.

Se trasladó á la de Contreras, entró en ella por uno de los postigos de la puerta principal, que habia quedado solamente encajado, cerró por dentro, y se encaminó al cuarto de doña Ana.

Esta le recibió sonriendo.

—¿Y mi padre? dijo; no sufro por él, porque creo que vos, que lo podeis todo, le protejereis.

—Nada teneis que temer por vuestro padre, señora mia; pero hay que temerlo todo por vos.

—¡Por mí! dijo doña Ana.

—Sí, yo no puedo hacerlos desaparecer como he hecho desaparecer á vuestro padre.

—¿Y dónde está mi padre?

—En mi casa, completamente seguro; no le buscará allí la justicia, yo os lo fio; ni le verán mis criados, aunque si le vieran importaria poco, porque mis criados me son muy leales.

—Decidme, don Rodrigo, ¿no me habeis dicho que vuestra esposa está en Valladolid?

—Ciertamente; pero ¿qué importa eso?

—¡Oh! ¡qué importa!... ¿no habeis ocultado á mi padre en vuestra casa? ¿por qué no me ocultais en ella á mí? Así tendreis junto á vos á vuestra vida, á vuestra alma, como me llamais enamorado.

—Y qué ¿podeis dudar, doña Ana, de que vos sois todo cuanto más querido existe para mí en el mundo?

—Pues bien; llevadme secretamente á vuestra casa mientras dura la noche, ocultándome en ella; libradme del furor de la princesa.

—Pero la princesa me ha mandado guardaros.

—Y ¿qué importa eso? Mi amor sin duda os ha oscurecido el ingenio, y es necesario que no me ameis tanto que vuestro amor me haga daño.

—Confieso que por ahora no se me ocurre el medio de salvaros, doña Ana; pero demos algun tiempo al tiempo, y yo os salvaré.

—Si, despues de que la princesa me haya tenido encerrada todo el tiempo que quiera en un convento, donde me hagan ayunar y me traten como Dios quiera... os declaro que creeré que no me amais, y me arrepentiré de haberos favorecido, si no me salvais de un horrible encierro.

—¿Y cómo, señora mia, cómo? exclamó aturdido don Rodrigo, que estaba loco por doña Ana.

—Decidme: ¿no habeis acompañado al alcázar á la princesa?

—Sí.

—¿Y qué hubiera tenido de extraño que cuando hubiérais vuelto no me hubiérais encontrado en mi casa?

—¡Ah! es verdad, dijo don Rodrigo; la princesa sabe que la parte principal de vuestra casa había quedado libre: no se me había ocurrido: vos habeis podido muy bien escaparos mientras yo he ido á acompañar á su alteza.

—Pues bien, apresurémonos: voy á tomar un manto y estamos en marcha.

Doña Ana abrió un armario, tomó de él un largo manto de terciopelo negro, con velo de blonda; se lo prendió, y dijo á don Rodrigo envolviéndose en el manto:

—Salgamos.

Cinco minutos despues estaban en la calle.

El postigo de la puerta principal quedó, como antes, solamente encajado.

Continuaba lloviendo.

—Siento mucho, dijo don Rodrigo, la molestia que sufris; vuestros hermosos pies van á mojarse.

—¿Y qué importa eso, amado mio, dijo doña Ana, si soy la mujer más feliz del mundo?

—¡Oh amor de mi alma! exclamó don Rodrigo estrechando contra su pecho el brazo de doña Ana; ¿sois feliz?

—¿Y cómo no serlo? Voy á vivir junto á vos, á veros continuamente; porque vos procurareis estar separado de mi el menos tiempo posible: nos rodeará un profundo misterio, y-el misterio es la gran felicidad del amor: no me verá nadie en vuestra casa, ni aun mi padre; porque no debeis decir á mi padre que estoy en ella y así no tendreis que tener celos; vos me servireis únicamente, vos sereis mi doncella, mi dueña, mi criado, y sobre todo mi alma... ¡Oh qué felicidad, amor mio! Dios quiera que la princesa se irrite de tal modo, que sea necesario que mi permanencia en vuestra casa, oculta, ignorada de todos, no sabida más que de vos, dure muchos años: así seré para vos solo, solo para vos, y no tendreis celos, como deciais no há mucho, de que nadie se recree viendo mi hermosura. ¡Oh, cuánto y cuánto os amo!

—Cesad, cesad por Dios, doña Ana, dijo don Rodrigo temblando de emoción; ya que me habeis vuelto loco, no me mateis de felicidad; pero no; hablad, hablad; decidme aun más, mil veces, un millon de veces, yo os amo, yo os adoro, yo muero por vos; no me sa-

tisfago de oíroslo decir: os he deseado tanto, he sufrido tanto por vos... no me acuerdo de haber sufrido tanto por ninguna mujer. ¿Qué es sufrir? Yo no he sufrido hasta que os he conocido: sin vos hubiera muerto... y ¡cosa extraña! ahora que estoy seguro de vuestro amor, sufro mucho más que antes; es la mía una felicidad que me mata, porque no puede satisfacerse como desea.

—¿Y qué más podeis desear que lo que ya teneis?

—¡Oh, sí! quisiera yo ser vuestra alma y vivir en vuestro cuerpo; quisiera que nos confundiéramos; que fuéramos el fuego de una misma hoguera; que nos aniquiláramos el uno en el otro; que viviéramos en la eternidad confundidos, siendo, no ya dos, sino un solo sér glorioso.

—Ese es el amor, dijo suspirando doña Ana, y profundamente conmovida; el amor que yo ambicionaba, y que no creía posible encontrar sobre la tierra: una palabra, voy á ser franca con vos; pero necesito que seais completamente franco conmigo.

—¿Puede una criatura ocultar á su alma lo que siente? dijo don Rodrigo; ¿cómo quereis, pues, que yo os oculte mis sentimientos, á vos, que sois mi alma?

—Yo os amo; os amo con todo mi corazon, dijo enloquecida doña Ana.

—¡Ah señora! exclamó don Rodrigo, á quien se le paralizó por un momento el curso de la sangre, deteniéndose con la voz trémula y conmovida; habeis dicho esta noche mil veces que me amais; pero no me lo habeis dicho como ahora acabais de decírmelo; me lo habeis dicho de una manera tan elocuente, que he comprendido que cuando me lo habeis dicho antes, mentiais.

—Sí, mentia, don Rodrigo; porque os lo confieso; sorprendida villanamente por vos, obligada villanamente á ser vuestra, os aborrecia con toda mi alma, y mentia para confiaros, para preparar con seguridad mi venganza; pero no nos detengamos, llueve mucho; además me parece que no os digo lo que quiero y que no estoy tranquila, ni lo estaré, sino cuando esté en vuestra casa: temo que sobrevenga una aventura cualquiera; estoy además muy conmovida; andemos, andemos de prisa y callemos.

Y tiró para adelante en silencio.

—¿Está muy lejos vuestra casa? dijo poco despues fatigada.

—Estamos delante de ella, dijo don Rodrigo; pero tenemos que dar la vuelta para entrar por el postigo del jardin.

—Adelante, adelante, dijo doña Ana.

Y su voz á cada momento era más conmovida, más ardiente, más sonora, más grata para don Rodrigo.

Llegaron, entraron, atravesaron el jardín, subieron por unas escaleras, atravesaron á oscuras algunas habitaciones, y en una de ellas don Rodrigo se detuvo y dijo:

—Esperad un momento, alma de mi alma; voy á traer luz.

Doña Ana se quedó sola.

—¡Oh desventurada de mí! exclamó llorando; le amo, sí, le amo, lo he conocido en sus últimas palabras: ¡oh qué amor el suyo, Dios mio! ¡casado!... ¡casado! ¡ah, sí! pero si fuera viudo... si fuera viudo se casaría conmigo. ¿Quién sabe, quién sabe? Puede morir su mujer... ¡Oh! yo no sabia lo que era ese hombre: tiene el alma de fuego: no sabía yo que podía pasarse así del ódio al amor... Pero esta inquietud que me devora... ¡Oh Dios mio, ¡qué desgraciada soy, y qué feliz á un mismo tiempo!

Apareció entonces don Rodrigo con dos candeleros de plata cincelada, uno en cada mano, y en cada candelero una bujía de color de rosa, encendida.

Las puso sobre una mesa, y se acercó á doña Ana: la asió las manos y la miró con éxtasis.

—¡Oh, miradme siempre así, dijo doña Ana; porque cuando no me mireis así, moriré!

—Vos sois otra, señora.

—Tan otra soy que no me conozco.

—Venid, venid, sentaos y esplicadme lo que me ha espantado.

Y don Rodrigo llevó á doña Ana á un camapé de tisú de azul en oro, donde se sentaron.

El negro manto de terciopelo, prendido aun en la cabeza de doña Ana, cayendo ancho y magnífico á los lados de su semblante, hacia resaltar la nítida blancura de este.

—¿Habeis llorado, vida de mi vida? dijo don Rodrigo.

—Sí, contestó dulcemente doña Ana; y no me acuerdo de haber llorado otra vez.

Y sus ojos tímidos, pudorosos, trasformados por el amor, irradiaron una mirada de gloria para don Rodrigo.

—¡Y vos me habeis aborrecido! dijo este con acento de triste queja.

—Oid: desde que os ví, creí amaros, dijo doña Ana; y digo que creí, porque ahora que os amo, comprendo que aquello no era amor; si hubiera sido amor, se hubiera sobrepuesto á mi ambicion;

era que me contentaba veros, que me parecíais hermoso, pero nada más: tambien me parecia hermoso el príncipe, y era porque veia al príncipe enamorado; porque comprendia que el príncipe era para mí un poder del cual podia usar y abusar: ahora el príncipe me parece feo, más que feo, asqueroso: ¡ah! ahora yo no podria sufrir que el príncipe me dijese, yo os amo.

—¡Qué felicidad tan terrible! dijo don Rodrigo; esta felicidad mata.

—Esta felicidad es la vida; la gran vida; la mayor parte de las criaturas deben morir sin conocer esta felicidad. Pero decidme ¿por qué atropellásteis mi casa un momento despues de haber entrado el príncipe? ¿por qué llevásteis á ella la princesa para que me afrentase, para que me humillase?

—Todo eso lo hicieron mis celos, dijo don Rodrigo.

—¡Áh! sí, es verdad, los celos, dijo doña Ana; yo no los conocia, porque no amaba; ahora que amo, comprendo que los celos deben ser terribles: yo no sé lo que haria si vos amáseis á otra, no sé, pero seria espantoso: pero vos no amareis á otra, ¿no es verdad?

—¡Áh! ¿cómo se puede amar á otra mujer amándoos á vos, siendo amado por vos? Esto es imposible, de todo punto imposible, y ni aun debe suponerse.

—¿Quién sabe? dijo doña Ana. ¿No podeis amar á otra por la misma razon, por la que me amais á mí?

—No, porque no tendré ojos para ver, ni oidos para oir, ni alma para sentir más que lo que de vos provenga.

—Pues bien, don Rodrigo; vos atropellásteis por celos mi casa, vos me habeis obligado á sufrir una vergüenza: yo que no os conocia bien, os aborrecí. Pero en la calle, entre la oscuridad de la noche, bajo el azote de la lluvia os he sentido estremeceros: me habeis hablado de una manera tal, os habeis dejado ver en pocas palabras, de una manera tan completa, que no sé lo que por mí ha pasado, que no sé deciros más, sino que os amo, que os amo más que á mí misma, y que es necesario que vos me ameis mucho para que yo no me desespere.

—¡Oh, bendito sea todo lo que ha sucedido! dijo don Rodrigo; porque de otro modo no nos hubiéramos comprendido, nos hubiéramos despedazado, hubiéramos sido las criaturas más desventuradas de la tierra.

—¡Oh sí, sí! ¡bendita sea mi vergüenza, y mi desesperacion.!

Y doña Ana dejó caer su hermosa cabeza sobre el hombro de don Rodrigo, y lloró.

## CAPÍTULO XVIII.

De cómo las cosas se mejoraron de una parte y se empeoraron de otra entre don Rodrigo y doña Ana.

Amaneció Dios como se dice desde muy antiguo entre los españoles, y don Rodrigo separándose de doña Ana, se fué á su cámara y escribió lo siguiente:

«Serenísima señora princesa de Astúrias: Tengo el disgusto de participar á vuestra alteza que no he podido prender ni al consejero de Estado don Francisco de Contreras, ni á su hija doña Ana. He pasado la noche en su casa para obedecer, si me era posible, las órdenes de vuestra alteza: don Francisco de Contreras, que salió de su casa acompañando al príncipe, no ha vuelto. Su hija doña Ana, aprovechando el tiempo que yo he invertido en acompañar á vuestra alteza al alcázar, ha desaparecido. Inútil es preguntar á los criados, porque no se han apercebido de los sucesos que tan silenciosamente han tenido lugar esta noche casa de don Francisco de Contreras. Al amanecer me he trasladado á mi casa, y en este momento me ocupo de poner en conocimiento de vuestra alteza lo que sucede. Siento mucho incomodar á vuestra alteza, que como se ha recojido muy tarde, debe estar entregada en estos momentos al reposo. Para el mejor servicio de vuestra alteza, la escribo, obligado á ello. Señora, á los reales pies de vuestra alteza. Quien ruega á Dios guarde sus

preciosos dias muchos años para bien de esta monarquía.—El marqués de Siete Iglesias.»

Don Rodrigo dobló, cerró y selló este pliego y sobrescribiendo en él el nombre de la princesa, le entregó á uno de sus criados de confianza, con la orden de que la entregase como muy urgente á los de la guardia de la servidumbre de la princesa.

Una hora despues, volvió el criado á quien habia enviado don Rodrigo al alcázar.

—¿Traes contestacion, Alvareda? dijo don Rodrigo.

—No, no señor, contestó el ayuda de cámara; en el momento en que entregué el pliego, la dama de servicio le introdujo en la cámara, y despues de mucho tiempo salió y me dijo:

—Id con Dios.—Como en palacio no se puede decir por qué le mandan á uno una cosa, me he venido.

—Vete, dijo don Rodrigo.

Este esperó inútilmente dos horas.

Eran las nueve de la mañana, hora en que acostumbraba á almorzar.

Mandó que le llevasen el desayuno á su despacho y que se lo sirviesen de una vez.

Cuando esto estuvo hecho, cerró la puerta del despacho, abrió una de escape y trasladó el almuerzo á una cámara inmediata.

En aquella cámara, profundamente dormida en un magnífico lecho, estaba doña Ana.

Don Rodrigo la despertó suavemente.

—Y bien, ¿es ya de dia? dijo doña Ana.

—Muy entrado el dia, señora de mi alma.

—¿Qué es eso? dijo doña Ana, viendo un velador cubierto de manteles y viandas, y con dos candelabros con las bujías encendidas.

—Esto es, dijo sonriendo don Rodrigo, que os he servido el almuerzo.

—Y si es de dia, ¿por qué esas luces?

—Porque hace dos años que no se han abierto los balcones de esta cámara, más que para limpiar.

—¿Y por qué eso?

—Porque esta es la cámara de mi mujer.

—¿Y hace dos años que estais separado de ella?

—Amigablemente: se me habia hecho insoportable: en Valladolid lo pasa muy bien con nuestros hijos.

—¿Y no amais á vuestros hijos, don Rodrigo?

—Sí; pero los amaría más si fuesen vuestros.

—¡Oh, qué hombre sois! ¡yo no sé como os amo! contestó sonriendo doña Ana, y acercándose al velador; no teneis corazon.

—Yo creia que no le tenia; pero vos me le habeis hecho encontrar: tengo mucho corazon, mucho, inmenso; pero para vos sola: y un corazon virgen de amor.

Y puso un sillón junto al de doña Ana.

Despues la hizo el plato.

—Este pastel de perdiz, dijo, debe estar exquisito: cuidó mucho de tener buen cocinero.

—¡Ah! pues haré honor al pastel; tengo muy buen apetito; lo que demuestra que estoy muy contenta: donde se hacen sentir los disgustos es en el estómago.

Y doña Ana empezó á comer con muy buena gana.

Sintió entonces don Rodrigo que llamaban á la puerta de su despacho.

—Perdonad, doña Ana, dijo; me llaman; debe de ser una noticia que espero del alcázar.

Y salió y cerró la puerta de comunicacion de la cámara del despacho.

Luego abrió la puerta de este, y se encontró con Alvareda, á quien acompañaba el alférez Mendavia.

Este se entró de rondon en el despacho.

Venia más de un tanto ébrio y mojado hasta los huesos, porque no habia cesado de llover: lo que quiere decir que venia mojado por dentro y por fuera.

—Este hombre me ha seguido á viva fuerza hasta aquí, señor, dijo Alvareda, y yo no tengo la culpa de que se haya entrado así. ¿Quién habia de creer que se atreviese á tanto?

—Está bien; vete, dijo don Rodrigo.

—Ese mentecato no sabe, dijo el alférez Mendavia, que yo soy más criado de usía que él; y sobre todo, ignora la tormenta que yo traigo en el cuerpo: una tormenta de quince mil y más demonios.

—Sí, venis indecentemente borracho, dijo don Rodrigo fuertemente herido en su orgullo: ¿qué diablos quereis?

—Servir á usía; no más que servir á usía. Cuando me comprásteis mi hija, me mandásteis, sin duda por quedaros solo con ella, fuese á averiguar lo que habia resultado de un tiro que se habia escuchado poco antes en la calle. Os dejé solo con Inés, porque en fin, os la habia vendido...

—Callad, dijo don Rodrigo, mirando con inquietud á la puerta que ponía en comunicacion el despacho con la cámara en que se encontraba doña Ana.

—Y bien, ¿y qué? ¿qué importa? dijo Mendavia; una muchacha tan hermosa como mi hija, no podía emplearse mejor que en los amores de usía.

—Callad, ¡vive Dios! idos, dijo don Rodrigo.

—¡Ah! ya, contestó Mendavia, que estaba en esa situación de pesadez y demencia en que se colocan todos los borrachos; hay por ahí alguna mujer que puede estar escuchando: eso no es lo conveniente: yo no he dado á usía mi hija para que la haga desgraciada; no, no señor; y si llegó á echar mano á la de Toledo, veremos si yo soy ó si no soy.

—¡La borrachera os ha vuelto loco, vive Dios! exclamó don Rodrigo.

—Pues si no me hubiera emborrachado, hubiera reventado de ira, dijo el alférez. ¿Creeis que yo no amo á mi hija, porque os la he vendido? Os la he vendido porque no se muera de hambre la desgraciada; porque yo me rio de los padres que dicen: primero que verla deshonrada, muerta; eso no es ser padre; antes que verla muerta, todo.

Don Rodrigo no se atrevió á interrumpir á Mendavia, porque tenía la seguridad que doña Ana estaba escuchando, y le parecía mucho peor imponer silencio á Mendavia, que dejarle hablar.

—Mi hija ha desaparecido, continuó el alférez; y más que á otra cosa he venido á decir esto á usía; porque necesito que mi hija parezca.

—¿Y qué tengo yo que ver con vuestra hija, mal hombre? dijo don Rodrigo; ¿qué sé yo de todo eso que estais diciendo?

—¿Que qué teneis que ver vos con mi hija, y la mirábais de un modo que decia claro que os habíais enamorado de ella? ¿Que qué teneis vos que ver con mi hija? Como si yo no conociera lo que ha sucedido: mi hija por lo visto se ha enamorado tambien de vos, se ha olvidado de su padre, y la habeis escondido para libraros de mí: porque habeis dicho: ¿no te he dado trescientos doblones, pobre hombre? con eso tienes bastante: tu hija es mia, no la volverás á ver: os engañais; porque soy capaz de poner fuego á Madrid, si mi hija no parece.

—¿Estais loco? dijo don Rodrigo; yo no sé nada de vuestra hija.

—Pues bien; sea como quiera, mandadla buscar y entregád-

mela; porque de no, aunque seais siete veces marqués de Siete Iglesias, os habeis de acordar de mí, si es que yo os dejo de manera que podais acordaros de nada. Y si está cerca vuestra esposa, y por eso quereis que calle, mejor: vos amais á mi hija, la adorais, me la habeis quitado para no tener que darme dinero porque calle.

—¡Alvareda! gritó don Rodrigo; llama á los lacayos y que echen de aquí este hombre á palos.

—No, no señor, dijo Mendavia; no hay necesidad de eso, me voy; ya sé que aquí no puedo hacer nada; pero cuidado, cuidado, señor marqués de Siete Iglesias, porque no siempre estareis en vuestra casa.

Y salió.

—Vete, dijo don Rodrigo á Alvareda.

—¿Qué habrá hecho mi amo con el almuerzo, que no está donde yo le servi? murmuró Alvareda retirándose.

Don Rodrigo cerró la puerta del despacho, entró en la cámara y vió que doña Ana no podia ocultar el sombrío disgusto que nublaba su semblante.

—Habeis oido á ese miserable, dijo don Rodrigo; habeis creido lo que ha dicho, habeis pensado mal de mí y os habeis enojado.

—¿Qué mujer es esa? dijo doña Ana mirando abiertamente á don Rodrigo.

—Una pobre muchacha, hija de ese mal hombre, á quien anoche favorecí por caridad.

—Entregadme esa mujer, don Rodrigo, dijo doña Ana.

—¿Cómo he de entregárosla si no sé lo que es de ella?

—Lo mismo responderéis á la princesa de Astúrias cuando os mande que me entregueis en su poder: no sé lo que es de ella; y sin embargo me teneis en vuestra casa: ¿está tambien en vuestra casa esa otra mujer?

—Os juro, doña Ana, que esa mujer nada me importa.

—Entregádmela, pues; la veré, la hablaré, y conoceré si os importa ó no.

—No sé dónde está; os lo afirmo por mi alma; pero haré que la busquen, la encontrarán, os la entregaré y os convencereis de que vuestros celos han sido infundados.

—Os creo; pero sin embargo, los celos no se curan sin las evidencias: no estaré completamente contenta hasta que hable con esa mujer y conozca por sus palabras, por sus miradas, por su semblante, si os ama ó no os ama, si vos la amais ó no la amais.

—Como no se puede amar más que á una mujer, si amara á esa muchacha, no os amaria á vos, y no os entregaria la mujer de mi amor.

—Pues bien, procurad encontrarla y entregármela cuanto antes. Entretanto, no hablemos más de esto; como si nada hubiera acontecido; continuemos almorzando.

—Pero teneis las lágrimas en los ojos, doña Ana.

—Me he creído burlada, igualada con esa mujer. Pero ved, ha pasado ya, me sonrio de muy buena gana: servidme de ese pescado.

Don Rodrigo hizo el plato á doña Ana y esta se esforzó en vano por comer.

—¿Lo veis? habeis perdido el apetito, dijo tristemente don Rodrigo.

—El disgusto ha pasado del alma, pero no del cuerpo: tranquilizaos, yo estoy tranquila, porque os creo, y estoy segura de que me entregareis esa mujer: hacedme la merced de dejarme sola; tengo muy pesada la cabeza.

Don Rodrigo trasladó el almuerzo de la cámara al despacho, y despues de una multitud de enamoradas protestas, dejó sola á doña Ana.

—¡Oh! encontraré á esa Inés aunque se oculte en el centro de la tierra, dijo don Rodrigo.

Habia puesto lo mejor que le habia sido posible la mesa donde antes la habia puesto Alvareda; pero cuando llamó á este para que retirase el servicio, el ojo práctico del doméstico conoció que habian almorzado dos personas.

—¿Ha venido Agustin de Avila? dijo don Rodrigo.

—Sí señor, acaba de llegar y ha preguntado si se puede hablar con usía.

—Que entre.

Poco despues el alguacil del Santo Oficio entraba en el despacho de don Rodrigo, y se inclinaba profundamente ante él.

—¿Habeis hecho lo que os mandé anoche? le preguntó don Rodrigo.

—Sí señor, contestó el alguacil: prendi tomando el nombre del Santo Oficio al señor duque de Uceda, y en su casa le tengo encerrado é incomunicado en su cámara con dos alguaciles de guardia. Pero me atrevo á decir á usía, que es necesario que entienda en esto su excelencia ilustrisima el inquisidor general.

—Dejemos en paz al buen arzobispo de Toledo, dijo don Rodrigo: basta con que yo me entienda con el inquisidor mayor del arzobispado de Toledo.

—Es que el inquisidor mayor está ausente de Madrid, visitando los conventos de la provincia, y su excelencia ilustrísima ha venido ayer de Toledo á Madrid, llamado por su magestad.

—Bien, tanto dá, dijo don Rodrigo.

Y sentándose junto á la mesa y tomando un pliego grande de papel, escribió lo siguiente bajo las iniciales J. M. J.; esto es, Jesus, María y José.

«Excelentísimo é ilustrísimo señor cardenal, arzobispo de Toledo, inquisidor general.—Anoche en servicio del Rey nuestro señor y de su alteza el señor príncipe de Astúrias, me vi obligado á mandar á Agustin de Ávila, alguacil de los mayores del Santo Oficio, prendiese en nombre de vuestra excelencia ilustrísima al excelentísimo señor duque de Uceda. El caso era urgente y no habia tiempo para pedir á vuestra excelencia mandase librar la orden de prision. Suplico á vuestra excelencia la mande estender con fecha de ayer, y que sea entregada á Agustin de Ávila. Más tarde daré cuenta de la causa de esta prision á vuestra excelencia y á vuestro tío el excelentísimo señor duque de Lerma, mi noble padrino.—Guarde Dios muchos años la preciosa vida de vuestra excelencia ilustrísima.—Don Rodrigo Calderon.»

Don Rodrigo cerró y selló este pliego y escribió sobre su lema:

«Al excelentísimo é ilustrísimo señor don Bernardo de Sandoval y Rojas, cardenal arzobispo de Toledo, inquisidor general, etc.—Del Marqués de Siete Iglesias.—En mano propia.»

—Tomad, Ávila, dijo don Rodrigo; la orden de prision que necesitais, os será entregada de orden del cardenal inquisidor general. Esperad aun: despues de que esteis asegurado de todo compromiso con la orden de prision, id á la hostería del Ciervo Azul; de ella desapareció anoche una jóven, hija del alférez Cristóbal de Mendavia, llamada Inés; averigüad cuanto podais como si se tratara de poner en claro un crimen de alta traicion. Es necesario que esa jóven parezca cuanto antes: os encargo de esto, aunque podia valerme de otro cualquier ministro de la justicia ordinaria, porque tengo más confianza en vos que en ningun otro. Además, la cruz de Santo Domingo que llevais pendiente del cuello, os hace más temible que cualquier otro ministro, por el respeto que todos tienen á la Santa Inquisicion. Pero os advierto que nada tienen que ver con esto, ni la

Iglesia, ni el rey, sino que es un servicio particular que me haceis, y que os agradeceré mucho.

—Descuide vuestra señoría, dijo Agustín de Ávila; que si la tierra no se ha tragado á esa Inés de Mendavia, la encontraré antes de veinte y cuatro horas.

—Así lo espero: id con Dios.

Agustín de Ávila salió, y apenas habia salido, cuando asomó á la puerta Alvareda, y dijo:

—Señor, ahí fuera queda una dueña de palacio que solicita entregar una carta á vuestra señoría en propia mano.

—Hazla pasar al momento, dijo don Rodrigo.

A poco entró una dueña de las de la real servidumbre; esto es, una nobilísima viuda cincuentona, que saludó ceremoniosamente á don Rodrigo, y mostrándole una carta que habia sacado de debajo de su manto, le dijo con énfasis:

—De su alteza serenísima la señora princesa de Astúrias.

Don Rodrigo tomó la carta inclinándose, y dijo á la dueña:

—Hacedme la merced de sentaros, señora.

La dueña se sentó, como quien sabe que tiene derecho á que se le trate con cortesía.

Don Rodrigo abrió la carta.

Al leer su contenido, que era muy breve, su semblante se iluminó de contento.

—Dispensad, señora, dijo á la dueña, que os deje sola un momento.

La dueña se inclinó.

Don Rodrigo abrió la puerta de la cámara inmediata y entró.

Vió que doña Ana se retiraba precipitadamente.

—Yo os creía en el lecho, á causa de vuestro dolor de cabeza, dijo sonriendo don Rodrigo.

—Perdonad, dijo doña Ana; pero mientras pueda oiros, escucharé.

—Venid, venid acá, estamos de enhorabuena: ved lo que me escribe la princesa de Astúrias.

Doña Ana leyó lo siguiente:

«Al marqués de Siete Iglesias.—Dejad las cosas en el estado en que se hallan; como si nada hubiera acontecido; como si yo no os hubiera visto, ni nada supiera, ni nada os hubiera mandado. Devolved esta carta cerrada á la persona que os la entregará. Guardeos Dios.—Isabel de Borbon.»

—¡Ah! exclamó doña Ana; ¿qué es esto?

—Dejad, dejad, me están esperando; voy á despedir á esa dueña, y vuelvo al instante.

—No tardeis, porque me dejais impaciente.

Don Rodrigo salió á su despacho.

Volvió á cerrar la carta, la selló y la entregó á la dueña.

—Béseos las manos, dijo la dueña, que se habia puesto de pié, haciendo una reverencia á don Rodrigo.

—Béseos los pies, señora, dijo este, haciendo á la dueña otra no menos ceremoniosa reverencia, y acompañándola hasta la puerta del ante-despacho.

Allí se repitió otra mútua reverencia.

Don Rodrigo volvió á su despacho, cerró la puerta y se metió en la cámara, donde le esperaba anhelante doña Ana.

—¿No creéis, dijo esta á don Rodrigo, que la carta de esa señora es un lazo que se nos tiende?

—¡Oh! ¡de ningun modo! esto era de esperar; su alteza ha reflexionado, ha comprendido que proseguir en este asunto era provocar un escándalo, y se ha resignado á tener paciencia, como la ha tenido otras tantas veces, como tendrá que tenerla sabe Dios cuantas; porque su alteza el príncipe es lo más á propósito para hacer gastar paciencia por largo á su alteza la princesa. Voy á mandar que pongan una carroza á la entrada de la calle del Pez: vuestro padre y vos saldreis por el postigo del jardín, del cual haré yo que se alejen los criados, y en la carroza os volveréis á vuestra casa.

—¡Oh Dios mio! ¿y los criados de casa, qué dirán?

—Nada pueden decir viéndoos entrar con vuestro padre: hacedles entender de una buena manera, sin que parezca disculpa, que habeis salido á misa de alba. Voy, voy á mandar que pongan la carroza y á prevenir á vuestro padre.

Costóle mucho á don Rodrigo hacer perder el miedo al consejero y reducirle á que con su hija se volviese á su casa.

Al fin, una hora despues entraban en ella don Francisco y doña Ana.

En el mismo punto entraba en el despacho del duque de Lerma en el alcázar don Rodrigo Calderon.

Llevaba consigo el medallon que contenia el retrato de la madre de Inés.

---

## CAPITULO XIX.

---

Que es muy largo, porque contiene de cabo á rabo un trozo oscuro de la historia de un gran señor.

—¡Qué tardar don Rodrigo, hijo; qué tardar! dijo el duque de Lerma que estaba muy atareado papeleando sobre su mesa de despacho: son las once y nada he podido hacer aun: os necesitaba para consultaros: en Monferrato necesitan dineros y armas. ¿De dónde lo sacamos?

—Dejemos eso para luego, señor, dijo don Rodrigo; que ahora tenemos que tratar de cosa más grave.

Y don Rodrigo se fué á la puerta del despacho y dijo al portero:

—No dejéis que abra ningun oficial de secretaría: su excelencia está gravemente ocupado.

Y cerró la puerta.

Don Rodrigo habia dado esta órden, porque los secretarios y los oficiales primeros tenian un llavin para abrir la puerta del despacho del ministro.

—Y bien, ¿qué sucede que sea más importante que el aprieto en que nos encontramos? Sin un maravedí en el Real erario, cobrados los tributos, y los cabos de los ejércitos con la boca abierta clamando por dinero.

—Día más, día menos, ¿qué importa? dijo Calderon; ya veremos lo que puede hacerse; apelaremos á los genoveses.

—Que no nos darán ni un ducado.

—Vendéremos cualquier puerto de América á los holandeses ó al diablo, dijo don Rodrigo; y si esto no, estrujaremos algo más á los portugueses, cuyas quejas no se oyen aquí.

—Bien, pero sea el que fuere hay que encontrar un medio: todo puede vencerse menos la falta de dinero, y ya no hay moriscos ni judíos á quienes espulsar y conquistar los bienes.

—Quedan en cambio grandes y ricos señores rebeldes, á quienes no sería difícil cojer en un hábil lazo: Uceda, por ejemplo, que abusa demasiado de su cargo al lado del príncipe de Asturias; Osuna, á quien se puede residenciar severamente por su extraña conducta en el vireinato de Nápoles. Aprovecho la ocasion para avisaros que tengo preso á Uceda por la Inquisicion.

—¡Por la Inquisicion, Rodrigo! dijo el duque con extrañeza, pero al mismo tiempo con frialdad, como si nada le importase saber que su hijo el de Uceda estuviese preso entre las tremendas garras del Santo Oficio.

—Me estorbó anoche, y me lo quitó como pude de encima.

—En verdad, en verdad, debeis haber pasado muy mala noche; porque estais pálido y ojeroso, dijo el duque, mirando con gran interés, casi con ternura á don Rodrigo.

—Estoy como Dios quiere: dijo don Rodrigo; si ando un poco reacio, sabe Dios la ventaja que nos hubiera tomado Uceda, y los crímenes que se hubieran cometido, si por la misericordia de Dios yo no descubro una intriga tenebrosa.

—Decid, decid, exclamó con interés el duque; ¿es ese el asunto importante que debiamos anteponer á todo?

—Ese asunto está ya salvado, deshecho; pero andando en ese asunto he descubierto algo que puede conveniros.

—Veamos.

—¿Conoceis por acaso á esta dama? dijo don Rodrigo, presentando al duque el medallon de que hemos hablado, abierto por la parte del retrato.

El duque miró con espanto el retrato.

—¿Dónde habeis encontrado esto? dijo con ansiedad.

—Debajo de una baldosa, en un miserable aposento de una casa de vecinos.

—¿Y quién os ha dicho que estaba allí este medallon?

—La hija de la mujer retratada: y es tan semejante á su madre, que el retrato de esta puede pasar por retrato de la hija.

—¿Y conocéis á esa jóven?

—Sí señor; la he encontrado esta noche pidiendo limosna, cuando iba á rondar la casa del consejero de Castilla don Francisco de Contreras.

—¡Pidiendo limosna! exclamó con un acento de suprema agonía el duque. ¿Cómo, cómo se llama esa jóven?

—Inés.

—¿Qué edad tien e?

—Diez y ocho años.

—¿Y dónde está? exclamó levantándose violentamente el duque.

—No lo sé, y... lo siento, porque me ha enamorado, dijo con una profunda intencion don Rodrigo.

—¡Que os habeis enamorado de ella! exclamó con espanto el duque; ¡y la habeis tenido en vuestro poder, vos que no respetais nada!

—Sí, sí señor, la he tenido en mi poder, me la ha vendido su padre; pero he respetado su candor y su virtud.

—¡Ah! ¡la misericordia de Dios ha hecho que suceda un milagro de que respeteis algo alguna vez! olvidad, olvidad á esa desdichada, don Rodrigo, porque no puede ser vuestra.

—¿Y por qué, señor? dijo Calderon mirando profundamente á Lerma.

—Porque es...

El duque se detuvo indeciso.

—Y bien, sí, dijo al fin: ¿qué importa? es necesario que lo sepais: porque es vuestra hermana.

—¡Ah!... ¿vos habeis tenido amores con esta hermosa dama del retrato?

—Sí, dijo Lerma que estaba pálido como un cadáver; esos amores son uno de mis peores recuerdos: de esos amores nació esa Inés que habeis conocido, y que Dios sin duda ha apartado á tiempo de vos. Contadme, contadme por extenso cómo habeis conocido á esa desdichada, y lo que haya mediado entre ella y vos.

Don Rodrigo contó al duque su encuentro con Inés y con su padre, y en el peligro que habia estado de ser asesinado cobardemente.

—Teneis muchos enemigos, le dijo el duque, y no dejais de ser imprudente: os matarán en alguna de vuestras locas aventuras: vuestra pasion por las mujeres os perderá y me causará un grave sentimiento. Pero continuad, continuad vuestro relato.

Don Rodrigo acabó de contar al duque todo lo que habia acontecido aquella noche.

—Bien, bien, dijo el duque; nuestro hijo no se descuida; se vale de todos los medios posibles para vencerme; hasta de la traicion contra el rey: bien, muy bien, señor duque de Uceda; del mismo modo que vos no reconocéis á vuestro padre, y le considerais como un estorbo, habeis hecho que el señor principe de Astúrias no vea en el señor rey don Felipe III, al padre á quien debe amar, al rey á quien debe respetar como vasallo. La traicion se vale cada dia de medios más terribles; pues bien, señor mio, un hermano vuestro, á quien no conoceis, os ha preso en nombre del rey, valiéndose del Santo Oficio: vuestro padre que os conoce demasiado, os mantendrá en la prision; es menester teneros sujeto, entretanto, á lo menos, que se hacen imposibles vuestras traiciones: ¡ah! las distancias se estrechan, nos tocamos ya con las puntas de los puñales, y es necesario obrar con energia para no ser muerto, ¡y hay quien envidie el favor de un rey! ¡Oh, si los envidiosos supieran las penas, los sacrificios que cuesta!

El duque habia pronunciado estas palabras como si hub'era estado solo. Aunque á decir verdad, cuando le oia Calderon venia á ser lo mismo que si solo le oyese su conciencia. Nada ocultaba Calderon al duque de Lerma y nada tampoco el duque de Lerma á Calderon.

Nos vemos obligados á explicar á nuestros lectores lo que de repente y al poner en contacto á don Rodrigo Calderon con el duque de Lerma ha saltado en nuestro relato: esto es, que don Rodrigo Calderon era hijo de Lerma.

Esto se explica de una manera muy sencilla.

Treinta y cuatro años antes, siendo el duque de Lerma gentil-hombre de Felipe II, un gran señor de los estados de Flandes, Guillermo Sandelin trajo á la corte á una preciosa jóven, á su hija Maria, que quedó en la servidumbre de la reina Ana de Austria, tercera mujer de Felipe II y madre de Felipe III.

Por esta razon Lerma conoció á Maria Sandelin.

Lerma aun era jóven; se enamoró de Maria, á quien engañó, ocultándola el grave compromiso que tenia de casarse con doña Maria de Rojas, su prima, la sedujo, y el primer dolor de Maria Sandelin fué el casamiento de Lerma con otra.

Intereses y compromisos de familia habian obligado á Lerma á contraer matrimonio con su prima. Por otra parte, si Lerma hubiera

estado libre, no se hubiera casado con María Sandelin, porque no la amaba; y porque además de esto, aunque Guillermo Sandelin era en los Estados de Flandes un gran señor, especialmente en la ciudad de Amberes, y bastante rico, ni su posición, ni su riqueza, eran lo bastante para satisfacer la soberbia del duque de Lerma.

Sobrevino un grave compromiso: María estaba en cinta, y desesperada, tuvo el valor necesario para revelar á su padre su situación.

Guillermo Sandelin quiso darse de estocadas con el duque de Lerma; pero este se negó, no por cobardía, aunque Lerma no fuese un prodigio como valiente, sino por soberbia; le parecía poca cosa Guillermo Sandelin para hacerle el honor de batirse con él.

Pero como era necesario buscar un sesgo al negocio, el duque de Lerma se acordó de que en sus altos criados, que así podían llamarse los hidalgos que hacían la corte y acompañaban á los grandes de entonces, había uno soltero, buen mozo y pobre, que vivía á sus expensas.

Llamábase este hidalgo Francisco Calderón: de él echó mano el duque.

Le reveló lo que le acontecía, le dió una provision de capitán de infantería de los tercios de Flandes, y le envió á Amberes, á donde convenido todo, se había trasladado Guillermo Sandelin con su hija.

Nació don Rodrigo en Amberes, apareciendo como hijo natural de Francisco Calderón y de María Sandelin, que casándose poco despues del nacimiento de don Rodrigo, le legitimaron.

Pero en cuanto don Rodrigo cumplió los doce años, su padre positivo, que no había cesado de esplotar al duque de Lerma, queriendo asegurar más su favor, se vino con su familia á la corte.

Empezaron de nuevo los amores del duque y de María Sandelin, que aun no contaba treinta años, y se mantenía hermosísima, y don Rodrigo entró como paje en casa de Lerma.

Este, que tenía la conciencia fuerte, no pudo contenerse, y antes de que don Rodrigo cumpliera diez y seis años, le reveló que era su padre.

El jóven, que como hemos visto no tenía tampoco la conciencia muy delicada, fué con el cuento á su madre: y esta, que había perdido la vergüenza por lo mucho que se había abusado de ella, confirmó á don Rodrigo el relato que Lerma le había hecho.

Desde este punto empezó la gran soberbia y la gran privanza de don Rodrigo, que precoz, inteligente y astuto, se hizo un hombre

sério, á pesar de sus pocos años, llegando al fin al punto en que le hemos visto, enriquecido, cargado de dignidades, prepotente, convertido en un rey de hecho.

Hemos explicado ya bastantemente la situacion en que se encontraban relativamente colocados por la naturaleza y por los sucesos, don Rodrigo Calderon y Lerma.

Pero no era don Rodrigo el único hijo natural del duque: éranlo tambien tres monjas, la una en el convento del Sacramento, otra en el de Pinto y otra en las Vallecas.

El duque de Lerma se habia divertido bien: esto sin contar con otros bastardos y bastardas, que ó habian muerto, ó no habian sido reconocidos.

Hijos legítimos tenia, á don Francisco de Sandoval, duque de Uceda, y á doña Catalina, condesa de Lemos.

Dios ó el diablo habian dado al duque de Lerma una descendencia casi tan numerosa como la de Jacob.

Don Rodrigo habia oido con disgusto la noticia de que la hija del *ε* érez Mendavia era hermana suya, por la sencilla razon de que era su padre el duque de Lerma.

No podia ser mayor la corrupcion de aquellos tiempos; y se habia perdido de tal manera el pudor, que nadie se cuidaba de ocultar sus faltas, haciéndose como suele decirse, *gala del sambenito*.

Respecto á la situacion en que se encontraba el duque, á causa de Inés, una gran contrariedad afectaba á aquel funesto personaje, á quien parecia no podia afectar nada más que el temor de perder la privanza del rey.

El terror que en aquellos momentos experimentaba el duque de Lerma, terror vago, frio, terrible, consistia en que conocia demasiado á don Rodrigo Calderon y su pasion por las mujeres hermosas, en lo cual no hacia otra cosa que parecerse á su padre.

Lerma, si no era cristiano, en la buena acepcion de la frase, porque para ser buen cristiano es necesario amar y servir á Dios y no hacer daño á sus semejantes, era fanático y creyente de una manera ciega; no dudaba del infierno, ni de la justicia de Dios, lo cual hace más repugnante su memoria, constituyendo á aquel bandido en una especie de pequeño-Satanás asqueroso.

Lerma se estremeció temiendo el incesto de dos de sus hijos como un castigo de la Providencia á sus culpas, y temeroso de esto, dijo á don Rodrigo:

—¿Sabeis, porque yo os lo he revelado, que esa jóven á quien

habeis encontrado esta noche, es hermana vuestra, puesto que me habeis dicho que tiene diez y ocho años y que se parece exactamente á la dama que en este medallon aparece retratada?

—Así es, señor, dijo don Rodrigo.

—Además de eso, continuó el duque, la letra de este papel es de puño y letra de doña Estrella, madre de esa jóven; pero lo que no puedo comprender, es cómo poseyendo esa jóven este medallon y conociendo su importancia, no ha venido á buscarme, obedeciendo lo que se dice en este papel.

—Ese papel, como veis, estaba oculto en un secreto del medallon, que he conocido yo porque tengo costumbre de usar alhajas y he visto muchas semejantes á esta, contestó don Rodrigo.

—Sentaos, sentaos, dijo el duque; lo que voy á contaros es largo y no quiero que os canséis: es además muy grave y muy sombrío; es un gran secreto de mi vida, que en ninguna parte os pudiera confiar mejor que aquí, porque aquí es donde podemos tener más seguridad de no ser escuchados.

—Salvo, si no hay algun acechadero secreto que no conozcamos, dijo don Rodrigo.

—No, continuó el duque; desde que por ignorar yo que en este despacho habia una comunicacion secreta, tuve un mal lance con aquel infame tío Manolillo, antiguo bufon del rey, á quien se llevó el demonio, hice cerrar á cal y canto aquella comunicacion, levantar las tapicerías y reconocer los muros: tengo, pues la seguridad de que no puede escucharnos nadie: oid pues.

Y el duque empezó su relato que nosotros tomamos por nuestra cuenta para hacerle más comprensible á nuestros lectores.

Hélo aquí:

## HISTORIA DE UNOS MALOS AMORES DEL DUQUE DE LERMA.

### I.

Una noche del mes de diciembre del año de 1600, un hombre que atravesaba por la Costanilla de San Andrés, se detuvo al ver que se abria el postigo del jardín de una casa principal, y salian por ella cuatro frailes blancos.

—¡Diablo! dijo el hombre; en vez de un hidalgo con la bolsa bien provista, tropezamos con cuatro fantasmas, que no pueden ser otra cosa esas que han salido por esa puerta. Pero á lo que á mí

me parece, fantasmas son de carne y hueso; y á esta hora y saliendo de tal casa, el asunto merece que procuremos saber lo que es esto, que bien puede ser que nos encontremos con algun buen negocio.

El hombre se habia detenido algun tiempo, y cuando, porque los frailes habian doblado la esquina de la Costanilla, iba á ponerse en seguimiento de ellos para que no se le perdiesen, volvió á abrirse el postigo y salieron por él cuatro hombres, que llevaban sobre sus hombros un ataud.

Detras salió otro hombre embozado, que cerró el postigo, se guardó la llave y echó detrás de los cuatro hombres que conducian el ataud, que habian tomado el mismo camino que anteriormente los frailes.

—Pues esto es mejor, dijo el hombre que habia sorprendido sin quererlo todo aquello, poniéndose aunque á la larga en seguimiento de los que llevaban el ataud y del que le acompañaba; buena hora es esta de llevar á enterrar difuntos. Aquí hay algo muy grave: sigamos y veamos si podemos averiguar algo que nos sea de provecho.

Y siguió al ataud y al hombre que le acompañaba.

## II.

El ataud tomó por la calle de el Almendro, y al llegar á Puerta Cerrada, una ronda detuvo á los conductores.

Entonces adelantó el hombre que los acompañaba y mostró al alcalde un papel, el que leyó á la luz de una linterna de un alguacil.

Inmediatamente el alcalde devolvió el papel á quien se lo habia dado, le saludó respetuosamente y dejó pasar el ataud.

A su vez pasó junto á la ronda el hombre que iba en seguimiento de aquello, sin que el alcalde, á pesar de lo avanzado de la hora y de la mala facha que aquel hombre tenia, le detuviese, creyéndole sin duda un hombre que escoltaba á la larga el ataud.

Atravesó este la calle de Toledo, la del Burro, la de Cosme de Médicis, la del Meson de Paredes, y torciendo á la izquierda llegó á la de Jesús y María, á cuyo fin el ataud y el que le acompañaba entraron en una casa por una puerta cochera, que se cerró tras ellos.

Aquella puerta la habia abierto el hombre que acompañaba el ataud.

## III.

—Pues ni por aquí hay iglesia, ni esa casa tiene facha de cementerio, dijo el que hasta allí había seguido, ocultándose detrás de una esquina, desde la cual podía ver la puerta cochera: esperemos: es probable que los que han venido con el muerto, ó con lo que el ataud contenía, salgan dentro de poco.

En efecto; los conductores del ataud no se hicieron esperar: salieron, y pasaron junto al hombre que estaba oculto en la esquina.

La noche era clara, hacia luna, y el que esperaba vió, gracias á que uno de aquellos iba desembozado, una librea de casa grande, bajo su capa, y la enorme empuñadura de reja de una espada.

—Cuatro son muchos para uno solo y estos lacayos suelen ser bravos como demonios, dijo aquel hombre; esperemos: puede ser que todavía salga el otro.

Y esperó.

## IV.

La espera se prolongó dos horas, y ya el hombre de mala facha iba á retirarse cansado, cuando oyó el ruido de una llave en la cerradura de la puerta cochera, por donde dos horas antes habían salido los lacayos.

La puerta se abrió, y salió un hombre, que tomó el mismo camino que los lacayos habían tomado.

Eran las tres de la mañana.

Se había puesto la luna, y la calle estaba silenciosa y oscura.

El que esperaba tiró de la espada, se fué rudamente sobre el hombre que se acercaba, y le dijo:

—¡Deteneos ú os mató!

—Si por lo que venis es por la bolsa, dijo el detenido, tomadla y dejadme pasar.

Y arrojó la bolsa á los piés del que le había sorprendido de tal modo, que le había puesto entre su espada y la pared sin ningun medio de acción.

—Dadme ahora vuestra espada, dijo aquella especie de bandido.

Y arremetió al hombre, y se la quitó.

De la misma manera le quitó la daga y un pistolete que llevaba á la cintura, todo lo cual fué arrojado al suelo.

—Recojed ahora vuestra bolsa, añadió; que se queden ahí las armas importa poco; pero sería lástima se quedase la bolsa; ha sonado á llena y á oro.

—¿Y para qué quereis que yo recoja la bolsa? contestó con impaciencia el otro; ¿no os es más barato dejarme ir?

—No, porque me quedo con vos y con la bolsa tambien; no quiero que mientras que yo la recojo se me os escapeis; recojedla, pues, ú os mato.

El hombre se inclinó, teniendo siempre al costado la punta de la espada del que le habia detenido; palpó, encontró la bolsa y se levantó con ella.

—Ahora, dijo aquel salteador, dadme esa bolsa.

Al dársela le asió la mano por la muñeca con la fuerza de un gatillo de hierro, y dijo:

—Ya no os escapareis; agarraos á mi brazo, y venid conmigo: tened presente que si encontramos una ronda ó pretendéis escapar, os mato.

El sorprendido se asió al brazo del sorprendedor y se dejó llevar en silencio.

Por calles escúadas del barrio bajo del Avapiés, llegaron al Campillo de Manuela: abrió el robador la puerta de un casuco, empujó dentro al que hasta allí habia conducido, entró y cerró por dentro la puerta.

—¡Ah! dijo; hemos tenido suerte, no hemos encontrado á nadie; vos estais vivo, y sabré lo que necesito saber.

## V.

El espacio en que se encontraban era densamente oscuro.

Oyóse un ligero choque seco, y brillaron algunas chispas en la oscuridad.

Se percibió un olor ácre, y brilló una luz azul.

Era una pajueta de azufre.

Poco despues, ardia turbiamente sobre una mesa asquerosa, una vela de sebo en una palmatoria de barro cocido.

Estaban en un estrechísimo cuartucho, negro, húmedo, miserable, en que no habia más muebles que aquella mesa y un banco.

Al fondo habia una puerta cerrada; la abrió el al parecer dueño de aquella miserable vivienda, y dijo al otro:

—Pasad.

El invitado entró en otro espacio no mayor, ni más limpio, en

el cual habia un tablado de cama con alguna paja encima, constituyendo el lecho más barato y más incómodo del mundo.

En un ángulo de aquel zaquizamí habia una compuerta.

La abrió el bandido, y quedaron descubiertas unas estrechas escaleras.

—Bajad, dijo al otro hombre, que obedeciendo sin resistencia, como hasta entonces, bajó veinte peldaños, altos, pendientes y resbaladizos, á causa de la humedad.

Se encontró en una estrecha cueva, baja de techo, negra, húmeda, hedionda, en la cual habia por único mueble otro tablado; pero sin paja.

## VI.

—¿No os parece este palacio apetecible para vivir? preguntó el bandido al otro hombre.

—¿Y qué interés teneis en que yo viva aquí? preguntó el preguntado.

—Voy á decíroslo, contestó el otro, sentándose en las tablas.

## VII.

Aquel hombre estaba vestido á lo soldado, con colete y botas de ante, calzas de grana, capa parda, sombrero de castor gris con pluma encarnada, y llevaba ceñida una espada de gavilanes, y una daga de gancho.

El traje estaba en buen estado, y aun podia decirse que para un simple soldado era rico.

Tenia además este individuo un cumplido antifaz de cuero negro sobre el semblante.

El otro hombre mostraba bajo su capotillo de paño negro fino de Segovia, un noble y rico traje de terciopelo negro, gorra de la misma tela, y botas y guantes de ámbar; tenia tambien cubierto el semblante con un antifaz de tafetan.

—No sabeis lo que habeis hecho, dijo gravemente el preso; si supierais quién yo soy no me hablariais de ese modo.

—¿Y por qué si sois tanto no me lo habeis dicho cuando os detuve?

—Porque la bolsa me importaba poco, y porque al ver que á más de la bolsa, queriais apoderaros de mi persona, sospeché que tal vez me importaba conoceros bien, y solo para conoceros os he seguido. Decidme ahora: ¿quién sois?

—Un soldado despedido del servicio, por ódio de su capitan.

—O por mala conducta, dijo gravemente el otro.

—No señor; fué porque á mi capitan le soplé la dama.

—Hizo entonces bien en despediros de su bandera.

—Mejor hubiera hecho en darse conmigo de tajos y reveses, que no en vengarse villanamente.

—Poca venganza ha sido licenciaros, porque podeis tomar bandera en otra compañía.

—Todos los capitanes se conocen y se ayudan; y á más de eso, el mio ha puesto á mi licencia unos advertimientos muy malos: que soy borracho, y de mal genio, y revoltoso, y poco obediente; y esto no es verdad; tengo treinta años, he servido con valor dos campañas, tengo sobre mí más de una herida recibida por el rey, y nadie ha tenido que decir nada de la honra de Cristóbal de Mendavia: si he hecho algo malo ha sido despues de haberme quedado sin blanca.

—¿Y qué es lo que habeis hecho?

—Buscarme la vida á oscuras.

—¿Como esta noche?

—Sí; como esta noche, dijo Mendavia.

—¿Y os habeis traído mucha gente á esta cueva?

—Vos sois el primero que entra en ella.

—¿Y por qué está ahí ese tablado de cama?

—Por si hacia falta: cuando tomé en arrendamiento esta casa, si es que casa puede llamarse este zaquizamí, me hallé con esta bodega, y como no podia encerrar en ella vino, porque si para proveerme de vino tuviera no viviría aquí, pensé en que podria suceder muy bien hubiese que guardar á alguien, y para estar prevenido puse ese tablado: á mí no me gusta tratar mal á los prisioneros.

—¿De suerte que sois un ladron, y tal vez un asesino?

—No he dicho yo tal; pero antes que dejarse morir de hambre se debe hacer todo.

—Me habeis acometido sin dejarme tiempo de defenderme; lo que quiere decir que sois diestro.

—Debemos los que así nos buscamos la vida evitar el ruido.

—¿Y por qué me habeis traído aquí? dijo el otro.

—Por aseguraros.

—¿Segun eso me habeis tenido por hombre principal, por hombre rico?

—Cuando os aseguré no; hacia oscuro: ahora estoy viendo que sois rico y principal, en lo principal y en lo rico de vuestro traje.

—¿Y qué quereis?

—Que me digais por qué habeis sacado con cuatro lacayos un ataud del jardin de una casa de la Costanilla de San Andrés, y le habeis llevado á la calle del Ave-Maria á un lugar que no es iglesia ni cementerio.

—¡Cómo! ¡habeis visto!... exclamó con alguna turbacion el encubierto.

—Sí, contes!ó Mendavia; rondaba yo en la parte baja de la Costanilla, junto á la calle de Segovia, á cierto enamorado que entra por un balcon despues de las once, y sale antes de la una. Pero hacia un gran frio, mi hombre no habia venido, y dije para mí:—Cristóbal, todavía tienes un real sencillo; con esto puedes comer mañana hiela que afeita y puedes pillar un pasmo que te envíe al otro mundo, porque estás mal abrigado; los pobres no podemos abrigarnos bien: conque á casa, donde aunque tengas frio no será tanto.—Y he aquí que al llegar á lo alto de la Costanilla, se abre el postigo de un jardin y salen cuatro frailes blancos. Asustáronme al pronto, porque me parecieron fantasmas: detúveme, fuéronse los frailes, se abrió otra vez el postigo, salieron cuatro hombres con un ataud, y vos, tras ellos.—¿Muerto á estas horas? me dije: una de dos, ó importa mucho quitar el muerto de en medio, sin que nadie lo estienda, ó no es muerto lo que llevan en ese ataud; ello es cosa que importa: vámonos detrás, y quién sabe si habré tropezado con mi buena suerte.—En Puerta Cerrada os detuvo una ronda, mostrásteis un papel al alcalde, y este os dejó pasar: interesóme más lo sucedido, os seguí: proponiéndome saber quién erais, estais en mi poder, y lo sabré.

—¿Sois hidalgo? dijo el encubierto.

—De los buenos de la montaña, contestó Mendavia.

—¿Sabe alguien que os ganais la vida de noche?

—No.

—¿No habeis estado nunca preso?

—Nunca.

—¿Qué guerras habeis hecho?

—Las de Italia y las de Flandes.

—Sois buen mozo.

—Por tal me tienen ellas.

—¿Quereis casaros con una mujer?

—¿Tiene dote?

—Y bueno.

—¿Es de buena familia?

—Noble y rica.

—¿Y por qué me la dais?

—Porque sin zozobra sea mia.

—¿Y quién sois vos?

—El duque de Lerma, contestó el encubierto, quitándose el antifaz, y dejando ver su pálido y frio semblante.

### VIII.

Don Francisco de Sandoval y Rojas tenia entonces á lo más cuarenta años, vulgar la fisonomía, pero seria, con gran afectacion de dignidad y de poder.

Miraba severamente á Cristóbal de Mendavia, y como suele decirse, de alto á bajo, á pesar de que se encontraba en su poder.

—¡Ah, excelentísimo señor! dijo Mendavia levantándose, quitándose el sombrero é inclinándose delante del secretario de Estado y del Despacho Universal del señor rey don Felipe III.

—¡Bah! dijo Lerma con un frio desprecio; si en el momento que me acometiste me hubiera dado á conocer de tí, hubiera sucedido lo que ahora; me hubieras acompañado humilde y respetuosamente; pero como no tenia miedo, te dejé hacer, porque queria saber en lo que ibas á parar. No tenia prisa, ni la tengo, y además de esto, me convenia un hombre tan arrojado y tan diestro como tú.

—¿Y para qué convengo yo á vucencia? preguntó Mendavia.

—Supongamos que me estorba un hombre.

—¿Y qué me dareis porque os quite de delante el estorbo?

—Te daré una plaza de alférez de infanteria; porque debes ser aficionado á la guerra.

—Si, se trabaja, se expone el pellejo; pero cuando se entra á saco en una ciudad se saca la tripa de mal año.

—Y sobre todo, siendo soldado se acostumbra un hombre á ser ladrón.

—¡Buenas andan las pagas para que nadie se haga romper la crisma por el rey, sin la esperanza de tener tres ó cuatro veces al año un dia de saqueo!

—A la verdad, se ahorra mucho dinero el real erario pagando al soldado con lo que se le deja robar en los paises enemigos: así lo he encontrado y así es menester dejarlo; porque si se prohibieran los saqueos, no habria un solo soldado en los ejércitos de su majestad.

—¿Y no puedo esperar más que ser alférez? dijo Mendavia.

—Además de eso, cuando el estorbo haya sido quitado de en medio, te casaré con una dama muy jóven, muy hermosa y muy rica.

—¿Y cuándo me haya casado?

—Como á ti te gusta la guerra, te enviaré á ella.

—Y como las mujeres no se han hecho para la guerra, la mia se quedará en la córte, ¿no es esto?

—Cabalmente.

—Y como vucencia cuidará de ella, podrá pasarse muy bien sin su marido.

—Créolo así.

—¿El nombre del hombre que estorba?

—Mañana ese hombre irá á la media noche al pié de las tapias de la huerta de San Gerónimo del Prado.

—Pero ahí es donde tienen lugar los duelos.

—Y como el duelo está prohibido á muerte por una y otra real pragmática, yo no puedo dar ocasion á un duelo.

—Pero como si lo viera: vos quereis saber al otro dia que se ha encontrado un hombre al pié de las tapias de San Gerónimo del Prado con una estocada en el corazon.

—Indudablemente.

—¿Pero si ese prójimo vá con la intencion de reñir en duelo, llevará dos testigos.

—Por supuesto.

—¿Y cómo quereis que quite yo de enmedio á un hombre que irá acompañado?

—Eso es cuenta tuya.

—¿Y cómo sabré cual de los tres hombres ha de morir?

—De una manera muy sencilla: cuando lleguen los tres, dices: —¿Quién es el caballero que viene á buscar al duque?—El que responda será.

—Convenido.

—Al dia siguiente me buscas en la secretaría de Estado, dás tu nombre al portero, y dices que tienes necesidad de entregarme un memorial.

—Muy bien, excelentísimo señor.

—Ahora, salgamos de aquí, donde nada tenemos que hacer, y me acompañarás á mi casa: me agradaria ir por el mismo sitio, porque como la noche está oscura y fria, y es ya muy tarde, es posible que

nadie haya pasado, y encontremos mi espada, mi daga y mi pistolette. No te cuidaste de otra cosa, que de que no se quedase allí el bolsillo: y á propósito: ya que le habias juzgado tuyo, quédate con él y alégrate: tiene dentro cincuenta buenos doblones de á ocho.

—Gracias, señor; serviré á vuecencia de cabeza, dijo Mendavia: véngase vuecencia tras mí: cuidado con las escaleras, que son pendientes y resbaladizas.

—No me dijiste lo mismo al bajar.

—Es que entonces no me interesaba tanto vuecencia, porque no le conocía.

Poco despues estaban en la calle.

Cristóbal de Mendavia lanzó la llave al interior por debajo de la puerta.

—¿Qué es eso? dijo Lerma.

—Que con cincuenta doblones de á ocho en el bolsillo, no vuelvo yo á entrar en esta pocilga, ni me meto á llevar su llave al dueño; que abra él como pueda, y que se cobre los alquileres que le debo con los dos tablados, la mesa y el banco que le dejo.

Lerma no contestó: siguió andando á buen paso, y como el Campillo de Manuela está cerca de la calle de Jesús y María, llegaron en poco tiempo.

—Aquí me acometiste, dijo el duque deteniéndose junto á una esquina; mira á ver si están ahí todavía mis armas.

—Aquí están, dijo Mendavia un momento despues de haberse inclinado al suelo; tome vuecencia espada, daga y pistolette.

—Me hubiera causado gran pesar el que se hubieran perdido, dijo el duque ciñéndoselos; porque además de que son muy buenas, y muy ricas, tienen sobre sí el escudo de mis armas. Pero adelante.

El duque siguió muy de prisa y en silencio.

Mendavia, por respeto, no se atrevia á ponerse á su lado, ni á hablarle.

Iba detrás.

Cuando llegaron á la Costanilla de San Andrés, el duque se dirigió al postigo del jardin, llegó á él, le abrió con llave, y al entrar dijo á Mendavia:

—Adios, amigo; buenas noches.

Y al mismo tiempo que echaba por dentro la llave, soltó una carcajada que hizo esclamar á Mendavia.

—Soy un nécio: he tenido en mis manos no ménos que al señor duque de Lerma, gran favorito de su majestad, y tengo que conten-





—¡Dios me valga! ¡Me han muerto! ¡Confesion!

tarme con cincuenta doblones. ¡Bah! ¡si las cosas se hicieran dos veces!.... y además de esto, será una locura no esconderse: le he dicho mi nombre: los alcaldes de Casa y Corte y los alguaciles tienen más olfato que los podencos; es necesario evitar que el señor duque me envíe á galeras. ¿Y dónde me meto? ¡Ah, sí! en la Latina, casa de la Mari-Cuervo, que llamando á su puerta con oro, la abre siempre, sea de dia ó de noche.

## IX.

Mendavia se trasladó en cinco minutos á la parte de la calle de Toledo, que se llama la Latina, por estar en ella el hospital de este nombre, y frente por frente del hospital, llamó á una pequeña casa, construida á la malicia.

No contestaron: volvió á llamar, y al fin se abrió una pequeña reja, situada junto á la puerta, y dijo una ronca voz de hembra de pelo en pecho:

—¿Qué se le ofrece, hermano?

—¿Se puede dar posada á un bolsillo? dijo Mendavia sonando el que le habia dado el duque.

—¡Pues y no! dijo la mujer; ¿por qué no habeis venido antes, hidalgo? Allá voy, allá voy.

Y cerró la reja, y poco despues se abrió la puerta.

Cristóbal de Mendavia entró, y la puerta volvió á cerrarse.

## X.

A la noche siguiente, que sobrevino fria, nublada y lluviosa, tres hombres subian en silencio hácia San Gerónimo del Prado.

Tomaron la vuelta de la huerta, y cuando llegaron á un ángulo de su tapia, salió de detrás del ángulo un bulto, que dijo con voz serena y breve:

—¿Quién es quien busca al duque?

—Yo, contestó uno de los tres hombres adelantándose.

Pero apenas habia dado dos pasos, exclamó:

—¡Dios me valgal! ¡muerto soy! ¡confesion!

Y cayó en el suelo.

El asesino aprovechó la turbacion de los que acompañaban al asesinado, y doblando el ángulo de la tapia, dió á correr, y se perdió entre la oscuridad.

—¡Muerto! dijo uno de los que acompañaban al asesinado, y que se había inclinado á reconocerle.

—¡Muerto! exclamó el otro.

—Sí; así sale de sus empeños el duque de Lerma.

—¿Y el asesino ha desaparecido?

—Y nosotros, creedme, debemos desaparecer también.

Y aquellos dos hombres se pusieron rápidamente en marcha.

El muerto quedó solo.

Al día siguiente le encontraron con el traje completamente mojado y sobre lodo: había llovido copiosamente, y la sangre había desaparecido. Solo se pudo saber que aquel hombre había muerto á hierro, cuando se le reconoció. Pero inútilmente pretendió averiguar quién era la justicia.

Ninguna de las personas que le vieron expuesto en una media caja de ánimas en el átrio de la parroquia de San Sebastian, le había reconocido. Parecía noble y rico por su semblante y por su traje; llevaba un bolsillo lleno de oro, reló de oro guarnecido de diamantes, y sortija con un riquísimo rubí.

La taza de la espada calada y cincelada, así como la empuñadura de la daga, eran dos excelentes obras artísticas, que debían haber costado mucho dinero.

Estas armas, este bolsillo y estas alhajas fueron entregadas en depósito al correjidor de Madrid, por si por ellas se sabía quién era el difunto, y aparecía el heredero; y como al sobredicho difunto no le había quedado nada, ni había quien pagase los gastos de entierro, se le sepultó de limosna en la hoya comun del cementerio de San Sebastian.

## XI.

Al día siguiente á la noche del asesinato, á las once de la mañana, se presentó en la portería de la secretaria de Estado del Despacho Universal un soldado buen mozo, como de treinta años, con los mostachos empinados, y tan bizarramente vestido, que daba gozo verle, y dijo al portero:

—Necesito ver á su excelencia el señor duque de Lerma para entregarle un memorial.

—Ya me avisó su excelencia al entrar que cuando llegase un soldado preguntando por él, le entrase á su despacho.

Mendavia, que él era, dió dos ducados de gratificación al portero, á quien pareció por esto más bizarro y mejor mozo.

Algunos minutos despues, Mendavia estaba delante del secretario de Estado y del Despacho Universal del rey.

— Lerma le miró como si no hubiese hablado con él.

— Tomad, le dijo; aquí teneis la provision que habeis solicitado y que merecis por vuestros buenos servicios. Vais al Perú: dad las gracias á quien os ha recomendado, y esperadle esta noche en la calle de Jesús y María.

— ¿En una casa á la que se entra por una cochera?

— Allí debe ser.

— Beso las manos á vucencia, y le doy con todo corazon las gracias por el bien que me ha hecho.

— Id con Dios, y procurad seguir mereciendo la munificencia de su magestad.

## XII.

Aquella noche á las ánimas, Mendavia, con el uniforme ya de alferéz de infanteria, llamaba á la puerta cochera por donde dos noches antes habia visto entrar sobre los hombros de cuatro hombres un ataúd.

Se abrió la puerta, y apareció una vieja vestida con un tosco sayal de Santa Rita y una lamparilla encendida en la mano.

— ¿Sois el señor alferéz Cristóbal de Mendavia? le preguntó.

— El mismo, señora mia, contestó Mendavia.

— Pues seguidme, que á vos es á quien esperan.

Mendavia entró, y la vieja, despues de haber cerrado la puerta, le sacó de la cochera á un patio, y del patio por unas estrechas escaleras le llevó á un estrecho corredor y á un recibimiento: le introdujo en una habitacion grande, cuadrada, entapizadas las paredes, alfombrado el suelo, pintado el techo, y riquísimamente amueblada.

## XIII.

Sentada en un gran sillón junto á una mesa en que habia un velon de plata con dos mecheros encendidos, teniendo delante de sí una gran copa tambien de plata, con fuego, estaba una dama muy jóven y muy hermosa, bella y ricamente vestida, y dejando conocer, aun sentada, un avanzado embarazo.

No tenemos necesidad de describirla, porque ya hemos descrito á Inés.

La vieja habia desaparecido, dejando á Mendavia solo con la jóven, que la miraba de hito en hito, y al parecer no con disgusto.

—Acercad un sillón y sentaos, caballero, dijo la jóven, con una voz tan sonora, tan pura, tan jóven, tan fresca, que Cristóbal de Mendavia, que ya se habia impresionado á la sola vista de la dama, acabó de impresionarse de una manera decisiva.

Acercó un sillón y dijo antes de sentarse:

—Si no os vuelvo á ver, no podré olvidaros en toda mi vida.

—Yo tampoco podria olvidarme de vos, contestó la jóven; porque las circunstancias en que al conoceros me encuentro, son terribles.

—Sí, dijo Mendavia; á lo que parece, vos no sois de este mundo, á lo menos por ahora.

—¿Qué decis? exclamó la dama mirando de una manera singular á Mendavia.

Este comprendió que habia cometido una indiscrecion al aludir á lo del ataúd, y no tuvo duda de que lo que habia entrado en un ataúd dos noches antes en aquella casa habia sido aquella hermosísima jóven.

—Digo, contestó Mendavia, pretendiendo corregir su indiscrecion con una galantería, que no perteneceis á este mundo, porque los ángeles pertenecen al cielo, aunque estén sobre la tierra.

—¡Ah! no me llameis ángel, porque los ángeles no se casan, respondió la jóven con acento singular.

—¡Ah! ¿vais á casaros vos, señora?

—Sí, y á lo que parece, esta noche: ¿no veis que estoy en traje de boda?

—¿Con quién os casais?

—Creo que con vos; porque supongo que vos sois el alferez Cristóbal de Mendavia.

—En efecto, yo soy, señora; ¿pero cómo puede ser que esta noche nos casemos? ¿cuándo se han corrido las amonestaciones? ¿cuándo se han pedido nuestras partidas de bautismo, ni la licencia á vuestro padre?

—Creo que todo eso está arreglado, y que no tardará en venir el religioso que ha de casarnos, los testigos que han de asistir á la ceremonia y un escribano que legitimará nuestro hijo, á causa de nuestro matrimonio.

—¡Ah, sí, es verdad! dijo Mendavia; nuestro hijo ó nuestra hija, que no sabemos lo que será. En verdad, en verdad, que no me habia acordado de eso.

—Pues si no fuera por eso, ¿para qué habíamos de casarnos? dijo siempre con su acento singular la jóven, acento en cuyo fondo habia mucho de amargura y de despecho.

—Es verdad, señora, dijo Mendavia; el que se vende sin condiciones no debe andarse con reparos.

—¿Qué decis de venta? dijo creciendo en lo singular de su acento la jóven.

—Digo, señora, que lo único que me aflige en estos momentos, es que me parece que sois muy desgraciada.

—¿Y qué os importa á vos eso, señor Cristóbal de Mendavia?

—Quisiera que no me importase, señora mia, contestó Mendavia; pero es el caso que me importa, y mucho, y tanto que tengo celos, y que los celos me van á volver loco.

—Lo estais ya, dijo friamente la jóven.

—Teneis razon, señora; porque estoy enamorado, y el amor es una locura.

—A los locos pacíficos, dijo creciendo en desden la jóven, se les tiene lástima; á los locos furiosos se les encierra.

—¿Es eso una amenaza, señora mia?

—¿Os creeis vos un juez con derecho á interrogarme? contestó no ya con desden, sino con una indómita altivez la jóven.

—Perdonad, señora, dijo vivamente contrariado Mendavia; teneis razon: el que se vende sin condiciones no tiene derecho á otra cosa que al precio de su venta.

—Pues mirad, dijo con desprecio la dama; creo que se han equivocado al compraros.

—No hablaré ni una palabra más, dijo entristecido y con acento humildemente doloroso Mendavia; porque veo que mis palabras os enojan.

—Por desgracia tenemos aun que hablar algo, dijo la dama: yo me llamo doña María de Falces; no lo olvidéis; soy hija de don Gabriel de Falces, rico y noble indiano, descendiente de los antiguos emperadores de Méjico: nos amamos: no olvidéis que nos amamos desde hace un año; sabia yo que era inútil que nadie me pidiese por esposa á mi padre, os lo dije, y como me amábais tanto, y tanto os amaba yo, me propusisteis una fuga, que acepté: he estado perdida sin que mi padre haya podido saber lo que era de mí, seis meses: el estado en que me encuentro, nos ha obligado á legitimar nuestra union; se ha pedido licencia á su majestad, por la doble razon de que vos sois soldado y yo menor de edad, y mediante la licencia

de su majestad, nos casamos á despecho de mi padre. Esto es todo lo que tenia que deciros, y que os suplico no olvidéis, porque así lo habreis de decir, porque conviene que se diga así al escribano que ha de formalizar la legitimacion de lo que naciere. Yo hubiera querido que lo que os he dicho, os lo hubiera dicho otro; pero se me ha suplicado que os lo diga, y yo no sé negar nada á la persona que me ha suplicado. Despues de las velaciones, que serán mañana por la mañana, partireis para Cádiz, donde debeis embarcaros para el Perú.

—El que se vende sin condiciones, repitió Mendavia, no debe quejarse de que las condiciones que se le imponen sean duras; pero escuchad, señora, porque voy á deciros muy pocas palabras: me habeis enamorado los ojos, el corazon, el alma, cuanto puede enamorarse en un hombre: soy tenaz, valiente, capaz de todo: no os irriteis, yo no haré nada contra vos, yo no tengo derecho alguno sobre vos; todo lo que vos hagais, bien hecho estará; todo lo que vos protejais, será respetado por mí; pero oidme: empiezo á vivir una vida nueva; el alferez Mendavia no se conoce, le habeis convertido en otro; y tanto haré, que me amareis, yo os lo aseguro, me amareis, á no ser que el dolor me mate antes que haya tenido tiempo de hacerme amar por vos. Os he dicho cuanto tenia que deciros; y puesto que os molesta una conversacion conmigo, esperaré en silencio á que lleguen las personas que han de unirnos, si es que puede llamarse union la situacion en que vamos á ser colocados.

Y Mendavia se levantó y se puso á pasear silencioso á lo largo de la cámara, meditabundo, con la cabeza inclinada sobre el pecho, cruzados los brazos, recojida bajo ellos la capa, teniendo en la mano derecha su rico sombrero de castor gris con plumas encarnadas.

#### XIV.

Mendavia estaba verdaderamente hermoso: llevaba los cabellos largos y naturalmente rizados, negros y espesos, gola rizada de Cambray, colete de ámbar, cadena de oro al cuello, capa corta y negra de paño fino de Segovia, calzas de grana, zapatos con lazos, y asomando bajo la capa una ancha y larga espada con reluciente contera; á su andar se revelaban la gallardia, la bravura y la fuerza: en la expresion de su semblante tenia mucho de espantado: en la mirada de sus grandes y negros ojos brillaba una expresion sombría, profunda, anhelante, amenazadora, desesperada: tenia entonces Men-

davía algo de ese tipo ideal, algo de esa grandeza sobrenatural que conocemos con la imaginación bajo el nombre de don Juan Tenorio.

## XV.

Maria le miraba de una manera profunda.

Aquella mirada parecía querer decir:

—Este hombre vale más que lo que se me había dicho valía; es un infame modificado por una fuerte impresión: este hombre puede ser salvado ó perdido por el amor.

Mendavía no veía esta mirada de Maria, porque no la miraba; no podía notar, pues, que había logrado llamar la atención de la joven de una manera seria, que estaba desesperada, que era infeliz cuanto puede serlo una mujer.

Mendavía estaba profundamente abstraído: una incontrastable potencia, misteriosa, magnética, imcomprensible, unía en el alma de Mendavía la impresión que le causaba Maria, con el recuerdo del hombre asesinado por él la noche anterior, junto á las tapias del convento de San Gerónimo del Prado.

El duque de Lerma le había dicho que aquel hombre le estorbaba; que era necesario quitar de enmedio el estorbo antes del casamiento de Maria: ¿sería el muerto el padre de la joven, aquel terrible indiano descendiente de la antigua casa real de Méjico? Si así era, Maria ignoraba la muerte de su padre, porque no estaba de luto: porque Mendavía, á juzgar por las apariencias, no podía creerla una mujer infame, á quien es indiferente la vida ó la muerte de su padre. Mendavía sabía que el muerto había sido enterrado sin que nadie le conociese, sin que nadie supiese quién era quien le había muerto. Los que le habían acompañado, y que debían conocerle, habían callado: la tumba guardaba el secreto; las personas que le conocían estaban obligadas á guardarle también por interés propio. Esto hacía que la situación en que se encontraba Mendavía, respecto á aquella de quien iba á ser de una manera tan extraña esposo, fuese la situación más grave y más determinante de su vida.

Mendavía, como todo el que sufre, como todo el que desea realizar un imposible, lanzaba su imaginación al porvenir y levantaba castillos en el aire.

El Perú era una mina de oro explotable para todos los españoles, para todos los aventureros.



Mendavia soñaba con una inmensa fortuna, adquirida en pocos años, y todo lo esperaba por el dinero, porque con el dinero pensaba llegar á la realizacion de todo lo que creia era necesario hacer para fascinar á aquella pobre jóven que habia llegado á ser tan desgraciada sin haber amado.

Un instinto misterioso decia á Mendavia que doña Maria aun no habia amado.

La cabeza de Mendavia era un caos hirviente, un *totum revolutum* en que no se determinaba nada.

Seguia paseando rígido, nervioso, contrariado, impaciente.

## XVI.

Pasó una hora desde que Mendavia empezó su paseo, hasta que se abrió la puerta de la cámara, apareció la vieja, y dijo:

—Acaban de llegar el señor abad de los Benitos y los testigos; están en el salon.

Doña Maria se levantó, acabando de enamorar á Mendavia con su alta estatura, con su elegancia, con su gracia, con su infinita gallardía.

—Señor Cristóbal de Mendavia, dijo; ha llegado la hora: conducid á vuestra esposa al altar.

Y le dió una mano, que Mendavia estrechó de una manera apasionada.

Doña Maria dejó sentir á Mendavia un movimiento de repulsion, de desden, de reproche.

Mendavia dejó de oprimir la mano de la jóven.

—Será necesario que vos me guieis, dijo; yo no conozco esta casa.

Doña Maria llevó á Mendavia á un gran salon entapizado de rojo, con grandes retratos antiguos y denegridos de cuerpo entero, sin duda pertenecientes á una misma familia.

El salon tenia un aspecto demasiado sério, demasiado triste: no estaba iluminado más que por seis blandones que ardian sobre un altar en el fondo del salon delante de un gran crucifijo, colgado bajo un dosel de terciopelo rojo.

Allí esperaban un sacerdote revestido ya, anciano y venerable, con su ayudante y tres caballeros, á juzgar por su aspecto, á quienes Mendavia no conocia.

La jóven habia variado de expresion: aparecia tranquila, sonriente, enamorada, como si su union con Mendavia hubiese sido su sueño de felicidad.

Mendavia habia hecho, como suele decirse, de tripas corazon, y se encontraba tranquilo y contento.

El sacerdote saludó afablemente á los novios y les dijo:

—Me alegro infinito de que se repare con el santo Sacramento del matrimonio una falta hija de la locura del amor. Hoy he recibido un mandamiento cerrado del excelentísimo é ilustrísimo cardenal arzobispo de Toledo, en que se me manda unir en uno al señor Cristóbal de Mendavia, alférez de infantería, con la señora doña María de Falces y Santillana. ¿Estais dispuestos á contraer esta union?

—Sí, dijeron á un tiempo con acento claro y preciso doña María y Mendavia.

Siguió despues la ceremonia.

Acabada ésta, los testigos que no habian hablado una sola palabra, saludaron y se retiraron.

Del mismo modo se retiraron poco despues el abad de los Benitos y el lego que le habia servido de ayudante.

Poco despues, en la misma cámara de donde habian salido, el escribano público y del número de la muy noble y muy leal córte de Madrid, D. Lian Sierra, legitimaba la criatura de que estaba en cinta doña María, mediante declaracion de Mendavia, hecha con arreglo á la advertencia de doña María.

Firmaron los esposos, y se retiró el escribano.

Entonces se levantó doña María, fué á una puerta de servicio, la abrió y entró por ella.

—Buenas noches, dijo á Cristóbal de Mendavia; llamad y os dirán donde está vuestro aposento; hasta mañana.

Y cerró.

Cristóbal de Mendavia lanzó un juramento tal, tan impío, que debieron oírle en el quinto cielo.

## XVII.

No llamó; se sentó en el sillón que habia ocupado la jóven, y se inclinó anonadado en él: estaba aturdido, luchaba con mil encontradas ideas; tan pronto se le ocurría hacer valer sus derechos de esposo, como desenvainar su espada, poner su empuñadura en el suelo y arrojarse sobre ella.

La fiebre devoraba su cabeza.

Lerma aparecia á sus ojos como un mónstruo odioso, y la idea de sublevarse contra Lerma dominaba sus otras ideas.

Sin embargo, tenia miedo; era esclavo de doña María, y no podia hacer otra cosa que sufrir y esperar: se sentia impotente; pero su impotencia le volvia loco.

## XVIII.

Pasaron una, dos, tres horas, y Mendavia permanecia inmóvil. A nadie habia llamado, ni nadie habia venido.

Se extinguió el aceite del velon y se apagó la luz.

Dieron entonces las doce en el reló de San Cayetano.

Mendavia se estremeci6; se cumplian veinte y cuatro horas desde que habia matado alevosamente á un hombre; tal vez al padre de la mujer que le desesperaba, que vengaba sin saberlo aquel infame asesinato.

## XIX.

Crist6bal de Mendavia crey6 sentir unas leves pisadas.

Se puso de pié y los cabellos se le erizaron de espanto.

Las pisadas se acercaban.

—¿Quién vá? dijo Mendavia desnudando rápidamente su daga y cubriéndose con ella.

Las pisadas se detuvieron.

—¡Ah! ¿sois vos? dijo entre la oscuridad una voz que estremeci6 de cólera á Mendavia: la del duque de Lerma.

—Sí, yo soy, dijo; yo, un marido que tiene derecho á preguntaros qué haceis aquí.

Mendavia habia acabado de desesperarse; sin duda era necesario pasar por allí para llegar á la habitacion de doña María, y el duque de Lerma habia pretendido pasar sin ser sentido, suponiendo entregado al sueño á Mendavia.

—¿Qué decis? exclam6 el duque de Lerma con arrogancia; ¿quién sois vos para atreveros á hablarme así?

El duque de Lerma, herido en su vanidad, irritado, habia levantado demasiado la voz.

—Anoche, dijo Mendavia, muri6 un hombre; el padre, sin duda, de esa desdichada.

Se oy6 un grito, se abri6 una puerta, la misma de servicio por donde habia desaparecido María, y se dej6 ver esta pálida, convulsa, con una luz en la mano.

—¿Quién ha dicho aquí, exclamó, que mi padre ha sido asesinado?

—Yo, contestó Cristóbal de Mendavia, con un gozo feroz, porque desesperado, heria de muerte al duque de Lerma, respecto al amor de María.

—¿Y con qué razon decis vos que el padre de esa señora ha sido asesinado, y asesinado por mí? exclamó el duque de Lerma.

—Cuando ayer me propusisteis que me casase con doña María, dijo con una terrible serenidad Mendavia, me dijisteis:—Es necesario que esa dama pueda aparecer honrada ante el mundo: su padre es terrible, feroz: se la he robado hace un año; cuando aparezca su hija, por más que aparezca casada, será capaz de matarla; pero ya se hará de modo que no la pueda matar.—Esta mañana se ha recogido un caballero muerto, yo no sé de dónde, y se le ha puesto para que le reconozcan en el átrio de la iglesia de San Sebastian: yo le vi; pero solo se le tuvo allí dos horas, porque sin duda se temia que se le reconociese, y á las dos horas se le enterró, sin que nadie le haya reconocido.

—¿Estais seguro de que ese hombre era don Gabriel, padre de doña María?

—Solo sé, dijo Mendavia, que anteayer me hablasteis de una manera amenazadora de ese caballero, como un obstáculo que se oponia á mi casamiento con esta señora; que este casamiento se ha efectuado, y que hoy por la mañana ha aparecido muerto, y puesto á la vista de todos en el átrio de San Sebastian, un caballero á quien por acaso no le ha visto nadie que le conociese, y á quien se ha enterrado rápidamente, por temor sin duda que alguien le conozca.

—Yo no puedo responder, dijo desconcertado el duque de Lerma, de los homicidios que todos los dias se cometen: hay en Madrid mucha gente brava y mal entretenida, y los duelos se repiten con mucha frecuencia, á pesar de lo riguroso de las pragmáticas: para evitar todo rigor se abandona al muerto, y es muy difícil dar con el homicida y con los testigos.

—Segun lo desconcertado que estais, señor duque, dijo Mendavia; no parece sino que conoceis á los asesinos de don Gabriel de Falces.

—¡Asesinos! exclamó acreciendo en turbacion el duque.

—Si; porque el difunto mostraba todas las señales de haber sido asesinado: en su semblante quedaba el gesto terrible de quien

ha sido traidoramente sorprendido, y tenia envainada su espada y su daga.

El duque no supo qué contestar.

Doña María le miraba de una manera terrible, muda, con la severa expresion del juez que escucha las contestaciones de un acusado para juzgar por ellas de su culpabilidad ó de su inocencia.

El duque no podia estar más aturdido: su semblante livido, su mirada cobarde, su voz trémula, la agitacion, que en vano pretendia contener, todo le acusaba.

Mendavia le miraba con un aire de triunfo, de complacencia feroz, y mantenia en su mano derecha, desnuda, su larga y ancha daga.

—Me habeis engañado, exclamó el duque; habiais convenido conmigo en ser mi instrumento; os he pagado bien, y ahora os volveis contra mí, acusándome de un crimen odioso que no he cometido, ni aun pensado cometer.

—Eso puede verse, y se verá, dijo doña María, que estaba pálida como un cadáver: ¡tan infame habeis sido conmigo, señor duque, que nada de extraño tiene hayais cometido otra nueva infamia!

—¿Vos tambien, doña María? exclamó el duque.

Mendavia se gozaba en su obra con una feroz alegria.

—Oid, dijo la jóven: si mi padre es ese desdichado que ayer encontraron muerto, lo sabremos: se le enterró ayer, hace poco tiempo, aun no debe haberse desfigurado.

—¡Desenterrar un cadáver! ¡profanar una tumba! exclamó el duque.

—Cuando es necesario para la justicia, dijo Mendavia, los cadáveres se desentierran.

—Y vos que sois tan poderoso, dijo doña María; vos, á quien llaman el primer rey de España, podeis hacer con una sola orden vuestra que se desentierre ese cadáver, y se me deje ver: si asi no lo haceis, creeré, no solo que mi padre ha muerto asesinado, sino que vos habeis sido el asesino. Pero ¿qué más necesito hacer que ir á mi casa, buscar á mi padre, sí, buscarle; porque si hace un año desaparecí robada de mi casa, hoy apareceré casada y honrada por el sacrificio de este hidalgo.

—Vos no saldreis de aquí, dijo el duque de Lerma.

—¿Que no saldrá de aquí mi esposa? exclamó Mendavia: ¿creeis que yo no soy bastante para hacer respetar su voluntad? ¿creeis

acaso que sois invulnerable, que no podeis morir como ha muerto el desgraciado don Gabriel de Falces?

—Genoveva, dijo doña María yendo á una puerta mientras el duque rujia sordamente de furor.

Apareció la vieja que habia introducido en la casa á Mendavia.

—Dadme un manto, dijo doña María.

—¿Un manto, señora? exclamó asombrada la vieja, mirando con inquietud al duque.

—Sí, un manto y pronto, contestó doña María; voy á salir de esta casa con mi esposo.

—Obedeced, dijo el duque con voz ronca y lúgubre.

La vieja desapareció.

—Espero, dijo doña María, que cuando hoy á las nueve vaya yo á la iglesia de San Sebastian, esté ya dada la órden de que se desentierre el cadáver.

—Lo estará, dijo el duque de Lerma; pero este es un error vuestro, doña María; un error en que os ha envuelto la traicion de este hombre.

—Soy leal á quien debo serlo, á la hermosa y noble compañera que Dios me ha dado de una manera tan extraña, dijo Mendavia; á esta noble y desgraciada señora, á quien amo desde el punto en que la ví, como si la hubiera estado amando toda mi vida; á la que protegeré con todo mi poder, á no ser que por un nuevo crimen la dejeis viuda, como la habeis dejado huérfana.

Apareció entonces la dueña con el manto.

Doña María se lo prendió, y dijo al duque:

—Dad órden de que se nos franquee la salida.

—Abrid la puerta, Genoveva, dijo el duque á la vieja, que estaba asombrada.

Mendavia envainó su daga.

Doña María se asió al brazo de Mendavia, y dijo al duque saliendo de la cámara:

—Ahora voy á mi casa: á las nueve estaré con mis criados en la iglesia de San Sebastian para reconocer ese cadáver; que no se me haga esperar, señor duque de Lerma. Adios.

Y salió.

El duque se quedó entregado á un potente furor.

## XX.

Mendavia le habia dado un terrible golpe sobre seguro, un golpe hábilmente premeditado.

El duque no habia podido contestarle diciendo á Mendavia:

—Tú eres el asesino infame de don Gabriel de Falces, del padre de la esposa á quien te has unido vendiéndote.

Decir esto hubiera sido decir:

—Yo soy el asesino de don Gabriel de Falces, y tú mi puñal, mi instrumento.

El duque no podia decir esto, y Mendavia triunfaba, le arrebatava una mujer adorada.

Aquel miserable hacia un negocio redondo. Emancipaba á doña María del duque, se hacia amar de ella, y entraba en posesion de su herencia.

Para el duque aquel negocio habia sido de todo punto desgraciado. Bien es verdad que todos los negocios le salian mal al duque de Lerma; porque tenia muy poco tino para elegir sus agentes, y estos se le venian encima y le imponian condiciones, cuando no se convertian en sus declarados enemigos.

Si el duque hubiera tenido la facultad de adular á la perfeccion y de manejar sin asomo de conciencia las intrigas, no hubiera llegado á ser ministro universal de Felipe III, y sobrepotente favorito.

Es causa de una profunda admiracion ver cómo siendo tan torpe y tan audaz para empeñarse en intrigas criminales y peligrosas, se sostuvo en el poder durante todo el reinado de Felipe III, es decir, durante veinte años, el duque de Lerma.

Esto solo basta para probar la incapacidad, la debilidad, la completa nulidad de Felipe III, que no pasaba de ser un hombre de bien.

## XXI.

En cuanto estuvieron en la calle, doña María dijo á Mendavia:

—Sé que me amais, que me amais tanto, como puede amar un hombre á una mujer: ignoro por qué misterio habeis contraido por mí, y en tan poco tiempo, una pasion tan profunda.

—La explicacion de ese misterio, señora, dijo Mendavia, es que vos sois un ángel, y así se comprende lo que por mí pasa: allá en otros tiempos, cuando yo era muy pobre, mis padres se empeñaron

en que yo fuese clérigo, por aquello de tener un santo varon en la familia: me enviaron á Salamanca, donde estudié algunos años, y donde aproveché más en esgrima y en galanteos, que en teología. Pero estudiando lei las santas Escrituras, y por ellas sé que el hombre á quien se aparecia un varon de Dios, esto es, un ángel, como no estuviese favorecido por la gracia del Señor, moria, no pudiendo resistir tanta inmensidad de hermosura: hé aquí lo que me ha acontecido esta noche; he visto en vos á un ángel, y mi alma ha muerto en vuestros ojos, porque yo no estoy en gracia de Dios.

—¿Y por qué no estais en gracia de Dios? preguntó severamente doña María.

—Porque me he vendido de una manera vergonzosa, señora. Cuando hace algun tiempo me tratábais con un profundo desprecio, yo sufría las penas del purgatorio; pero me decia, tiene razon; un hombre que se vende á la conveniencia de otro, que se presta á pasar por padre del hijo de otro, que arrastra una mision vergonzosa, es un miserable, indigno de todo respeto.

—¿Y por qué si sabiais eso, lo habeis hecho?

—Porque estaba desesperado; porque gemia bajo la miseria; porque no tenia manera alguna de vivir más que mi espada, y he sido díscolo, audaz; me habian despedido del servicio, y no podia ni aun tener la esperanza de volver á él: no me quedaba para escapar de la miseria otro remedio que el crimen, y el crimen me repugna, señora: yo no he nacido para él; moriria mil veces antes que causar á nadie el más leve mal.

Mendavia era un tunante muy largo, y supo decir con tal apariencia de sinceridad, y con tal acento de verdad sus palabras, que engañó á doña María que era una inocente.

—¡Válgame Dios! dijo; perdonadme; pero ha habido un momento en que he creido que si es cierto que mi padre ha sido asesinado, que habia mandado el asesinato el duque de Lerma, vos érais el asesino.

—¡Jesús mil veces! dijo Mendavia con acento de horror; ¡asesino yo! ¡uno de los soldados más valientes y más leales, permitidme que os lo diga, de los ejércitos del rey de España! ¡yo asesino!... ¡ay doña María, y qué mal me habeis hecho con solo haber pensado de mí de tal modo! no se me cerrará la herida mientras viva, que no será mucho, porque vuestro desden me vá á matar.

Y Mendavia se conmovió de tal modo, que doña María creyó que lloraba.

Son muy pocos los hombres que no se conmueven cuando ven llorar á una mujer; pero las mujeres se conmueven mucho más cuando ven llorar á un hombre por su amor; porque como en general la vanidad es el defecto capital de las mujeres, se sienten halagadas al ver á un hombre llorando por ellas, y mucho más si este hombre es bravo y terrible, incapaz de llorar aunque se vea las entrañas en la mano.

—Perdonadme, amigo mio, perdonadme, exclamó doña María conmovida; pero es tan extraña la situación en que os habeis colocado...

—Os voy á contar cómo ha podido ser esto.

Desesperado yo, me lancé á los piés del duque de Lerma, hace tres días, cuando salia por la antecámara de audiencia de la secretaria de Estado; me agarré á su capilla, y le dije:—Mandad que me echen á galeras por mi atrevimiento, señor; pero no me levantaré de vuestros piés si no quereis escucharme.

Miróme el duque fijamente durante algunos segundos y me dijo:

—Soltad, alzaos, y seguidme.

Volvió piés atrás, me llevó consigo á su despacho, oyó mi pretension, y me dijo:

—Me habeis parecido bien: jóven, determinado, buen mozo, y á propósito para un grave empeño en que me encuentro metido. Pero antes de deciros cuál sea este empeño, habeis de decirme si puedo contar completamente con vuestro cuerpo y con vuestra alma, y sobre todo, si sois capaz de guardar como una sepultura un gran secreto.

Juréle yo hacer lo que me mandase con tal de que me favoreciese, porque estaba de todo punto desesperado, y el duque me habló de vos; que os habiais escapado con él de vuestra casa; que estábais en una situación muy difícil, y que era necesario casaros con un hidalgo tal como yo, que la llevase un buen nombre.

Consentí y me dijo:

—Tomad y compraos galas; el negocio se llevará á cabo; pero queda siempre el peligro del padre de esa señora, que es un hombre terrible; pero ya se procurará evitar este peligro.

—He ahí en lo que consiste el que yo me haya vendido, y el que haya sospechado que el caballero que se ha encontrado muerto y á quien nadie ha podido reconocer, fuese vuestro padre, mandado asesinar por el duque.

Yo hubiera callado, señora, mis sospechas por no lastimaros,

por no haceros horrorizar del hombre de quien os creia enamorada; pero os ví, os amé, me empeñásteis con vuestro desprecio, me dejásteis solo y muerto; pasaron tres horas, dieron las doce, se apagó la luz, sentí en la cámara las pisadas de un hombre, tuve celos, detuve aquel hombre, era el duque de Lerma, disputamos, acudisteis vos, y lo demás lo sabeis.

—¡Dios quiera que mi padre viva, contestó doña Maria, y haga de nosotros en buen hora lo que quiera, que razon tiene para ello! Pero vamos de prisa, porque aun queda un buen trecho: mi padre vive en la calle del Sacramento.

## XXII.

Se encontraban entonces en la calle de Atocha, cerca de la Plaza Mayor.

Siguieron adelante á buen paso, hablando sobre la situacion; hipócrita, y sagaz, Mendavia: ella inocente, dolorida, anhelante; en la mejor situacion de ánimo para el artificioso Mendavia.

Llegaron al fin á una gran casa en la calle del Sacramento.

Doña Maria dió tres fuertes golpes con el enorme llamador de hierro de su puerta.

Al cabo de algunos minutos respondió un criado.

—Abrid, Anselmo, dijo doña Maria.

Oyéronse unos pasos precipitados, y la puerta se abrió inmediatamente.

—¡Oh! ¿qué es esto, señora? dijo Anselmo, que era un criado viejo, uno de estos antiguos criados que ya no existen, que nacia y morian en la casa de sus amos, y venian á formar parte de la familia. ¿Vos aquí, acompañada de un hombre, y despues de lo que ha sucedido?

—Este caballero es mi esposo, dijo doña María.

—¡Vuestro esposo!

—Sí; mi esposo, por ante la Santa Madre Iglesia, dijo doña María.

—¡Ah! pues más vale así, dijo Anselmo, que se creia con derecho á interesarse por el honor de su amo.

—¿Y mi padre? exclamó anhelante doña María.

—¡Ah! señora! desde anoche á las once que salió de casa, no le hemos vuelto á ver. Antes de salir me habia pedido su mejor espada, y su mejor daga, y veinte y cinco doblones que yo puse en una

bolsa. Se le ha buscado por todas partes y no parece; se ha ido á casa de todos sus amigos y no se le ha encontrado; debe haber sucedido alguna gran desgracia al señor.

—¡Mi padre ha muerto! ¡le han asesinado! exclamó llorando doña María. ¡Que la maldicion de Dios caiga sobre los asesinos!

Mendavia se estremeció de una manera poderosa. Afortunadamente para él, doña María se habia soltado de su brazo, y Anselmo y ella estaban tan dominados por la situacion, que no pudieron notar el estremecimiento y la palidez de muerte que pasaron con la rapidéz del relámpago por el cuerpo y por el semblante de Mendavia, que se rehizo inmediatamente.

—Subid, subid, esposo y señor, dijo doña María; desgraciadamente estais en vuestra casa, porque esta casa es ya mia, por la muerte de mi padre, y lo que es mio, es vuestro.

Anselmo les precedió por unas magnificas escaleras de mármol, por una ancha galería, abrió una mampara, atravesó una antecámara, y entró en una grande y ostentosa cámara, en que resaltaban un gran lujo y una gran riqueza.

Anselmo encendió algunas bujías que estaban en candelabros de plata sobredorada y cincelados.

Nuestro falso lujo de hoy no puede ni remotísimamente compararse con el costoso y, por decirlo así, macizo lujo de nuestros abuelos.

La córte de España estaba devorada en aquellos tiempos por un lujo monstruoso; se estaba en los buenos tiempos del arte, y se hacia tomar al oro y á la plata lo bello de la forma.

Los pintores tenian quien les encargase cuadros y quien se los pagase bien. Flandes nos enviaba sus ricos tapices: la escultura tomaba gran parte en las construcciones: el lujo, pues, era bello y artístico, lo que es una misma cosa.

Hoy no se ven aquellas magnificas vagillas; hoy no se ven aquellas enormes cámaras ensambladas, escultadas, entapizadas, régias: todo aquello ha pasado.

Hoy el utilitarismo ha adulterado, ha falseado el lujo; hoy cuesta muy caro lo que nada vale en la materia y lo que nada tiene de bello y de artístico.

### XXIII.

A Mendavia se le alegró el alma al ver aquella cámara que parecia robada al palacio real.

Doña María debía ser riquísima.

—Dejadnos solos, dijo esta á Anselmo, que salió mirando con recelo á Mendavia.

—La situacion en que nos encontramos, dijo doña María, exige una franca esplicacion por mi parte. ¿Qué habeis pensado de mí?

—He pensado que amábais al duque de Lerma.

—Os habeis engañado, dijo doña María; yo no puedo amar á un infame: me he visto obligada á sucumbir á él: oid. En mal hora hace dos años heredó mi padre una buena hacienda en España, que por desgracia le disputó otro pariente del difunto que se creia con mejor derecho. Habeis de saber que los americanos son muy dados á los pleitos, y que nunca están más contentos que cuando en más pleitos están empeñados. Esto para ellos es al mismo tiempo lujo y entretenimiento. Mi padre tenia muchos pleitos en Méjico; pero le pareció mucho mejor un pleito en Madrid, y se vino á España; y por no dejarme sola, porque mi madre habia muerto cuatro años antes, me trajo consigo.

—¡Ah! dijo Mendavia; ¿vos sois americana?

—No, soy peruana; mi madre vivia en Lima, donde la conoció mi padre, donde se casó, donde nací y donde viví los primeros años de mi vida. No se puede ser más noble que lo que yo lo soy: por mi padre desciendo de Motezuma, por mi madre de Atahualpa.

## XXIV.

Detúvose doña María é inclinó la cabeza sobre el pecho.

Mendavia la miraba enamorado, vivamente interesado por su relato que le iba sonando á mucho dinero.

Doña María continuó:

—Llegamos á Madrid, se aposentó mi padre casa de un pariente, y sobre la marcha compró esta casa á los herederos del alcalde de Casa y Corte don Rodrigo Vazquez de Arce, que fué del consejo del rey Felipe II; se lo he oido decir muchas veces á mi padre. La enriqueció con muebles, tapicerías y cuadros, y nos vinimos á ella. Muy pronto mi padre, como era inmensamente rico, tuvo grandes y poderosos amigos; entre ellos al infame duque de Lerma. Vióme este, se enamoró, y como es un hombre acostumbrado á dar rienda suelta á su voluntad, me requirió de amores; amores imposibles, que yo no debí acojer, porque Lerma es un hombre casado. Además, aunque no lo hubiera sido, y á pesar de su grandeza, yo no hubie-

ra acogido las pretensiones de Lerma, porque me repugnaba; parecia que un secreto instinto me decia que él habia de ser mi verdugo y el de mi padre.

Volvió á estremecerse Mendavia.

## XXV.

Por esta vez se apercibió del estremecimiento doña María; pero le tradujo en favor de Mendavia.

—¡Ah! dijo; vos os indignais muy pronto; aun queda, aun queda.

—Y decidme, señora, preguntó Mendavia; ¿cómo habeis llegado á amar á ese hombre?

—¡Ah! yo no he amado nunca, contestó doña María, á cuyos ojos salió una llamarada, á lo que podriamos llamar la virginidad de su alma.

—¿Y cómo era, señora, que estábais en poder del duque de Lerma?

—Por una traicion.

—Me dijisteis, si mal no recuerdo, que os habiais prestado á casaros conmigo sin haberme conocido, y sin saber quién yo era, porque os lo habia suplicado una persona á quien no podiais negar nada.

—¿Y qué puede negar la víctima al verdugo? Además, yo os hablaba con desden, porque aun no conocia las circunstancias que os habian obligado á prestaros á un empeño del duque de Lerma.

—Y en el punto á que han llegado las cosas, dijo Mendavia, me alegro de haber sido débil y de haberme prestado á exigencias que en otra situacion hubiera rechazado: he encontrado en vos, os lo repito, un ángel.

—Un ángel muy débil, contestó doña María; pero continuó: Desesperado el duque por la energia con que yo rechacé sus miserables proposiciones, se disculpó, protestó de que no habia querido ofenderme, y me juró que no volveria á avergonzarme con una proposicion indigna.

Cumplió en efecto su palabra, hasta el punto de escasear sus visitas á mi padre, y de hacerlas cesar por algun tiempo.

Mi padre se ofendió, porque si el duque habia prescindido de su orgullo hasta el punto de pretender la amistad de mi padre, era porque mi padre era reconocido por la fama más rico de lo que

en efecto lo era; y como Lerma necesitaba para sus locos y dispendiosos gastos un río de oro, habia pensado utilizar la amistad de mi padre, que al poco tiempo de su conocimiento con el duque, se vió asaltado por este con demandas de dinero, que mi padre satisfizo largamente como préstamo al rey, sin interés y sin documentos de ninguna especie.

La mitad de la fortuna de mi padre, por lo menos, habia sido devorada en muy poco tiempo por Lerma, que tomaba por pretexto al rey.

Mi padre, pues, no pudo menos de extrañar la completa retirada de Lerma, é ignorando que me hubiese pretendido, me dijo:

—Hé aquí lo que son estos grandes señores, sanguijuelas voraces é insaciables que se agarran al cuerpo robusto de donde pueden sacar una gran cantidad de sangre: he sido un insensato; se me ha llevado la mitad de mi hacienda; pero no importa; con lo que me queda somos todavía bastante ricos; y me alegro, porque una leccion tal como esta, nunca es demasiado cara.

Mi padre no volvió á hablar más de tal asunto.

Pasó algun tiempo, y un día al salir del coliseo de la Cruz, resbalé por las escaleras, y hubiera caído á no sostenerme un jóven caballero.

Le dí las gracias, dióselas mi padre, entablaron no sé cómo una conversacion, nos acompañó hasta el coche, mi padre al despedirse le ofreció su casa, lo que me extrañó mucho, porque mi padre no acostumbraba á hacer tales ofrecimientos.

Me habia á mi agrado don Baltasar de Carmona, que así se llamaba este caballero, por su figura y por su cortesía; pero fué aquello una impresion fugaz, que pasó muy pronto; y ya me habia olvidado yo de él, cuando al tercer día vino á hacernos una visita.

Mi padre le acojió bien, y su ingenio, su buen decir y su discrecion volvieron á impresionarme. Pagóle mi padre la visita, y don Baltasar volvió de allí á ocho días.

Habia seducido á mi padre de una manera muy fácil; hablándole de su pleito que estaba en Valladolid, y de la buena amistad que tenia con algunos de los jueces de aquella chancillería.

Mi padre, franco y rudo, como quien estaba acostumbrado á que todos le adulasen y le respetasen por rico, indicó á don Baltasar que si era necesario dinero para que los oidores le hiciesen justicia, dispusiese de cuanto fuera necesario, porque no habia venido á España á buscar un aumento de hacienda, sino á satisfacer un empeño.

Don Baltasar se ofendió; aseguró á mi padre que donde estaba la amistad no cabía el dinero, lo que acabó de poner á mi padre de parte de don Baltasar.

Sus visitas fueron ya diarias y largas: por último, nos acompañaba á todas partes, ya al lado de nuestro coche á caballo, ya dentro de él.

Yo habia acabado de impresionarme: era muy jóven; como que apenas contaba diez y siete años: ví, engañada por la acogida que mi padre hacia á don Baltasar, creí que andando el tiempo ningun obstáculo se opondría á nuestra unión.

Don Baltasar me trataba de la manera más respetuosa: no me habia dicho una sola palabra de amor, ni al darme la mano para subir ó bajar al coche habia estrechado una sola vez mi mano: esto me hubiera ofendido, os lo aseguro: por el contrario, el respeto con que don Baltasar me trataba, me enamoraba más y más de él; porque me creía amada, aunque nada me habia dicho sino con los ojos; pero estos me miraban continuamente con un amor inmenso; á lo menos yo lo creía así; y esto en miradas furtivas, cuando mi padre no podia apercibirse de ello.

Acabamos al fin de ponernos en una completa inteligencia, sin habernos dicho una sola palabra de amor, sin haber cambiado una sola carta.

## XXVI.

Un dia, continuó la jóven despues de un momento de silencio, entró en mi aposento mi padre, y me dijo colérico, entregado á su terrible carácter:

—La corte es un lodazal inmundo donde no hay más que reptiles.

—¿Por qué decis eso, padre mio? le pregunté dominada por un vago temor.

—Don Baltasar, contestó mi padre con la voz trémula, don Baltasar, el buen caballero, con su hábito de Calatrava, con sus ínfulas de mayorazgo, el pordiosero, el hipócrita, ¿sabes con lo que ha salido hoy ese buen hombre? Con pedirte por esposa. ¡Ah! le atraian mis talegas, sí, eso es; si hubieras sido una pobre muchacha no se hubiera acordado de tí; ¡casarte yo con un pelon, con un simple hidalgo!.. ¡Dios de Dios! le he echado á la calle poco menos que á puntapiés. No volverá, no, es cobarde y bajo: ¿supongo que tú no habrás dado ningun motivo á su atrevimiento?

—No, padre mio, no, exclamé asustada por la cólera de mi padre; yo no le he considerado nunca sino como amigo vuestro.

—¡Sí, sí, amigo! ¡muy amigo de mis doblones! añadió mi padre, creciendo en cólera. ¡Ah! en la corte no se estima á nadie, sino por lo que vale; al que viene aquí de buena fé, le engañan; aquí no se conocen ni la amistad, ni el honor; y si no fuera por el pleito, porque si lo abandono creerán que me he desalentado por falta de razon, mañana saldriamos de Madrid para volvernos á Méjico. No hablemos más de esto: te repito que de tal manera le he contestado, que no volverá: ¡y gracias... á que nada te ha dicho; gracias á que no te encuentro enamorada de él. Lerma me ha robado algunos millones, y este otro pícaro queria robarme lo que yo estimo más que todos los tesoros del mundo. Si te hubiera empeñado el corazon, le mato, vive Dios, por vengarme del daño que te hubiese hecho. Vamos, vamos, afortunadamente tú no le amas, ni tienes por él el más leve empeño: no volverá: asunto concluido: no volvamos á hablar de él.

## XXVII.

Amaba yo tanto, ó creía amar á don Baltasar, que no me atrevi ni aun á ponerme triste por temor de que sospechase mi padre, se fuese á buscar á don Baltasar, le provocase y le diese de estocadas; porque mi padre era terrible: se habia propuesto que yo no me casase con nadie, porque decia: para un rey eres poco, y para el que no sea un rey, mucho. Pero le habia yo visto tan amigo de don Baltasar, tan encariñado con él, que por él creí se olvidaria de su soberbio propósito. Ante mi juicio, mi padre no habia tenido razon en romper con don Baltasar, por el solo hecho de haberle pedido mi mano. Yo no creí que don Baltasar hubiese dado este paso por nuestro dinero; se le tenia por muy rico, era muy noble y muy principal, y sobre todo me parecia ciegamente enamorado de mi.

Sentí más por el sufrimiento que en él suponía, que por el mio propio, lo que habia acontecido, y acabé de enamorarme, pero de una manera desesperada. Suponia yo que gravemente ofendido don Baltasar, renunciaria á mí; pero por otra parte le creía ciego por mi amor, y capaz de todos los sacrificios. No tardé en tener la prueba ó en creer tenerla de esto último.

Don Baltasar sobornó á una de mis doncellas y recibí una desesperada carta suya, en que me decia, que ninguna disculpa podia encontrarse en el proceder de mi padre, sino considerándole como

un tirano; que la autoridad paterna tenia su límite en la lícita felicidad de los hijos; y que si yo le amaba, como él creía, se lo demostrase uniéndome á él de una manera secreta; que mi menor edad no importaba, porque él tenia gran valimiento en la corte, y allanaría todos los obstáculos, si yo, amándole como merecía su amor, consentía en ser su esposa.

Esta carta estaba escrita de una manera tal, que cada una de sus palabras se me entró en el corazón.

Sin embargo, no contesté.

Don Baltasar me envió otra carta, en que ya la desesperación era infinita, y que me volvió loca.

Le contesté que no se desesperase; que diese tiempo al tiempo, que yo le amaría siempre, y que amándonos, todo lo demás importaba poco; porque la verdadera unión de dos almas, es el amor.

No sabía yo, ¡desdichada! entonces lo que era el amor; me lo fingía yo; creía que don Baltasar tenia un corazón semejante al mío: en una palabra: más adelante me convencí de que no amaba yo á don Baltasar, sino á un fantasma imposible que mi corazón había soñado. En fin, fueron y vinieron tantas y tales cartas, me apasioné de tal modo á mi sueño, y enloquecí tanto, que me escapé de mi casa con don Baltasar, que me esperaba, creyendo yo que inmediatamente nos uniríamos, que todo estaba preparado para ello, y que mi padre se vería obligado á reconocer nuestra unión ó á vivir sin mí, lo que me parecía imposible.

## XXVIII.

María calló y dobló la cabeza como abrumada por el recuerdo de esta parte de su historia.

Después de algunos segundos de silencio, continuó:

—Era la media noche, cuando protegida por la traidora doncella, tercera en mis amores con don Baltasar, envuelta en un manto, salí con ella por el postigo del jardín de esta casa.

A poca distancia me esperaba con una silla de manos don Baltasar.

Entré en la silla separándome de mi doncella, y la silla se puso en marcha adelantando rápidamente.

Al cabo de media hora la silla se abrió.

Me encontré á oscuras; al salir pisé mármol.

—Venid, me dijo don Baltasar: dadme la mano; la prudencia

exige lo que veis; dentro de poco estaremos unidos ante Dios y ante los hombres.

Esta declaracion de don Baltasar dispó el terror que me habia causado el encontrarme á oscuras al salir de la silla y pisando el pavimento de una habitacion.

La silla habia penetrado en una casa, que aun ignoro cuál fuese, sin haberlo notado yo. A poco que anduvimos, don Baltasar, cuyo silencio empezaba á inquietarme, me dijo:

—Vamos á subir unas escaleras; aqui está el primer escalon, no tropeceis.

Y no volvió á hablarme hasta pasado algun tiempo que me dijo:

—Adelantad sin cuidado; ya ha terminado la escalera.

Mi cuidado aumentaba; habia algo de extraño en la voz de don Baltasar.

Al fin, despues de haber andado algun espacio, sentí que pisaba alfombra.

—Esperad aqui, me dijo; voy á pedir luces.

Se fué, y no le he vuelto á ver, ó mejor dicho á oír; porque no le habia visto.

La noche éra demasiado oscura, y solo habia podido ver su bulto al entrar en la silla de manos.

## XXIX.

María hizo una pausa mayor que las anteriores.

Parecia como que la costaba gran pena y gran trabajo continuar su relato.

Por fin dijo:

—Vinieron las luces; pero quien las traia, no era ciertamente don Baltasar, sino el duque de Lerma.

Al verle arrojé un grito de espanto y quise huir; pero me encontré encerrada.

Dispensadme que al llegar á este punto pase por alto avergonzada: lo confieso, debí morir, debí arrostrarlo todo; pero tuve miedo, fui débil, y cuando me sentí madre... ¡oh! no sabeis lo que se ama á los hijos. Yo no podia perdonar á Lerma, no podia menos de aborrecerle, y sin embargo, por el sér que Hevaba en mis éntrañas me propuse engañarle, confiarle, para poder libertarme huyendo de él, de un sufrimiento horrible, y tal vez de una inmensa desgracia á mi hijo. He sabido mentir, he sabido hacer el sacrificio, y Lerma se

creía aun esta noche amado por mí. Al poco tiempo de haber contraído esta creencia, el duque me dijo:

—Estamos de enhorabuena, amiga mía; el miserable que se me vendió para enamorarnos, para seduciros, para traeros á mis brazos ha sido muerto por vuestro padre, por vuestro terrible padre, y no ha tenido tiempo para revelar vuestro secreto.

—¿Y cómo ha sabido mi padre que era don Baltasar el hombre con quien yo me había fugado?

—Vuestro padre ha encontrado, andando en vuestros muebles, las cartas que os escribía don Baltasar; le ha buscado, le ha encontrado en el Mentidero, le ha abofeteado furioso, se ha concertado un duelo, y á la primera estocada de vuestro padre, don Baltasar ha pasado á mejor vida. Téngale Dios en descanso.

—Pero á mi padre puede sucederle una desgracia á consecuencia de ese duelo, dije.

—Nada puede acontecerle, me dijo Lerma, siendo yo casi, casi el rey de España; y hubiera sido muy ingrato dejando se le castigase por la muerte de don Baltasar, que era para mí una verdadera polilla, que roía en el oro de mis arcas: porque cuando me negaba á una irritante exigencia suya, me amenazaba con revelarlo todo á vuestro padre. Muerto don Baltasar, muy lejos de aquí la doncella que estaba en el secreto, nada puede saber vuestro padre: yo he influido ya para que le despachen favorablemente su pleito: se cansará en inútiles pesquisas en busca vuestra, se irá, y quedaremos completamente libres, gozando de nuestro amor.

Yo sonreía á aquel infame, como si hubiese sido tan infame como él lo era.

Pasaron así tres meses; encerrada yo, sin ser vista de nadie, más que de algunos criados de toda la confianza del duque: pero el duque no sabía que mi padre había trabajado laboriosamente y en silencio para descubrir mi paradero.

Se había valido de informaciones minuciosas sobre la vida del difunto don Baltasar, había averiguado que el mayorazgo de don Baltasar era ciertamente rico, pero que tenía tan empeñadas las rentas, que don Baltasar se veía casi reducido á la miseria: supo que la ostentación que había encontrado á nuestros ojos don Baltasar, provenía de haber sido favorecido de repente por el duque de Lerma: por último, que Lerma le había sacado ostensiblemente de grandes compromisos.

Esto bastó para que mi padre hiciese seguir los pasos de Ler-

ma, especialmente de noche, y averiguase que todas ellas á las doce entraba en una casa, por el postigo de su jardin.

Tenaz y prudente mi padre, y no queriendo dar un golpe en vago, pretendió sobornar á los criados del duque, que estaban sirviéndome en aquella casa; pero temian tanto estos á su amo, que le dieron parte de que se les habian ofrecido grandes sumas de dinero si revelaban las personas que vivian en aquella casa, y si habia alguna oculta.

El duque para cerciorarse mejor encargó á uno de los criados hiciese como que consentia, procurase averiguar la persona que tenia interés en aquellas noticias, y se acercase á él.

Así supo el duque cómo mi padre habia podido llegar á entretener algo acerca de mi paradero.

Yo me aterré; lo temia todo de mi padre; pero el duque se sonrió y me dijo:

—Volvereis á perderos, yo os lo aseguro; pero tan bien, que vuestro padre no podrá acercarse á vos.

Por la tarde, esto sucedió anteayer, despues de comer sentí un malestar horrible, una angustia infinita, la agonía de la muerte, y creyéndome próxima á comparecer ante Dios, pedí un confesor.

—No, confesor, no, me dijo Lerma que estaba solo conmigo: ¿para qué quereis un confesor? ¿creeis que vais á morir?

Estas fueron las últimas palabras de Lerma que escuché: se entorpecieron mis oidos, se nublaron mis ojos, se apoderó de mí una languidez insoportable, y despues... despues me encontré en un lecho, en una habitacion magnífica, pero que no conocia.

Junto á mí estaba Genoveva, la vieja que habeis visto en la casa de donde hemos venido.

Fuí volviendo lentamente en mí, luchando con una especie de letargo que se desvanecia: sonó cerca un reló, que marcó cinco campanadas.

—¿Qué es eso? dije á Genoveva; las cinco de la tarde: yo no he oido nunca ese reló; yo no he estado nunca en esta habitacion; muy pronto ha oscurecido hoy.

Yo habia caido en aquel letargo á las cuatro de la tarde; poco antes de que me acometiese el vértigo las habia oido, proviniendo del reló del alcazar.

—No, no son las cinco de la tarde, señora, sino las cinco de la mañana.

—¡Cómo! exclamé; ¿pues qué es esto?

—Que su excelencia os hizo tomar ayer en la comida unos polvos, que os pusieron de tal manera, que parecíais muerta: como que se llamó á frailes, que os estuvieron velando hasta que se os trasladó aquí.

Callé aterrada.

El duque para hacer perder la pista á mi padre, me habia hecho pasar por una tumba aparente: pero que debia hacer creer á mi padre muerta su hija.

### XXX.

Se esplicó Mendavia lo de los frailes y lo del ataud que habia sorprendido cuando se volvia contrariado, porque no habia podido robar al amante de la Costanilla de San Andrés. Pero se guardó muy bien de decir á María que habia visto aquello.

### XXXI.

La jóven continuó:

—Algún tiempo despues se presentó Lerma y me dijo:

—Vuestro padre no nos inquietará ya más, yo os lo aseguro. Si averigua, se encontrará con que estais casada.

—Cómo, ¿pues no se me ha hecho pasar por muerta?

—Ese es un recurso que tomé desesperado; pero despues he encontrado otra cosa mejor: un hidalgo jóven, buen mozo, que consiente en casarse con vos, y que poco despues de haberse casado partirá para el Perú.

—¿Cuándo os dijo eso el duque? dijo Mendavia.

—Hoy por la mañana, ó por mejor decir, ayer por la mañana, porque ya estamos en las dos de la madrugada del otro dia.

—¡Ah, miserable! exclamó Mendavia; ya habia muerto vuestro padre cuando eso os decia.

—¿Pero estais seguro de que haya sido el duque el asesino de mi padre?

—Así lo parece, dijo prudentemente Mendavia; yo lo sospeché por lo que me dijo acerca de que era necesario quitar de enmedio un gran inconveniente, antes de que yo me uniese á vos: ¿no habeis visto, además, la turbacion del duque cuando yo le acusé á bulto de ese crimen?

—¡Sí, sí, es verdad! ¡él ha sido, no ha podido ser otro que él!

y por lo que nos ha dicho Anselmo, el pedir mi padre anoche, tarde, para salir solo, una buena espada y una buena daga, es una prueba evidente de que tenia concertado un duelo.

—¡Oh, sí, indudablemente! dijo Mendavia con la mayor naturalidad: vos habeis pensado en lo que á mí no se me habia ocurrido, en lo que no os ha revelado, sin duda porque no le convenia, Lerma: vuestro padre obedeciendo á su carácter y por los indicios que tenia, debió irse sobre Lerma, provocarle á un duelo y acudir lealmente á él, mientras el duque le enviaba un asesino.

—Pero si esa suposicion es cierta, dijo doña María, mi padre debió llevar al duelo testigos.

—Indudablemente, dijo Mendavia, que estaba seguro de que los testigos del padre de María no le habian reconocido: yo buscaré á esos testigos con gran maña, y los encontraré; porque han debido ser amigos de vuestro padre. Además, que estas cosas se saben entre la gente ociosa, y no tengais duda de que se acusará de este asesinato á Lerma, aunque en voz muy baja, como se le acusa de otras no menores infamias.

—¿Y no me vengareis si efectivamente el duque ha asesinado á mi padre, lo que aunque parece cierto no es todavia indudable?

—Decidme de qué modo he de vengaros, y os vengaré.

—¿De qué modo? Teneis razon; ¿cómo vengarse de ese malvado? exclamó profundamente pensativa doña María. Si se le acusa ante la justicia, como para los poderosos no hay justicia en España, quien le acuse será castigado como calumniador; si le provocais á un duelo, contestará asesinandoos.

—¡Ah señora! contestó Mendavia, ¿creeis que viviré yo mucho despues de lo que me he atrevido á hacer por vuestro amor?

—¡Ah no! yo no puedo contribuir á la desgracia de nadie, dijo doña María; huiremos de aquí, apenas tengamos la prueba de la muerte de mi pobre padre, para que me pongan en posesion de mi herencia en Méjico. Además de esto, el duque tal vez os deje tranquilo, si no le provocais, si no ve en vos un peligro: sabe que una vez libre de su poder, nada puede conseguir de mí, tanto menos si comete en daño vuestro un delito. Yo soy ya cosa terminada para ese asesino: además, porque él sea un malvado, porque él haya causado de tal modo mi eterna desgracia, no puedo yo ser tan infame como él: libre por su poder de la justicia, no apelaré yo á ella para librarme del asesino; Dios le castigará.

Doña María guardó silencio.

—Ahora bien, dijo Mendavia; ya que me habeis relatado vuestra tristísima historia; ya que me habeis afirmado, y yo lo creo, que no habeis amado aun, porque lo que creisteis amor por ese don Baltasar fué un sueño de vuestra alma, ¿podré esperar que me ameis?

—Aun no os conozco, dijo doña María; habeis aparecido ante mí de una manera poco digna, aunque bien es verdad que no me habeis encontrado en muy digna situacion: no tengo derecho para reprocharos. Si es cierto que debisteis arrostrar todas las consecuencias de la miseria, antes que consentir en prestaros á lo que de vos se ha exigido, tambien es cierto que yo debia arrostrar la muerte antes que la deshonra: los dos hemos sido débiles, cobardes: en cambio, vos os habeis alzado de repente, y despues de haber cometido una indignidad, habeis obrado como obra un hombre de honor. Por el momento me llevais ventaja; yo me encargo de pagaros lo que habeis hecho por mí, salvándome de ese infame, con toda la lealtad, con toda la sumision de una buena esposa, con todo el amor de mi alma. No he amado; pero tengo tan desgarrado el corazon y tan sangriento, que no sé si podré amar. Ahora os suplico que me dejeis sola: todo lo que tenia que deciros os lo he dicho; estoy anhelante, enferma; me vá á parecer un siglo el tiempo que trascurra hasta las nueve de la mañana, hora en que saldré de dudas, acerca de la suerte de mi padre. Adios; buenas noches. Afuera encontrareis á Anselmo, que os servirá; sabe que sois mi señor y mi marido, y que por lo mismo sois el señor de esta casa, mientras mi padre no parezca.

Mendavia asió una mano de doña María, se la besó respetuosamente, y salió.

—¡Ah! murmuró al salir; el duque no me matará, y se guardará muy bien de decir que yo maté al otro: ella no lo sospechará nunca, y me parece que le ha llegado su hora de amar á esa divinidad indiana, riquísima: y la amo, como no he amado nunca. ¡Qué feliz soy!

### XXXII.

En una de las antecámaras encontró á Anselmo que esperaba.

—Llevadme, le dijo, donde repose hasta las ocho de la mañana, en que si me he dormido, que no lo espero, porque lo que sucede es muy grave y bastante para desvelar á cualquiera que no hubiese dormido en cien años...

—¡Cómo! ¿no pasa el señor la noche con la señora? dijo sencillamente Anselmo.

—No, la señora, como es natural, está enferma.

—Por lo mismo....

—La señora ha querido quedarse sola.

—¡Ah, perdonad, perdonad! yo no he debido entrometerme... vuelvo á rogaros que me perdoneis; he nacido en la casa, he venido de allá con la niña y con su señor padre; yo soy peruano: he nacido en una hacienda de la familia de la niña; yo llamo á la señora la niña, al uso de la tierra. Pero ¿á dónde quiere el señor que yo le coloque? Como aquí no habia más hombre, es decir, como en la familia del señor no habia más hombre que el señor, será necesario que yo os lleve á su aposento. Por desgracia, el lecho está intacto como se hizo anteayer.

—Bien, bien: ¿dónde ha de reposar un hijo mejor que en el lecho de su padre?

Media hora despues sobre aquel lecho que no habia podido descomponer el asesinado, dormia profunda y tranquilamente el asesino.

### XXXIII.

A las ocho de la mañana Anselmo encontró no solo dispuesto, sino levantado y vestido á Mendavia.

—¿Y la señora? le preguntó á Anselmo.

—Ha pasado muy mala noche: me parece que no se ha desnudado.

—Id y decidla si puede recibirme.

—¿Cómo? exclamó Anselmo; pues qué ¿no sois vos el marido de la señora?

—Y bien, ¿qué? yo trato á mi esposa con sumo respeto, ¿lo entendéis? id.

Anselmo salió y volvió á poco.

—La señora os espera, dijo.

—Llevadme á donde está la señora, porque yo no sé andar por esta casa, dijo Mendavia.

Anselmo condujo á este á una habitacion bellisima, distinta de la en que habia hablado la noche anterior con doña María, y encontró á esta completamente vestida, con las señales de insomnio y del llanto en los ojos.

—Mi buen Anselmo, dijo; haced que pongan un coche, y avisadnos en cuanto esté dispuesto.

—Sí, sí, indudablemente son marido y mujer, murmuró Anselmo al retirarse: ella no saldría en público y en coche con un hombre que no fuese su marido: ¿pero por qué se tratan con tanto respeto? yo juraría que se quieren: vamos, esto no lo entiende nadie.

#### XXXIV.

—¿Habeis llorado? ¿no habeis dormido, señora mia? dijo con un profundo sentimiento Mendavia.

—Soy muy desgraciada, contestó la jóven.

—¿Y no puedo yo consolaros de vuestras desgracias?

—Procuradlo, dijo doña María; aunque ellas son tales y tan grandes, que no tienen consuelo.

—Si me amárais alguna vez...

—¡Ah! aunque eso sucediese, en nuestro amor habria siempre terribles recuerdos: ese hombre...

—Ese hombre es demasiado poderoso y demasiado miserable para que podamos vengarnos de él sin cometer un crimen.

—¡Ah no, no! dijo doña María, yo no pienso en el crimen, ya os lo he dicho; que le castigue Dios, ya que no puede castigarle la justicia de los hombres; porque aunque ese hombre pereciera, la memoria de su infamia existiria siempre entre nosotros.

—No, doña María, no; yo os considero tan pura como un rayo del sol: no ha estado en nuestra mano evitar lo que ha sucedido; habeis sido una victima, una mártir.

—He debido ser mártir por completo, he debido morir.

—Y si vos hubiérais muerto, si yo no hubiera sucumbido por debilidad á las exigencias de Lerma, ¿cómo pudiéramos habernos conocido? ¿cómo sin conocernos hubiera yo sentido este inmenso, este divino amor que me ennoblece, y que me hace bueno? ¡Ah! lo conozco, señora; vos sois mi salvacion, mi vida: vos, sin quererlo, habeis sacado á un condenado del infierno. El amor es la virtud y la misericordia de Dios, cuando es como yo lo siento: me habeis engrandecido: por vos soy capaz de todo.

—No hablemos, no hablemos de eso, cuando vamos á salir de la horrible duda, de sí mi padre ha muerto ó no.

## XXXV.

En aquel momento apareció Anselmo, y dijo:

—El coche está dispuesto.

—Pues bien, dijo doña María: id vos en el pescante con Pedro; supongo que Pedro será todavía nuestro cochero.

—Si señora.

—¿Continúan sirviendo en la casa Juan y Martin?

—Si señora.

—Pues bien, que vayan en la zaga: vamos, señor mio.

## XXXVI.

Doña María salió de su habitacion asida de la mano de Mendavia, llegó á las galerias, bajó unas magníficas escaleras, atravesó el inmenso zaguan, y entró con Mendavia en un gran coche, cuya portezuela tenia abierta un lacayo sombrero en mano.

Este, el cochero y otro lacayo miraban con asombro á su jóven señora, y con mucho más asombro á Mendavia.

Anselmo estaba ya en la delantera al lado del cochero.

—A la parroquia de San Sebastian, dijo doña María al lacayo, que cerró la portezuela, y trasmitió la órden al cochero, saltando despues á la zaga del carruaje, donde habia otro lacayo.

El carruaje partió, y un cuarto de hora despues se detuvo delante de la puerta de la iglesia de San Sebastian, por el lado de la calle de Atocha.

Doña María y Mendavia bajaron del carruaje y atravesaron el átrio.

Al llegar á la puerta de la iglesia, Mendavia dijo señalando á la derecha:

—Ahí estaba ayer vuestro padre, expuesto á la vista de los transeuntes, en medio ataud de ánimas.

—¿Y qué es un ataud de ánimas? preguntó la jóven.

—Un ataud de ánimas es el que sirve para llevar á la sepultura á los pobres de solemnidad: ese ataud no se entierra nunca, porque el cadáver que contiene es enterrado sin ataud.

—¡Y para esto han servido sus inmensas riquezas á mi padre! dijo tristemente doña María.

## XXXVII.

Entraron en la iglesia.

Doña María se arrodilló en el presbiterio y oró.

Mendavia se arrodilló tras ella, y oró tambien con toda su alma: juró á Dios pagar, cuanto pudiese sus culpas, entrando en el camino de la virtud y haciendo cuanto le fuese posible feliz á aquella desdichada: ofreció tambien hacer una confesion general, y someterse á la penitencia que le fuese impuesta, por dura, por terrible que fuese.

Hacia muchos años que Mendavia no habia rezado, ni aun acordándose de Dios. El amor cuando es de buena raza, hace milagros.

Se levantaron despues de haber orado algunos minutos aquellos dos estraños esposos, entraron en la sacristia, preguntaron por el cura, y este los recibió en su habitacion que estaba adjunta á la iglesia.

Era este sacerdote un anciano venerable, en cuyo semblante resplandecia la virtud: un hombre en quien á primera vista se encontraba al sacerdote del Evangelio.

Les hizo sentar afablemente, y escuchó primero con dulzura y despues con consideracion á doña Maria, que le dijo:

—Ayer ha sido expuesto á la vista de todo el mundo en el átrio de vuestra iglesia, padre mio, un caballero muerto á hierro, y solo estuvo expuesto dos horas.

—En verdad fué muy poco tiempo, dijo el cura; pero recibí una órden competente de mi diocesano para darle sepultura en cuanto me enterase de la órden, lo que ejecuté cumpliendo mi deber de obediencia, á pesar de que nadie habia reconocido á aquel desgraciado.

—Tengo el tristísimo recelo de que ese caballero sea mi padre don Gabriel de Falces, dijo fuertemente conmovida doña Maria.

—¡Ah señora! dijo el cura palideciendo: ¿sois vos doña Maria de Falces, esposa del señor alférez de infanteria Cristóbal de Mendavia?

—Sí señor, yo soy esa desdichada, dijo doña Maria.

—Acabo de recibir una órden de mi diocesano, dijo el cura, en que se me manda desenterrar delante de la señora doña Maria de Falces y de su esposo el señor Cristóbal de Mendavia, el cadáver del caballero desconocido enterrado ayer, para que doña Maria pueda reconocer si es el cadáver de su padre. Se me manda además que

si el cadáver está en buen estado, y si vos lo deseais, se le haga un funeral de cuerpo presente. Yo deseo que ese funeral no tenga lugar, porque no sea vuestro padre el caballero en cuestion.

—Hace cuarenta y ocho horas que mi padre contra su costumbre falta de su casa, y salió de ella con todas las apariencias de ir á un duelo concertado.

—Dios perdone, dijo el cura, á los que se olvidan de que son hermanos en Dios y se aborrecen y se matan por cosas mundanas, pereciendo sin confesion, sin arrepentimiento, en pecado mortal. Dios tenga para ellos abierto el inmenso tesoro de su misericordia. Pero vamos, vamos; todo está dispuesto.

Y se levantó, bajó á la sacristia, seguido de los esposos y dió las órdenes necesarias é inmediatas para la exhumacion del cadáver.

—Como no sé lo que puede acontecerme á la vista de ese cadáver si es el de mi padre, dijo doña María, os suplico, señor cura, tengais entendido que deseo se le hagan unas solemnes exequias de cuerpo presente, si esto es posible. Id, Cristóbal, por nuestros criados, y llevadlos al cementerio para que asistan al acto, y que puedan reconocer ese cadáver.

Cristóbal salió, y poco despues el cura revestido con sus clérigos, y acompañado de doña María, se trasladó al cementerio.

Alli estaban ya los sepultureros.

### XXXVIII.

El cementerio de la iglesia de San Sebastián era en aquellos tiempos lo que ahora es el átrio que corresponde á la calle de las Huertas.

Tenia en vez de la verja actual, una tápia; en el centro una cruz de piedra, el suelo cubierto de cruces de madera, sobre las sepulturas. Por la parte de la tápia que correspondia á la calle de San Sebastián, una ancha zanja, cubierta á trozos y de una manera desigual por montones de tierra: aquella era la fosa comun, donde se enterraba á los pobres de solemnidad.

Al borde de aquella zanja llegaron la cruz parroquial, el cura y los clérigos de la parroquia revestidos de requiem, doña María, Cristóbal de Mendavia, Anselmo, el cochero y los dos lacayos.

Dentro de la zanja habia cuatro sepultureros y un medio ataud. Uno de los sepultureros se apoyaba en un azadon.

—Desenterrad al cuerpo difunto que sepultamos ayer, dijo el

cura; gracias á Dios no se ha sepultado otro, no puede haber equivocacion. Trabajad, Melchor, y orad como nosotros.

Y el cura entonó un responso acompañado de su clerecia.

El solemne ritmo de la salmodia se unia al seco ruido del azadon del sepulturero que cababa con cuidado.

Diez minutos despues quedó descubierto un cadáver, cuyo traje, á pesar de estar manchado por la tierra, parecia de terciopelo negro.

El rostro del cadáver tenia tambien una especie de antifaz de tierra.

Doña María le miraba desencajada, livida, trémula.

Mendavia, tembloroso tambien, y pálido como un muerto, sin atreverse á mirar al cadáver, tenia asida por la cintura á doña María.

—No le reconozco aun, no le reconozco aun, dijo doña María con voz apenas perceptible, dolorosa, insegura, timbrada por un dolor y un horror infinito; tiene el semblante cubierto de tierra.

—Trae agua, Garcigüela, y un trapo cualquiera, dijo con voz segura y tranquila el sepulturero que habia descubierto el cadáver.

Uno de los sepultureros saltó al borde de la zanja y volvió á poco con una cubeta y un trapo.

El que habia desenterrado el cadáver le lavó el rostro, con la misma indiferencia que si hubiera hecho otra cualquier cosa.

Luego los cuatro sepultureros pusieron el cadáver en el medio ataud, y le levantaron para que pudiera ser visto más de cerca.

—¡Mi padre! ¡es mi padre! dijo doña María de una manera terrible, aguda, infinita, y se desmayó.

Cristóbal la retiró del borde de la zanja y la llevó á la entrada de la iglesia.

El cura permaneci6 en el lugar donde se encontraba, y dijo á Anselmo, que crispado, pálido, mudo, miraba con atonia al cadáver.

—¿Le reconocéis? le dijo el cura.

—Sí, sí señor, contestó Anselmo haciendo un esfuerzo y llorando; es mi señor, don Gabriel de Falces.

—Sí, sí, es nuestro señor, dijeron los otros criados.

—¡Dios maldiga á su asesino, y le condene á las penas del infierno! dijo Anselmo.

—No, no, exclamó el cura; que Dios le perdone en su misericordia,

## XXXIX.

El cadáver fué sacado de la zanja, y doña María conducida sin sentido á las habitaciones del cura.

Tardó mucho en volver en sí. Cuando recobró el uso de sus facultades, el cura la dijo:

—Vamos, valor, hija mia; es necesario concluir, legalizar este acto; abajo esperan un señor alcalde de Casa y Córte, con su escribano y algunos amigos de vuestro padre á quienes han ido á buscar vuestros criados.

Doña María bajó con Mendavia.

Los dos parecían desenterrados en fuerza de pálidos.

Doña María, como era natural, estaba transida de dolor.

En cuanto á Mendavia, tenia miedo: aquel cadáver le atraía.

El alcalde, el escribano y los testigos le imponian terror: temia no poder contenerse, ser arrastrado por un remordimiento sordo, que ya le atormentaba, y confesarse culpable.

Mendavia se puso cuanto le fué posible, como suele decirse, sobre los estribos.

## XL.

El cadáver, en un rico ataud, amortajado con hábito de San Francisco, sobre un túmulo cubierto con un paño de terciopelo negro franjeado de oro, y rodeado de blandones amarillos, estaba en una capilla de la iglesia.

En la capilla entraron doña María, el cura, los clérigos, los amigos del difunto, sus criados, el alcalde de Casa y Córte y el escribano.

Se estendió una acta solemne.

El cadáver fué reconocido por serde don Gabriel de Falces, primero por doña María, despues por Mendavia, luego por el conde de Oropesa, por el marqués de Avalos, por el conde de Cifuentes y por el de Frias, amigos todos de don Gabriel.

Despues por los criados.

Doña María, á seguida declaró su casamiento con el señor Cristóbal de Mendavia, alférez de infantería de los ejércitos de su majestad, y exhibió la partida de desposorios fechada por arte y maña del duque de Lerma, con la fecha de un año antes.

—Yo he estado oculta con mi esposo, dijo, temiendo el furor de

mi padre, y solo me ha hecho salir de mi retiro la noticia de que mi padre habia faltado muchas horas de su casa, y que se habia encontrado muerto á hierro un caballero á quien nadie habia reconocido. Ahora, señor alcalde, yo escito á usía delante de Dios, delante de todos los presentes, para que procure averiguar, por cuantos medios estén á su alcance, quién ha sido el asesino de mi padre; y advierto á usía que la justicia puede disponer de todas mis riquezas para los gastos que exijan las pesquisas en persecucion del asesino.

La lúgubre ceremonia terminó con esto.

## XLII.

Cuando Mendavia se vió solo con doña María en su casa, se sintió aliviado de un peso enorme.

Todo habia pasado ya; no tenia miedo: una nueva vida se habia abierto para él: pero aun le quedaba algo que hacer.

Cuando pasaron los nueve dias del duelo, durante los cuales no salió de su casa, ni se separó de la jóven, cuidando de ella con un interés tiernísimo, se vistió con un noble y rico traje de luto, y se fué á casa del duque de Lerma.

—Decid á su excelencia, dijo á los criados, que necesita verle para un asunto importantísimo el alferez Cristóbal de Mendavia.

El duque se apresuró á recibirle, cerró las puertas y dijo á Mendavia:

—¿Venís de luto, por el luto que habeis causado?

—Que hemos causado, excelentísimo señor: vengo á hablar muy pocas palabras: os doy las gracias porque me habeis hecho hombre; porque por vos tengo una esposa como yo no podia esperarla; os devuelvo los veinte y cinco doblones que me disteis hace doce dias; os aconsejo que los arrojéis por la ventana, porque están manchados de sangre: me atrevo á deciros que en vez de ir al Perú me voy á Méjico para que mi esposa tome posesion de su herencia; que como Madrid me gusta mucho, porque en él vive todo lo noble y todo lo rico de España, y yo soy muy noble y muy rico por mi esposa, volveré antes de un año; que podrá suceder que por vengaros de la mala jugada que os he hecho, querais asesinar me; pero sabed que muerto yo quedará vivo, escrito por mí y con señales indelebles el relato del crimen que hemos cometido entre los dos. La presentacion de este relato por persona de toda mi confianza y completamente desconocida para vos, podrá producir tal escándalo, que todo

vuestro poder no baste para evitar el castigo. No tengo más que decir, sino que os olvideis hasta de que habeis conocido á mi esposa. Beso las manos á vuecencia.

Y salió abriéndose por sí mismo la puerta del despacho del duque, y dejando á este mudo de cólera.

### XLIII.

Pero á pesar de su cólera, el duque no pensó en nada contra Mendavia.

Era demasiado sombrío el secreto que existia entre los dos para que Lerma no temiese el que ni siquiera se vislumbrase.

### XLIV.

Se habian hecho unas grandes exequias á don Gabriel de Falces, se le habia sepultado dentro de la iglesia de San Sebastian en una capilla, y sobre la sepultura se habia puesto, cubriéndola toda, una gran losa de mármol blanco, con inscripcion en latin, al uso de entonces.

Se habia formalizado legalmente el abintestato, declarándose heredera universal de don Gabriel de Falces á doña María, su hija única.

La justicia no habia podido dar con los asesinos de don Gabriel.

Doña María supo únicamente de boca de dos amigos de su padre, el conde de Ledesma y el de Cifuentes, que se lo revelaron en confianza, que habian ido la noche del asesinato con don Gabriel á las tápias del convento de San Gerónimo del Prado, para servirle de testigos en un duelo convenido con el duque de Lerma, por un asunto de honor, cuyo secreto habia guardado don Gabriel: que al llegar este á un ángulo de las tapias, le habia hablado y heridole un hombre que habia aparecido de repente; que huyó á seguida de haber herido á don Gabriel, por lo cual y por la oscuridad de la noche no habian podido reconocerle. Opinaban aquellos dos señores que el asesinato habia sido mandado y pagado por el duque de Lerma.

Esto ya lo habia deducido doña María; pero no podian jurar segun su conciencia, á una cruz y por su alma, que el duque de Lerma fuese el asesino, porque no tenian la certidumbre.

## XLV.

Permanecieron aun en Madrid los dos esposos tres meses, al cabo de los cuales doña María dió á luz una niña, á quien se puso por nombre Inés.

Entretanto, Mendavia, extremando su amor, se habia hecho amar de doña María, que no habia amado nunca: pero hasta despues del nacimiento de Inés, puede decirse que no se formalizó la union de los dos esposos.

Doña María no se consideró viuda, por decirlo así, hasta despues del nacimiento de su hija.

## XLVI.

Tres meses adelante, es decir, á los seis meses del nacimiento de Inés, doña María y Cristóbal de Mendavia emprendieron su viaje á Méjico.

Desde entonces el duque de Lerma no supo lo que habia sido de los dos esposos, ni por consecuencia de su hija.

Esta era la historia de donde provenia la existencia de Inés.

El autor se ha encargado de su relato, porque el duque de Lerma, á pesar de que tenia una gran confianza en don Rodrigo, alteró gravemente, ó mejor dicho, de todo punto, la verdad de los hechos.

Supuso que doña María le habia amado: ocultó el asesinato de don Gabriel, y afrentó la memoria de doña María calumniándola y mintiendo que se habia escapado livianamente con un aventurero.

---

—Os he referido esto, continuó, cuando hubo concluido su historia amañada, temeroso de que por desgracia os hayais enamorado de esa jóven: bueno es que sepais que es vuestra hermana, y que deis respetarla, considerarla como vuestra sangre que es, puesto que es sangre mia, y ampararla como yo la ampararé.

—En lo que toca á haberme enamorado de ella, dijo don Rodrigo, cierto es que al verla me inspiró deseo por hermosa; pero no amor: en cuanto á lo de ampararla, quiera Dios que sea posible.

—¿Y por qué no ha de ser posible? exclamó el duque.

—Porque doña Inés ha desaparecido de la hosteria, donde la dejé anoche.

—Se la buscará y se la encontrará.

—Una mujer tan hermosa y tan desventurada como ella, que se sale de noche por Madrid, está muy espuesta á perderse de todo punto.

—¡Ah! parezca ella, aunque parezca perdida: yo la salvaré: creedme, don Rodrigo; no he olvidado nunca á esa desventurada, á quien he amado, á quien amo porque es mi hija; pero no he sentido temor por ella, porque su madre era muy rica: ¿cómo es que esa desdichada ha podido venir á tanta miseria?

—Lo ignoro, respondió don Rodrigo; solo sé que la he encontrado esta noche con el que se llama su padre, y que ese miserable me la vendió.

—¿Sabeis el nombre de ese hombre? dijo el duque de Lerma.

—Sí, es un alférez viejo, acuchillado, maltratado, feroz, perdida toda vergüenza, miserable, que se llama Cristóbal de Mendavia.

—Cabalmente; ese es el nombre del hombre con quien huyó doña María, y que se casó despues con ella, legitimando á mi hija. Pero se fueron despues á Méjico y no he vuelto á saber de ellos, ni pretendido informarme. ¿No os ha hablado de mí ese hombre?

—Ni una sola palabra.

—No es extraño, dijo el duque; ese hombre debe temerme como á la ira de Dios. Pero lo que no comprendo bien es que estando en tanta miseria, sabiendo como sabe, que Inés es mi hija, no haya venido á traérmela y á buscar de este modo un entretenimiento que le hubiera mantenido con decoro. Debe de haber muerto doña María, cuando sobre ellos ha sobrevenido tanta miseria. ¡Ah! era un infame, un miserable; però sabia fingir, y engañó á la crédula doña María, hasta el punto de hacerse amar de ella: habrá arrojado á manos llenas el oro en toda clase de vicios: de otra manera no se comprende que se haya agotado el inmenso patrimonio de doña María. Buscadla, en fin, don Rodrigo; necesito verla, sacarla de miseria; no la diré que es mi hija; pero la buscaré padres, como os los busqué á vos, y la levantaré tanto, que no ha de faltar, sino ha de sobrar persona rica y honrada que quiera casarse con ella. Pero cesemos en esto; volvamos al duque de Uceda, mi buen hijo legítimo, tan bueno como mi buena doña Catalina, mi excelente condesa de Lemos, mi otra hija legítima: ¿decis que se trataba no menos que de dar hechizos al príncipe y de envenenar al rey?

—A Uceda y á Zúñiga y á Olivares, dijo don Rodrigo, les tarda el que el príncipe don Felipe sea rey: enemigos son, pero se ayudan para levantar al príncipe. Cuando sea rey, se despedazarán por obtener su favor.

—¿Y qué hacemos con mi hijo?

—De su traicion intentada no hay prueba; porque ya sabeis que es muy difícil probar estos delitos. Yo le hice prender, porque me estorbaba en casa de doña Ana de Contreras, y le hice prender por el Santo Oficio, aprovechando el estar en mi compañía el alguacil Agustín de Avila; porque el Santo Oficio no reconoce fueros, ni privilegios, ni más que una exención del Papa, de que no ha cuidado de proveerse Uceda, porque no podía pensar, ni aun remotamente, que el Santo Oficio tuviese nunca nada que entender con él.

—Pero un alguacil no es bastante por sí solo para prender á un grande de España.

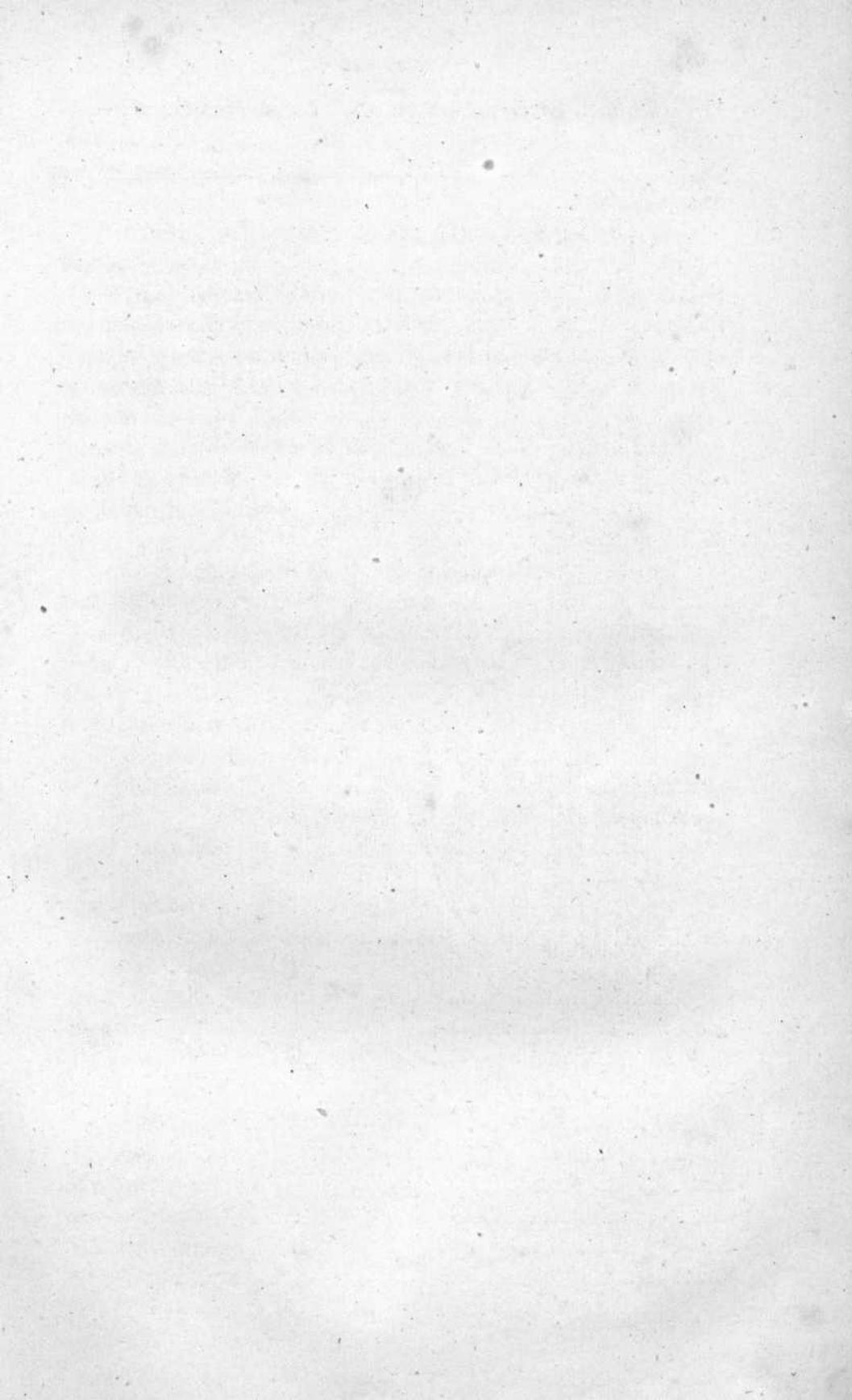
—Ya está arreglado eso con el inquisidor general.

—¿Y qué creéis que debe hacerse?

—Dar un buen susto al duque de Uceda, que el Tribunal de la Santa Inquisición le tenga preso algunos días y le interroge sobre si trata con hechiceros, si ha pretendido dar hechizos á alguna persona, y qué persona sea esta. No estaria tampoco demás que el Santo Oficio preguntase, por supuesto con mucho respeto á su alteza el príncipe de Asturias, si no ha sospechado, ó tenido indicios de que el duque de Uceda haya querido hechizarle.

—¡Ah! exclamó sonriendo de una manera sesgada Lerma; teneis muy buen ingenio, don Rodrigo.

—Y ellos más traicion y más maldad contra nosotros. Si lograsen sus intentos, simañana, rey el príncipe, se viesen apoderados de él, ¡ay de nosotros! no se contentarian con menos que con llevarnos á un afrentoso cadalso, como sus enemigos llevaron al Condestable don Alvaro de Luna. No podemos dormir tranquilos, si no los herimos en el corazón. El rey nuestro señor está cada día más débil, más lleno de aprensiones: ha llevado á su consejo al príncipe, que es lo mismo que haber llevado al consejo y al gobierno á Uceda, á Olivares, á Zúñiga, á todos los de su partido. Estamos en unos momentos muy difíciles, padre y señor, y ¡sabe Dios cuánto nos amenaza, cuánto debemos temer! Además de eso, nos encontramos sin dinero, y lo que es peor, sin medios para tenerle: podriamos apelar á nuestras propias fuerzas; pero esto solo nos sacaria de apuros para cuatro días, y quedaríamos pobres.





—¿Os quedais con ese medallon?

—No; no hay que pensar en eso, se apresuró á decir el duque; buscad otro recurso; pero buscad tambien á mi hija; no descuideis este negocio por los negocios de Estado, que ya sé yo bien que tenéis sobrada cabeza para todo.

—Pues adios, señor, dijo don Rodrigo; ¿os quedais con ese medallon?

—Sí, contestó el duque; porque aun no he dejado de amarla: id con Dios.

Don Rodrigo salió y el duque de Lerma se quedó mirando con una expresion singular, con una expresion repugnante, el retrato de doña Maria.

---

## CAPITULO XX.

---

De cómo se perdió tambien el hostelero Gil Diaz.

Gil Diaz despues de que se le calmó el gozo de verse poseedor de la razonable cantidad de oro que le habia dado la marquesa de la Fávara á cambio de Inés, se asustó, porque meditó, pasada ya la embriaguez que le habia causado el dinero, que la marquesa de la Fávara no seria tan torpe, que temiendo ser vendida por él, no hiciese lo que fuese necesario para que no se encontrase en su poder á Inés.

A más de eso, el señor Guillen de Vargas Machuca le habia llamado, y le habia preguntado por su hermosa enfermera.

—Decidla, le dijo, que me haga la caridad de venir; porque estando ella aquí, me siento mejor.

Gil Diaz se rascó una oreja y contestó con cierta afectada naturalidad:

—Debeis haceros cargo, señor estudiante, de que esa jóven no es de mi casa, ni yo tengo nada que ver con ella; que ha venido porque ha querido, y porque ha querido, se ha ido.

—¿Que se ha ido?

—Sí señor, por la puerta, contestó Gil Diaz.

—Os advierto, exclamó con irritacion el estudiante, que si os insolentais conmigo, porque me veis tendido en este lecho sin poderme valer, en cuanto sane, que espero será pronto, os corto las orejas por grosero y mal nacido.

—Vamos, vamos, señor estudiante, que yo no he querido ofender á vuesa merced.

—No estoy para disputas, dijo Guillen, ni para hablar mucho: pero os voy á hacer otra advertencia: como estoy seguro de que esa niña no se ha ido por su voluntad, sino que se la llevado la gran señora que ha estado aquí, consintiéndolo vos; como para mí se haya perdido, ó le haya sucedido algun mal, no me contento ya con cortaros las orejas, sino que os acuchillo hasta que os mate: y estad seguro de que no soy tan pequeña persona, ni tan pobre que me hagan nada por haber matado á un don perdido, tal como vos.

—Pero escuchadme, caballero; dijo asustado Gil Diaz, porque comprendió que el estudiante era muy capaz de llevar á los hechos las amenazas; yo no tengo la culpa, ni yo sabia que os importase nada esa jóven.

—Pues me importa, mucho, muchísimo: ¿entendeis? Se la ha llevado la marquesa de la Fávara, ¿no es esto?

—Sí señor, se la ha llevado; porque la señora marquesa de la Fávara es muy caritativa.

—¡Ah, sí! dijo con cólera el estudiante.

—Os estais irritando y eso os vá á hacer mal.

—¿Qué os importa á vos, ladron, hereje, infame, que yo me empeore? ¿Pues no habeis consentido en que se la lleven? ¡vive Dios que lo primero que he de hacer en cuanto me levante, será rajaros en canal como á un cerdo!

—Pero, señor mio, yo no sabia que vos os interesábais tanto por esa muchacha.

—Por esa dama, deslenguado y soez; hablad con más respeto de una persona á quien yo amo.

—¿Que la amais? pues si yo lo hubiera sabido, cómo era posible...

—Andad, andad y traeos de casa de la marquesa de la Fávara á esa señora, si no quereis morir de mala muerte, y en pecado mortal.

—¿Y cómo quereis que vaya yo con eso á una dama tan principal como la señora marquesa de la Fávara?

—Esperad; me parece que puedo escribir, así, boca arriba, como me han puesto esos malditos de médicos: ea, traed acá un papel, y un libro en que yo pueda poner el papel, y pluma, que voy á escribir una carta para la marquesa de la Fávara.

—Pero es de noche, señor mio.

—Traed papel, libro y tintero, y no repliqueis más.

Gil Diaz volvió á poco con lo que el estudiante le habia pedido. Este escribió con mucho trabajo:

»Doña Teresa: Os habeis llevado á una mujer á quien amo: os advierto que si no me volveis á esa mujer, voy á escandalizaros de tal modo donde quiera que os encuentre, voy á hacer tales cosas, que os vá á pesar de haberme conocido más que de haber ofendido á Dios; además, de que en poniéndome bueno, me iré á buscar al señor marqués, vuestro dignísimo esposo, al castillo de Montanches, y á decirle delante de todos los que puedan oirnos, que sois una mujer sin pudor y sin vergüenza; que cuando os matan un amante, buscáis otro; y que él es un mal nacido, un villano cuando no os ha matado, sabiendo, como sabe, no solo lo que habeis hecho, sino tambien lo que sois capaz de hacer: malo será, que herido en su vanidad, si no en su honor, su excelencia no cruce su espada con la mia; y tened por seguro de que os le dejo tuerto y cruzado y manco y cojo en dos tajos y dos reveses, á fin de que al verse por vos hecho un Ecce-homo, os haga á vos una criva: mirad que si no me enviáis esa niña, vuestras cartas las ha de leer todo el mundo, aunque creo que con esto no os corro; porque tengo yo para mí, que vos no podeis ser corrida, sino como las liebres; en fin, ved lo que haceis, porque robándome ese ángel, me habeis convertido para vos en un demonio: y concluyo advirtiéndoos que no porque esta carta trascienda á picaresca y á estudiantina, deja de ser muy seria; que si os escribo así, es porque vos no mereceis que se os escriba de otro modo.—Guillen de Vargas Machuca.»

—Cerrad esa carta, dijo el estudiante á Gil Diaz.

—¿Se puede leer? dijo este.

—¿Por qué no? ¿qué se me dá á mí? dijo el estudiante; leedla de cabo á rabo; aprendéosla de memoria para decirla á quien os dé la gana, y si sabeis escribir, copiadla y acabareis más pronto.

—¡Jesucristo! exclamó Gil Diaz verdaderamente aterrado; ¡para que lleve yo esto á una señora tan colérica y tal y tan poderosa como la señora marquesa de la Fávara! ¡¡ahí tengo yo mis costillas á prueba de palo de lacayo! ¡pero señor, si esto no se le escribe á una moza del partido que ande tirada por el arroyo!

—Sois un necio.

—No, no señor; lo que yo soy es guardador de mi pellejo como Dios manda.

—¿No os he dicho que cerreis esa carta?

—Si señor.

—¿Pues si la entregais cerrada á la marquesa, cómo ha de creer la marquesa que la habeis leído?

—Es verdad.

—Pues ved ahí por qué sois un necio, porque no habeis conocido esa verdad: ea, cerrad esa carta con una oblea muy grande, y dadme acá para que la ponga el sobre.

Gil Diaz cerró de muy mal humor la carta y la dió al estudiante, que puso sobre ella:

«A la excelentísima señora marquesa de la Fávara: en propia mano.»

—Ea, llevadla, dijo el estudiante.

—¿Pero os empeñais en que la lleve ahora mismo? dijo Gil Diaz; la marquesa debe estar acostada.

—Componeos como podais, y cuenta con que tardeis más de media hora en traerme la contestacion.

Gil Diaz se llevó el papel y el tintero, y en vez de ir á la casa de la marquesa, se metió en su cuarto, quemó la carta que el estudiante le habia dado, y escribió con muy mala letra lo siguiente:

«Señora marquesa: se me figura que os habeis llevado una jóven que estaba conmigo antes de que viniéseis vos. Esa jóven me importa mucho, y espero que la trateis tambien como se merece. Guárdeos Dios.—El herido.»

Gil Diaz cerró esta nueva carta, la sobreescribió del mismo modo que habia sobreescrito la otra Guillen, bajó, abrió la puerta de la hosteria, atravesó la calle, y se acercó á la puerta de la casa de la marquesa, y dijo arrimando la cara á la rejilla de uno de sus postigos:

—Amigo Perigordo, portero del diablo, despierta, y ven acá.

Gil Diaz tuvo que repetir durante diez minutos sus intimaciones, hasta que al fin se vió aparecer una luz en el portal, y trayéndola en la mano un hombre ya de edad propecta, muy ligeramente vestido, y envuelto, á causa del frio, en una capilla.

—¡Vaya una noche de perros! dijo; ¿cuando acabarán de dejarle á uno descansar? ¿Quién es? ¿qué se ofrece?

—Soy yo, señor Perigordo, dijo el hostelero; el vecino Gil Diaz.

—¿Y qué diablos quereis? preguntó de muy mal humor Perigordo.

—¡Eh!... ¿qué sé yo lo que quiero? ¿Se ha acostado su excelencia?

—¿Qué quereis que os diga yo? ¿qué, mi señora me pide licencia para acostarse?

—Pues es menester que vuestra señora sepa que la traigo una carta, y que tengo que dársela en propia mano.

—¡Pues buenas horas son estas de traer cartas!...

—Cuando se trata de asuntos muy importantes, cualquier hora es buena.

—¿De asunto importante se trata?

—Más de lo que creéis: y no os hagais el reácio, porque si la señora sabe que no habeis querido avisarla, os podrá pesar.

—¿Y decís que teneis que entregar esa carta en propia mano?

—En la misma mano de la señora marquesa, amigo Perigordo.

—Pues esperad.

—¡Pero hombre del diablo! ¿me vais á dejar en la calle con la noche que hace?

—No le abro yo la puerta á estas horas ni al lucero del alba que venga, como no me lo manden.

Y Perigordo se alejó lentamente.

—Pues señor, muchas gracias, dijo Gil Diaz: ¡si creerá ese pillo que yo me he echado á ladron! Vamos, le suceden á uno unas cosas..

Gil Diaz se vió obligado á esperar diez minutos.

Al fin volvió Perigordo, más gordo de lo que se habia ido; llegó á la puerta, descorrió los cerrojos, y dijo á Gil Diaz:

—Entrad; la señora os espera.

—Cuando os decia yo... dijo Gil Diaz entrando; ¡si sabría yo que la señora habia de recibirme!

—¿Y quién habia de creer, dijo Perigordo, echando los cerrojos, que siendo quien es mi ama, habia de recibir á estas horas á un pelaire tal como vos?

—¿Qué es eso de pelaire? exclamó ofendido Gil Diaz, siguiendo al portero, que iba muy de prisa.

—¿Qué, no sabremos aquí, dijo el portero, que os habeis puesto rico vendiendo por liebre, gato; caballo y perro por carne de ternera en pasteles mosqueados, y agua teñida por vino?

—Pues mirad no os ponga querella por embustero y por desacreditador de buenas casas, que en la mia se sirve bien á quien lo paga, y no hay nadie que salga disgustado de ella.

—Ni con el estómago bueno: ¡como que no me acuerdo de un dia que queriendo convidar á mi madre, os tomé un pastel de pescado, y me encontré con que una araña estaba dentro royendo su tela!

—Si no supiera yo que esas son gracias vuestras, y que lo decís por hacerme rabiár, porque os he quitado el sueño, yá os diría yo algo por lo de la araña: pues mirad que más araña que vos, no se si encontrarla: idos mañana por una botella á casa, y dejadme en paz, y no me quemeis más la sangre, porque no puede ser que hablen mal de mi hostería, cuando ni en el cielo hay otra igual.

—¿Y de donde vá á ser el vino, maese?

—De Valdepeñas, y moro y viejo.

—Pues si me dais vino sin bautismo, pelillos á la mar: con esa condicion podeis despertarme cuando queráis: pero mirad que allí está á la puerta de la cámara de la señora, la hermosa Calixta, la flor de las doncellas de servir, esperándoos. ¡Eh! niña, aquí teneis al vecino Gil Diaz.

—Seguidme, dijo Calixta.

Perigordo se estuvo esperando á la puerta de la cámara, liado en su capilla con la linterna en la mano, y poco despues Gil Diaz estaba delante de la marquesa, que no daba señales de haberse desnudado, porque llevaba el mismo traje con que habia ido á la hostería.

Estaba pálida, irritada, terrible, y dijo á Gil Diaz con impaciencia:

—¿Qué es esto? ¿á qué venís? ¿qué me queréis? ¿no he pagado bastante?

—Demasiadamente señora, dijo Gil Diaz; y yo no tengo la culpa: es cosa del señor estudiante que tiene el genio más endiablado del mundo, que me ha amenazado, y me ha metido miedo, porque se conoce que es muy capaz de cumplir sus amenazas: está hecho una furia, y me ha dado esta carta para vucencia.

La marquesa tomó la carta, miró su sobreescrito y dijo estrañando la letra:

—¿Y escribe tan mal ese señor estudiante?

—No señora, quien escribe tan mal soy yo; porque como el estudiante no puede escribir, á causa de la herida, yo he escrito lo que él me ha dicho.

La marquesa leyó la carta, miró profundamente á Gil Diaz, y le dijo:

—Os doy las gracias, porque me habeis avisado de que me habeis hecho traicion: os pagaré, descuidad, no quedareis sin recompensa.

—Yo no he hecho traicion á vucencia, exclamó Gil Diaz, sino que habiéndome mandado el estudiante llevase yo á su cuarto la

jóven, y habiéndole yó dicho que la jóven habia desaparecido, exclamó:

—La marquesa se la ha llevado.—Y de ahí no ha habido quien le saque, y me ha obligado á escribir á vucencia, y á que le traiga la carta.

—Esperad, dijo la marquesa.

Y salió cerrando la puerta de la cámara.

—¡Ah! ¡desdichado de mí! exclamó el hostelero; ¡muerto soy! ¿Quién diablos ha traído esta noche tanta cosa á mi casa?

Y se fué con intencion de escapar á un balcon y le abrió.

Pero le pareció á Gil Diaz, á causa de la oscuridad de la noche, que el balcon estaba tan alto como el cielo, y no se atrevió á descolgarse.

A poco se abrió la puerta de la cámara, y entraron dos lacayos.

—Hola, hermano Gil Diaz, dijo uno de ellos; ¿con que te has atrevido á venir á sorprender á estas horas á su excelencia? Pues ya te lo contarán.

—No os acerqueis, ó grito, exclamó el hostelero, espeluznándose todo, por decirlo así.

—Sí, grita, dijo el otro lacayo, diremos que te hemos encontrado robando en la habitacion de la señora marquesa.

—¡Ay desdichado de mí, y quién me ha metido en estos enredos!

—Vamos, ven acá, te taparemos la boca para que no hables, y los ojos para que no veas.

Gil Diaz, cogido en una posicion falsa, aterrado, dominado, dejó hacer á los lacayos, que le sacaron de la cámara.

Al pasar junto á la puerta donde estaba Perigordo le dijo éste:

—Bien empleado te está; no siento más que la botella; pero ya me la darás otro dia.

Los criados bajaron al patio, le metieron en una sala baja, le ataron las manos á la espalda, y le dejaron encerrado lleno de miedo y de frio.

Media hora despues salian de la casa de la marquesa una silla de manos y una litera.

En la litera iban la marquesa é Inés: en la silla de manos, Gil Diaz amordazado, vendados los ojos y atados.

La litera y la silla de manos caminando una trás de la otra no pararon hasta la calle de la Morería, al extremo de la plazuela de la antigua Villa, donde entraron en un antiguo y viejo casaron.

---

## CAPITULO XXI.

---

De cómo don Rodrigo se hizo protector interesado del señor Guillen Vargas Machuca.

Cuando don Rodrigo salió del alcázar se fué en derechura á la hostería del Ciervo Azul.

La hostería estaba cerrada: extrañó esto grandemente á don Rodrigo, porque no podia esplicarse la causa.

Aquel cerramiento consistia en que habiéndose perdido Gil Diaz, que era soltero y sin parientes, y habiendo dado los mozos parte á la justicia de que Gil Diaz se habia perdido, el mismo alcalde Barrientos que entendia en el proceso empezado á instruir sobre la herida de Guillen de Vargas Machuca, habia embargado la hostería con todos sus enseres y muebles, hasta que pareciese Gil Diaz; porque como decia el bueno del letrado, no podia dejarse abandonada la hacienda de un hombre de bien, aunque fuese hostelero, en poder de los enemigos domésticos, vulgo criados.

Estos, sin embargo, no se habian ido de la casa por si volvia su amo, ni se les habia obligado á salir de ella.

Solo se habian puesto dos alguaciles de guardia, á más de los que ya lo estaban, en razon de la estancia del estudiante en la hostería, para que cuidasen que nadie tocase á ningun mueble ni efecto.

Don Rodrigo, por si habia alguien dentro, llamó á la puerta y esta se abrió al momento, apareciendo un alguacil.

Este era uno de los que la noche anterior habian acompañado á

la casa de vecindad, donde habia vivido el alférez Mendavia con su hija, á don Rodrigo, y le reconoció.

Inclinóse respetuosamente y le dijo:

—Si viene usía á buscar al señor alcalde Gil de Barrientos, llega á buena hora, está arriba.

—¡Ah! ya, sí, dijo don Rodrigo; estará tomando declaracion al herido.

—Y algo más, porque está haciendo el inventario de lo que hay en la hosteria.

—¿Y por qué ese embargo? dijo don Rodrigo.

—Porque el hostalero no está en su casa, ni se sabe por donde se ha ido, y por perdido le tienen.

—¡Bah bah! dijo don Rodrigo; cerrad y guidad donde está vuestro alcalde.

El alguacil sombrero en mano y siguiéndole don Rodrigo, atravesó el zaguan y parte del patio, subió por las escaleras, llegó á una puerta en la parte media de un corredor, y dijo anunciando:

—Señor alcalde, aqui está su señoría el señor marqués de Siete Iglesias.

Apareció como por encanto en una puerta, todo servicial y todo obsequioso el alcalde Gil de Barrientos, y dijo con una sonrisa, por decirlo así, de fórmula á don Rodrigo:

—Perdone usía si he tardado algo en presentarme.

—¿Qué es tardar si aun no habeis sabido bien que estaba yo aquí, cuando habeis acudido?

—Nunca se acude pronto á ponerse á las órdenes de una tan gran persona como usía, dijo servilmente el alcalde.

—Gracias, gracias, contestó con alguna impaciencia don Rodrigo; ¿qué haceis aquí?

—He venido á tomar declaracion al señor Guillen de Vargas Machuca, á quien encontré anoche mal herido en la calle como usía lo sabe muy bien, puesto que estuvo presente, á quien obedeciendo como era forzoso y justo las órdenes que usía tuvo la dignacion de darme, metí en esta casa.

—Dicen que ha desaparecido el dueño de ella.

—Sí señor; todo es misterios: aquí hay algo muy grande que es necesario averiguar: se ha perdido tambien una jóven que dejó anoche su padre en esta hosteria: esa jóven, este herido, este hostalero que se pierde, son indicios bastantes para que se pueda escribir sobre ellos quinientas hojas.

—Si en escribir sois tan largo como en hablar, alcalde, dijo ya cansado de la pesadez de Gil de Barrientos, don Rodrigo; parece bien que será necesario un carro para trasportar lo que vos escribais sobre esto.

Don Rodrigo, por sistema ó por temperamento, era soberbio para con todo el mundo, lo que le habia hecho muchos enemigos.

A Gil de Barrientos, que tenia toda la hinchada vanidad de un alcalde de Casa y Corte acostumbrado á ser obedecido y respetado por todo el mundo, le dolió como una quemadura la aspereza de don Rodrigo; pero se guardó mucho de demostrarlo; continuó sonriendo: la tormenta pasaba por dentro.

—Perdone usía, si he sido molesto, dijo; no hubiera querido serlo, porque...

Don Rodrigo cortó la palabra al alcalde, temiendo se eternizase en su disculpa.

—¿Por qué no ha sido trasladado á su casa el herido? dijo.

—Porque los doctores le han encontrado hoy mucho peor que anoche, y opinan que no se le puede mover, sin peligro de su vida; porque dicen que...

Cortó de nuevo la palabra don Rodrigo al alcalde.

—¿Qué ha declarado el herido? dijo.

—Señor Damian Sierra, dad acá el proceso, dijo Barrientos.

Apareció el agalgado secretario trayendo en la mano un grueso cuaderno de papel sellado.

Don Rodrigo miró aquel cuaderno con asombro.

Parecia imposible que en tan poco tiempo se hubiese escrito tanto.

Gil de Barrientos se puso las antiparras, cogió el proceso, y dijo leyendo:

—En la villa de Madrid...

Don Rodrigo puso la mano sobre el proceso y exclamó:

—No por Dios, que si habeis de leerme todo esto, no acabaremos en tres dias.

—Pues es un sucinto sumario, señor marqués.

Tomólo ya á broma don Rodrigo.

—Y decid, preguntó; ¿habeis empezado el proceso sobre esta herida un mes antes de que la herida fuese hecha?

—¡Cá! no señor; en esto no se han invertido más que dos horas: el señor Damian Sierra, mi secretario, aquí presente, es un águila para escribir, y lo mismo es echarle á él pliegos de papel blanco

para que los llene, que echarle guindas á la Tarasca para que se las trague; y así ha de ser el secretario de un Casa y Corte, porque tales fechorias se cometen á cada paso en nuestra leal é ilustre villa y corte de Madrid, y tantas declaraciones hay que tomar, y tantas diligencias que practicar, que la justicia se quedaria sin uso, por imposibilidad de ejercerla con arreglo á derecho, si los secretarios no fuesen vivos como una ardilla, astutos como la zorra y sagaces como la serpiente. Cualidades son estas que brillan de tal manera en el buen secretario Damian Sierra, que bien merecian ser ponderadas; y si yo no lo hago, es por no ofender su modestia; porque los hombres honrados y que verdaderamente valen y sirven, valdrian ménos si á su valer no se añadiese la simplicidad con que aumentan sus cualidades; humilde debe ser el hombre para ser estimado, y cuanto mejor el hombre sea, más humilde será y más resplandecerán sus virtudes; porque como dice el Evangelio: «aquel de vosotros que quiera ser el primero, por lo mismo será el último.»

—¿Sois casado, señor alcalde Barrientos?

—Sí señor, desde hace treinta años, y con siete hijos.

—Pues cuando no os habeis quedado viudo y sin familia, no hay palabras para ponderar la paciencia de vuestra mujer y de vuestros hijos.

—No sé, no sé, dijo desconcertado el alcalde, más que por las palabras de don Rodrigo, por la paciente ironia con que las habia acentuado.

—A no ser que en vuestra casa calleis como un difunto, que así se comprende bien que vuestra familia no haya muerto de cansancio.

—Es para mí una gran desgracia haber disgustado á vuestra señoría.

—No; no me habeis disgustado, me habeis hecho perder el tiempo, y esto es peor: dejadme pasar, que si está en disposicion de hablar el herido, me dirá en pocas palabras lo que necesito saber.

El alcalde y el escribano se hicieron á un lado, y se inclinaron profundamente al pasar delante de ellos don Rodrigo.

Este se acercó al lecho y miró benévolutamente á Guillen, que le miraba de hito en hito.

—Creo haber oido que os llamaban el marqués de Siete Iglesias, dijo Guillen.

—Sí, yo soy, contestó dulcemente don Rodrigo, interesado por

la belleza, por la juventud y por la espontaneidad de sentimiento que habia encontrado en el estudiante.

—Pues sois el hombre más poderoso de España, dijo este, y me alegro de conoceros.

—Gracias, señor estudiante; pero vamos á lo que importa: ¿cómo os sentís?

—Mal, muy mal, señor marqués.

—Sí, me han dicho que se ha agravado vuestra herida; pero no tanto que ofrezca peligro.

—La herida me importa muy poco, contestó Guillen; lo que me duele es el alma de una manera insoportable; ofrecedme vuestra proteccion vos que lo podeis todo y me habreis dado el bálsamo que más bien puede hacerme.

—Explicaos, hablad francamente y contad conmigo.

—Que se vayan donde no puedan oirnos esos dos cuervos, dijo Guillen.

—Salid y cerrad la puerta, dijo don Rodrigo al alcalde y al escribano, que salieron.

—¿No veis lo que sucede, señor Damian Sierra? dijo irritado el alcalde.

—Ya sabia yo que aquí habia algo muy gordo, dijo con misterio el escribano. Mucho será que no esté enmarañado esto con algun enredo de la córte.

—Pues prudencia y barajar bien, dijo el alcalde, no sea que nos enredemos tambien nosotros, y de tal modo que nos sobrevenga una negra aventura.

Don Rodrigo se habia sentado en una silla junto á la cabecera del jóven, y se habia quitado como por distraccion el sombrero.

Don Rodrigo dejaba de ser por un momento impulsado por una misteriosa simpatía hácia el estudiante, lo que siempre habia sido: esto es, soberbio hasta la exageracion, recayendo en una vanidad hinchada nécia y grosera.

—Ante todo sepamos si os molesta mucho el hablar.

—No, no señor, hablando de ella no me molesta, dijo el estudiante.

—¡Ah! ya pareció la ella de todos los sucesos, la eterna y dulce enemiga del hombre. ¿Y quién es ella, amigo mio?

—Un ángel.

—Todas ellas parecen ángeles á sus enamorados. Pero ¿cómo se llama ese ángel?

—Inés de yo no sé qué.

—¿De Mendavia?

—Eso es, dijo con recelo el estudiante. ¿La conoceis vos? ¿de qué la conoceis?

—Muy celoso os mostrais para no estar enamorado con toda vuestra alma.

—Loco, desesperado.

—Pues alentaos; que tan gran persona es esa señora, que en verdad os digo, habeis hecho vuestra fortuna enamorándoos de ella.

—Fortuna y grande ya la tengo, y más no necesito, dijo con una doble altivez el estudiante; lo que anhelo es la felicidad que me han robado con ella.

—¡Ah! ¿la han robado?

—Sí, una mujer infame de quien he tenido la debilidad de ser amante, y por la cual he sido herido.

—¿Y se puede saber el nombre de esa infame mujer?

—Sí, si señor, y tanto más, cuanto que necesito me ayudeis contra ella: esa mujer es la marquesa de la Fávara.

—¡Ah diablo! dicen que su celoso marido ha matado ya á cuatro amantes.

—Esto mismo me habia empeñado en sus amores.

—Paréceme que sois temerario, jóven.

—Yo amo el peligro.

—¡Bravisimo! casi casi estoy por nombraros alferez de mi compañía de la guardia alemana.

—Acepto, aunque para oidor me guardaba mi padre: tiempo habrá de soltar el colete y la coraza, y de ponerse la toga.

—Pues contaos mi alferez.

—Gracias, señor marqués; y como yo sé que el duque de Lerma vende todos los empleos, os daré lo que valga mi despacho de alferez de la guardia alemana.

—Sin duda quereis que yo me enoje con vos cuando tal decís.

—No lo he dicho por tanto, y en prueba de ello, sea lo que vos querais.

—Así me place, dijo don Rodrigo; pero continuad con el relato de vuestro suceso. Resulta, que vos creeis que habeis sido herido y con intencion de mataros por mandato del marqués de la Fávara.

—Si señor; tengo la seguridad de ello, lo juraria sobre los santos Evangelios.

—¿Y habeis declarado eso al alcalde?

—No señor, porque yo quiero desagraviarme de esto por mi propia mano: le he dicho que no sabia quién me habia herido.

—¿Y habeis declarado que cuando fuisteis herido estábais rondando á la marquesa de la Fávara?

—No señor; he declarado que estaba á aquella hora en la calle, á pesar de que llovía y hacia frio, porque á mí me gusta gozar del frio y de la lluvia, y sobre todo porque me daba la gana.

—¿Y qué os ha dicho á eso el tieso alcalde Gil de Barrientos?

—Me tenia ya agonizando de tanta y tan larga pregunta.

—Créolo bien.

—Y le contesté una insolencia para que acabase la declaracion.

—Bravo: pero quisiera saber lo que hizo el alcalde.

—Soltó un redondo voto, y me declaró que estaba preso: primero por haber sido herido de una manera sospechosa; segundo porque no declaraba la verdad á la justicia; tercero por desacato y desvergüenza; y por último, porque como á mí me habia dado la gana de estar á deshora en la calle, le daba á él la gana de prenderme.

—No conozco un alcalde más divertido que ese bueno de Barrientos, dijo don Rodrigo; es tonto: pero yo me estoy hablando con vos como si estuviéramos en visita y vos no herido, y tal vez con la larga conversacion os haga daño.

—No, señor marqués, no; si lo que á mí me hace más daño no es la herida, sino la rabia y el despecho que tengo agarrados al alma. Vos sois para mí una esperanza y me habeis causado tanto bien, que estoy seguro que si ahora entraran el médico y el cirujano me encontrarian muy aliviado.

—Celebro en el alma haberos traído un consuelo, que os sirve de tanto remedio: y puesto que el hablar no os fatiga, continuemos: voy á tranquilizaros acerca de mi conocimiento con Inés, que parece molestaros.

—Es tan hermosa, señor marqués, es tan buena, tan noble y tan desgraciada.

—Teneis razon, por eso la he respetado yo; pero no me he enamorado como vos, á pesar de lo que vale, porque yo estoy enamorado de otra.

—¡Ah! exclamó el estudiante; me habeis quitado un mundo de plomo de sobre el corazon.

—¿Y cómo la habeis conocido?

—La traje á mí lado su caridad: la habian dicho que en la hos-

tería habia un herido, y que en ella no se encontraba ninguna mujer; á poco que hablamos nos comprendimos...

—La historia de los buenos amores.

—Hacia más de dos horas que estaba á mi lado, siendo para mí un bálsamo precioso, una bendicion del Señor, cuando el hostelero entró y la dijo:—Es necesario que salgais, señora, porque viene la justicia á tomar declaracion á este caballero.—Salió Inés, y cuando yo esperaba se me presentasen alcalde y escribano á tomarme la indagatoria, entró la marquesa de la Fávara, temblando, irritada, arrojando llamas por los ojos.

—Ya se vé, dijo don Rodrigo; la puerta de este cuartucho está enfrente de vuestro lecho, y la marquesa debió veros juntos y enamorados.

—Sí, contestó el estudiante; tuvimos una conversacion enojosa; salió, y cuando pedí de nuevo por Inés, supe, obligando al hostelero á que me lo dijese, que la marquesa se la habia llevado. Escribí á la marquesa una carta, se la envié con el hostelero, y este tambien ha desaparecido.

—¡Ah! ¡la tigre celosa é irritada! conozco bien á la marquesa desde muy antiguo: siento lo que sucede, porque os lo advierto, tal vez á estas horas no nos sea posible otra cosa que vengar á Inés. Valor, amigo mio, valor: voy á probar el único recurso; voy á enviar un correo al castillo de Montanches con una órden del rey, para que suelten al marqués de la Fávara; es decir, para que me le traigan bien escoltado á mi casa, desde la cual yo le soltaré; y como no hay que perder tiempo, os dejo. Tardarán muy poco en venir algunos criados míos para servirlos y por lo pronto voy á quitaros de encima á ese enojosísimo alcalde. ¡Hola, señor Gil de Barrientos! añadió don Rodrigo, en voz bastante alta para que pudiese oírle desde afuera el alcalde; entrad.

El alcalde entró instantáneamente y se inclinó.

—¿Qué me manda usía? dijo.

—Mi amigo el señor estudiante no está ya bajo vuestra jurisdiccion.

—¡Ah ilustrísimo señor! ¿y cómo ha de estar bajo mi jurisdiccion ese caballero siendo vuestro amigo?

El alcalde habia soltado sin saberlo un sangriento epigrama al omnimodo poder de don Rodrigo.

—No deja de estar bajo jurisdiccion mi amigo, por serlo, dijo con acento acerado don Rodrigo, contestando al involuntario epi-

grama del alcalde; sino porque goza fuero militar, y solo puedo juzgarle yo que soy un capitán, en nombre del rey, y por medio de las reales ordenanzas.

—¡Ah! si ese caballero me hubiera dicho que era soldado, no se hubieran escrito las ciento cincuenta hojas y diez líneas de que hasta ahora consta el proceso; porque yo soy un hombre honesto, que no me meto en lo que no me incumbe, ni invado jurisdicciones que no me competen: ahorrado se hubiera ese caballero la molestia.....

—De que le quemárais la sangre. Bien, que os ha dejado hacer por oiros; porque este caballero es alférez de mi compañía de la guardia alemana.

—¡Aaaaah!... dijo el alcalde.

—Hasta para las exclamaciones sois prolijo, observó don Rodrigo; si no os atajo, continuais exclamando hasta la semana santa. Ea, desalojad la casa con vuestro secretario y vuestros alguaciles, y no volvais á aparecer por ella.

—Levantaré, pues, el embargo.

—No, dadme el inventario para que lo firme, porque yo me encargo del depósito.

Don Rodrigo firmó un inventario que le presentaron.

—¿Y levanto tambien mano de sobre el hostelero Gil Diaz?

—No, buscadle como buscariais un tesoro.

—Pues le encontraré, ilustrísimo señor, le encontraré muerto ó vivo, sobre la tierra ó debajo de ella.

—Buscad tambien á la jóven que ha desaparecido.

—La encontraré, ilustrísimo señor.

—Pues si la encontrais habeis encontrado una toga de oidor en la real chancillería de Valladolid: idos.

—Permitidme, señor, que antes de retirarme os demuestre todo lo grande de mi agradecimiento por los favores que usía me ha dispensado.

—Por demostrado lo doy: id con Dios, dijo con impaciencia don Rodrigo.

El alcalde se inclinó de nuevo y salió.

—Adios, dijo don Rodrigo acercándose al estudiante y estrechándole la mano; no tardaré en volver; no sabeis cuánto y cuánto me intereso por vos: estad completamente descuidado, yo os protejo.

—Gracias, señor marqués, contestó Guillen estrechando con cuanta fuerza tenia la mano de don Rodrigo.

—Mis criados vendrán al momento; muy pronto os traerán vuestro despacho de alferez de la guardia alemana dos soldados de ella, que se quedarán á asistiros.

—Gracias otra vez, dijo Guillen; pero una palabra, señor marqués: yo soy rico, vivo en la calle Mayor, número 45: allí tengo...

—Lo que á nadie importa por ahora, dijo don Rodrigo.

—Mis criados á lo menos...

—Bien, haced que les avisen, si es que creéis estar mejor asistido: pero adios, no tengo tiempo que perder, hasta la tarde.

Don Rodrigo salió y se encaminó á la secretaria de Estado.

Los que le conocian y le veian por la calle á pié, se asombraban de ello. Les extrañaba el ver tan por lo llano al soberbio marqués de Siete Iglesias.

—Haced que estienda un despacho de alferez de la guardia alemana en favor del señor Guillen de Vargas Machuca, dijo don Rodrigo á Lerma que aun estaba en la secretaria, y una orden para que traigan inmediatamente del castillo de Montanches á mi casa al marqués de la Fávara.

—¿Pero estais loco? dijo escandalizado Lerma; el marqués de la Fávara nos ha hecho traicion, es peligroso.

—Conviene mucho soltarle.

—¿Lo creéis así?

—Si no lo creyera, no os lo pondria.

—Pero qué razon...

—Vuestra hija, mi hermana.

—¿Y qué tiene que ver con ella el marqués de la Fávara?

—Nada; que la marquesa de la Fávara se ha apoderado de Inés, y la ha hecho desaparecer...

—¿Y por qué?

—Porque Inés y ese señor Guillen de Vargas Machuca se conocen y se aman.

—¡Ah! ¿pues qué, la marquesa?...

—Eso es; la marquesa ama locamente al señor Guillen de Vargas Machuca.

—¿Y por todo eso, además de soltar al marqués de la Fávara, hacemos alferez de la guardia alemana á ese señor Guillen?

—Conviene.

—¿Supongo que nada pagará por el empleo?

—Ciertamente que no.

—¿Y creéis que estamos tan ricos que podemos regalar mil

ducados, que daría cualquiera por esa alferecía de la guardia?

—Repito que conviene, dijo ya con impaciencia don Rodrigo.

—Bien, dijo Lerma; no comprendo esa conveniencia; pero cuando vos os obstinais, sea.

El duque de Lerma tocó una campanilla.

Se presentó un secretario.

El duque le dictó las dos minutas.

—Traedme eso á firmar al momento, dijo al secretario.

Este salió.

—Aun queda algo que hacer respecto á ese jóven, dijo don Rodrigo; pero no es urgente.

—¿Qué es lo que queda que hacer? dijo Lerma.

—Concederle el hábito de Santiago.

—¿Cómo? ¿á qué eso? ¿quereis que se nos ponga de uñas una vez más el capítulo de la órden? Ya sabeis lo quisquillosos que son estos señores.

—El rey puede hacer merced de un hábito á quien quiera: además, ó mucho me engaño, ó por lo que he visto en el tiempo que le he hablado, es noble por los ocho abolengos.

—¿Y á qué favorecer tanto á ese jóven?

—Por vos lo hago.

—¿Por mi?

—Sí; porque creo que amásteis mucho á la madre de Inés, y que á esta la amais por el amor que tuvisteis á su madre.

—Bien, sí, es cierto; pero no amo del mismo modo á ese otro.

—Teneis necesidad de obligarle.

—¿Y para qué?

—Para que se case con vuestra hija.

—¡Ah, sí! pero si la ama de veras, no hay necesidad...

—Siempre es bueno añadir la obligacion al amor. Además, ese jóven puede servirnos de mucho; nuestros servidores nos van volviendo la espalda, la tormenta se acerca, todo lo que sea hacernos buenos amigos, conviene.

En aquel momento entró el secretario con la órden y el despacho, que Lerma firmó, ni más ni menos que si el rey hubiera ya tenido conocimiento de ello.

Don Rodrigo se fué á su despacho particular en las secretarías de Estado, y llamó.

—Que venga al instante el teniente Mazarredo, dijo; creo que está de guardia.

—Sí señor, contestó el secretario que habia acudido al llamamiento de don Rodrigo.

Y salió.

Poco despues, un buen mozo, con casco, coraza, colete amarillo, gregüescos, calzas encarnadas y botas de gamuza, estaba delante de don Rodrigo.

—¿Qué manda usía? le preguntó.

—Que se os releve de orden mia: tomad: este pliego, como lo dice en su sobreescrito, es para el alcaide del castillo de Montanches; montad á caballo y partid á la ligera, y no os detengais un momento; llevad con vos ocho lanzas á la gineta, para que sirvan de escolta al marqués de la Fávara, á quien traeréis á mi casa. No tendreis mucho dinero, porque aun está corriendo el mes, y os dais buena prisa á gastar el sueldo; tomad para lo que se os ocurra en el camino.

—Gracias, mi capitan, dijo el alférez tomando dos doblones de á ocho, que le dió don Rodrigo.

—Cuidad de que con nadie hable el marqués de la Fávara.

—Muy bien, mi capitan.

—Dentro de media hora, á caballo y en marcha: espero en el tiempo preciso al marqués de la Fávara.

—Muy bien, mi capitan.

—Adios, señor Juan Mazarredo. Enviadme ahora mismo dos soldados de la compañía.

El alférez saludó y salió.

Don Rodrigo llamó á un portero y le envió á su casa, con orden de que cuatro de sus criados fuesen á asistir á un enfermo que se encontraba en la hosteria del Ciervo Azul.

Poco despues entraron dos soldados de la guardia alemana.

—¿Qué tal os vá, hijos? les preguntó don Rodrigo.

—Muy bien, mi capitan, dijo uno uno de ellos; y muy contentos de servir á las órdenes de usía.

—Vamos; toma tú: ¿sabes leer?

—Sí señor, dijo el soldado.

—¿Qué dice en el sobreescrito?

—Al señor Guillen de Vargas Machuca, alférez de la guardia alemana del rey nuestro señor: en propia mano; dijo leyendo el soldado.

—Vosotros no conoceis ese alférez, ¿no es verdad?

—No señor, contestó el que se habia encargado por si mismo de responder á don Rodrigo.

—Bien, dijo este; es un bravo jóven, un buen hidalgo á quien el rey nuestro señor ha hecho merced de esta plaza, y á quien quiero sirvais bien: está gravemente herido; llevadle ese pliego, que es un despacho, y quedaos con él asistiéndole: está en la hostería del Ciervo Azul: decid á mis criados, que allí encontrareis, que os den de comer y de beber cumplidamente mientras asistais al herido. Vaya, id con Dios, hijos.

Los soldados saludaron marcialmente á su capitan y salieron.

Don Rodrigo era muy afable con sus soldados, á quienes estimaba y de quienes era estimadísimo; eran hombres escojidos, soldados viejos de las campañas de Flandes y de Italia, y tan bien los trataba don Rodrigo y tan dadivoso era para ellos, que con ellos podia contar para todo.

Don Rodrigo pidió un coche y se fué á casa de la marquesa de la Fávara, á la que suplicó una visita.

---

## CAPÍTULO XXII.

En que la marquesa de la Fávara no sabe qué pensar de las intenciones de don Rodrigo.

Fué inmediatamente introducido en el gran salon, por decirlo así, de ceremonia.

Doña Teresa tardó en presentarse un cuarto de hora largo.

—Dispensadme, dijo cuando entró; pero he pasado mala noche, y dormia.

—¡Ah, señoral debieron habérmelo dicho; aunque en verdad yo tambien he debido suponerlo: excusadme, aunque bien veo que este es un olvido imperdonable.

—¡Ah, no! dijo la marquesa; yo siempre, á todas horas, estoy en mi casa para vos.

—Esta es una felicidad que me envidiarían muchos.

—¡Bah, marqués! nadie envidia los favores de las viejas.

—No me referia yo á favores, dijo don Rodrigo, ni me atreveria; porque indudablemente me procurarían muchos enemigos los favores de una vieja tal como vos.

—Uno solo; mi marido, dijo riendo la marquesa.

—Sí, sí, ya sé que el buen marqués de la Fávara es extremadamente celoso; pero tiene la disculpa de sus celos en vuestra hermosura.

—Pero por Dios, marqués, dijo sonriendo siempre doña Teresa; los celos de mi marido son ya tales que meten miedo. ¿Creereis que

ha sido capaz de matar algun desdichado solo porque ha pasado dos veces por delante de nuestra casa, mirando por casualidad á los balcones, ó tal vez enamorado de alguna de mis doncellas?

—Eso demuestra lo mucho que vuestro marido os ama: y como debe sufrir mucho separado de vos, el duque de Lerma, teniéndolo en cuenta, ha suplicado al rey le sueltè del castillo de Montanches.

Cogió esta noticia tan desprevenida á la marquesa, que se puso pálida. La iba muy bien con la prision de su marido; pero como era una consumada mujer de córte, se rehizo, y contestó sonriendo:

—Cada dia nos obliga más el duque de Lerma: yo no sé cómo mi marido pudo olvidarse de él, y ofender á nuestro buen amigo don Francisco. Pero en fin, el tiempo que ha pasado preso le habrá enseñado, y la generosidad del duque le obligará. ¿Y se ha enviado ya la órden de libertad, marqués?

—En este momento debe encontrarse en el camino el teniente de mi compañía, á quien la he confiado,

—De modo que mañana le tendremos aquí, dijo la marquesa. Os doy las gracias por haberme avisado con tiempo; así todo estará preparado para recibirle, y podré salirle al encuentro.

—No hagais tal, marquesa; porque á vuestro marido no se le pondrá en libertad hasta que haya llegado á Madrid. No preparéis tampoco nada; no conviene que el marqués sepa que os hemos avisado; he venido á decíroslo, porque tenia la seguridad de que os alegraríais. Por lo demás, y francamente hablando, si os he dicho que el marqués está libre, es porque supongo que nos entenderemos; pero para entendernos tenemos que hablar antes. El marqués será conducido preso á mi casa, en la que tales esplicaciones se cruzarán entre nosotros, que el marqués se arrepentirá de haberse apartado de nosotros, y volveremos á ser los mejores amigos del mundo. ¿Y á qué hora os soltó anoche su alteza? añadió don Rodrigo, cambiando hábilmente la conversacion.

—¡Oh Dios mio! su alteza está terriblemente irritada, dijo la marquesa; y con razon: es demasiado hermosa doña Ana de Contre-ras; una verdadera prenda de príncipe; las mujeres perdonamos difícilmente una humillacion, y tanto más cuando la disculpa una hermosura tal como la de esa dama. Pero seamos francos, don Rodrigo, vos preparásteis todo aquello, ¿no es verdad?

—¡Ah señora! estoy enamorado como un loco de esa mujer.

—¡Ah! pues entonces, don Rodrigo, ella debe estar locamente enamorada de vos. Culpad á la ambicion de su padre; de otro modo

no comprendo que teniéndooos á vos, recibiese al príncipe; ni lo comprendería nadie.

—¡Ah, señora! las mujeres son incomprensibles: puede en ellas tanto la vanidad, como el amor: la vanidad perdió á Eva, y todas teneis algo de nuestra primera madre: el hombre es la primera víctima de la mujer.

—Que vos hayais sido la víctima de doña Ana, lo comprendo; porque segun decis, la amais; pero lo que no comprendo bien, es que yo haya llegado á ser la víctima, aunque por poco tiempo, de vuestros celos.

—Decid de los celos de la princesa.

—Originados por los celos vuestros; porque si vos no hubiérais preparado toda aquella comedia, no me hubiera yo mojado, no me hubiera constipado, no estaria pálida, ojerosa como una desenterrada...

—Yo no queria deciroslo, marquesa, por no poner os en aprension; pero teneis el semblante tal como si os hubiera sobrevenido una gran desgracia.

—¡Ah, no! la mala noche, el frio, la lluvia: yo parezco muy robusta, muy fuerte, pero soy muy delicada, marqués; mucho; todo me impresiona, lo más leve, cualquier cosa me pone mala.

—¡Ah, pues dadme las gracias, porque la comedia preparada por mí os tuvo fuera de vuestra casa á cierta hora: de otro modo hubiérais experimentado una impresion desagradable.

—Pues qué, ¿qué ha sucedido?

—Ya os lo dije: han herido delante de vuestra casa á cierto estudiante que sin duda rondaba á alguna de vuestras doncellas.

—¿Y cómo habia yo de haber sabido, si vos no me lo hubiérais dicho, ese suceso?

—¡Oh! es que fué asesinado con arma de fuego.

—¡Asesinado! dijo la marquesa.

—Sí, desgraciadamente, amiga mia: he estado hace una hora en la hostería del Ciervo Azul, y los médicos me han dicho que anoche no ofrecia peligro la herida; pero que hoy es completamente distinto.

El rostro de la marquesa se contrajo, á pesar de toda su fuerza de voluntad.

—Y bien, contestó; ¿qué le hemos de hacer? Realmente es una imprudencia el trasnochar en la calle estando Madrid tan mal seguro, á causa de la mucha gente maleante que hay en él. Pero ¿á qué

habeis ido hoy á la hostería, don Rodrigo? ¿Os interesa tanto ese desdichado?

—Le tomé anoche bajo mi proteccion, dijo don Rodrigo; pero no he ido solo por él, sino por otra persona que me interesa mucho más y á la que no he encontrado: una jóven.

—Pero marqués, sois verdaderamente terrible: ¿á cuántas mujeres amais?

—¡Ah, no! yo no amo más que á una, á la que Dios me ha dado por compañera.

—¡Ah, sí! y tanto la amais, que hace dos años la teneis apartada de vos, residiendo en Valladolid. ¡Pobre doña Inés de Vargas!

—Conviene á su salud: los aires de aquella ciudad, más húmedos que los de Madrid, y mis obligaciones como hombre de estado, me apartan á mi pesar de ella; pero no sin que lo sienta.

—¿Y para consolaros os enamorais de doña Ana?

—No, yo no amo á doña Ana; me seduce y nada más.

—¿Y qué sentis por esa otra jóven á quien buscábais en la hostería del Ciervo Azul?

—Obligaciones, señora.

—¡Ah! exclamó de una manera singular doña Teresa.

—Obligaciones no mias, señora, sino de otra persona á quien estoy muy obligado.

—¿De modo que esa de quien hablais, es una mujer que obliga?

—¡Oh! no la conoceis, señora, dijo de la manera más natural don Rodrigo, como si nada supiera acerca del rapto de Inés por la marquesa; si la conociérais, admiraríais en ella un ángel de pureza y de candor.

—Como no habeis dicho cuáles sean las obligaciones á que se vé obligado por esa jóven otra persona, que os obliga, he podido muy bien equivocarme.

—Lo comprendo así, marquesa, dijo don Rodrigo; y si yo pudiera esplicaros... pero este es un secreto que no os pertenece; y por otra parte, nada os importa esa jóven.

—Es verdad: ¿qué me importa á mí una mujer á quien no conozco?

—Pues siento mucho que no la conozcais; y sobre todo no poder manifestaros hasta qué punto es una alta persona.

—¿Y cómo una alta persona ha podido ir á tal hora á una hostería? A no ser que conociese al herido y le amase, y le llevase su amor...

—El herido y esa dama no se conocen, dijo don Rodrigo; esa dama fué allí por una rarísima eventualidad, y ha desaparecido sin que se sepa á qué atribuirse la causa. Esto me contraría, porque al fin yo tengo mala fama, y podrá creerse que yo... os lo juro por mi honor, marquesa; arrostraría cualquier sacrificio por averiguar donde está esa señora.

—Pero ¿y el dueño de la hostería?...

—Ha desaparecido también.

—¿Por qué no preguntais al herido que puede haber oído algo?

—Ya he preguntado; pero me ha dicho que no ha visto ninguna mujer en la hostería.

—Pues siento mucho que no encontréis la pista de una mujer que tanto os interesa, marqués: si yo pudiera ayudaros, lo haría de muy buena gana.

—Lo sé y os lo agradezco, marquesa; pero estais enferma y habeis sido tan buena para mí, que habeis roto vuestro descanso por recibirme. Me traia el deseo de daros una buena noticia, os la he dado ya y me retiro.

—Gracias, don Rodrigo: adios, dijo la marquesa.

—Adios, señora mía, dijo don Rodrigo, y la besó la mano y salió.

—¡Oh! exclamó la marquesa; á pesar de todo, Guillen me ama: ha hablado con don Rodrigo, le ha preguntado este por esa mujer, y ha guardado completamente el secreto, ha afirmado que no ha visto en la hostería mujer alguna. ¡Pero de peligro, de grave peligro, y no poder verle, no poder cuidarle! ¡y la vueltá de mi marido! ¿qué será esto? ¿qué sucederá cuando el duque de Lerma y don Rodrigo perdonan al marqués? ¡Ah! estoy aturdida, necesito serenarme, ver claro... sí, sí; pero la ansiedad, el temor por su vida.... el único hombre á quien he amado... ¡Oh Dios mío y qué desgraciada soy!

Entretanto, don Rodrigo bajaba las escaleras murmurando:

—La he asustado y la he confiado á un tiempo: si aun sospecha que lo sé todo, el miedo por la vida del señor Guillen la aturdirá: nada hará más que lo que ha hecho respecto á Inés: hemos ganado tiempo. Cuando llegue á su casa el señor marqués de la Fávara, habremos dado un gran paso hácia esa jóven: y mi padre la ama, sí, sí, importa también tener un asidero más para con mi padre.

Don Rodrigo se metió en el coche, que le condujo á su casa, y se recojió para tomar algun descanso, que necesitaba demasiado.





EL DUQUE DE UCEDA.

### CAPITULO XXIII.

#### El señor duque de Uceda.

Agustin de Avila habia encerrado en un salon de su propia casa, calle de don Pedro, al excelentísimo señor duque de Uceda, y le habia dejado un alguacil de guardia de vista y otro á la puerta del salon.

El duque habia dado á aquello una gran importancia; corao que habia sido secuestrado por el Santo Oficio y temia ser envuelto en una intriga de la cual no pudiese salir sino despues de mucho tiempo, gastado, desprestigiado y afeado por la mancha de haber sido juzgado por la Santa Inquisicion.

El duque no podia dar con la verdadera causa de su arresto.

No podia adivinar que este habia consistido en los celos de don Rodrigo Calderon, en una intriga amorosa, y se devanaba, por decirlo así, los sesos.

—¿No hemos convenido mi pádre y yo, decia, en que el rey sea de mi padre y mio el principe? ¿No ha tenido otras amantes don Felipe más peligrosas por cierto que doña Ana de Contreras á ciencia y paciencia de mi padre? ¿Habré sido engañado? ¿Será que doña Ana es impaciente y habiendo rey vivo no quiere esperar á que se muera para que se convierta en rey el principe? ¿Me habrán vendido doña Ana y su padre? Y sobre todo ¿por qué no se ha hecho conmigo lo que se hizo con mi buen cuñado el conde de Lemos, que se

le desterró? ¿por qué echar sobre mí el Santo Oficio? Con la Inquisición no se juega, porque la Inquisición no perdona; esto es demasiado, un enigma que no puedo comprender. ¿Y de qué se me acusará? ¡quién sabe!... Agustín de Avila ha guardado el más profundo secreto; me ha preso secamente sin mostrar la orden que han debido darle; porque de otro modo, Agustín de Avila no se hubiera atrevido á prender á una persona tal como yo. Esto es grave, gravísimo, no sé nada y lo temo todo: es necesario averiguar. Me han dejado un alguacil que probablemente no resistirá tanto como Agustín de Avila á las promesas; y me ha parecido, sin embargo, que Agustín de Avila tenía miedo, que estaba aturdido; pero esto puede ser el que el asunto de que se trata sea muy grave. ¿Cómo diablos han sabido que el príncipe había de ir á casa de doña Ana?.. Este alguacil debe haber visto algo: probemos.

El duque de Uceda, que se paseaba á lo largo del salón, se detuvo delante de un alguacil que le habían dejado de guarda de vista, y que permanecía de pié y descubierto junto á la puerta de la cámara.

Era este alguacil un hombre como de cincuenta años, de fisonomía vulgar, de mirada indecisa y temerosa, miserable y mezquino en la apariencia: un pobre hombre, en una palabra.

—¿Y cómo te llamas? le preguntó Uceda, parándose delante de él.

—Silvestre del Campillo, señor, contestó cortado el alguacil, porque no tenía costumbre de hablar con tan altas personas.

—¿Qué has sido antes de ser alguacil del Santo Oficio?

—Muñidor de la cofradía de las Animas de nuestra señora del Cármen, y sastre de viejo.

—¿Y cuánto tiempo hace que eres alguacil de la Inquisición?

—Cuatro años.

—¿Y cómo has entrado en el Santo Oficio?

—Por los buenos oficios de una comadre mia que le lavaba la ropa al reverendo padre maestro don Fray Juan de Cáceres, señor de muchas campanillas, muy docto, de la Orden de Predicadores de Santo Tomás, inquisidor mayor del arzobispado de Toledo.

Todo esto lo decía el alguacil lentamente y con trabajo.

—¡Con que tú tienes comadre! dijo el duque de Uceda, mirando fijamente al alguacil.

—Sí, señor excelentísimo; mi comadre Mónica, me ha sacado de pila dos hijos.

- ¿Alguna buena moza?
- Sí señor; robusta, oronda, frescota, con buenos colores y muy buen pelo, y en buena edad, porque aun no ha cumplido ios veinte y cinco.
- ¿Y es lavandera?
- Lo fué; pero el reverendo padre, doctor don fray Juan de Cáceres, la reprendió por su oficio, porque las lavanderas son así desgarradas y maldicientes; no se aprende entre ellas cosa buena; y como el padre Cáceres es un santo...
- La quitó del rio y la puso... ¿á qué la puso?
- Mi comadre Mónica le cose la ropa hace seis años al padre Cáceres, y con esto y con cuidar de sus hijos tiene bastante.
- ¡Calla! ¿es casada tu comadre?
- No señor; pero vive muy honestamente, y sin dar escándalo.
- ¿Cuántos años tenia cuando empezó á lavarle la ropa al inquisidor mayor?
- Los diez y nueve años más hermosos del mundo.
- Vaya, hombre, bien, ¿y por qué no se casa tu comadre? ¿por falta de dote?
- ¡Qué, no señor! ni sé yo con quién habia de casarse; porque en su casa no entra ni sale nadie, ni se la vé hablar con ningun hombre, ni levantar los ojos del suelo; en fin, que es una santa, muy cristiana, muy buena y muy caritativa.
- ¿Pero quién es el padre de sus hijos?
- Señor excelentísimo, yo no lo sé; porque ella no se lo dice á nadie.
- Quisiera conocer á tu comadre.
- Vaya, señor, dijo sonriendo el alguacil; mi comadre se vá á asustar cuando sepa que un tal señor como vucencia quiere conocerla.
- ¿Y no te atreves tú á darla ese susto?
- Yo por mí, señor, allá ella, que yo ni entro ni salgo, y si es que vucencia quiere conocerla, yo con decírselo cumplo. Pero si tienen á vucencia mucho tiempo incomunicado, no sé yo cómo vucencia vá á conocer á mi comadre.
- De modo que si tú quieres servirme...
- ¡Vaya si quiero! pero no puedo, señor excelentísimo: me han dicho que guarde á vucencia de vista, que no me mueva de aquí; que si vucencia pretende hacer algo ó valerse de sus criados, ape-

llide favor al Santo Oficio, y en fin, que no deje á vucencia hablar con nadie.

—Pues ya estás faltando.

—¡Yo, señor!

—Tú; porque me dejas hablar con alguien.

—No señor; vucencia no ha hablado con nadie.

—Vamos, hombre; yo creia que tú te tenias por algo.

—Qué buen humor gasta vucencia, dijo el alguacil alentado por la amabilidad con que le hablaba el duque.

—¿Sabes escribir? le dijo este.

—¿Pues si yo no hubiera sabido escribir, hubiera podido ser mñidor de la cofradia de las Animas de nuestra señora del Cármen Calzado?

—Podias muy bien haber tenido secretario,

—No, señor excelentísimo; que sé yo leer muy de corrido y escribir muy claro.

—Pues veamos; ven acá.

El duque le llevó á una gran mesa de despacho.

—Siéntate, le dijo, señalándole el gran sillón de terciopelo blasonado con las armas de Uceda, que estaba detrás de la mesa.

—¡Cómo, señor! ¡que me siente delante de vucencia! dijo el alguacil.

—Sí; quiero que escribas con comodidad, para que escribas bien; sobre todo, te lo mando; siéntate.

El alguacil se sentó, puso su sombrero en el suelo y se quedó mirando de hito en hito al duque.

—¿Como sabes leer y escribir, dijo el duque, sabrás tambien contar?

—Sí señor; sé las cuatro reglas.

—Pues cuenta; y si te parece multiplica, dijo el duque, poniendo sobre la mesa delante del alguacil un bolsillo lleno de oro.

—¡Ah! exclamó el alguacil poniéndose pálido, no sabemos si de miedo ó de avaricia; vucencia quiere perderme.

—No, hombre, no, dijo el duque; mi excelencia quiere ganarte.

—Pero ganarme, señor excelentísimo, es perderme.

—¡Eh! como te perderás, imbécil, será negándote á servirme.

¿No sabes tú quién soy yo?

—Sí, sí señor, dijo temblando de veras el alguacil.

—¿No sabes que he sido preso por una apuesta?

—¡Bah! no me diga á mi eso vucencia, señor; que ya sé yo por lo que vucencia ha sido preso.

—¡Ah! ¿lo sabes?

—¡Vaya si lo sé! Vinieron dos damas al sitio en donde estábamos con don Rodrigo Calderon.

—¡Hola! ¿con don Rodrigo Calderon estábais?

—Sí señor: anoche don Rodrigo mandó llamar al señor Agustin de Avila, y este nos llamó á mi compañero y á mí: luego nos llevaron al Jardín de la Priora, donde habia otros, y nos dijeron:—Al que se acerque, tajo limpio.—Yo que para esto de tajos no sirvo, me hice el reacio y me arrimé á una tapia, á fin de defenderme un poco con el alerillo de ella, de la lluvia que caía á torrentes, cuando de improviso se armó una de tajos y reveses y blasfemias, que metian miedo; y oí una voz que decia:—Yo soy caballero de la princesa de Asturias.

—¡Ah! dijo el duque de Uceda; ¿con que en este lance han andado gentes del cuarto de la serenísima princesa doña Isabel?

—Así á lo menos lo decia la voz; pero no le valió, porque le prendieron.

—¿Y qué sucedió despues?

—Sucedió, que yo sepa, que á mí y á Gorguera, que es el otro, nos llamó el señor Agustin de Avila, y nos dijo:—Venios conmigo.—Y nos llevó á un postigo de un jardin; y allí habia dos sillars de manos, y de una de ellas salió una dama muy tapada y se agarró al brazo de don Rodrigo y entró en el jardin; y me pareció á mí, que al pasar yo, don Rodrigo llamó á la dama, alteza.

—¡Ah! exclamó Uceda, ¿y luego?

—Luego entramos en la casa Gorguera y yo, con el señor Agustin de Avila, y prendimos á vucencia y le trajimos aquí.

—Vaya, pues no es menester que escribas á tu comadre, dijo el duque de Uceda.

Al oír esto el alguacil, arrojó una ansiosa mirada al bolsillo lleno de oro.

—Guárdate eso, dijo Uceda comprendiendo al alguacil: lo que me has dicho vale más que si me hubieras traído sesenta comadres.

—Pero es el caso, señor, que si me encuentran dinero encima me acusan de cohecho, me encierran, me azotan, y me envian á remar por diez años en las galeras de su magestad.

—¡Bah! pues escribe en un papel tu nombre y las señas de tu casa, y yo haré que recibas doble cantidad de la que hay aquí.

Y el duque guardó el bolsillo.

El alguacil escribió:

«Silvestre del Campillo, alguacil del Santo Oficio, del tribunal de la general inquisicion en Madrid, muñidor de la cofradia de las Animas de nuestra señora del Cármen Calzado y sastre, en la calle de Sal si puedes, en la casa de vecindad, en el portal, la segunda puerta, á mano izquierda.»

—Bien, perfectamente, dijo el duque tomando el papel y guardándole.

—Y si registran á vucencia y le encuentran ese papel, me prenden, me azotan y me envian á galeras: ¡ay señor excelentísimo, por el amor de Dios, que la Inquisicion hila muy delgado, y es menester estar en ella en un pié como el grullo!

—Bien, aprenderé este papel de memoria, y luego lo quemaré.

—Eso será lo mejor, señor excelentísimo, dijo el alguacil; y lo mejor seria que cesáramos en el hablar, porque yo no me fio de nadie, y puede estar escuchando Gorguera, que es un pillo, un hipócrita que siempre está dándose golpes de pecho, y siempre está llamando á Dios y á Santa María, y es más malo que la peste.

—Sí, yo me voy á acostar; tú has lo que quieras, échate por aquí en un canapé.

—Harto haré yo con guardar á vucencia.

—Vamos, hombre, tírame de las botas, sírveme de ayuda de cámara.

Silvestre se inclinó y puso una rodilla en tierra para sacar las botas á su excelencia; pero dióle en este momento á su excelencia una mala idea, agarró por el pezcuezo al mezquino alguacil, le sujetó y le dijo:

—Si gritas, aprieto y te ahogo; entiéndelo bien.

El alguacil barbotó algunos sonidos inarticulados.

—Hazte tú mismo una mordaza con tu pañuelo, dijo el duque; ó de no te sofoco.

El pobre alguacil que sabia que al duque de Uceda le importaria muy poco estrangularle, sacó su pañuelo y se puso á sí mismo una mordaza.

Despues le ató el duque los brazos con las agujetas de sus greñescos, y por último, le sujetó con un cordon de las colgaduras del lecho á un pié de este: luego le quitó la espada y la daga.

Al duque le habian desarmado, como sabemos, al prenderle. Se ciñó la espada y la daga del alguacil, abrió un balcon, y sirviéndole

de escala la gran reja que bajo él habia, se puso en la calle, tomó por las Vistillas de San Francisco, bajó por la cuesta de los Ciegos al barranco de Segovia, subió por la Almudena, llegó al alcázar, y llamó de una manera particular al postigo de los infantes.

Media hora despues, el duque de Uceda estaba en el cuarto del príncipe.

El príncipe de Astúrias estaba desvelado, porque la aventura que le habia acontecido era demasiado grave; lo que tenia para él de peor la aventura era que le habian apartado de doña Ana de Contreras, cuando se creia ya en el colmo de sus favores.

—Vos teneis la culpa, vos, que no habeis sabido librarme de importunidades, dijo el príncipe al duque: ¿os parece bien que por torpezas vuestras haya yo tenido que estar escondido, y haya salido escapado y teniendo que sufrir á ese don Francisco de Contreras, que es cuanto se puede sufrir en el mundo? ¿Os parece bien que yo me haya encontrado con mí esposa y á punto de ser cogido por ella? Y todo porque se me sirve mal; todo porque amo á traidores, porque amparo á traidores que me venden, y hacen escarnio de mí.

—Cuando vuestra alteza dice eso, dijo el duque de Uceda, lo dice sin duda por don Rodrigo Calderon.

—Allá, allá el marqués de Siete Iglesias con vuestro padre, dijo el príncipe; que yo para nada le quiero, ni nada tiene que ver con vos ese mal nacido.

—Razon tiene en llamarle mal nacido vuestra alteza, dijo el duque de Uceda; porque don Rodrigo Calderon es la causa de todo lo que ha sucedido esta noche.

—Ayudado, sin duda por vos; porque tal vez os importa avenirnos con vuestro padre.

—Mire vuestra alteza, dijo Uceda, haciendo reparar en la espada que llevaba ceñida, al príncipe.

—Y bien ¿qué es eso? dijo don Felipe.

—Un espadon de alguacil, negro y súcio, dijo el duque.

—Pues no entiendo, respondió el príncipe.

—Pues es facilísimo de entender: he sido preso, y para escapar me he visto obligado á sorprender y desarmar al alguacil del Santo Oficio, que me habian puesto de centinela de vista.

—¿Cómo, un alguacil del Santo Oficio? dijo el príncipe: ¿pues qué, anda el Santo Oficio en este negocio?

—Sí, si señor, dijo el duque de Uceda; y por lo mismo el negocio es muy grave. Bien sabe vuestra alteza lo que su majestad res-

peta á la inquisicion, y nuestros enemigos tienen á la inquisicion de su mano; como que es inquisidor general don Bernardo de Sandoval y Rojas.

—¡Diablo, diablo! dijo el príncipe; ¿y la inquisicion ha llegado hasta avisar á la princesa que yo estaba casa de doña Ana de Contreras?

—Cosas son estas, señor, del marqués de Siete Iglesias.

—¡El marqués de Siete Iglesias! exclamó el príncipe; tengo para mí, Dios me perdone, que ese hombre se cree el rey de España. Ya estoy cansado: á su majestad le tienen hechizado esos herejes; no hay medio de que los aparte de sí; cuando yo le digo:—Señor, Lerma y Siete Iglesias son unos traidores ayudados por otra multitud de traidores que engordan con la sangre que incesantemente nos sacan de las venas; los leales son Uceda, Zúñiga, Olivares, Maqueda, sus amigos; pero están dominados, abrumados por esos lobos voraces, á quienes ampara vuestra magestad,—el rey responde:—Dejadme en paz, dejadme que yo pase tranquilo mi mal humor, no quiero luchas palaciegas; ministro universal ha sido desde que soy rey Lerma, y la cosa no ha ido del todo mal: no quiero trastornos, no quiero infierno; no me habéis más de eso.—Y ó se mete en su oratorio dejándome con la palabra en la boca, ó se encierra en su recámara, ó se marcha á cazar, si es que se lo permiten las piernas. No hay medio; han hechizado al rey; es necesario esperar á que Dios llame á sí á su magestad, y entonces nos, único y absoluto, señor de nuestros reinos, haremos justicia.

—Si es que quedan reinos á vuestra alteza cuando Dios se sirva llevar á su gloria á su magestad; porque segun van, por poco que sea el tiempo que su magestad viva, Lerma y Siete Iglesias y los otros habrán tenido tiempo de no dejar ni fundacion de esta monarquía. Hechizos y más que hechizos han dado á su magestad: le han cegado, ó mejor dicho, el rey no vé más que por sus ojos: no parece sino que la hacienda del rey no es suya y que ayuda para que se la coman sus favoritos; y lo que sucede es grave, gravísimo: Portugal está vendido.

—¡Ah! exclamó el príncipe; ¡nuestro buen reino de Portugal!

—La casa de Braganza conspira protegida por los ingleses, y se la vé conspirar á ojos vistos; como que los cajones de oro del Brasil vienen á enterrarse en las arcas de Lerma y de Siete Iglesias. En la Coruña, en el Ferrol, en San Sebastian y en Cádiz, hay más de un navío del rey de Inglaterra: se tiene sin hombres y sin dinero

á nuestros generales en el Monferrato, en el Milanesado, en Flandes. No parece sino que se quiere que seamos vencidos: se mantiene en Nápoles al que llaman el gran duque de Osuna, y no es otra cosa que un gran ambicioso: en las Indias se permiten tales exacciones, tales cohechos, tales arbitrajes, tales tiranías á vireyes, audiencias, cabildos y empleados, que no será mucho que aquellas lejanas tierras mal sugetas se subleven y salgan de nuestro dominio. Maria de Médicis y el rey de Inglaterra tienen fijos los ojos, la una sobre Nápoles y Flandes, el otro sobre Portugal y sobre nuestros mejores puertos.

Esto se derrumba, esto se aniquila, esta monarquía es una pobre oveja trasquilada y enferma, á la que se chupa sin piedad la poca sangre que la queda. ¿Qué tiene, pues de extraño que á mí que soy un servidor leal, que vé el peligro y quiere evitarlo, se tiendan lazos y asechanzas, y se le prenda por el Santo Oficio, como si fuera hereje ó hechicero, gitano, brujo ó judío?

—Y os prenden en una casa donde me habeis llevado; y no es esto solo: saben que estoy allí, y allí se lleva á mi esposa; ¿sabeis que hubiera dado la mitad de mis reinos por no haberme visto faz á faz casa de Contreras, con la princesa? ¡Ah! no olvidaré esto nunca, no, por Dios vivo: ¿con que se atreven á nos? ¿con que nos siguen los pasos y nos arman trampas de lobo? Bien, muy bien; pero que se muera Calderon cuando Dios haga pasar de esta vida al rey mi señor; porque si Siete Iglesias y Lerma se me quedan entre las manos, arrojo á mis vasallos sus cabezas para que escarmienten con el castigo de dos traidores.

—Pues aun no sabe vuestra alteza hasta dónde llega la avilantez de Calderon.

—¿Qué? ¿aún hay algo más?

—Sí, sí señor: doña Ana de Contreras y don Rodrigo Calderon se aman.

—Ved lo que decís, exclamó el principe convulso, hosco, irritado, formidable; ved lo que decís, porque os acusais á vos mismo, Uceda. ¿No me habiais dicho que doña Ana no amaba á nadie, ni habia amado, ni podia amar, porque yo era la persona á quien doña Ana amaba?

—He sido traidoramente engañado por don Francisco de Contreras, que sacrificaba su hija á su ambicion.

—¡Ah! ¿con que sí? Así se han burlado de nos, de nuestra esposa trayéndola y llevándola... ya, ya comprendia yo cierta violencia.

en doña Ana ; yo lo atribuía á pudor; yo no sabía que estaba hablando con una cortesana.

—En aquellos momentos no era una cortesana: es probable que ya lo sea, porque despues de haberse visto obligado vuestra alteza á salir de aquella casa, despues de haber sido yo preso, don Rodrigo se ha quedado en ella.

—¿Pero cómo es que sabeis ahora los amores de doña Ana con don Rodrigo, y no los habeis sabido antes?

—Porque se me habia engañado, señor; porque no lo he sabido hasta que lo he visto.

—Pero ¿y quién os lo ha dicho?

—El haber sido preso; ¿quién otro podia prenderme más que Calderon? y ¿por qué habia de prenderme Calderon? Esto era claro, mediando una mujer tan hermosa como doña Ana. ¿A qué si no estaba enamorado de doña Ana habia de haber llevado Calderon á la serenísima princesa á su casa en alta hora, y en una noche tempestuosa, sino para que sorprendiese á vuestra alteza? ¿cómo se cometen tales traiciones sino estando loco? ¿Y por qué puede volverse loco un hombre tal como Siete Iglesias, sino por el amor?

—Pero eso no pasa de ser una sospecha: puede haber sido la princesa por sí sola; su alteza es muy celosa, hace seguir mis pasos.

—¿Y os sigue en balde don Rodrigo Calderon? En una palabra, señor, sé por el alguacil, á quien he dejado atado en mi casa para escapar, que don Rodrigo Calderon entró con una dama rebozada en un manto, casa de doña Ana, y que él fué quien dió orden al teniente alguacil mayor del Santo Oficio Agustin de Avila para que me prendiese; como que se temia que vuestra alteza fuese avisado por mí, y se me sorprendió.

—Basta, basta; es un cúmulo de traiciones que no comprendo bien, que no quiero comprender, pero que no olvidaré nunca: idos, idos, tengo sueño y necesito descansar.

—Pero considere vuestra alteza la situacion en que me encuentro: preso por el Santo Oficio y escapado á viva fuerza de sus alguaciles.

—Componeos allá como podais, ya que vos, por vuestra torpeza, me habeis metido y os habeis metido en este atolladero.

—Yo sé muy bien, señor, que si vuestra alteza llamase á don Bernardo de Rojas, este se complaceria mucho en servir á vuestra alteza.

—Dejadme, dejadme á mí, y no me queráis meter en cuestiones con el Santo Oficio: el rey le protege demasiado, podria comprometerme inútilmente; yo no sé de qué os acusan, ni si tienen razon ó si no la tienen; no quiero que se dude ni por un momento de mí; el rey seria capaz de dejarme espuesto por lo menos, á una severa amonestacion del Santo Oficio: allá, allá vos, y puesto que os habeis atollado, ved cómo podeis salir, que yo tratándose de la Inquisicion, me callo, me hago á un lado; aun no soy rey, y el rey es todo del Santo Oficio.

—Como que el Santo Oficio es lo que quiere que sea el inquisidor general, y el inquisidor general es Lerma, y Lerma es el rey, y don Rodrigo Calderon es el rey y Lerma, y como que en fin, por más que se haga se lo vá á llevar á esto el demonio.

—Dejadme, dejadme en paz, Uceda, y no me pongais en más conflicto, que ya me habeis puesto en bastante; y si os acontece algun mal, tened paciencia, porque vos os le habeis buscado.

—¿Y me abandona así vuestra alteza?

—No, no es que os abandone, sino que no quiero meterme donde vos os habeis metido: y sobre todo, francamente, Uceda, yo no creo que el Santo Tribunal de la Fé se emplee en bajos oficios; no tengo la desgracia de creer esa impiedad: cuando el Santo Oficio os ha preso, graves, gravisimas razones habrá tenido para ello; y dad gracias á que os estimo, que de no, sabiendo como sé, que habeis sido preso por la inquisicion, y que impiamente habeis escapado de ella violentando á un ministro suyo, mandaria que os echasen mano y os llevasen bien asegurado á la cárcel de la inquisicion.

Alarmóse vivamente Uceda, y exclamó:

—Pues no faltaba más que eso para que yo desconfiase ya de todo cuanto existe bajo el sol.

—Dejadme, dejadme, dijo el príncipe; me estais comprometiendo: idos, idos, que yo no me meto en nada, y si me hicieran un cargo porque supiesen que habiais estado aquí y no os habia preso, responderia que yo ignoraba de todo punto que hubiéseis caido bajo las censuras del Santo Oficio: y en efecto, yo no sé nada; vos no me habeis dicho nada; olvidaos de que habeis estado aquí; y sobre todo idos, idos cuanto antes, no sea que el Santo Oficio, que puede entrar en todas partes, que todo lo oye, que todo lo sabe, sepa que nos os encubrimos, faltando á lo que debemos como príncipes católicos al servicio de Dios nuestro señor, á las prescripciones de nuestra santa madre la Iglesia. Idos, me estais contaminando.

El duque de Uceda se contuvo, porque en su cólera hubiera sido capaz de irritar la soberbia del príncipe don Felipe: se inclinó y salió murmurando:

— ¡Maldito sea quien sirve á príncipes viciosos y estúpidos!

Y salió del alcázar, echó á andar á la ventura y estuvo andando gran espacio por el intrincado laberinto de las callejas de Madrid, envuelto por la oscuridad de la noche, y bajo el azote del viento y de la lluvia.

Volver á su casa era un disparate; se habia atrevido á tanto con la Inquisicion, librándose de ella por el momento, por la violencia hecha á uno de sus ministros, que lo temió todo, hasta la hoguera; y lo temió con razon; porque el Santo Oficio era ya en los últimos tiempos del reinado de Felipe III un poder formidable, gracias al fanatismo, á la debilidad, á la nulidad del rey.

Bajo los Reyes Católicos la Inquisicion no habia sido otra cosa que un tribunal especial, creado para aterrar á los moriscos y á los judíos mal sujetos, y para contrabalancear el rebelde poder de la nobleza; pero completamente sujeta al poder real, no pasando de ser un elemento político.

Bajo Carlos V y Felipe II la Inquisicion habia pasado á ser un fuerte elemento político-religioso, impidiendo la invasion en España de la reforma luterana, por medio de uno y otro tremendo auto de fé, y de represiones formidables.

En los tiempos de Felipe III, la Inquisicion lo fué invadiendo todo, fué creciendo, desarrollándose, hasta que por último llegó á ser un poder espantable, que no reconocia nada exento de su jurisdiccion, ninguna cabeza bastante alta para que no se doblegase aterrada bajo el peso de su anatema: el versículo *exurge Domine et iudica causam tuam* hacía temblar al trono.

Tenia, pues, Uceda, razon bastante para aterrarse, hasta el punto de encontrarse exánime.

Calderon, más intrigante que él, le habia dado un golpe terrible.

El fuerte y frio viento del Norte que volaba entre las tinieblas, la pesada lluvia que se desprendia sin cesar, influyeron sobre el organismo de Uceda, modificando sus nervios y haciéndole ver las cosas á la fria luz de la realidad.

— Confiad en los príncipes, decia; creed en que por sus pasiones y sus vicios les teneis sujetos; esperad en ellos: habreis hecho castillos en el aire; les habreis sacrificado vuestra hacienda, vuestra tranquilidad, vuestra honra; habreis sufrido pacientemente todas

sus impertinencias, toda su tiranía, toda su insoportable soberbia, y cuando necesitais su más pequeño sacrificio, os abandonarán, si no es ya que os sacrifican. Creen que nada se hace por ellos, porque se les debe todo, y en vano es pedirles amor ni agradecimiento: contar con un príncipe es contar con el vacío: nada, nada más que soberbia corrompida, ¡y hay quien les sirva, hay quien los sufra! se ha olvidado á aquel Condestable infamemente degollado por la ingratitude de un rey; á Colon preso; á Cisneros asesinado; á Gonzalo de Córdoba desterrado; á Hernán-Cortés perseguido: ¡bah! ¡bah! y todo por nuestra soberbia; porque tenemos las fauces hambrientas de oro; porque queremos dominarlo todo.

La conciencia severa y fría se exhalaba en negras verdades por la boca de Uceda.

—Y bien, dijo; soy hombre al agua: Calderon no me ha hecho prender por el Santo Oficio simplemente para asustarme, no; entre nosotros hay un duelo á muerte, y cuando ha obtenido sobre mí una tan terrible ventaja, no hay que esperar que sea generoso. ¿De qué me habrá acusado? De hereje no puede ser; todo el mundo conoce lo ardiente de mi catolicismo; todo el mundo sabe que arrostraría la muerte, el martirio más horrendo antes de dar oídos á la menor de las herejías de los luteranos. Indudablemente debe haberseme acusado de haber pretendido dar hechizos al príncipe: ya se vé, esos hombres se han armado con tanta fuerza como han querido; tenían al rey, pero no bastaba esto; necesitaban tener el Santo Oficio y un Rojas, un tío de Lerma es inquisidor general, es la Inquisición: tienen el cuerpo y el alma: el rey, el reino y la Iglesia: lo temporal y lo espiritual; son incontrastables, son invencibles, y hay que darles las gracias, porque ya no nos han hecho pedazos: ¡mi buen padre, mi amoroso padre el señor duque de Lerma, que entre el hijo bastardo y el hijo legítimo ha elegido para hacerle objeto de su amor al bastardo! Si, sí, es cierto, se ama más, mucho más á los hijos de maldición que á los de bendición: y yo podía haberlo sido todo, todo, amparado por mi padre, y mi padre sería más fuerte ayudado por mí; pero mentira: los grandes, los ambiciosos, los cortesanos no tienen ni padres, ni hijos, ni hermanos, ni honra, ni alma: su padre, su madre, su esposa, su hijo, su hermano, su vida, su alma, son su vanidad y su codicia.

La conciencia continuaba hablando por la boca del duque.

—Y bien, ni aun dinero llevo, continuó Uceda; ni una alhaja: me es imposible irme á mis estados, levantar el puente de mi cas-

tillo de Uceda y defenderme en él hasta morir, con un puñado de leales servidores: la red de la inquisicion es muy ancha, estoy cogido en ella y no puedo romper sus mallas con oro; no me atrevo á fiarme de nadie. Si vuelvo á mi casa... ¡ah, no, no! lo que he hecho con el alguacil agrava mi situacion; ¡ah! no me queda más que un recurso: la marquesa de la Fávara. ¿Pero cómo, cómo entrar en su casa á estas horas sin anunciarme, y cómo anunciarme sin peligro? veamos: son las últimas horas de la noche, la tormenta es récia, y de seguro no se encuentra una sola ronda por la villa: el último balcon de la derecha de la fachada de la casa de la marquesa, es el de su dormitorio: debajo hay una reja: el ascenso no es fácil, porque del coronamiento de la reja al balcon hay, si no recuerdo mal, bastante distancia; probaremos sin embargo: vamos á casa de la marquesa.

Y el duque que se encontró, hablando solo, dando vueltas por las callejas situadas en la calle Mayor, tomó hácia la calle del Arenal.

Llegó á ella, reconoció más que por la vista por el tacto las rejas del piso bajo, trepó por una de ellas, se puso sobre su coronamiento, levantó los brazos y logró asir la parte inferior de los hierros del balcon: pero tenia que izarse sobre sus brazos, y no era el duque bastante fuerte ni bastante ágil para esta operacion.

Inútilmente pretendió apoyarse con los piés en el muro: el balcon era demasiado saliente y no alcanzaban al muro sus piés.

En vano tampoco levantarse avanzando con sus manos sobre los hierros: eran estos cuadrados y de arista aguda, y sus manos se cortaban.

En fin, cansado ya, lastimado, heridas las manos, hubo de resignarse á descender; pero en el momento en que iba á hacerlo, se abrió la puerta de la casa y se vió el reflejo de una luz, y el duque oyó la voz de la marquesa que decia:

—Reconoced la calle, y ved si hay alguien en ella.

Salió un criado con una linterna.

El duque se agazapó sobre la reja y quedó oculto entre el muro y el coronamiento.

El criado dió algunas vueltas por la calle examinando hasta debajo de los soportales.

Al fin volvi6 y dijo:

—Nadie hay en la calle, señora.

Poco despuesse abrió una de las grandes hojas de la puerta,

y salieron dos sillas de manos conducidas por cuatro lacayos y dos hombres que escoltaban las sillas.

Uno de estos hombres iba delante con una linterna.

Tomaron hácia el pasadizo de San Ginés.

Quando hubo desaparecido en él el hombre que llevaba la linterna, el duque se descolgó con gran trabajo de la reja, y con las manos doloridas, desalentado, temblando de frio, mojado hasta la piel, se puso en seguimiento de la sillas de mano.

Estas atravesaron la calle Mayor, la Plaza, la calle de Toledo, entraron en Puerta Cerrada, y en la calle del Almendro desaparecieron por una gran puerta cochera de una antigua casa.

El duque, apenas hubieron entrado, examinó aquella casa y encontró que la tapia de su jardin era practicable, á causa de su deterioro.

La asaltó, valiéndose de unos ahujeros practicados en la tapia, y se encontró en un espacio del que no pudo juzgar á causa de la oscuridad.

Adelantó á tientas, tropezando con las desigualdades de un terreno cubierto de escombros, se dió contra algunos árboles, y por último, comprendió que estaba bajo un techo, al no sentir sobre si la lluvia.

—Esta es la vieja casa de Maqueda, dijo: casa hace muchos años abandonada: un casaron inmenso: en mejor sitio no podia ocultarme: ¿pero á qué han venido aquí dos sillas de manos de casa de la marquesa de la Fávara? ¿Quién habrá venido en esas sillas? Aventurado sin luz en esta casa abandonada hace tantos años, que puede tener roto el suelo en más de un lugar: no importa, adelantaremos á tientas.

Y el duque desenvainó la espada alguacilesca, y adelantó tentando el suelo con su punta.

Muy pronto se encontró completamente á oscuras dentro de la casa.

Y decimos completamente á oscuras, porque al aire libre y por densa que sea la noche, hay siempre una especie de luz neutra, débil, vaga, que deja percibir las grandes sombras.

Uceda vagó algun tiempo tropezando siempre con los muros, hasta que al fin halló un vano, é inmediatamente despues una escalera estrecha y retorcida; esto es, una escalera de caracol.

Maquinalmente contó los peldaños.

A los veinte y cinco encontró un plano que continuaba.

Vió, por decirlo así, la noche, y sintió sobre su rostro la lluvia que lanzaba el viento de través.

Estaba en una galería.

Adelantó, y al pasar por delante de una puerta, vió en el interior, á lo lejos, el reflejo de una luz.

Uceda vaciló entre acercarse al sitio de donde aquel reflejo provenia y permanecer oculto.

—Y bien, dijo; ¿qué voy á hacer aquí solo, escondido, sin recurso alguno? voy á fastidiarme terriblemente durante un largo día hasta que sobrevenga la noche y salga: por una fortuna, es muy posible que en una de esas sillas de manos haya venido la marquesa de la Fávara: de ella no tengo nada que temer: Lerma y Calderon tienen preso á su marido, y es más amiga nuestra que de ellos: veamos si ha venido la marquesa.

Y Uceda tiró adelante guiado por el reflejo de la luz, que permanecia inmóvil al fondo del lugar tenebroso, por donde avanzaba.

---

## CAPITULO XXIV.

---

De cómo y por qué el duque de Uceda no creyó conveniente el descubrirse á la marquesa de la Fávara y de lo que averiguó hablando con Inés.

El duque llegó junto á la puerta por la cual salia el reflejo de la luz, se detuvo, y miró á la habitacion de donde la luz provenia.

Habia llegado hasta allí recatadamente, de tal manera, que no habia podido ser sentido.

La habitacion á que él miraba era una gran cámara con tapicería roja, polvorienta, deslucida, manchada, sobre la cual habia acá y allá algunos viejos y renegridos cuadros al óleo.

El techo rasgado y grieteado en muchas partes, estaba pintado á la manera de Jordan; esto es, con un colorido fuerte, y una entonacion demasiado caliente.

Quedaban en esta cámara viejos muebles, y un gran lecho con colgaduras de damasco amarillo.

Sobre el pavimento, una alfombra rota en muchas partes.

Sobre una mesa habia una linterna encendida.

Dos mujeres, la una pobremente vestida, y la otra vestida con lujo, esto es, Inés y la marquesa de la Fávara, estaban de pié junto á la mesa.

La marquesa hablaba descuidadamente, como quien no teme ser escuchado.

—Esto es feo, hija mia, decia la marquesa; pero aquí estais en

completa seguridad; no os perseguirá hasta aquí, yo os lo aseguro, don Rodrigo Calderon. En mi casa no podria yo ocultaros de tal manera, que nadie supiese que estábais en ella: además esto es transitorio; muy pronto, dentro de algunas horas, cuando os hayan buscado ya, y no os hayan encontrado, os trasladaré á otro lugar más cómodo y más bello. Es posible que sea registrada mi casa: puede haber visto que os he llevado á ella algun mozo de la hostería, que por esto lo sepa don Rodrigo, y don Rodrigo es capaz de todo; habeis hecho muy bien en huir de él: cuando se hayan convencido, ó más bien, cuando crean que no estais en mí poder, yo volveré y os conduciré á mi quinta de Chamartin, donde estareis perfectamente. Entretanto nada temais; yo, cuando más tarde vendré esta noche: os dejaré aquí los dos criados que han venido conmigo, para que os sirvan.

—¡Oh, señora, qué buena sois! dijo Inés: don Rodrigo me espantaba, me miraba de una manera terrible; es un mal hombre; ¿no es verdad, señora?

—Por lo menos, peligroso para una jóven tan bella como vos; pero os lo repito, descuidad; porque estando bajo mi proteccion, lo estareis muy pronto bajo la de la princesa de Asturias, y ningun peligro teneis que temer. Entre tanto, adios; no puedo detenerme. Cerrad esas puertas y recojeos: afortunadamente se han dejado en esta casa algunos muebles, por no tener donde meterlos y porque de antiguos no servian: ese lecho está en buen estado, porque antes de ser preso mi marido, anduvo algunos dias oculto, se refugió aquí, se trajo ese lecho, y ahí se le ha dejado, por si alguna vez era necesario.

—¡Ah señora! aquí estaré muy bien, y sobre todo tranquila.

—¿No quereis que se avise á vuestro padre de que no correis ningun peligro? dijo la marquesa.

—No, no señora; mi padre está vendido á don Rodrigo Calderon; podia descubrir por el aviso dónde yo me ocultaba y venderme otra vez á ese hombre: no, no, lo mejor es que nada sepa mi padre: y además el no saber de mí le importará poco, porque no me ama; y si le importa, será porque sin mí no pueda obtener favor de don Rodrigo.

—Bien, eso me parece prudente; no se le avisará; pero adios, Inés; se pasa el tiempo y me tarda volver á mi casa, por lo que pudiera acontecer.

La marquesa besó en la boca á Inés y se alejó.

—Os dejais aquí la luz, señora, dijo Inés.

—¿Y cómo he de dejaros á oscuras? contestó la marquesa desde la puerta.

Digámoslo de paso. El duque de Uceda habia tenido necesidad de ocultarse rápidamente, á fin de que la marquesa no le viese al salir.

—Os acompañaré yo, y os alumbraré, dijo Inés.

—Como queráis, contestó la marquesa; de todos modos tengo que dar algunas órdenes á mis criados, y conviene que esteis delante de ellos cuando se las dé, á fin de que sepan que sabeis que están obligados á servirlos como á mí misma.

A este tiempo la marquesa é Inés habian salido por la puerta, junto á la cual acechaba poco antes el duque, y no habian reparado en él, que se habia replegado en un ángulo de la gran antecámara entre dos enormes sillones.

La marquesa é Inés pasaron.

Cuando se hubo perdido el reflejo de la luz, el duque se levantó del lugar donde se habia acurrucado, buscó á tientas la puerta de la cámara, y la encontró. Recordaba que en la cámara estaba el lecho á la izquierda en el ángulo opuesto á la puerta. Adelantó á tientas y dió con el lecho, y se ocultó entre sus colgaduras y la pared.

Cuando volviese Inés no podia verle.

Tardó Inés en volver algunos minutos, pero no volvió sola: la acompañaban dos criados.

—Quiero preguntaros algo, les dijo.

—Si os podemos contestar, os contestaremos, señora, dijo uno de ellos.

—Su excelencia y yo, dijo Inés, hemos venido en una silla de manos; pero yo ví en el zaguan de la casa de su excelencia otra silla cerrada: ¿quién venia en esa silla?

Los dos criados se miraron indecisos.

—¡Ah! ¿os han encargado el secreto? dijo Inés.

—No, no señora, contestó el mismo criado que habia hablado antes; no nos han encargado secreto alguno, y la verdad es que no sabemos lo que venia en la otra silla de manos.

—Os conozco que mentís, dijo Inés: ¿qué órdenes os ha dado vuestra señora?

—Ya lo habeis oido: que permanezcamos aquí, que no salgamos, que os sirvamos como si fuérais nuestra señora.

—No hablo yo de esas órdenes, dijo Inés, sino de las que os haya dado particularmente.

—Han sido las mismas, señora.

—Pero y bien, ¿qué venía en esa silla de manos?

—Yo creo que lo que venía, dijo el otro criado, eran viandas.

—No, dijo Inés; en una silla de manos no se conducen viandas; y á más, si eso fuera cierto, me lo hubiérais dicho en el momento en que os lo pregunté.

—Pues bien, señora, dijo el primero que habia hablado; no sabemos lo que en la otra silla venía.

—Veo que servís bien á vuestra señora, dijo Inés; y esto os honra: y puesto que comprendo que no me habeis de decir más de lo que me habeis dicho, salid; voy á recogerme: si os necesito, os llamaré; no os retireis mucho; esta casa es muy grande, está abandonada y tendria miedo si no supiera que estábais cerca.

—Descuidad, señora, dijo uno de ellos; velaremos junto á la puerta de esta cámara, siempre dispuestos á servirlos: que Dios os dé muy buenas noches.

Y los dos criados salieron.

Inés cerró la puerta.

En su cerradura no habia llave; pero afortunadamente estaba servible el cerrojo.

Inés le corrió: no hubiera estado tranquila á no haber mediado una puerta entre ella y sus guardianes.

Luego Inés tomó la linterna y examinó la cámara.

En el ángulo opuesto á aquel en que estaba el lecho habia una puerta.

—Esta es la ocasion, dijo el duque de Uceda: si me presento á ella aquí, puede sorprenderse, gritar, apercibirse los criados que no estarán lejos. Allí en aquella habitacion puede tambien sorprenderse, gritar; pero ya habrá dos puertas por medio; adelante, procuraremos que no se sorprenda demasiado.

Y el duque dejó su escondite y adelantó hácia la puerta por donde habia desaparecido Inés, y por la cual se veia el reflejo de la luz de la linterna.

Cuando el duque llegó á la puerta, el reflejo se alejó.

—Mejor, mucho mejor, dijo el duque.

Y miró delante de sí.

Era un corredor largo, en el cual no habia más puerta que una al fondo; por aquella puerta habia desaparecido Inés.

El duque adelantó cerrando la puerta por la que acababa de pasar, llegó á la otra puerta, y miró al interior.

Era un oratorio.

En él no había más que una pequeña puerta situada á la izquierda del altar.

Inés habia entrado por ella. A ella llegó tambien el duque.

Correspondia á una pequeña sacristia que tenia en el fondo una puerta de entrada, que á su vez pasó Inés.

Se veia claro que la jóven estaba recelosa y reconocia la casa en que se encontraba.

Salió por aquella puerta Inés y á ella llegó poco despues el duque.

Le dió en la cara el viento y la lluvia lanzado de través, señal clara de que aquella puerta daba á una galeria, que desguarnecida de cristales dejaba libre paso al viento y á la lluvia.

Inés se alejaba á lo largo de aquella galeria.

—Aquí aunque se sorprenda, aunque grite no puede ser oida, dijo el duque, yo procuraré tranquilizarla. Y es una hermosísima niña, á fé mia, ¿quién será? Parece muy pobre; ¿por qué la habrá traído aquí la marquesa?

En este momento iba á desaparecer Inés por el otro extremo de la galeria.

—¡Eh! señora, la dijo el duque adelantando.

Inés se volvió creyendo que era alguno de los criados de la marquesa, que habia llegado allí por otra puerta.

—¿Qué quereis? dijo con impaciencia: ¿os han mandado que me guardéis y creéis que voy á escapar?

—Nada temais, señora, dijo el duque de Uceda; no es criado de nadie, sino vuestro y respetuoso quien os habla.

—¿Quién sois? dijo con firmeza Inés, llegando cerca del duque.

—Soy, señora, dijo este, un caballero que por una rarísima casualidad, y sin que lo sepa la marquesa de la Fávara estoy aquí para serviros.

—Pero, ¿cómo os llamais? dijo severamente Inés.

—No tengo inconveniente en deciroslo, aunque ando huido: soy el duque de Uceda.

—¡Ah! dijo Inés; ¿sois el duque de Uceda, y andais huido?

—Sí, si señora, huido por muy amenazado.

—Pues si dicen que sois uno de los más poderosos señores de la córte.

—Pues ahí vereis; ocasiones llegan en que los poderosos se ven obligados á huir; pero ante todo, señora, tranquilizaos.

—No es muy á propósito para que me tranquilice el encontraros aquí, en esta casa, á donde me ha traído la marquesa de la Fávara, asegurándome que en ella estaria completamente segura.

—Y lo estais, señora, y lo estais; y mucho más habiéndome encontrado: lo que os aseguro dé nuevo, es que la marquesa de la Fávara está muy lejos de creer que yo me encuentre aquí.

—¿Y cómo es que os encontráis aquí, en una casa que, cuando de ella dispone, debe pertenecer á la marquesa, y sin que esta lo sepa?

—Pues ahí vereis: casualidades; figuraos que he sido preso por el Santo Oficio.

—¡Cómo! ¿pues qué, dijo Inés, habeis tenido la desgracia de ofender de tal manera á Dios que el Santo Oficio se haya visto obligado á apoderarse de vos?

—Desgraciadamente, señora, si el Santo Oficio sirve á Dios, sirve tambien demasiado á los hombres, y no es por cosas de Dios, sino por cosas de los hombres, por las que el Santo Oficio me ha preso.

—¿Y cómo habeis podido escapar?

—Prendiéronme en mi casa, dejáronme un alguacil de guarda de vista, y como tenia miedo de que el Santo Oficio sirviese tan bien á mis enemigos, que yo lo pasase muy mal, sorprendi al alguacil, le desarmé, le até, me descolgué por un balcon, me eché á la ventura por esas calles de Dios, buscando un refugio, y al pasar por la del Almendro, y por delante de la vieja casa de Maqueda, y sabiendo yo que esta estaba abandonada, metíme en ella escalando las tapias del jardin, y por estar dentro he visto que la marquesa de la Fávara os dejaba aquí encomendada á sus criados.

—¿Sabeis que si es extraña la causa que á esta casa me ha traído, no lo es menos lo que á ella os ha traído á vos?

—¿Qué quereis? casualidades que muchas veces se convierten en providencias.

—¿Y creeis que sea una providencia para mí el que aquí nos hayamos encontrado?

—Creo, señora, que puedo hacer mucho por vos, y que vos podeis hacer mucho por mí; sobre todo por lo que he oido cuando hablábais con la marquesa, creo que los dos huimos de una misma persona; esto es, del marqués de Siete Iglesias.

—En efecto, dijo Inés; esé hombre tiene para mí mucho de terrible.

—¿Y creéis que estais segura de don Rodrigo amparada por la marquesa de la Fávvara?

—Y ¿á qué habia de haberme sacado de la hostería donde me encontraba la marquesa?

—¡Ah! ¿os ha encontrado la marquesa en una hostería?

—Sí señor; en una hostería de la calle del Arenal.

—¡Ah, sí! dijo el duque; en la del Ciervo Azul; pero me parece bien, señora, que nos quitemos de aquí; corre un viento que hiela y estais temblando de frio.

—Sí, dijo Inés; mis vestidos son demasiado ligeros, demasiado pobres; en otro tiempo no era así.

Y se encaminaba delante del duque hácia la puerta de la pequeña sacristia.

Cuando estuvieron dentro, el duque la dijo:

—Detengámonos aquí, y hablemos.

—Hablemos en buen hora, dijo Inés; necesito convencerme de que la marquesa de la Fávvara no me ha tendido un lazo.

—Creo, señora, que cuando nos espliquemos habremos encontrado que la marquesa os ha hecho una infame traicion, de la que yo os libertaré.

—No me atrevo á creerlo: parece tan buena la marquesa...

—Sí, hay demonios que parecen ángeles, dijo el duque; pero sepamos: ¿á qué hora fué la marquesa de la Fávvara á la hostería del Ciervo Azul?

—Muy tarde; hace una hora.

—¡Ah! hace una hora que la marquesa de la Fávvara, la hermosa de las hermosas de la corte ha ido á la hostería del Ciervo Azul, donde os encontrábais vos. ¿No sabéis, señora, que la marquesa de la Fávvara sirve en cuerpo y en alma á don Rodrigo Calderon?

—¡Ah! yo lo ignoraba, dijo Inés.

—Naturalmente, no habia de deciros la marquesa: yo estoy obligada al marqués de Siete Iglesias, yo le sirvo, porque naturalmente hubiéráis desconfiado de ella.

—La marquesa de la Fávvara no ha ido por mí á la hostería del Ciervo Azul.

—¿Pues por quién ha ido?

—Por un pariente suyo que se encuentra mal herido en esa hostería.

—¡Ta, ta, ta! dijo el duque; ¿pariente herido tenemos? y ¿el pariente es jóven?

—Sí señor, veinte años.

—¿Y qué tal de figura? ¿le habeis visto vos?

—Sí, si señor; le he asistido algun tiempo; es muy hermoso, respondió Inés ruborizándose.

—Herido; veinte años; hermoso; pariente y visitado en altas horas por doña Teresa, que se lleva de una hosteria y la oculta á una jóven muy hermosa y muy pura, que ha asistido durante algun espacio á su pariente... ¡Bah, bah! pues teneis razon, no iba á la hosteria por ningun asunto del marqués de Siete Iglesias la marquesa de la Fávara, sino por asuntos propios.

—Es verdad, por un pariente suyo, dijo cándidamente Inés.

—Niña, niña, dijo el duque de Uceda; vos sois demasiado buena, demasiado sencilla y no conoceis la córte: decidme, ¿por qué ha ido á tales horas á ver á un pariente suyo jóven y hermoso á una hosteria una señora tal y tan orgullosa y tan pretendida como la marquesa de la Fávara?

—Porque al volver á su casa muy tarde le dijeron que no habia vuelto á ella ese caballero, que es pariente de su marido, que poco antes habia sonado un tiro en la calle, y que habian metido á un herido en la hosteria del Ciervo Azul.

—¿Y la marquesa os dijo por qué habia ido á su casa á las dos de la mañana?

—¡Ah, sí! porque la habia entretenido hasta entonces la señora princesa de Astúrias, de quien es dama de honor.

—¡Ah, vive Dios! exclamó el duque de Uceda; ¡con que tambien la marquesa nos tiende zancadillas! ¡Conque esta noche ha andado la buena marquesa de la Fávara de aventuras con la princesa de Astúrias, al mismo tiempo que yo andaba de aventuras con el príncipe! ¡Bah, bah, bah! y por último he aquí que la marquesa y yo nos encontramos en vos, amiga mia.

—No os comprendo.

—Comprendedme: la marquesa es una bribona; han herido á un hombre delante de su casa; ese hombre, lo juraria, ha sido mandado matar por el marqués de la Fávara, que aunque está preso en Montanches, tiene quien le sirva en Madrid.

—¿Y por qué habia de matar el marqués de la Fávara á su pariente?

—Cabalmente por el parentesco.

—No os entiendo.

—Sí; porque á lo que parece, ese jóven caballero es pariente del